

**José Pablo
Feinmann**

**NI EL TIRO
DEL FINAL**



Lectulandia

¿Cómo fue que Ismael Navarro, el estudiante de filosofía, exmilitante político y pianista clásico fracasado, llegó a convertirse en un chantajista? ¿Habría tenido algo que ver en esto Susy Rivas, su compañera durante años, rubia, bonita y, según Ismael, escasamente inteligente y pésima cantante? ¿Habría sido quizá la influencia de Fernando Ortiz, oscuro y casi obeso abogado? ¿O estará la clave de todo en ese cuento de terror gótico que Ismael escribe para el poco edificante mensual *Historias de Crímenes e Iniquidades* varias?

Ni el tiro del Final, a través de su perfecta y posiblemente deslumbrante estructura narrativa, ofrece la respuesta a estos interrogantes y también a muchos otros que, seguramente, el lector se irá formulando a medida que transite estas páginas. Llegar a la narrativa desde una sólida formación filosófica no es común. Quizá tampoco lo sea publicar novelas sin haber intentado suerte antes con, al menos, un par de cuentos. Es el caso de José Pablo Feinmann.

Lectulandia

José Pablo Feinmann

Ni el tiro del final

ePub r1.0
turolero 21.05.15

Título original: *Ni el tiro del final*
José Pablo Feinmann, 1990

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A María Julia Bertotto

UNO

Ismael Navarro y Susy Rivas interpretan para ustedes

Señoras, señores, o lo que ustedes sean o crean ser, buenas noches. Comprendo que estén algo distraídos, que no se hayan dado cuenta todavía de que yo estoy aquí, sentado en este taburete, frente a este triste piano, dispuesto a ganarme el pan de este día prostituyendo aquello que alguna vez fue la más intensa pasión de mi vida. Pero las cosas, salvo para algunos magníficos privilegiados, son así: uno nunca termina por ser aquello que soñó, sino —justamente— su caricatura. Bueno, están viendo la mía. Yo, aquí, hablándoles mientras los veo tomar, reírse con la mirada extraviada o dejarse despellejar por las esbeltas y habilidosas señoritas que se han conseguido para esta noche, yo, les decía, soy mi más triste, deforme, horrenda caricatura. Yo, que soñé con ser Horowitz o Dinu Lipatti.

Claro, casi nada. Con sueños así, dirán ustedes, ¿quién no termina sintiéndose un fracasado? Y es natural que piensen de este modo. Porque ustedes jamás han de haberse propuesto algo realmente grande en la vida. Jamás, estoy seguro, imaginaron un camino distinto al que ya les habían trazado. Abogados hijos de abogados, arquitectos hijos de arquitectos, dentistas hijos de dentistas, contadores públicos nacionales hijos de contadores públicos nacionales, y así hasta el infinito. Con algunas variantes quizá, no lo niego. Por ejemplo: algún dentista hijo de un abogado, o algún arquitecto con papá contador. Pero lo mismo todos: buenos hijos, obedientes, escuela primaria, día del maestro, día de la raza, himno a Sarmiento, bachillerato, estudiantes alcemos la bandera, universidad, diploma colgado en la pared del estudio o del consultorio, y chau, se acabó; después a ganar pleitos, a sacar muelas o a construir gallineros con aire acondicionado. Buenos hijos, todos ustedes. Los reconozco.

Y de tanto en tanto, como hoy, se vienen a lugares como éste, porque no sé qué imaginarán estar haciendo aquí, pero les aseguro que nada original. También esto estaba planeado. También los papis de ustedes, con excusas cuyo ingenio no voy a poner en duda, venían a Mar del Plata con sus amantes, o las buscaban aquí, con la mirada ansiosa y la chequera en mano. También ellos.

Pero un momento: déjenme terminar mi *whisky*. Ya está. Ahora lo pongo aquí, sobre el piano. Y enciendo un cigarrillo. Qué tal. ¿No parezco realmente seguro, ingenioso y desenfadado? Espero que sí, porque es mi primera noche de trabajo y no desearía que fuese la última. Dicen que el dueño de este lugar infernal es terrorífico cuando se enoja. En consecuencia, caballeros, tengo que cuidarme.

Pero volvamos a lo de antes. Y no es que quiera ofenderlos, no, sino apenas obligarlos a ver algo de la realidad. Que yo no soy Horowitz, por ejemplo, y que ustedes no son sino la aburrida repetición de modelos nada originales. Plagiadores de plagiarios, eternamente condenados a ser lo que los otros decidieron que fueran. Aunque hay algo, sin embargo, sobre lo que pueden estar tranquilos: las utilísimas

vidas que están viviendo, jamás serán azotadas por los vendavales del dolor, la inseguridad, la neurosis o la locura. Jamás, puedo jurarlo. Como también puedo jurar que nunca —pero realmente: nunca— llegarán a transformar en eterno algún instante de esas vidas.

Otro *whisky*, por favor. Como ven, el servicio es eficiente aquí. Pero el *whisky* es nacional, al menos el que me dan a mí.

Mi nombre es Ismael Navarro. Me contrataron para tocar el piano, y voy a tratar de cumplir. Eso sí: no sé si me van a permitir continuar hablando, decisión que —sospecho— queda en manos del malhumorado dueño de este sitio, pero les aseguro que lo voy a intentar.

Y ahora, señores y señoras: ¡aplausos, por favor! No, todavía no. Shhhhhh. Todavía no, dije. Les quiero explicar: no estoy solo aquí. Es decir: no van a escuchar únicamente mi piano esta noche. Me acompaña una cantante, por decirlo de alguna manera. Es rubia, espigada, bonita, ignoro si muy inteligente pero magníficamente tostada por el sol. Es también (y lo digo para evitar que se esfuercen en imaginar cosas) mi amante. Se llama Susy Rivas (original, ¿no?) y aquí está: adelante, querida.

¡Aplausos, señoras y señores! No la escucharon todavía, pero no pueden negar que es bonita. Otro *whisky*, por favor. Gracias. Ahora sí, ya podemos empezar.

Pero antes algo más. Susy siempre empieza cantando la misma canción: *Entró el amor*. O *Love Walked In*, si lo prefieren. Es una canción de Gershwin, la última que escribió, exactamente un día antes de morir. Bueno, siempre pensé que si Gershwin llegara a escuchar a Susy cantar esta canción, no esperaría ni siquiera un día para morir.

Bien, señoras y señores, esto es todo. El espectáculo comienza. Susy Rivas e Ismael Navarro interpretan para ustedes *Love Walked In*.

Y que Gershwin nos perdone.

Fue en octubre de 1978, en Mar del Plata, cuando decidí transformarme en un chantajista. La idea no fue mía, pero —lo confieso sin pudor— apenas me la propusieron me gustó. Qué joder: ya era hora de salir de perdedor y empezar a reventar a los demás, en lugar de que los demás lo revienten a uno, cosa que a mí —invariablemente— me había ocurrido desde el maldito día en que asomé mi nariz a este mundo.

Pero empezamos por el principio.

Pongamos que me llamo Ismael.

Un comienzo ilustre, sin duda. Aunque hay una diferencia: yo no me estoy por embarcar en un ballenero de nombre *Pequod*, bajo las órdenes de un vengativo, implacable y mutilado capitán Ahab, en busca de una metafísica ballena blanca llamada *Moby Dick*. Ya lo dije: yo, apenas, me estoy por transformar en un chantajista.

Llegamos a Punta Mogotes a las dos de la tarde, en uno de los días más calurosos de ese mes de octubre. Llegamos, dije. Porque por supuesto: Susy venía conmigo. Estábamos cansados, y no solamente del viaje sino —muy especialmente— del podrido año que habíamos pasado, con poco y a veces nada de trabajo, comiendo cuando se podía, sin plata ni para ponerle nafta al tanque de nuestro lastimoso aunque heroico Citroën.

Pero ahora todo eso había quedado atrás, teníamos un contrato para trabajar en un boliche del centro y nuestro amigo Pedro nos esperaba en el balneario, bajo el rotundo sol de la tarde, sonriendo, tostado, saludándonos con la mano en alto y fumando un cigarro largo y fino, de esos que usa Clint Eastwood, único punto de contacto entre ambos, ya que Pedro se llamaba Pedro Berstein, y estaba (aunque apenas acababa de arañar los cuarenta) irremisiblemente calvo, barrigón y —Dios lo perdone— mofletudo.

—Welcome! Welcome! —se puso a gritar apenas nos vio, no sé por qué carajo en inglés.

Pedro, el año anterior, había obtenido la concesión (aquí, en Mogotes) de un balneario que se llamaba Sirena y que él rebautizó Corto Maltés. Construyó, además, en lugar de la vieja y destartalada casilla de madera que había en el lugar, una práctica-limpia-fresca-agradable y sólida vivienda de material en la cual se instaló durante la temporada con su mujer y sus dos hijas. Le gustó el trabajo, ganó buena plata y ahora estaba preparando todo para la presente temporada. Me abrazó a mí y besó a Susy.

—Al fin llegaron —dijo mientras volvía a colocarse el cigarro en la boca—. Ya me empezaba a preocupar. Esta noche me voy.

Le pregunté por qué tan rápido.

Se encogió de hombros.

—Ya está todo listo —contestó—. Tuve que renovar la concesión, hacer algunos trámites municipales, mandar a construir mesas para las carpas y contratar un par de bañeros nuevos. Lo demás está okay.

Le pregunté cuándo pensaba regresar.

—El quince de noviembre estoy aquí —dijo sonriendo aunque sin soltar el cigarro, y juro que no sé cómo se las ingeniaba para no hacerlo—. Ya me vengo con la familia y me instalo. Hasta entonces la casilla es tuya. Tuya y de Susy, of course — y volvió a sonreír.

Susy se asomó por una de las ventanas de la casilla.

—¡Es una maravilla esto, Pedro! —exclamó entusiasmada—. Vamos a estar requetebién aquí.

Al instante apareció con una tanga que realmente le quedaba *requetebién* (expresión que ella usaba más a menudo de lo que yo hubiera deseado), nos saludó con la mano y comenzó a caminar hacia la orilla. Pedro no dejaba de mirarla.

—¿Te gusta, no? —le pregunté.

—Vos sabés que sí —contestó—. No le falta nada. Tenés suerte, Ismael.

Sonreí.

—Puede ser. Pero te aseguro que es un (disparate) decir que no le falta nada. Hay miles de cosas que no entiende, y lo peor: que no va a entender nunca. Pero es una buena piba.

Nos sentamos en la arena. Lo miré.

—Estás bastante pelado, Pedro —le dije—. Y más gordo también.

Se sacó (por fin) el cigarro de la boca y sacudió la ceniza. Dijo:

—Son los años, viejo. Uno no lo puede creer, pero a partir de un momento empiezan a devorarte. En diciembre cumpla cuarenta, Ismael. Cuarenta. ¿Qué te parece?

¿Qué me podía parecer? Yo no estaba pelado ni gordo como él, pero tenía treinta y ocho, y no tenía balneario, ni casa en Buenos Aires, ni un Ford Falcon como el suyo. Y seguramente tampoco los iba a tener cuando tuviera los malditos cuarenta que él tenía ahora. No se consiguen todas esas cosas en sólo dos años. O al menos yo no las puedo conseguir.

Lo miré.

—No son muchos cuarenta años, Pedrito. Pero son cuarenta, no te lo niego. Una edad en que la gente ya no se asombra si se entera que reventaste de un infarto.

—Pero no es solamente eso, Ismael. Porque yo además de tener cuarenta, los represento. No sé. A veces pienso que necesito renovarme, rejuvenecer. —Miró hacia la orilla. Dijo—: Encontrarme con una cosita como Susy, por ejemplo. —Me miró—: ¿Cuántos años tiene?

—¿Susy?

—Claro, viejo, Susy.

—Treinta.

Movió la cabeza.

—Mi Dios, qué maravilla.

—No creas —dije—. A ella ya le empiezan a parecer demasiados.

Quedamos en silencio. Me quité la camisa y mi cuerpo recibió el primer saludo del sol de esa temporada. Bienvenido.

—¿Te acordás de la facultad? —preguntó Pedro.

Me acordaba. Durante cinco años estudiamos y rendimos juntos exámenes de filosofía. Pedro hizo su licenciatura y se recibió en el 69. Yo abandoné dos años antes. Me había aburrido, simplemente.

—Fueron lindos esos años —continuó Pedro—. El futuro estaba lejos y todo parecía posible.

Me puse de pie.

—Bueno, Pedrito —dije—. Terminá con la telenovela. Sabés que no hay nada más parecido a un hinchapelotas que un melancólico.

—Y que con buenos sentimientos se hace mala literatura —sonrió.

—Y que al que nace barrigón es al pepe que lo fajen —dije.

—Amén.

Apareció Susy. Había entrado al agua. Tenía la piel mojada y brillante.

—Qué maravilla —dijo Pedro.

Te juro, Ismael, que nunca pensé que lo nuestro iba a terminar de este modo tan, no sé, raro. Claro que, aunque creo que vos nunca te diste cuenta, siempre hubo algo raro en lo nuestro. Y lo primero es, justamente, que haya sido yo quien se dio cuenta. Yo y no vos, que sos tan inteligente y brillante, y sabés hablar y decir cosas profundas. Yo, la sonsita de Susy, que te acompañó siempre y escuchó todas tus embestidas contra el mundo. Escuchó, digo, y no me equivoco, porque tus embestidas siempre fueron de palabra, que es tu arma, de acuerdo, pero tu única arma, Ismael, y no alcanza.

No creas que te digo todo esto con resentimiento o bronca. Yo te quiero, Ismael. Seguramente menos, mucho menos de lo que vos siempre creíste, pero te quiero. Aunque tampoco estoy segura de que esto haya sido lo más importante para vos. Que te quiera, digo. Supongo que requerías más mi deslumbramiento, mi admiración, mi embobamiento con vos. Eso sí te hacía bien. Pero no alcanzaba tampoco. Al fin y al cabo, ¿quién era la que te estaba admirando? Apenas Susy, la sonsita de Susy. Muy poca cosa para tu enorme talento, o como quiera llamarle a eso que suponés que te hace distinto a los demás.

Siempre me pregunté por qué no te buscaste otra. Otra, una como vos, brillante, ingeniosa, capaz de opinar sobre música, literatura o política, una que te hiciera sentir orgulloso cuando conquistaras su admiración. Y creo que tengo la respuesta: vos siempre les tuviste miedo a las mujeres inteligentes. Pobrecito, Ismael. Es como si únicamente te hubieses sentido capaz de conseguir la admiración de una sonsita como yo. Como si te resultaran demasiado las mujeres a las cuales vos parecías estar destinado. O como si les tuvieras miedo. Sí, ya te lo dije, sobre todo esto: como si les tuvieras miedo.

Pedro (y supongo que porque ese día se sentía generoso, y deseaba demostrarnos que nos quería mucho, y estaba de buen humor, y todo eso) nos invitó a almorzar en el Puerto, en La Taberna Baska, que estaba por cerrar cuando llegamos (eran casi las tres de la tarde), pero no por eso dejó el mismísimo dueño de saludarlo efusivamente (Pedro era todo un personaje entre Mogotes y el Puerto) y prepararnos con milagrosa brevedad una mesa con un formidable vino blanco bien helado y una picada con mariscos, roquefort y pez espada con salsa tártara que deslumbró no sólo a Susy —propensa siempre a deslumbrarse— sino, lo confieso, a mí también.

Comimos, reímos, brindamos, nos deseamos buena suerte, nos juramos eterna amistad, nos encurdelamos un poco y Pedro aprovechó para besar un par de veces a Susy, de puro entusiasmo nomás.

Nos sirvieron el café casi a las cuatro y media. Encendimos cigarrillos y entonces —recién entonces— Pedro empezó a hablar, por decirlo así, en serio.

—Quiero pedirte algo, Ismael.

—Dale, pedí.

Terminó el café y encargó otro. Con uno solo no se iba a despertar del todo. Dijo:

—Quiero que cuides tu trabajo en el Douglas. Quiero que cuando yo vuelva, a mediados de noviembre, todavía estés trabajando allí.

(No lo dije: Douglas se llamaba el boliche donde íbamos a trabajar Susy y yo a partir de esa misma noche, y no era poco lo que Pedro había hecho para conseguirnos ese contrato).

Sonreí.

—¿Qué pasa, Pedrito? Es como si no me tuvieras confianza. Quedáte tranquilo: mi piano va a sonar bien y Susy no va a desafinar más de lo habitual, que aunque mucho es tolerable.

Pedro negó con la cabeza.

—Dejála en paz a Susy —dijo como un verdadero caballero el muy cretino—. No me refiero a ella ni al sonido de tu piano. Estoy hablando de vos. O mejor dicho: estoy hablando de lo que vos hablás.

Yo también terminé mi café y pedí otro.

—¿Te molestan mis charlitas con el público? —pregunté.

—A mí me importan un carajo tus charlitas con el público, Ismael. Incluso, te juro, hay veces en que realmente me hacés divertir. Aunque, no sé, siempre pienso que exagerás. Pero no se trata de mí en este asunto, sino del público y del dueño del Douglas. Te explico: el público es toda gente de pro, mi viejo, executives cincuentones con señoritas eficientes y ávidas, que saben hacerse mimar, objetos de lujo para lucir como el más caro de los autos importados; y el dueño es un tal Anselmi, con muy mal genio y escasísimo sentido del humor, especialmente del que a

vos te gusta, que podríamos llamarlo, ¿cómo, Ismael?, ¿cómo podríamos llamarlo?: *echen mierda sobre el público*, sí, no hay otra definición. Bueno, cuidáte con eso en el Douglas, por el dueño y por el público.

—Queridísimo, Pedro —dije—, lamento no poder tranquilizarte. Nunca pude sentirme responsable de las cosas que digo cuando estoy frente al público. Sale lo que sale. A veces más suave, a veces más fuerte. A veces divertido, otras ni siquiera eso, depende. —Decidí ser clemente, apoyé una mano sobre su brazo—: Pero te prometo hacer todo lo posible para que cuando vuelvas me encuentres todavía en el mismo sitio, yo con mi piano y Susy equivocando los tonos.

—Dejá en paz a Susy —volvió a decir casi enojado ahora—. Ni equivoca tanto los tonos como vos decís (no sé por qué, pero con demasiada insistencia, Ismael), ni va a hacer nada que conspire contra la permanencia de ustedes en el Douglas. Es de vos de quien desconfío.

Largué la carcajada.

—Ismael el terrible, ¿eh? El que no deja pasar un día sin hacerse mierda un poco. Mirá, Pedrito, insisto: no puedo tranquilizarte. Si hay alguien que desconfía de mí, soy yo. Todas las mañanas me miro al espejo y me pregunto: ¿qué maravillosa idea se te va a ocurrir hoy para joderte la vida? Y siempre aparece alguna, es una fija. De modo, mi querido, que vas a tener que irte a Buenos Aires con tu desconfianza y darle de comer todos los días, porque yo no puedo ofrecerte ninguna seguridad. Y no te hagas el distraído, vos sabías eso cuando te calentaste para que lo del Douglas saliera.

—De acuerdo —admitió—. Lo sabía. Pero no te echés atrás ahora. Recién prometiste que ibas a hacer lo posible por mantener el laburo.

—¿Eso te prometí?

—Hace apenas un minuto.

—Debo estar mamado. Pedíme otro café.

¿No querés un café, un té, algo que te alivie, que te levante un poco? Sos testarudo, Ismael, te gusta estar jodido. ¿Tomaste alguna aspirina, por lo menos? Ni loco, claro, no vaya a ser que dejes de sufrir. Y bueno, seguí así. Pero permitíle a la pobrecita Susy darte un consejo: no exageres. ¿Te miraste en el espejo, por casualidad? Quedáte ahí, no te muevas, yo te lo alcanzo. Mirá, qué te parece. Miráte el pómulo derecho cómo lo tenés. Y el corte ese en la frente. Y los labios que se te revientan de la hinchazón. Metés miedo, Ismael.

Media hora más tarde estábamos de regreso en el balneario. La casilla, lo comprobé una vez más, era una exquisitez: prolijamente blanqueada con varias manos de cal, tenía una gaviota dibujada en la torre que cubría el tanque de agua y, encima, en letras azules, la leyenda *Corto Maltés* evocando paisajes remotos, aventuras, lealtades, catamaranes, mucho pincel y tinta china, y, por supuesto, Hugo Pratt.

Un vago malestar (algo ubicado entre el arrepentimiento y la tristeza) me había dejado mi actitud con Pedro durante el almuerzo. Quizás, en contra de mis convicciones, debía haberle entregado alguna piadosa y bien elaborada mentira: que me iba a portar bien, que no iba a hablar de más ni conseguir que el dueño del Douglas se enojara conmigo y, en consecuencia, con Susy, quien, sospecho, era la verdadera destinataria de las preocupaciones de Pedrito, que la amaba en silencio, como en las viejas películas románticas, y sufriría viéndola hundirse aún más a causa de mis, pongamos, irresponsabilidades. Un vago malestar, dije. Pero apenas eso. Nada que me arruinara la digestión.

Nos sentamos en la arena, encendimos cigarrillos y nos quedamos un buen rato en silencio, observando cómo el sol enrojecía lentamente y se deslizaba hacia su fin, allá atrás, no muy lejos del Sasso, maldito hotel para bacanes, o gente de pro, como decía Pedrito, al que jamás yo habría ido ni habría de ir, pero del que nunca —siempre que estaba en Mar del Plata— dejaba de averiguar los precios, justamente para hacerme mierda verificando la guita que algunos pueden gastar para que los mimen o para depositar sus culos en camas recomendadas por los prospectos de Diner's Club. También, para qué ocultarlo, indagaba a veces los precios del Provincial o del Hermitage, pero no siempre, porque tenía que andar muy mal para hacerlo, ya con demasiadas ganas de estropearme la existencia.

Susy se puso de pie, dijo voy a darme una ducha y desapareció. Pedro no dejó de mirarla un instante mientras se iba. Después dijo:

—Escucháme, Ismael, me tenés que escribir un cuento para la revista. Total, te va a sobrar el tiempo aquí. En la piecita que está arriba de la cocina, entre botes salvavidas, paletas, pelotitas de goma y reposeras, hay una máquina de escribir. No está diez puntos pero te va a servir. Entonces, mi viejo, todas las mañanas, te sentás allí, lo llamás a Robert Jones y me hacés algo bien tétrico.

Le dije que sí, que estaba bien, que lo diera por hecho. Porque Pedro no vivía únicamente del balneario. Era, además, editor, actividad que lo hacía sentir de algún modo cercano a su condición de licenciado en filosofía. Aunque sólo eso. Porque Pedro no editaba ni a Aristóteles ni a Kant ni a Hegel ni a Kierkegaard ni a Chestov ni a nada que se pareciera remotamente a un filósofo. Era, digamos, más directo. Le gustaba ganar plata y no le faltaba olfato para hacerlo. Llevaba dos años publicando una revista mensual con relatos espeluznantes. *Historias de Crímenes e Iniquidades*

Varias, así se llamaba. Lo de *Iniquidades Varias* era un refinamiento que delataba los oscuros orígenes culturosos de Pedro. Pedro. Pero funcionaba.

En cuanto a Robert Jones, aquí entro yo. Así como el señor ácido y resentido que toca el piano en los boliches durante las noches es la caricatura del concertista que alguna vez imaginé ser, Robert Jones es mi Mister Hyde literario, el monstruo que, cubierto por la negra capa de un seudónimo cobarde y ruin, es capaz de pergeñar historias aberrantes —razonablemente pagas por mi buen amigo Pedrito Berstein— bajo las cuales jamás inscribiría su nombre Ismael Navarro, el puro, incontaminado e impublicado escritor, quien desde hace diez años se encuentra a punto de culminar una densa y voluminosa novela, sin título aún pero desbordante de talento, lo juro. Como también juro que Robert Jones tiene dos hermanos gemelos —Gonzalo Rivarola y Floreal Salinas— a quienes odia y desprecia por publicar en *Vosotras o Para Ti* —razonablemente pagas también— historias edulcoradas, con romances entre ejecutivos y diseñadoras francesas de paso por el país o de hombres maduros que deben elegir —¡oh terrible destino!— entre su familia, su trabajo, su cotidianidad quizá gris pero segura y respetable y el amor ardiente de una secretaria en flor, delicada metáfora de la libertad, la aventura y el goce. A todos ellos, a sus historias, a las revistas que las publican, odia Robert Jones, que sólo sueña con crímenes feroces, estiletos centellantes, gargantas exquisitamente cortadas de lado a lado y, por supuesto, de un solo tajo. Aunque más odio que en Robert Jones hay en Ismael Navarro, quien no sólo desprecia a Gonzalo Rivarola y Floreal Salinas, sino también al mismísimo Robert Jones, y mucho más los desprecia cuando cobra el dinero que gracias a ellos recolecta, porque, por algún extraño misterio, ni Rivarola ni Salinas ni Jones son quienes aparecen en las redacciones cuando hay que retirar la razonable aunque siempre insuficiente paga, sino Ismael Navarro, el puro, incontaminado e impublicado escritor, quien llega en silencio, casi cabizbajo, como un asesino que se acerca para confesar su crimen.

—No sos corto para pedir, Pedrito —dije sonriendo—. Algo bien tétrico, qué te parece. ¿Me querés decir cómo hago para pensar en callejones neblinosos, salones góticos, faroles de gas y toneles de amontillado mientras miro el mar y las gaviotas a través de la ventana más alta de tu casilla? Sospecho, viejo, que antes que algo bien tétrico, vas a terminar recibiendo una versión subdesarrollada de *La isla del tesoro* o *Lord Jim*. Si es que ando inspirado, por supuesto.

Pedro sacó otro de sus cigarros Clint Eastwood y me alcanzó uno. Acepté.

—No jodás, Ismael —dijo—. Lo único que tenés que hacer es cerrar la ventana y listo, a la mierda con el mar, las gaviotas y Lord Jim. Hay luz eléctrica en esa piecita.

—Perfecto —asentí—. A la mierda con Lord Jim entonces. Y bienvenido Jack el Destripador.

—Justamente —dijo entonces Pedro—, de Jack el Destripador se trata.

Lo miré sorprendido, y casi se me cae el cigarro de la boca justo cuando estaba empezando a agarrarle la mano al truquito ese de sostenerlo entre los dientes mientras

hablaba o sonreía, igualito que Pedro. Dije:

—Ahora sos vos el que está jodiendo. Olvidáte del asunto, viejo. Ni mamado te escribo sobre Jack el Destripador.

—Vos no, Robert Jones.

—Ni Robert Jones.

—¿Por qué?

—Porque está gastado, Pedrito, gastado, más gastado que novela policial con detective infalible que reúne a todos los sospechosos en el salón principal del castillo.

—Qué lindo —exclamó placentemente Pedro.

—¿Qué lindo qué?

—Eso del detective infalible y los sospechosos reunidos en el salón del castillo. Me piantan esos finales.

—Estás loco, Pedro —dije, y juro que me estaba empezando a calentar—. Todo eso está terminado.

—Terminado o no —insistió Pedro—, el próximo número de *Historias de Crímenes* sale dedicado a Jack el Destripador.

—Escucháme, pero escucháme bien, eh. No hay cosa que ya no se haya escrito o filmado sobre el bendito Jack y sus perrerías por Whitechapel. Ya lo identificaron con Mister Hyde, ya lo enfrentaron con Sherlock Holmes (y no una sino varias veces), ya Robert Bloch lo hizo reaparecer en el siglo xx y en cine hasta Jack Palance lo hizo. ¡Jack Palance, Pedrito, con esa jeta sensacional para cualquier cosa menos para Jack el Destripador! Todas esas cagadas le hicieron al pobre Jack, ¿te das cuenta?

—Me doy cuenta. Sólo que no veo por qué no hacerle una cagada más, sobre todo si se vende bien.

Me encogí de hombros.

—Me rindo, señor Berstein. Usted gana.

Sonrió.

—No te hagas el antisemita ahora, no te va. Pero además, Ismael, te voy a pedir que aceptes que este mísero mercachifle te ilustre sobre algunos sórdidos aspectos de la condición humana.

—Que lo parió, Pedrito. Dale nomás.

—Mirá, te guste o no, Jack el Destripador no está terminado ni lo va a estar. Ponéte una mano en el corazón: ¿a vos no se te mueve algo, no sentís algún pequeño y nauseabundo placercito cuando en una película un tipo despanzurra a una mina con una navaja en una calle oscura? Y si esa mina es una prostituta, ¿no te excita más la cosa todavía?

Lo miré atónito.

—Carajo —dije—, tenés razón.

—Bueno —concluyó—, entonces dejáte de joder y escribí el cuento. Te va a sorprender lo bien que van a entenderse Robert Jones y Jack el Destripador. Una pareja para el éxito, mi viejo. La sangre va a correr a raudales.

Media hora más tarde, Pedrito sepultaba su valija en el baúl del Falcon, besaba a Susy y me abrazaba a mí.

—No se olviden —dijo—, el 15 de noviembre estoy de vuelta. Pórtense bien, cuiden el laburo en el Douglas —sobre todo vos, Ismael—, no se metan en ningún fato raro. En fin, no hagan más idioteces de las que la gente hace razonablemente en un mes.

—Vaya tranquilo, padrecito —dijo Susy revolviéndole cariñosamente el pelo—, nada raro va a pasar por aquí. Vamos a cumplir con el trabajo, vamos a tomar sol, a comer, a dormir la siesta y, a veces, a ponernos cariñosos. ¿No, Ismael?

Pedro subió al Falcon y arrancó. Susy y yo nos quedamos agitando suavemente nuestras manos en alto. Después entramos a la casilla.

—¿Querés café? —preguntó Susy.

Dije que sí.

Una callejuela oscura, una prostituta que se acerca con pasos breves y veloces, el taconeo de sus zapatos contra los adoquines humedecidos por la niebla, un hombre que espera —sosteniendo una navaja en su puño crispado— detrás de una esquina, y finalmente el crimen. ¿Por qué me fascinaba tanto todo eso?

—La gran puta —dije pensativo mientras Susy me servía el café—, asusta descubrir que uno es todavía peor de lo que cree.

No nos había mentido Pedro: el propietario del Douglas tenía una facha temible. Alto, corpulento, macizo y cincuentón, con unos ominosos bigotes negros cubriéndole casi los labios, cejas pobladas, incipiente calvicie, manos enormes y una voz que atronaba como un motor de fórmula uno. En fin: no precisamente una señorita.

Estaba tomando un *whisky* en la barra cuando llegamos, y conversaba con el barman. No había otra persona en el salón. Eran, apenas, las ocho de la noche.

Estrechó nuestras manos. Era de esos tipos que se presentan diciendo el apellido.

—Anselmi —dijo.

—Navarro —dije yo siguiéndole el juego—. Y ella es Susy Rivas.

Asintió con un blando movimiento de cabeza. Preguntó:

—¿Quieren tomar algo? Hay tiempo. La cosa empieza tarde aquí. Le gustaba mostrarse hospitalario al bestia. Pedimos un par de *whiskies*.

Anselmi miró a Susy.

—¿Nerviosa por el debut? —preguntó.

Susy sonrió, siempre sonreía antes de contestar una pregunta.

—Bueno —dijo—, sí.

Pavada de respuesta. Anselmi se la quedó mirando en silencio, como dándole tiempo para que dijera algo más. Pero Susy no: abrió su cartera y buscó cigarrillos. Creí necesario aniquilar con cualquier frase idiota el horripilante silencio que se produjo. No me fue difícil, Susy me tenía acostumbrado a estas cosas.

—Un debut es siempre un debut —dije y juro que sin pretensiones de pasar a la posteridad por semejante aforismo—. Nunca se pueden evitar los nervios, el miedo a fracasar, a que las cosas no salgan bien.

Entonces Anselmi me miró: el que habla es éste, adiviné que pensó. Sin embargo, presuroso y galante, ofreció fuego a Susy apenas la vio llevar el cigarrillo a sus labios.

—No van a tener problemas con el público de aquí —dijo mientras guardaba el encendedor—. Es toda gente correcta, que busca pasar un buen rato, nada más. Hasta matrimonios vienen.

—Hasta matrimonios —repetí, poniendo mi mejor cara de boludo.

Anselmi me clavó la mirada: allí, en el fondo de sus ojos, relampagueó algo siniestro. No me gustó nada. Dijo:

—Con esto de los matrimonios no pretendo decirle que el Douglas sea un lugar familiar. No, mi amigo, nada de eso. Pero tampoco pasan aquí las cosas que pasan en otros lados. No sé si me explico.

—Se explica —repetí otra vez, aunque sin poner para nada cara de boludo.

Tomé un buen trago de mi *whisky*. Anselmi continuó:

—No le miento si le digo que estoy satisfecho con lo que conseguí hacer de este

lugar. El Douglas tiene fama de ser un reducto para gente bien, con educación y clase. Me llevó tiempo conseguirlo, pero ya está. Ahora hay que mantenerlo así.

—Lo felicito —dije.

Y fue todo cuanto pude decir.

Anselmi volvió a mirar a Susy. Sonrió como un padre protector y bondadoso y preguntó:

—¿Y qué tipo de canciones nos va a cantar hoy?

Susy también sonrió y (además) se encogió de hombros.

—De todo un poco —contestó—. Nada en especial.

Evidentemente: no mejoraba. Para peor, agregó:

—Aunque siempre dentro de un estilo clásico.

Horroroso. Anselmi se la quedó mirando con cara de no entender nada, intentando adivinar si ella esa noche pensaba cantar algo de Wagner o *La Cumparsita*.

—Lo que Susy quiere decir —dije después de darme coraje con otro trago de mi *whisky*— es que nos manejamos dentro del *jazz* tradicional. O clásico, por llamarlo así. Hacemos canciones de Porter, Rodgers, Berlin y, con el debido respeto, Gershwin. Pero si es necesario también podemos llegar hasta los Bee Gees o el *soul*.

—Claro —asintió Anselmi—. Ahora que lo recuerdo, algo de eso me comentó nuestro común amigo Pedro Berstein.

El buenazo de Pedrito: hasta de nuestro repertorio le habló al mastodonte. Me asaltó una duda: ¿le habría dicho algo también de mis monólogos? Decidí sacarme la duda. Dije:

—Hay otra cosa además, que no sé si Pedro le comentó —Anselmi permaneció en silencio, esperando mis palabras. Continué—: Siempre, es un viejo vicio mío, antes de que Susy empiece a cantar, le hablo un poco al público. A veces, también, lo hago entre una canción y otra. Como le dije: es un vicio, pero es parte inseparable de nuestro número, y casi siempre resulta bien.

—Ajá —pronunció Anselmi. Y otra vez hubo ese brillo maligno en el fondo de sus ojos. O al menos, así me pareció a mí. Dijo—: No estoy en contra de eso, siempre y cuando usted recuerde lo que le dije sobre el público del Douglas. —Se detuvo. Terminó su *whisky*. Me miró fijamente y dijo—: No me los maltrate, porque si hay algo que no me gusta es perder clientes. Entienda esto, Navarro: yo no soy un buen tipo, ni tampoco un caballero, lo sé mejor que nadie, pero me gusta mimar a la gente que viene a gastar su dinero en mi boliche. Digamos que ese es mi vicio. Y también le aseguro que casi siempre resulta bien.

Carajo, pensé, este tipo sí que sabe hacerse entender.

Terminé mi *whisky*. Entonces, abruptamente, Anselmi miró su reloj y dijo que tenía que salir un momento, que lo disculpáramos. No faltaba más, no se preocupe por nosotros, atienda sus cosas. Miró al barman y ordenó.

—Acompañálos hasta el camarín.

El camarín era una pequeña habitación ubicada en el subsuelo del boliche. Tenía un espejo aureolado por lamparitas, un par de sillas, un placard y (sí, señores, por qué no) un biombo.

Cerré la puerta.

Susy se desnudó. Yo también. Era un rito: inaugurábamos así los camarines de los lugares donde nos contrataban para trabajar. Puse una silla en el centro y sobre ella (voy a decirlo públicamente) hicimos el amor.

Ni dos contorsionistas del Circo de Moscú habrían podido superarnos.

Llevamos diez años juntos y apenas si sabés algunas cosas sobre mí. Lo nuestro no fue una relación, Ismael, fue un monólogo. Tuyo, desde luego. Apenas, creo, alguna vez me diste tiempo a contarte que mi viejo era tiracables en Canal 9 y que se empezó a emborrachar a partir del día en que murió mi madre. Cursi, ¿no? Aunque, pensándolo bien, creo que ni esto me permitiste contarte. Que mi viejo, por ejemplo, cuando estábamos en casa los dos solos, me decía que yo tenía que llegar a ser una gran estrella, no una gran actriz, sino una gran estrella, que, según él, valía mucho más. Yo tenía catorce años y lo escuchaba a veces con miedo y a veces con tristeza, porque cuando se ponía a hablar de sus fracasos, del gran actor que debió haber sido, de los amigos que se lo impidieron traicionándolo, dándole la espalda cuando más los necesitaba, yo tenía ganas de ponerme a llorar, de abrazarlo y ponerme a llorar, pero nunca pude, porque el día en que lo intenté me apartó con violencia, enfurecido casi, y me dijo que nunca le tuviera lástima, que podía aceptar cualquier cosa de mí, menos que le tuviera lástima. Además, me confesó, yo estaba para otra cosa, sobre todo para vengarlo, para convertirme en una gran estrella y vengarlo. Así era de piantado mi viejo, Ismael. Y no sé si te sirve de algo saberlo, pero a mí, ahora, contártelo me hace bien. Aguantáte entonces.

Un par de horas después largábamos nuestro número. Aparecí yo, caminando con pasos decididos, serio, vistiendo mi negrísimo, pulcro y seguramente desconcertante *smoking*. ¿Dónde imaginaba estar? ¿En el Colón, en el Carnegie Hall? No, señores, pero de ese modo me gustaba a mí. De *smoking*, de pulcro y negrísimo *smoking*, aunque la cosa fuera en un boliche de Mar del Plata y solamente eso.

Me paré junto al piano, miré ligeramente al público y enseguida ubiqué mi leve trasero en el taburete. El silencio que se produjo fue más intenso del que yo esperaba. Un tanto a mi favor: había conseguido impresionarlos. Los volví a mirar. Ellos (todas esas jetas anónimas escudadas en la oscuridad, todos esos tipos que acababan de abandonar, expectantes, su vaso de *whisky* sobre la mesa, o habían interrumpido la gelatinosa y sin duda hipócrita charla que sostenían con su compañerita de turno, y las compañeritas también, las que mantenían sus piernas generosamente cruzadas, o acababan de llegar del *toilette* donde fueron a verificar si junto a la polvera y el lápiz labial habían traído esa noche el diafragma) también me miraron.

Entonces empecé a hablar.

—Señoras, señores, o lo que ustedes sean o crean ser, buenas noches.

Lo confieso: no estuve delicado. Y esto no me importaría demasiado si el monólogo hubiese sido bueno. Aunque quizá lo fue. Me cuesta juzgar lo que digo a la gente desde el piano porque es poco lo que recuerdo después. Pero esa noche, quizá por no darle bola a Pedrito o rebelarme contra el bestia de Anselmi o simplemente (como tantas otras veces) por hacerme mierda y perder el trabajo el mismo día del debut, estuve más corrosivo que de costumbre.

Después apareció Susy y empezó con *Entró el amor*, esa canción increíble que Gershwin escribió ganándole tiempo a su tumor cerebral, y terminó con *La dama es una cualquiera*, y lo hizo muy bien, ¡oh sorpresa!, demasiado Lena Horne quizá, pero definitivamente muy bien.

Hubo aplausos y nos despedimos. Llegamos al camarín. Susy comenzó a cambiarse de ropa en silencio. Saqué un cigarrillo pero no lo encendí.

—¿Algo anduvo mal? —pregunté.

Golpearon la puerta. Susy sonrió.

—Parece que no voy a necesitar decírtelo yo —dijo.

Abrí la puerta. Un tipo decididamente más parecido a Boris Karloff que a Roger Moore me sonreía con unos dientes enormes y más amarillos que la jeta de FuManchú. Dijo:

—El patrón quiere hablarle.

—Está bien —dije—. En seguida voy.

—Me ordenó que lo llevara conmigo.

—¿No me diga? —Fingí asombrarme—. ¿Y por qué?

—No sé por qué. Nunca le hago esa pregunta al patrón.

Sabía cuidar su trabajo Boris. Me despedí de Susy y lo seguí. Llegamos al privado de Anselmi. Boris, con insospechada suavidad, golpeó la puerta.

—Adelante —dijo Anselmi.

Entré. Boris cerró la puerta a mis espaldas. Quedé solo frente a Anselmi.

—Venga, Navarro... —dijo—. Póngase cómodo. Quiero hablar de algunas cosas con usted.

Qué educado. ¿El puñal lo tenía bajo la manga o ya me lo había clavado en el pecho y yo, de puro idiota nomás, no me daba cuenta y estaba agonizando?

—¿Quiere un cigarro?

Lo tenía bajo la manga. Acepté.

—Son muy buenos —agregó señalándolos—. Me los trae un amigo que viaja a menudo a La Habana. Antes de que subiera Castro manejaba allí una montonada de lugares nocturnos, y hoy, aunque usted no me lo crea, todavía conserva algunos.

No se lo creí. O sí. Vaya uno a saber. De cualquier forma, ¿para qué me contaba eso? Encendió, con inesperada amabilidad, mi cigarro y me miró. ¡Qué mirada, Satanás! Se me congelaron las bolas. Pensé: ahora viene la cosa.

—Voy a ser breve, Navarro. Mire, no sé qué clase de tipo es usted. Un genio, un suicida o un piolita de cuarta. Cualquiera de esas cosas puede ser. Porque yo se lo advertí: no me maltrate a la gente. ¿Se lo dije o no?

—Me lo dijo —asentí saboreando el cigarro que, lo hubiese o no enviado el astutísimo amigo de Anselmi que había pasado indemne de Batista a Castro, era muy bueno.

—¿Y usted qué es lo que decide hacer? —Se interroga Anselmi recurriendo a los más arcaicos recursos del arte del monólogo—. Justamente todo lo contrario. —Concluye. E insiste. —Es decir: se manda una cagada.

Más expresivo imposible.

—Sería inútil intentar decirlo de mejor manera —digo sin poder contener mi admiración—. Si quiere, pongo las mínimas cosas que traje en mi valijita y me rajo. Creo que es lo que haría un caballero. Y a mí, a veces, me gusta parecerme a eso.

—Puede parecerse a un caballero cuantas veces quiera, pero evite el papel de boludo. En serio, basta de gansadas, Navarro.

—Creo que me está insultando.

—Mire, no perdamos más el tiempo. A mí no me gustó lo que usted hizo. Pero, sin embargo... —vaciló—. Sin embargo...

—Qué.

—Esta noche pasó algo curioso aquí. Primero, su monólogo. Una colección de frases ofensivas y delirantes. Segundo, que a la gente le gustó. Qué me cuenta.

—La gente es así. Le gusta comer mierda.

—Puede ser. De todos modos, no lo haga más.

—¿Comer mierda?

Volvió a endurecer su mirada.

—No se haga el gracioso. Usted sabe de qué estoy hablando.

—Creo que sí. Pero, durante un momento, tuve la sensación de que le había interesado la cosa. ¿En qué quedamos?

—En eso quedamos, en que usted no lo hace más. Y punto.

Déme un motivo.

—No tengo por qué. Pero digamos que yo no estoy tan seguro de que a toda la gente le guste comer mierda. —Se inclinó hacia mí apoyando los codos sobre el escritorio. Volvió a mirarme con su mirada de homicidio en primer grado y dijo—: No quiero correr riesgos, Navarro. O lo entiende o se va.

El muy bestia.

Está bien —dije sin necesitar demasiado coraje—. Me quedo.

Me puse de pie.

No se apure —dijo—. No terminé todavía. Su cigarro sigue encendido.

Si es por eso, no se haga problemas. Puedo terminarlo en otra parte.

—Siéntese.

Obedecí. Dijo:

—Escuche, un amigo mío quiere conocerlo. Es un tipo importante. Y también más. Casi podría decirle que es un tipo poderoso. No sé si me entiende.

—Lo entiendo. Es un amigo suyo y es un tipo importante. ¿Qué otra clase de amigos podría tener usted?

Sonrió.

—Está aquí esta noche y escuchó el número de ustedes. —Hizo una pausa. Continuó—: Cosa curiosa, pero parece que fue uno de los que con más gusto se comió su mierda. En fin, la cuestión es que quiere conocerlo. A usted y a su chica.

—Qué tal.

—Sí, me sorprende bastante. Pero uno nunca termina de conocer a la gente. Es el arquitecto Alejandro Salas. No sé si alguna vez lo escuchó nombrar.

—Nunca. Pero no se preocupe, eso no lo hace menos importante.

No lo sabía aún, pero mi destino de chantajista ya tenía nombre propio.

Querido Pedro:

Acabo de engendrar una historia lo bastante truculenta como para que merezca ser incluida en el próximo número de *Historias de Crímenes e Iniquidades Varias*. No es sobre Jack el Destripador. Jack, insisto, Pedrito, está terminado. Porque lo que vos conseguiste demostrarme en nuestra charla sobre el tema no fue la vigencia del faenador de prostitutas de Whitechapel, sino otra cosa: que a la gente le cosquillea el culo de placer cuando un prójimo hilvana catorce puñaladas en el cuero de otro. Una aseveración cuya apodicticidad (sí, Pedrito, todavía uso a veces esta puta palabra kantiana) nadie se atrevería a poner en duda. Yo fui sorprendido por algo distinto: descubrir hasta qué detestable punto me cosquilleaba a *mí* el culo ante esta cuestión de las dagas ensangrentadas, los cuerpos mutilados, los gritos de muerte y terror y toda esa milonga. Te lo puedo decir de otro modo: nunca me había preguntado cuánto de Robert Jones hay en mí. Descubrir que, en determinadas circunstancias, podemos llegar a identificarnos, me sorprendió hasta el espanto. Creo, y no es una exageración, que sin demasiado esfuerzo podría convertirme en un asesino. Por otra parte, si así no fuera, no existiría Robert Jones.

Pero Jack, Jack el Destripador, las noches neblinosas del Londres victoriano, las bullangueras prostitutas de Whitechapel y el maletín de cirujano con su impiadoso bisturí, todo eso está acabado, Pedrito, para siempre muerto.

Lo que no está acabado es el encanto, el arte y la fascinación del asesinato. Y sobre todo: del asesinato por destripación. Pero hay que plantear las cosas de otro modo. O al menos presentarlas con distinto envase.

Mi cuento, aunque todavía no lo escribí, ya está terminado. Esta tortuosa cabecita mía (si me sobrevivís, Pedrito, estás autorizado a ordenar una autopsia de mi cerebro para descubrir si, en vida, tuve allí simplemente sesos como el resto de los mortales o, según sospecho, incansables y feroces serpientes) lo concibió con vertiginosa rapidez, justo al día siguiente de mi debut en el Douglas, y sin necesidad de encerrarme en la piecita de la casilla, solitario y a oscuras, sino tirado en la arena, tostándome al sol, mirando a Susy entrar y salir del agua con sus largas piernas y su cuerpo cada vez más minuciosamente bronceado. No hay escenografía para el horror. Sobre todo si está en la cabeza de uno.

Se llamará *El primo Matías* y es, tal como lo deseabas, la historia de un despanzurrador. Tendrá sangre, cuchilladas y todo cuanto pediste. Pero también tendrá joda, Pedrito, porque ya no se puede escribir sobre estos temas sin reírse de ellos. Regla que, cada día me convengo más, vale para casi todas las cosas de este mundo.

Mencioné mi debut en el Douglas. Recuerdo que te fuiste de aquí preocupado por el asunto. Portáte bien, Ismael, fue tu bienintencionada petición. Y bueno, no estás

autorizado a quedarte tranquilo. Me porté decididamente mal. No obstante (oh, sorpresa, Pedrito, ¿cuándo dejará de asombrarnos la naturaleza humana?), el poco razonable dueño del Douglas no se disgustó más de lo que razonablemente debió disgustarse y, para coronar el asunto, un importante (creo, si mal no recuerdo, que también le endilgó el adjetivo de *poderoso*) amigo suyo quedó encantado conmigo y, por supuesto, con Susy, quien esa noche (¡otra sorpresa, Pedrito!) cantó con envidiable corrección. Todo esto fue suficiente para que el astuto de Anselmi nos enviara velozmente a la mesa del fulano donde trabamos relación con un tal arquitecto Alejandro Salas (adivinaste: ni más ni menos que el importante y poderoso fulano) y dos sobrinos suyos de aspecto deportivo, sólidos, acentuadamente jóvenes y mellizos, sí, Pedrito, más igualitos que dos gotas de agua, según se dice en estos casos. Bebimos moderadamente, conversamos moderadamente, los tres miraron inmoderadamente a Susy y el poderoso fulano (o si preferís: el arquitecto Alejandro Salas) nos invitó a conocer su casa el próximo sábado y darnos un baño en su seguramente formidable piscina. Aceptamos.

Y no hay más, Pedrito. Así fue mi debut en el Douglas. Convengamos que pudo haber sido peor.

Apenas tenga las primeras páginas de *El primo Matías* te las mando. Es posible que hoy mismo empiece a trabajar. Serpientes de por medio. Chau.

ISMAEL.

—Mucho gusto y felicitaciones —dijo en apretada síntesis el arquitecto Alejandro Salas estrechando mi mano y besando la de Susy. Fue imposible no pensar que caballeros así debían quedar pocos en el mundo.

La mesa en que estaba ubicado era sin duda la mejor del boliche, asépticamente alejada de las demás (aunque sin perder por eso una espléndida visión del escenario), amplia, con un pequeño pero sólido velador y un florero con tres orquídeas, ni una más ni una menos, tal como le hubiera gustado a Hegel.

—Estos dos jovencitos son sobrinos míos —dijo de inmediato señalando a un par de muchachones (veinte o veintidós años, por ahí) del tipo cuatro horas de tenis, dos de natación, una de box y dos de rugby por día, con mucho sol y gaseosas. Cuando los miré mejor advertí algo extraño: eran idénticos.

—Sí —sonrió Salas, acostumbrado sin duda a esta situación—, son mellizos. Se llaman Sergio y Leonardo.

—Cantás muy bien —dijo uno de ellos (¿Sergio o Leonardo?) besando a Susy en la mejilla—. Me gustó mucho todo lo que hiciste.

Rápido el pendejo.

—¿Con qué podemos invitarlos? —preguntó Salas luciendo unos dientes blancos, parejos y confiables, nada que ver con el afiche de *Tiburón*.

—*Whisky* —dije yo—. Siempre pedimos *whisky*.

Salas, por supuesto, encargó Chivas. No era precisamente un *gentleman*, los dedos de sus manos eran gruesos, tenía una voz fuerte y una acentuada ronquera, era alto y pesado, no digo gordo, pero sí robusto y seguramente lento y algo torpe en sus movimientos. Daba la impresión de ser uno de esos tipos que se hicieron de abajo, un *self made* man criollo, muzzarella con faina a los dieciocho y caviar a los cincuenta, algo así. En cuanto a la edad, creo que estaba justamente en la del caviar, cincuenta.

—Nos entusiasmó tanto lo de ustedes —dijo—, que no pude dejar de pedirle al amigo Anselmi que los invitara a la mesa. Realmente, y perdonen que insista, los felicito.

¿Era para tanto?

—Muchas gracias —dijo Susy, creyéndole de todo corazón.

—Lo que usted dijo puede haberle caído mal a algunos —dijo Salas apoyando una mano en mi brazo, gesto que debió haber pasado buena parte de su vida estudiando porque lo hizo muy bien y era tan acorde con su persona como las canas que lucía en sus sienes—. Algo duro, sin duda. Pero certero. Certero y talentoso.

—A su amigo Anselmi no le pareció tan así —dije mientras encendía un cigarrillo y como quien larga una frasecita sin importancia, al descuido.

Salas sonrió.

—Claro, él es el dueño del local. Yo no tengo ese problema. Pero no le haga caso,

usted siga en lo suyo.

Trajeron el Chivas. Salas dijo algunas intrascendencias más mientras servía. Porque, claro está, era él quien tenía que servir. La sonrisa que le obsequió a Susy cuando le alcanzó el vaso fue antológica: suave y galante pero con un indisimulable destello de lascivia. Comenzaba a parecerse al afiche de *Tiburón*. Miré a uno de los mellizos. Pregunté:

—¿Ese lunar que tenés en la mejilla es verdadero o te lo pintás?

Sergio o Leonardo enrojeció y (¿habrá sido mi imaginación?) apretó con más fuerza el vaso de *whisky*.

—Se lo pinta —intervino Salas todavía con la sonrisa puesta—. Es uno de los recursos que utiliza Sergio para diferenciarse de Leonardo.

Entonces el del lunar era Sergio. No estaba de más saberlo.

—¿Y para qué quieren diferenciarse? —intervino Susy—. Debe ser requetedivertido parecerse así, tanto, tanto, y poder confundir a la gente, jugar a que un día uno es el otro y el otro es uno y todo eso, ¿no?

—Supongo que sí —contestó Salas. Y mirando a Sergio, con leve pero perceptible ironía agregó—: Por eso, a veces pienso que Sergio no se pinta el lunar para diferenciarse de Leonardo, sino nada más que porque le gusta.

Leonardo lanzó una franca, absoluta carcajada. Salas sonrió apenas. Susy y yo bebimos nuestro *whisky*. Sergio enrojeció, miró a Leonardo, a Salas y dijo:

—Váyanse a la mierda.

Se puso de pie.

—Buenas noches. Fue un placer —dijo dirigiéndose a Susy y a mí.

Y se fue.

Salas se inclinó hacia Susy.

—¿Quiere más *whisky*? —preguntó.

Susy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Se habrá enojado mucho? —preguntó.

—¿Quién? ¿Sergio? —Salas se encogió de hombros con estudiada indiferencia—. No sé, no creo. De todos modos, se portó como un bruto. Le pido que lo disculpe. Es un chico algo impulsivo. Sus emociones pueden siempre más que él.

—Ni más ni menos —dijo Leonardo, enigmático—. Ni más ni menos.

Salas lo miró.

—Nadie pidió tu opinión —dijo.

Leonardo sepultó su mirada en el fondo del vaso de *whisky*. Tuve la certeza de que no iba a pronunciar una palabra más en toda la noche.

Susy acomodó las tres orquídeas del florerito, acción notoriamente innecesaria. Las dejó, por otra parte, casi como estaban, ya que era imposible hacer algo distinto con ellas. Yo descubrí entonces que tenía muchas ganas de levantarme y rajar de allí. No me había gustado la situación precedente: ni la violenta y repentina reacción y fuga de Sergio, ni las misteriosas ironías de Leonardo ni la fingida indiferencia de

Salas. ¿Qué era lo que verdaderamente ocurría entre ese poderoso tío y sus sobrinos? Porque era imposible engañarse: debía existir mucha bronca acumulada para que Sergio reaccionara como lo hizo. Mucha, mucha bronca.

Pero, en fin, vaya uno a saber. Pensé en Anselmi, en el empleo, hasta en Pedrito pensé y me aguanté las ganas de plantarlo a Salas, acción que lo habría indignado pues continuaba hablando como si nada hubiese ocurrido.

—Estoy aquí por unos días —decía ahora—. Tengo campos en estas zonas. Más campos de los que me gustaría tener y lleva tiempo atenderlos.

Pobre.

Ni Susy ni yo dijimos nada. Terminó su *whisky* y decidió probar suerte con otro tema. Miró a Susy.

—¿Siempre canta este tipo de canciones? —preguntó.

—¿Cuáles?

Susy era decididamente demoledora contestando estas preguntas.

—Como las de esta noche —aclaró Salas.

—No, no siempre.

Y nada más.

Silencio.

—Ajá —hizo Salas.

Y se sirvió otro *whisky*.

Me revolví inquieto en la silla. No sé por qué, pero no conseguía resignarme a que el episodio de Sergio se diluyera así, como si nada. Qué joder, hay que aceptarse: no es mi estilo permitir que esas cosas ocurran. Resolví meter la cuchara, le gustase o no a Salas, a Anselmi o al mismísimo Pedrito. Dije:

—Qué lástima lo del chico, ¿no?

—¿Qué chico? —preguntó Salas.

—Sergio, su sobrino.

Volvió a apoyar su mano en mi brazo, pero con más fuerza esta vez. No tuvo nada que ver con el gesto anterior: fue casi una amenaza.

—Escuche, Navarro, olvídense del asunto, quiere. Ya pasó.

Retiré mi brazo.

—Le juro que me resulta difícil hacerlo —dije—. Me siento culpable. Al fin y al cabo, si yo no le hubiese preguntado por el bendito lunar, no habría pasado nada.

Salas sonrió abiertamente.

—Es cierto —dijo—. Usted encendió la mecha. No puede con su genio, ¿eh, Navarro? Porque le aseguro que para Sergio esa pregunta tenía dinamita. Más dinamita que todo el discurso que le escuchó decir desde el piano. Y le apuesto algo: usted lo sabía. ¿O me equivoco?

Cretino. También él era experto en eso de poner la cuchara.

—Se equivoca —mentí—. Pregunté por curiosidad nomás.

No me quedaba otra: batirme en retirada. Salas volvió a sonreír, volvió a colocar

su mano en mi brazo (pero como la primera vez ahora, fraternalmente) y dijo:

—Insisto, Navarro. Olvidemos el asunto. Usted también, Susy. No pasó nada aquí. Sergio tiene su temperamento y eso es todo. Pero nos queremos mucho los tres. Sergio, Leonardo y yo. Son mis más eficientes colaboradores. Un poco jóvenes, es cierto, pero les aseguro que en nadie confío más que en ellos. —Se dirigió a Leonardo y preguntó—: ¿Cómo podemos evitar que el amigo Navarro siga sintiéndose culpable por lo que pasó esta noche?

—No sé —dijo secamente Leonardo.

Salas tomó un generoso trago de *whisky*, apoyó con fuerza el vaso sobre la mesa, como si estuviera golpeando un gong, y anunció:

—Tengo la solución. —Se inclinó hacia nosotros, nos señaló con el índice y dijo —: Los comprometo a visitar mi casa este sábado. Quiero que nos vuelvan a ver juntos a Sergio, a Leonardo y a mí. ¿Se da cuenta, Navarro? Solamente así va a poder sacudirse su culpa. Y, además, Susy aprovechará sin duda para bañarse en la maravillosa piscina que tengo en el parque. Y después vamos a comer, a tomar buen vino y hasta a bailar un poco. ¿Qué tal la idea?

¿Qué podía decirle?

—Muy buena —eso dije.

Insistió:

—Y otra cosa: tengo un piano de película en la sala. Lo está esperando a usted, Navarro.

Dios mío, ¿era posible tanta felicidad?

Media hora más tarde salíamos juntos del boliche. Salas se ofreció para llevarnos hasta Mogotes en su coche.

—Es aquél —dijo señalando un obvio e insultante Mercedes azul.

—Qué hermoso —dijo Susy, y hasta creo que suspiró.

—Uno debe sentirse verdaderamente importante cuando entra en un coche así — comenté.

—Me pasa todas las mañanas —dijo Salas—. No lo puedo evitar.

—No es culpa suya. Para eso los hacen. Bueno, aquí nos separamos.

Pareció sorprenderse.

—¿No los llevo, entonces?

—No es necesario —contesté—. Tenemos nuestro auto. Es aquél.

Señalé el Citroën.

—Hum —hizo Salas.

—Sí, es horrible —dije—. Pero económico: quinientos kilómetros con veinte litros de nafta, un vaso de agua y viento a favor. Le aseguro que si uno no se siente verdaderamente importante *antes* de entrar en ese coche, una vez adentro se hace difícil.

—Bueno —sonrió Salas—, pero ustedes son artistas. No necesitan coches como el mío.

—Desde luego —accedí—. Asco nos da la plata, créame.

Salas amplió su sonrisa y apoyó una mano en mi hombro.

—Me gusta su estilo, Navarro —dijo como si estuviera filmando una serie para Republic Pictures—. No deje de venir a visitarnos el sábado.

Estrechó mi mano y besó a Susy.

—Los espero —dijo.

Nos despedimos.

Matías no era solamente el mayor de mis primos, sino también el más perverso. Aunque esto lo descubrí más tarde, entre la sorpresa y el miedo, en un baldío de Coronel Pringles, nuestro pueblo, durante una de esas siestas aplanadas por el sol, cuando lo encontré abriendo el pecho de un gato con el cortaplumas que el día anterior le había regalado para su cumpleaños. Me miró y descubrí en su rostro una salvaje, irrefrenable expresión de placer. Él tenía trece años y yo nueve. Ese día conocí el miedo.

Pero esto, lo he dicho, vino después. Porque lo primero que descubrí de Matías, y lo que hizo de mí su ineludible compañero, fue su imaginación, su mágica habilidad para inventar historias, juegos, acertijos, mundos inexistentes y maravillosos. Era capaz de hablar durante horas, y yo de escucharlo. Por él conocí la infinita fascinación de los tesoros escondidos, de las islas remotas, de la piratería cruel y aventurera. Por él conocí la habilidad de los espadachines, los misterios de las alcobas reales, la perversidad de esas hermosas y elegantes mujeres que llevaban veneno en sus anillos.

También por él, y mucho más por él que por las viejas películas que proyectaban en el cine de mi pueblo, descubrí el oeste americano, las grandes plumas y las pinturas de guerra de los indios, las vertiginosas cabalgatas de los vaqueros, la lentitud y fragilidad de las diligencias, y, sobre todo, el unánime coraje de ese sheriff que, desoyendo las razones de su esposa y de todas las gentes de su pueblo, se quedaba allí, solo, esperando a los cuatro asesinos que llegaban a matarlo en el tren del mediodía.

Conocí todo esto a través de Matías. ¿Hubiera sido posible no quererlo, no entregarme a él del modo en que lo hice?

Éramos una familia numerosa, con almuerzos los domingos y bulliciosos bailes los sábados por la noche en casa de tía Etelvina, que era tan alegre y sabía tantos chistes que los mayores se cuentan entre ellos, después de alejar a los chicos con órdenes terminantes, a menudo violentas. No sé si necesito decirlo: yo odiaba a tía Etelvina. Y no solamente a ella, a los demás también, porque se ponían rojos por el vino, se hinchaban con la comida, bailaban grotescamente, decían groserías y hasta a veces se quedaban dormidos en una silla o en un sofá, con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta. Eran los mayores, y nada se podía hacer contra ellos.

Mis primos, que tenían casi todos mi misma edad, aceptaban todo eso como algo natural, y querían y admiraban a tía Etelvina, tan pícaro y despierta que era ella. Y los sábados, cuando los bailes, le llevaban regalos y se quedaban a su lado hasta que ella los despedía, siempre sonriendo pero con inapelable decisión, para comenzar con sus chistes. Y mis primos aceptaban, sin dejar de quererla ni admirarla por eso, y se iban al patio del fondo donde empezaban a jugar a la pelota, a correr, a gritar, a ponerse rojos, a insultarse, a parecerse cada vez más a los mayores que alguna vez

también ellos serían. Y yo, entonces, me quedaba solo, y los odiaba, tanto o más que a los otros.

Alguna vez pedí a mis padres que nunca más me llevaran a esas fiestas. Me miraron con sorpresa y respondieron que no, sencillamente. Así eran de fáciles las cosas para los grandes. Aunque pude, creo, comprenderlos: éramos apenas nosotros tres en casa, y frecuentemente ellos se sentían solos. No tuvieron otro hijo más que yo. Desconozco el motivo, pero, por fugaces conversaciones que llegué a escuchar desde mi dormitorio, parece que en cierta oportunidad, no mucho después de mi nacimiento, un médico dijo algo que consiguió asustar mucho a mi madre, y ella decidió entonces no arriesgarse otra vez y quedé yo como su único hijo.

Me llamó Ruperto, nombre que acentuó mi congénita timidez y del que nunca pude dejar de avergonzarme.

Éramos solamente tres en casa: ¿cómo no ir entonces a las fiestas de tía Etelvina, donde había tanta gente, y era posible reír, y comer, y tomar, y bailar y escuchar esos chistes que divertían a todos, menos a los chicos, a todos?

Matías era más afortunado que yo. Y no solamente porque tenía dos hermanos (aunque, según descubrí después, apenas hablaba con ellos, pues eran más chicos, algo atolondrados e infinitamente menos inteligentes que él), sino porque sus padres estaban peleados con tía Etelvina y, en consecuencia, jamás concurrían a sus horribles reuniones. Eran los únicos de la familia que se atrevían a semejante desaire. Cuando le pregunté a Matías por las causas de la pelea que había originado tal actitud, evitó responderme y continuó hablando de sus temas predilectos: el mar, las islas de coral, las llanuras rocosas del oeste o los lujosos interiores de los castillos góticos. Al instante, yo estaba poseído por esa magia, pendiente de sus palabras, absorto, y había olvidado a tía Etelvina, a mis otros tíos, a mis primos, y a todas las cosas de este mundo que me disgustaban o atemorizaban.

En verano, durante las vacaciones (época en la cual nuestra relación se volvía más intensa y libre), nos encontrábamos en un bosquecito ubicado a la entrada del pueblo o en un baldío que apenas dos cuadras separaban de mi casa. Allí, lo reinventábamos todo.

Allí, también, apareció el miedo.

Nos despertamos cerca del mediodía. El sol caía a plomo —es una manera de decir— sobre Corto Maltés. Bajé a la cocina y preparé mate. En una lata encontré bizcochitos de grasa. Perfecto.

No pintaba mal la cosa. Fiaca durante todo el día, decir un par de huevadas y tocar el piano a la noche y punto. Me tiré en la arena junto a Susy, decidido a dejarme achicharrar por el sol.

Después cometimos el despropósito de dormir la siesta. Y qué. Me levanté a las cinco, me lavé la cara y decidí escribir una carta a Pedro. El motivo: había imaginado de punta a rabo —es otra manera de decir— el cuento para *Historias de Crímenes e Iniquidades Varias*. El hecho se produjo mientras tomaba sol junto a Susy, mientras miraba las nubes y conceptuaba —¡oh!— sus formas grotescas, contrahechas como metáforas de los cuerpos mutilados por un laborioso destripador. Así soy yo, ni tirarme al sol en paz puedo.

Volví a la cocina y tomé un par de mates, no existe otra cosa en el mundo capaz de acentuar mi lucidez en menor tiempo. El *whisky*, quizá, pero en un sentido por completo diferente: el *whisky* es apocalíptico para mí, exagera mi capacidad —de por sí muy desarrollada— para percibir la futilidad de todas las cosas y el conclusivo afán de destrozarlas. Por dolorosa experiencia, lo sé: el lujo de no ser cauteloso con el alcohol me está vedado. Durante un año y medio de mi vida fui un alcohólico. Ocurrió cuando, en no menos de un mes, un cáncer mató (y digo bien: porque nadie se muere, porque no hay muerte natural, porque siempre hay algo que lo mata a uno, desde un cáncer a una gripe) a mi padre y un aneurisma a uno de mis amigos más cercanos y queridos. El piso se derritió bajo mis pies como un pan de manteca colocado en alguna callecita de La Rioja durante cualquier mes del verano, a las cuatro de la tarde. Así de violenta y total fue mi caída. Después descubrí, en agonía aún, que no era por la muerte de mi padre ni por la de mi amigo que me ocurría algo semejante. Cualquier cosa se tolera cuando les pasa a los demás. Era mi propia muerte la que acababa de descubrir. Es así de sencillo y terrible: la cosa termina mal. Se muera mañana o dentro de cien años, da lo mismo: se muere igual. Viva uno feliz o torturado como un cangrejo (metáfora que utilizo porque deduzco que debe ser terrible vivir condenado a caminar para atrás): se muere igual. Y ya que hablé de cangrejos: ¿no será justamente por eso que camina para atrás, para rajarle a la parca, para hacer la contraria que nosotros, para vivir volviendo eternamente al instante glorioso, inaugural del nacimiento? Puede ser. De todos modos, lo que importa es esto: nadie se salva. Así es de simple y de boludo. Porque no nos engañemos: es un tema reboludo el de la muerte. Uno termina siempre haciendo filosofía barata, o peor aún: evocando a Bécquer, a Rubén Darío o al gallego ése que le escribió las coplas a su finado viejo («nuestras vidas son los ríos que a la mierda van», no era así, pero

parecido, eh). O también haciendo filosofía cara: yo, por ejemplo, he leído a Heidegger, conozco las desventuras del *Dasein*, he padecido la traducción de Gaos, he leído a Sartre también, y sé todo cuanto hay que saber del Para-sí y del en-sí y del Otro y de la temporalidad y la trascendencia del Ego y la mar en coche. Me sirvió para levantarme un par de buenas minas en la facultad y sólo eso. Cuando lo vi morir a mi amigo no me sirvió de nada. A mí, que supe pasarme horas hablando de la finitud. Y aquí basta, porque no hay caso: la muerte es un tema idiota. Sólo que por esa idiotez viví un año y medio en curda.

Terminé el mate y fui en busca de la máquina de escribir que Pedro me había dicho encontraría en la piecita de arriba. Allí estaba. Me senté frente a ella, busqué papel y comencé a escribir: «Querido Pedro: acabo de engendrar una historia lo bastante truculenta como para ser incluida en el próximo número de *Historias de Crímenes e Iniquidades Varias*. No es sobre Jack el Destripador. Jack, insisto Pedrito, está terminado». Mi cuento habría de llamarse *El primo Matías*. Sería también la historia de un despanzurrador. Pero, al menos eso esperaba yo, con otro enfoque, algo de humor y, en lo posible, correcto estilo. Concluí la carta contándole nuestro debut en el Douglas y el encuentro con el arquitecto Salas.

Después bajé a la playa, me di un chapuzón en el mar, regresé a la piecita y empecé a escribir *El primo Matías*. Trabajé bien.

Esa noche mi actuación en el Douglas fue sobria, cautelosa y, en consecuencia, gris. No hubo monólogo. Apenas dije un par de frasecitas para presentar las canciones de Susy. Salas y los mellizos no estaban. Tampoco lo vi a Anselmi. Regresamos a Corto Maltés temprano, alrededor de la medianoche. Fuimos a la playa y caminamos un rato, abrazados y todo, junto a la orilla del mar, iluminados por una luna enorme, en silencio. (Música aquí. En lo posible: *Alguien que me cuide*, del gran George). Después nos fuimos a dormir.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, con camisa, corbata y un brillante traje azul, apareció Fernando Ortiz. Ahora sí: faltaban apenas unas horas para que decidiera transformarme en un chantajista.

Me obligó a estudiar canto, danza moderna, arte escénico. Me llevó a cuanto programa puedas imaginar. Hablaba con animadores, locutores, actores de cartel, con quien sea que él sospechara pudiese tener alguna salvadora influencia. No era un mal tipo mi viejo, Ismael. No era mejor ni peor que cualquier otro. En muchas cosas se te parecía. En el deseo de manejarme sobre todo, de decidir por mí, de estar seguro siempre de lo que más me convenía. En la capacidad para ignorarme también, para no preguntarme jamás qué era lo que yo verdaderamente quería hacer con mi vida. Claro, una cosa condicionaba la otra. Como verás, yo también sé atar cabos.

Pasaron los años sin que nada cambiara. Yo tenía casi veinte y apenas si había intervenido en un par de insignificantes programas de televisión, del tipo que vos llamarías *Si lo sabe, ladre* o *Nace otra idiota*, en dos o tres audiciones de radio con locutores almibarados, pegajosos, de esos que le hablan a la familia o a los novios y manosean a la gente, y en exactamente cuatro obras de teatro, en teatritos independientes, desde luego, de los que a vos te causan tanta gracia, Ismael, donde nadie sabe nada, pero cada uno cree que le está haciendo un favor a la cultura universal. ¿Lo dije bien? Porque la frase es tuya, lo reconozco. Como igualmente reconozco que para nada pienso sacudirme lo bueno que aprendí con vos. Es mío también, y lo tengo ganado.

Te decía, no conseguí nada durante esos años, pero conocí de todo: infelices que a las dos palabras ya me estaban proponiendo acostarme con ellos, faloperos desesperados, amorosos maricas que te aconsejan cómo peinarte para gustarle más a un poderoso fulano con quien tenés una entrevista dentro de cinco minutos, y buenos tipos también, muchos buenos tipos y buenas minas, con condiciones, con talento, buscando como buscaba yo, durante todo el santo día, inútilmente, en esa jungla.

Pero faltaba lo peor. Porque una tarde (no lo olvido nunca: hacía calor y yo estaba tomando café y leyendo una revista en mi pieza, tirada en la cama, y llevaba puestos solamente el soutien y una bombacha) mi viejo se apareció con la gran oportunidad, la puerta del éxito. «Susy querida», exclamó entrando en mi pieza, «al fin lo conseguimos». Se sentó en una silla, me miró y puso una cara rara cuando advirtió que yo estaba así, medio desnuda. Le pedí que saliera un momento para poder vestirme. Me dijo que no fuera tonta, que él era mi padre y que desde chiquitita estaba acostumbrado a verme desnuda o con poca ropa. Lo importante era otra cosa. Justamente: lo que él acababa de conseguir. Nada menos que una entrevista con Fulano de Tal de la empresa Tal. (Sé que te gustan los nombres propios, Ismael. Te voy a dar el gusto: Fulano de Tal era Sebastián Almajo. Se pegó un tiro hace cinco años). Bueno, sigo. Mi viejo reventaba de alegría. Dijo que nada iba a fallar ahora. Que Almajo estaba dispuesto a darme una buena parte en un musical que saldría al aire en no menos de un mes. Pero que yo también tenía que poner lo mío. Que según

todos comentaban, a Almajo lo trastornaban las chicas lindas y jovencitas. Que no me le negara. Que no podíamos seguir adelante sin transar un poco en este tipo de cosas. Pero claro: con alguien que valiera la pena, como Almajo, no pensara yo que mi padre me iba a autorizar a algo así con cualquiera, ni loco que se hubiera vuelto. No creas que me sorprendí. Al contrario. Hacía rato que esperaba algo semejante. Le dije, sin exaltarme, que no, que no estaba dispuesta a eso, y que no pensaba ir a ver a Almajo. La escena siguiente es digna de *La caldera del Diablo*, Ismael. Como sé que te disgusta el melodrama, te la voy a abreviar: mi viejo se me arrojó encima, furioso, empezó a manosearme, a gritarme que para qué tenía esas tetas y esas piernas si no las pensaba usar para nada, que a él no lo iba a engañar, que ninguna era más puta que yo y que si me negaba era sólo por no darle el gusto a él, por torturarlo, por tenerlo siempre a mi servicio, buscándome como un desesperado todo el día una oportunidad, y que ahora, justo ahora que al fin la encontraba, me venía a hacer la estrecha, la nena buena, como si no supiera él lo puta que era y todo eso, Ismael, todo eso y mucho más. No sé si quiso violarme. Pero estaba como loco. De pronto se detuvo, se incorporó y se arregló el nudo de la corbata. ¿Te das cuenta? El nudo de la corbata. Es increíble lo que puede hacer la gente aun dentro de las situaciones más horrendas. Después salió de la habitación y cerró la puerta.

Me mudé a casa de mis tías. Seis meses después un infarto acababa con mi viejo. Durante ese tiempo, apenas si lo vi un par de veces, siempre mal, resentido, quejumbroso y, para peor, como avergonzado ante mí, sin saber muy bien qué decirme, animándose apenas a mirarme a los ojos. Me entristece mucho recordar todo eso.

Tres meses más tarde te conocí.

Fernando Ortiz no era obeso, pero sí gordo, unívocamente gordo y pegajoso, algo entre Peter Lorre y Nero Wolfe, aunque más Peter Lorre. Le sudaban las manos, vestía mal y tenía doble papada. Su edad oscilaba entre los cuarenta y los cuarenta y cinco, más cerca de los cuarenta. Era abogado. Hizo algunas materias optativas en Filosofía y allí nos conocimos, varios años atrás, cursando juntos *Filosofía de la Historia*. Yo le expliqué mucho Hegel y él entendió poco; lo anonadaba el Espíritu absoluto. Aprobó con cuatro. Después dejamos de vernos, al menos asiduamente. Supe que ejerció su profesión, que se metió bastante en política y vivió siempre al día, contando el mango, seguramente vistiendo durante años el mismísimo traje azul con que ahora acababa de hacer su inesperada aparición en Corto Maltés.

Nos abrazamos. Nos dijimos todas las cosas que se dice la gente en casos como éste: qué hacés, qué sorpresa, qué es de tu vida, estás más gordo o más viejo o más pelado o te mantenés fenómeno y cómo hacés y etcétera. Besó a Susy, a quien conocía, y se quitó el saco.

—Está bueno esto, eh —comentó exponiendo su rostro al sol—. Es raro que haga esta temperatura en octubre. Tienen suerte, che.

—Aprovechá vos también —dije—. Vení, acompañáme a la casilla y te doy una malla. Estás un poco gordo pero no nos vas a asustar. Coraje, Fernando.

—Esperá, esperá —me atajó—. Vas demasiado rápido, Ismael. Dame tiempo. Lo miré sorprendido.

—¿Tiempo para qué?

Se encogió de hombros.

—Para encender un cigarrillo por lo menos.

Sacó uno y lo encendió.

—Escucháme —dijo—, no vine a tomar sol. No es que no me guste. Pero, bueno, no vine a eso.

—Entiendo. Y supongo que ahora tengo que preguntarte a qué viniste.

Sonrió.

—Seguís yendo rápido, Ismael. Es una historia larga. Larga y complicada. Hasta de contar es difícil. Pero, en fin, se trata de algo que quiero proponerte.

—Mirá, Fernando —dije—. Cualquier cosa menos política.

—De acuerdo. Cualquier cosa entonces.

—Así está mejor. Cualquier cosa.

Fuimos a la cocina de la casilla. Allí podríamos tomar café y, sobre todo, según dijo Fernando, no aburriríamos a Susy. Y no sé si esto le gustó o no a Susy, pero aún no había alcanzado yo a servir el primer café cuando se apareció en la puerta de la cocina, con sus ajustados *jeans* y una remerita sin-nada-detrás y dijo:

—Voy al centro a pasear un rato. Me llevo el Citroën. Chau.

Serví el café.

—¿Se habrá cabreado? —preguntó Fernando.

—Un poco. Pero no te preocupes. Susy está acostumbrada a bancarse estas cosas.

Me senté, dije:

—Bueno, Fernando, contáme primero en qué andás. ¿Te digo algo? No se te ve muy próspero. ¿Cuántos años hace que usás ese traje?

—Perdí la cuenta ya. Pero las cosas pueden cambiar, Ismael. Nunca es tarde.

—Te avisé: nada de política.

—¿Quién habló de política?

—Mirá, la palabrita cambio pronunciada por vos me huele mal. Es casi pavloviano el asunto.

—Te equivocás. De otro cambio hablo yo. Nada que ver con la política.

—Fenómeno. Empecemos de nuevo entonces: ¿en qué andás?

Apagó su cigarrillo.

—En nada sucio, viejo. Pero en nada limpio tampoco.

—No entiendo.

—Mirá, tengo una agencia de investigaciones, seguimientos y, en fin, cosas por el estilo. Es un laburo como cualquier otro.

—No te creo. Dijiste que no era limpio. Ni sucio ni limpio dijiste. Bueno, ¿qué es lo que no tiene de limpio?

—Qué se yo. Muchas cosas. Se manejan siempre asuntos un poco secretos, o extraños. Además, ninguno de tus colegas te mira con simpatía cuando te metés en algo así. Tengo dos socios, dos extaqueros. Son buenos tipos, de confianza.

—Sí, y yo soy Blancanieves.

—Como quieras. Te digo mi opinión.

—No es tu opinión, Fernando.

—Bueno, está bien. Lo admito: estoy jodido. Nunca pensé que iba a terminar ejerciendo la profesión de este modo.

—Ahora está mejor. Ya casi te creo.

—Pero la mano puede cambiar, Ismael. En serio te lo digo.

—Cómo.

Terminó el café y encendió otro cigarrillo. Hizo una larga pausa.

—Voy a contarte una historia —dijo por fin.

Puse los codos sobre la mesa, entrelacé las manos y apoyé sobre ellas el mentón.

—Dale.

—Hace unas dos semanas estaba en mi oficina, solo, tomando un café bien cargado y mirando por la ventana.

—¿Quién eras, Marlowe o Sam Spade?

—Era yo, como todo el tiempo, por desgracia.

—Seguí. Estás mirando por la ventana. ¿Qué ves?

—Un auto de novela, un Mercedes claro que estaciona en la vereda de enfrente a

la de mi oficina.

—Una rubia abre la puerta y cruza la calle.

—Carajo, sí. Una rubia abre la puerta y cruza la calle.

—A los cinco minutos está tocando el timbre de tu oficina.

—Ni más ni menos. Yo estoy solo, ya te dije. Le abro y la hago pasar.

—Es joven, bonita y millonaria.

—Ni por joda. Carga con más de cincuenta años, se maquilla bien pero tiene el cuello apergaminado y muchas pecas en las manos. Eso sí: es millonaria.

—¿Cómo lo sabés?

—Me lo dice ella. Es casi lo primero que me dice. «Mi apellido familiar es Achával Junco», así se presenta. Y agrega: «Usted nos habrá oído nombrar. Tenemos muchos campos en la provincia de Buenos Aires y en Córdoba».

—Bravo. ¿Pero qué es eso del apellido familiar? ¿Hay algún apellido que no sea familiar?

—No seas bola, Ismael. La mina está casada, tiene un nuevo apellido, pero la guita no le viene de ahí, entendés, sino de la familia, por eso se presenta con lo que llama su apellido familiar, que no es otro que el de soltera.

—Ajá. ¿Y el marido?

—El marido es un piola y un tirado. Pero tiene cinco años menos que ella, la atiende bien, le maneja toda la guita y vive a lo grande.

—¿Cómo se llama?

—Salas. Alejandro Salas. Dice que es arquitecto.

—Lo conozco.

—Ya lo sé. Por eso vine a verte. Tenemos un negocio brillante entre manos, Ismael. Si nos movemos bien, no nos para nadie.

DOS

La seducción del poder

Me serví otro café. Fernando apagó su cigarrillo. Dije:

—No nos adelantemos. Me muerdo los labios y no te pregunto nada: ni cómo sabés que conozco a Alejandro Salas, ni cuál es el gran negocio que venís a proponerme, ni qué es eso de que nadie nos para si nos movemos bien. Nada. Quiero ir por orden, Fernando. Estamos en tu oficina, mejor dicho: estás vos con la mina esa, la Achával Junco, ella acaba de decirte que tiene campos en Buenos Aires y Córdoba. Bueno, ¿cómo sigue la cosa?

—La mina me explica por qué viene a verme. Yo aprovecho para mirarla mejor. Debe de haber sido linda, muy linda, pero ahora está mal. Le tiemblan un poco las manos, enciende un cigarrillo con el pucho del otro, me pide un *whisky*. Ojo, entendéme: no está piantada ni al borde de la histeria ni nada de eso. Está insegura, eso sí, por completo.

—Vos abris un cajón de tu fichero y sacás una botella de *whisky*.

—Eso es.

—Ponés dos vasos sobre el escritorio, servís más *whisky* en el de ella que en el tuyo.

—Las dos medidas iguales. El *whisky* es bueno para mí, me ayuda a pensar y sé que necesito estar lúcido. Presiento un buen asunto en puerta.

—Seguí.

—La mina me empieza a hablar del marido. La interrumpo, le pregunto si alguien la derivó a mí o simplemente sacó la dirección de la guía. De la guía, dice. No sé si creerle, pero no importa.

—¿Para qué se lo preguntás, entonces?

—Es un vicio. Me gusta darme importancia preguntándole a los clientes si alguien los derivó a mí. Tomo un buen trago de *whisky* y le digo que continúe con su relato.

—Sos el dueño de la situación.

—Así es. Porque ella está nerviosa y necesita de mí. Vuelve a hablar del marido entonces. Que es un tipo joven, cuarenta y cuatro años apenas, fuerte, decidido y audaz en los negocios. Le pregunto si es un hombre de fortuna. Contesta que no. Que es arquitecto, aunque nunca ejerció su profesión, y que todos los bienes que maneja son propiedad de ella. O mejor dicho: de la sociedad anónima familiar cuyo paquete accionario mayoritario le pertenece a ella. ¿Está claro?

—Clarísimo: la manija la tiene la mina y punto.

—Exacto. Pero no minimicemos el papel del marido. Salas es hábil. Ha manejado bien las cosas, incrementó las ganancias de la sociedad y está lleno de contactos. Es casi un tipo prestigioso en el mundo de las finanzas. Pero su vida pende de un hilo. Una sola macana que le haga a su querida esposa y chau, al foso.

—Para su desgracia, ella es mayor, envejece con mortal rapidez y los celos la corren.

—Como verás, todo previsible. Sigo. Ella termina su *whisky* y me pide otro. Obedezco. Ahora continúa hablando del marido. Sospecha de él. Lo dice en voz baja, como avergonzada. Cree que la engaña. No en los negocios, me aclara, pero sí en otras cosas. Sin mucha delicadeza (soy abogado, Ismael), le pregunto: «Señora, ¿usted cree que su marido la engaña con otras mujeres?». Dice que sí. Que está casi segura, que lo siente menos afectuoso que antes, más lejano, que olvida reservarse tiempo para ella, que le hace pocos regalos y qué sé yo cuántas cosas más. En resumen: sí, cree que hay otra mujer, o varias.

—Y quiere que vos lo averigües.

—En efecto: a eso vino.

—¿Honorarios?

—Son buenos. Aunque eso es lo que menos importa, Ismael. El negocio está en otra parte.

—Salas.

—Salas. Pero no es fácil la cosa. Porque el punto es hábil. Mirá, no fue por su culpa, estoy seguro, que la Achával Junco empezó a delirar con el asunto de los celos. No creo que el tipo la haya descuidado. Pero la mina tiene ya cincuenta pirulos y la menopausia le habrá chiflado el moño para ese lado, corréte la fija. Y esas cosas no las puede manejar nadie. Ni siquiera Salas. Pero (y aquí está lo difícil, Ismael) esto no quiere decir que Salas la esté corneando. Ni por joda, viejo. Salas está en los mangos, no en las mujeres.

—¿Cómo lo sabés?

—Llevo trece días ocupándome del caso y llevo diez en Mar del Plata siguiendo a Salas. No necesito más. Lo sé.

—¿Qué hace Salas en Mar del Plata?

—Negocios. Pero claro: la Achával Junco sospecha que anda en otra cosa, que tiene un harén por aquí o algo parecido. Mientras tanto, está en Buenos Aires y espera noticias mías.

—Ajá. Ya casi no necesito preguntarte cómo sabías que conocíamos a Salas.

—No lo hagas. Yo estaba en el Douglas, trezado con una mina en un rincón bien oscuro, la noche que los invitó a su mesa. Después los vi salir juntos.

—Perfecto. También era obvio que si en algún lugar habrías de encontrarme, sería aquí en el balneario de Pedro.

—Obvio.

—Una sola pregunta: ¿por qué dejaste pasar un día?

—No lo dejé pasar. Lo aproveché muy bien con la mina esa, la del rincón en el Douglas. A la noche nos peleamos. Pero fue un día maravilloso.

—Gordo puerco. ¿Caliente más café?

—Dale.

Porque en forma lenta, imperceptible a veces, pero clara y evidente otras, Matías comenzó a cambiar. Fue el brillo de su mirada primero, que se hizo más intenso, como si tuviese la vista siempre fija en un único, obsesivo objeto. Fueron sus narraciones después, sus deslumbrantes historias, que se fueron espaciando, diluyendo, como si ya no le produjeran el profundo placer que sentía antes al contarlas. Y fue, finalmente, el sonido de su voz, que se hizo más grave, más duro y seco, y no porque estuviese ya por cumplir trece años, sino porque parecía haber perdido por completo la alegría de vivir.

No dejó de encontrarse conmigo en el bosquecito ni en el baldío cercano a mi casa. No me abandonó, no traicionó nuestra amistad. Pero a mí ya no me fue posible estar junto a él con la tranquilidad y el placer de antes. Lo escuché hablar de cosas extrañas. Comenzó a contarme atroces pesadillas que lo atormentaban. Apenas si lograba dormir dos o tres horas por noche. Soñaba, me confesó, con animales e insectos. Con gatos que crecían y crecían ante su espanto y su impotencia, hasta convertirse en feroces, voraces panteras. Con moscas, cucarachas y tarántulas de innumerables patas que terminaban siempre saltando hacia su rostro. Desconocía por completo el origen de tales sueños, el siniestro elemento de la realidad capaz de provocarlos. Con la mirada fija, obstinada, con su afiebrada transpiración brillándole en la frente, comenzó a decir: «Hay que investigar, hay que investigar». Y yo, a su lado, permanecía en silencio, sin poder ayudarlo, sin siquiera poder decirle cuánto sufría por él, o que sería capaz de hacer cualquier cosa, de entregar mi vida incluso, con tal de que volviese a ser el de antes, el maravilloso primo Matías.

Fue durante esos días cuando cumplió sus trece años. Me confesó (con dolor o con rabia, no puedo precisarlo bien) que había rechazado el ofrecimiento de sus padres de hacerle una fiesta. «No tengo nada que festejar», dijo. Le pedí (y mi pedido fue casi una imploración) que me permitiera regalarle algo. Se negó. Mi desasosiego fue total. El me había enseñado a creer en la magia de las cosas y el poder de la amistad, y yo, fielmente, pensaba que un regalo mío podría rescatarlo del aciago universo en que ahora vivía. O al menos, aliviar enormemente su dolor. Insistí, y volvió a negarse.

Estábamos en el bosquecito. Los altos árboles nos protegían del sol abrasador de la siesta. Me senté sobre la tierra, hundí mi rostro entre las manos y comencé a llorar. Es preciso recordarlo: yo tenía nueve años. Matías apoyó una mano sobre mi hombro y dijo que no hiciera eso, que no era de hombres. Lo miré entonces y le pregunté si acaso era de hombres rechazar el regalo de un amigo. Sonrió —o estuvo a punto de hacerlo— y dijo que si tanto era lo que eso me hacía sufrir, aceptaba el regalo. Me puse de pie y lleno de felicidad le dije que me pidiera lo que más deseara en el mundo, porque yo habría de conseguirlo para él. Una sombra cruzó su rostro,

giró su cuerpo hasta quedar de espaldas a mí y dijo: «Quiero un cortaplumas». Simplemente.

Dos días después, en la fecha exacta de su cumpleaños, yo depositaba entre sus manos el más hermoso cortaplumas que había encontrado en las ferreterías y tiendas de nuestro pueblo. Lo hice como quien entrega un talismán capaz de trocar la desdicha en felicidad, el sufrimiento en goce ilimitado. Así de total era mi esperanza, o mi ingenuidad.

Lo busqué la tarde siguiente y lo encontré en el baldío cercano a mi casa. Estaba inclinado sobre una roca, acababa de descuartizar un gato y la hoja del cortaplumas era una sangrienta prolongación de su puño derecho. Me miró y dijo: «Tengo que investigar, andáte y dejáme en paz». Había en su rostro una salvaje, irrefrenable expresión de placer. Lo he dicho: ese día conocí el miedo.

—Hacés buen café —dice Fernando sonriendo—. No es fácil. Y a propósito, ¿te acordás cuando me explicabas Hegel en aquel bar del Once?

—Sólo la muerte borra esos recuerdos, Fernando.

Sacude con pesadumbre su cabeza. Dice:

—La *Fenomenología del Espíritu* fue un escollo insalvable en mi vida.

—No te preocupes, en la de muchos otros también.

Sirvo más café en mi taza y enciendo otro cigarrillo.

—Pero los recuerdos los dejamos para después, *Ferni* —digo con afectuosa firmeza y nombrándolo (casi sin darme cuenta). *Ferni*, como en aquellos viejos tiempos en que descifrábamos la *Fenomenología*—. Ahora seguí con lo tuyo. Me juego lo que no tengo a que todavía falta lo mejor.

—Jugátelo tranquilo.

—Bueno, metéle entonces. Vovemos a tu oficina. Contáme cómo se despide de vos la Achával Junco.

—Como una dama, lo reconozco. La mina, aunque desesperada, tiene clase, Ismael. Es algo que le sale de adentro, que no necesitó aprenderlo, sino que lo trajo con ella al mundo. Ya sé, no me lo digas: me fascina la oligarquía.

—Nada seduce más que el enemigo, *Ferni*. Seguí.

—La acompaño hasta la puerta. Pero ella se detiene antes y me mira. Ahí me doy cuenta de algo: además de clase, esta mina tiene furia, Ismael, una furia contenida capaz de arrasar con cualquier cosa. «Haga bien su trabajo», me dice. «Es mucho lo que se juega para mí en todo esto». Y se va.

—Telón.

—Apenas fin del primer cuadro. Porque la cosa continúa. Y se pone mejor.

—No lo dudo. Han de haber sido miles las ideas que tu cabeza de viejo filibustero elaboró después de la entrevista.

—Sí, aunque todas terminan apuntado a un solo personaje.

—Salas.

Fernando da un golpe sobre la mesa y se pone bruscamente de pie.

—Me vuelve loco ese tipo, Ismael. Es un gigante con pies de barro. Son inimaginables las cosas que se le pueden sacar.

Vuelve a sentarse.

—Dame otro café —dice.

—Esperá que lo caliento.

Me señala con el índice, como si fuera a fusilarme.

—Tenés que seguirme en ésta, Ismael —dice—. No te me podés echar atrás.

Enciendo el fuego y coloco la cafetera encima.

—Escucháme, Fernando. No te adelantés. Dijiste que faltaba lo mejor y todavía

estoy esperando.

—Lo mejor es Salas, gil. ¿O me vas a decir que no te diste cuenta?

—De entrada. Pero sos vos el que tiene que decir por qué. Sos vos el que está laburando en esto desde hace dos semanas, no yo.

—Bien. Al grano, entonces. Voy a hablarte de Salas. Primero: es un tipo inteligente, hábil. Maneja cualquier guita, tiene prestigio y contactos. Segundo: no tiene un mango, toda la guita que maneja es de la mujer. Tercero: tiene una mujer enferma de celos, que contrata un oscuro abogado para que lo vigile. Cuarto: está en Mar del Plata y lleva una vida intachable. Vive consagrado a los negocios. Tiene dos sobrinos, mellizos, de los que no se separa nunca. Quinto: anteayer, por primera vez, sale de noche. Va a un boliche bailable de nombre Douglas, acompañado, como siempre, por sus sobrinos. El propietario del lugar se llama Anselmi y es conocido suyo. Quizá tengan algunos negocios juntos. Sexto: en el Douglas actúan un pianista y una cantante. El se llama Ismael Navarro y ella Susy Rivas. Salas los escucha con gran atención y después los invita a su mesa. Séptimo: encarga *whisky* del mejor, Chivas, si no me equivoco, y tiene un incidente con uno de los mellizos. Octavo: Ismael Navarro y Susy Rivas no pueden evitar sentirse incómodos por el incidente. Salas los tranquiliza restándole importancia. Noveno: Salas mira a Susy Rivas. Décimo: Salas sigue mirando a Susy Rivas, y la mira como no ha mirado a ninguna mujer desde que este oscuro abogado le sigue los pasos por encargo de su esposa. Es todo.

Saco la cafetera del fuego y sirvo café en la taza de Fernando. Me siento. Me rasco la cabeza y enciendo un cigarrillo. Vuelvo a ponerme de pie, busco la cafetera y sirvo café para mí. Miro a Fernando. Digo:

—Susy no va a querer.

—No sabés. Es mucha guita.

—No va a querer. La conozco.

—Nadie conoce a nadie. Proponéselo y vemos qué pasa. Es mucha guita, Ismael.

—¿Cuánta?

—Toda la que maneja Salas. El límite lo ponemos nosotros.

Termino el café. Siento deseos de pegarle un puñetazo a Fernando. Sin embargo, digo:

—Salas nos invitó a su casa para este sábado.

—Perfecto. Vive en Los Troncos, en un chalet hermoso con una pileta de locura. Decíle a Susy que lleve la misma tanga que tenía puesta esta tarde.

—Sos un hijo de puta.

—Somos dos.

Permanecemos en silencio durante un prolongado, interminable minuto. Fernando apoya una mano sobre mi brazo.

—Escucháme, Ismael. El día siguiente a la noche que te encontré en el Douglas, no estuve con ninguna mina. Estuve solo, encerrado en la habitación de mi hotel,

mirando el techo y pensando todo el tiempo en este asunto. Me faltaba coraje para venir a verte.

—Mentís, cretino.

—Te juro que no. A mí tampoco me gusta el asunto. Tiene un nombre feo. Pero, si lo pensás bien, ¿por qué no? Carajo, Ismael, ¿por qué no?

—Por Susy.

—Lo de Susy es mínimo. Tan mínimo como lo que necesita la Achával Junco para convencerse de que Salas la cornea.

—Por mí.

—¿Por vos?

—No soy un chantajista.

Fernando sonrío divertido.

—Tampoco eras un pianista antes de sentarte a un piano.

Me pongo de pie y miro por la ventana. La arena debe estar caliente aún. El mar es infinito y azul. Miro a Fernando.

—De acuerdo —digo.

Tenías veintiocho años, Ismael, y eras fascinante. Nunca había escuchado a nadie hablar como vos. Ningún tema te era ajeno y podías recrearlo todo: la filosofía, la política, el cine, la música. Cuando ahora leí las primeras páginas de *El primo Matías*, comprendí que mi embobamiento con vos sólo fue comparable al que inicialmente siente Ruperto por Matías. Vos fuiste mi primo Matías. Por vos descubrí la música grande, las grandes ideas y el cine, sí, especialmente del cine. ¿Cuántas películas de los años cuarenta y cincuenta me hiciste ver? Te apasionaban los villanos. Eras capaz de pasarte horas hablándome de Bela Lugosi, Peter Lorre, James Cagney, Bogart y los demás, los del cincuenta, sobre todo Richard Widmark, riendo históricamente mientras tiraba a esa viejita paralítica por la escalera. Te enloquecía esa escena. Vimos más de diez veces *El beso de la muerte* y *Siniestra obsesión*.

Pero no voy a contarte nuestra historia. Los hechos, al menos, los conocés. Durante diez años viví a través de vos. Era fácil y me gustaba. Eso era para mí el amor. Para vos todo era distinto. Tenías tus amigos, la literatura, la música y la política. Te creías destinado a grandes cosas. Después vinieron los fracasos. Algunos —los de tu generación— te voy a ahorrar el dolor de recordarlos. Otros, son de tu absoluta propiedad: descubrir que no eras un gran pianista, ni un gran escritor ni seguramente *nada* grande: Todo eso te volteó. Y por fin, el descubrimiento de la muerte (hecho que habías logrado negar hasta más allá de los treinta años) te entregó a la bebida. Y allí estuve yo, no lo olvides, día tras día, durante casi un año y medio, ayudando a recuperarte.

Y te recuperaste, cómo no. No volviste a ser el de antes, pero no perdiste tu humor, sólo que lo transformaste en una mueca hiriente, corrosiva y desesperanzada. Todo eso (era previsible) se volcó sobre mí y casi llegaste a convencerme de mi total nulidad: yo era apenas bonita, pero irremediabilmente superficial y sólo mediocre como cantante. Lo único que podía enorgullecirme era ser tu mujer. No nos casamos ni tuvimos hijos. Lo sabés: yo lo hubiese querido.

Hay cosas, fijáte bien, que quizá sean mínimas. Pero que terminan por decidirla a una por completo. Creo que terminé con vos la tarde que Fernando Ortiz llegó a Corto Maltés. Cuando se fueron solos a la cocina y me abandonaron allí, en la playa, para no aburrirme, como dijo Fernando. Qué bronca, Ismael. En serio: qué bronca. Otra vez vos y tus amigos. Otra vez alejándote de mí para hablar de «cuestiones importantes», de ésas de las que das por seguro yo no entiendo un pito. No aburramos a la tontita de Susy. Ella está para otra cosa, para broncearse el culito, para preparar café, a lo sumo, para cantar mal, «equivocando los tonos», como te gusta tanto decir.

Y bueno, querido, ¿sabés qué hice? Me puse un *jean*, una remerita liviana sin nada abajo, subí al Citroën y lo fui a visitar a Salas. Yo solita, ¿qué te parece? Le

hubieras visto la cara cuando me vio llegar: una indescriptible mezcla de asombro y calentura.

Empezaba mi historia, Ismael. Y si algo tenía decidido desde un comienzo, era no concederte ningún papel en ella.

Tal como lo oís.

Estamos sentados en la arena. Son las siete de la tarde. Anochece. Fernando dice:

—Sabía que nos íbamos a entender.

—Falta Susy todavía.

—Susy va a estar de acuerdo. Dalo por seguro. El problema ahora es ver cómo lo hacemos.

Recuerdo una película norteamericana de los años 50. Digo:

—Sabemos por qué, pero no sabemos cómo.

—Algo así —dice Fernando.

Gary Cooper, Richard Widmark y Susan Hayward huyen por un desfiladero perseguidos por los indios. Son los instantes finales, culminantes del film. Llegan a una curva donde el sendero rocalloso se estrecha considerablemente. Si uno de los tres permanece allí y enfrenta a tiros a la indiada, los otros tendrán tiempo de salvarse. Los dos hombres resuelven dirimir la cuestión entre ellos, jugándose su suerte a las cartas: aquel que gane huirá con la mujer; quien pierda enfrentará a los indios y entregará su vida en tal empeño. Widmark extrae un mazo de cartas y sonrío: no es casual que se muestre confiado, ha vivido como tahúr durante toda su vida y no le preocupa entregar su destino a los naipes. Cooper desconfía, pero es tarde, pues ya ha aceptado que las cosas sean de ese modo. Juegan y pierde Widmark, el tahúr. Cooper y Susan Hayward montan en sus cabalgaduras y huyen velozmente. Widmark extrae su rifle y se dispone a enfrentar a la indiada, ya cercana. El hombre y la mujer llegan al valle y se detienen. Escuchan los disparos. Cooper comprende y dice: «Fui un estúpido. ¿Cómo no me di cuenta? El trampeó en el juego y perdió a propósito para que nosotros nos salváramos. Tengo que volver a su lado y ayudarlo». La mujer dice: «Está totalmente rodeado por los indios. ¿Cómo vas a hacerlo?». Cooper responde: «No sé cómo, pero sé por qué». La película se llamaba *Jardín del mal*. Jamás olvidé esa escena: era una hermosa mentira.

—La cuestión de cómo hacerlo —escucho ahora a Fernando— va a ir saliendo sola. No vayamos más rápido de lo que hay que ir. Vos hablá primero con Susy. Después, el sábado, te vas a lo de Salas. Y ahí vemos cómo pinta la cosa. ¿Estamos?

Digo que sí, que estamos. Fernando mira su reloj.

—Es tarde, che —dice—. Me voy. Estoy en el hotel Regius. ¿Lo conocés?

—Sí.

—Cualquier cosa, el teléfono está en guía. Raro que no haya vuelto Susy, ¿no? Me hubiera gustado verla de nuevo. Para mí que se cabreó.

—No, Fernando, para nada. Quedáte tranquilo.

—Bueno, ¿cuándo nos vemos?

—Yo voy a hablar con Susy mañana a la mañana.

—Entonces a la tarde estoy aquí. Y traigo una botella de *whisky* para festejar.

—¿Festejar qué?

Me guiña un ojo.

—El comienzo de la aventura.

Lo acompaño hasta su coche. Tiene un Fiat 600 vaya uno a saber qué modelo.

—¿Anda esto? —pregunto.

—Ya lo creo. Tiene un pique demoledor. Decí que soy gordo y le hago mucho contrapeso, que si no.

Se vuelve hacia mí. Me mira.

—Dame un abrazo, Ismael.

Nos abrazamos.

—Fue una gran alegría volver a encontrarte —dice.

—Para mí también.

Sonríe. Cierra el puño y levanta el pulgar.

—Ya vas a ver. Esta vez se nos da.

—Eso espero.

Lo miro hasta que el Fiat se pierde entre los demás autos de la carretera. Vuelvo a la cocina y me preparo un mate. Alrededor de las ocho llega Susy.

—Bueno, muñeca —digo—, no te podés quejar. Flor de paseíto te diste.

—¿Te parece? Se me pasó volando. ¿Me das un mate?

—Tomá. ¿Compraste algo?

—Nada. Pero cuando cobre en el Douglas, puede ser. ¿Y Fernando? ¿Ya se fue?

—Sí. Te dejó saludos.

—Qué amor.

Los mellizos no estaban. Habían ido al centro, no recuerdo a qué. Servidumbre había poca: algún jardinero, un par de mucamas deslizándose sigilosamente, siempre lejos, como fantasmas. En resumen: estábamos solos. Yo, chocha. Mejor no me habría podido salir la cosa. Alejandro ídem: con ganas de llevarme a la cama desde el mismísimo instante en que me abrió la puerta del Citroën. Porque eso fue lo que hizo, Ismael. Apenas me vio llegar, se acercó velozmente al cascajo y abrió la puerta. Lamenté entonces no haber llevado mis *shorts* en lugar de los *jeans*: lo hubiera trastornado de entrada con mis piernas. Porque vos sabés que tengo lindas piernas: bien dibujadas, largas y sólidas. Y si no lo sabés, enteráte.

Me abrió la puerta, te decía. Todo un caballero. Es algo que me gusta de Alejandro: sabe cómo darle importancia a una mujer. A veces, hasta es posible que llegues a sentirte un objeto majestuoso a su lado.

Entramos a la casa, fuimos al living y tomamos un *whisky*. No teníamos por qué apurarnos, me dijo, los mellizos llegarían tarde, casi a la noche. Así era la cosa, sin más: él sabía muy bien a qué había ido yo, y ni por un instante se me ocurrió actuar de otra manera. No le dije, como tampoco te dije a vos, que yo conocía algunas cosas (muy pocas, pero suficientes) de él: que tenía, por ejemplo, fuertes vinculaciones con gente del espectáculo, que su amistad con Anselmi no era casual y que no era poco lo que en ese terreno podía conseguir si se lo proponía. Eso me lo callé. Tampoco pienso decirte cómo lo sabía, pero una no lleva años en esto porque sí, Ismael, y a mí, contrariamente a vos, siempre me interesaron los chismes. De puro tontita que soy nomás, desde luego.

Después me mostró la casa. Vos lo conocés: disfruta, y a veces ofende, con la ostentación. Estábamos en el primer piso cuando me preguntó si quería darme un baño en la pileta. Le dije que sí pero que no había traído malla. Entre divertido y malicioso, sonrió: él me daría una. Fuimos a una habitación llena de placares. Abrió un cajón y me alcanzó una tanga. «Ponétela», dijo. Y se quedó allí, mirándome. Me quité la remera, el *jean* y me puse la tanga. Él no dejó de mirarme un instante. «Sos muy linda», dijo. Después nos bañamos en la pileta. El sol estaba alto todavía: serían las cinco de la tarde, no más. Me hubiera divertido mucho saber que en ese momento vos y Fernando estaban planeando todo el asunto del chantaje, y que vos, según me contaste esa misma noche, le decías: «Susy no va a querer».

Salimos de la pileta, nos secamos con una hermosa y carísima toalla y volvimos a tomar *whisky*. Creo que apenas si nos dijimos unas pocas palabras. Alejandro no es como vos, sabe estar callado. Terminamos el *whisky* y subimos nuevamente al primer piso. Yo estaba tranquila, pero también con ganas de que pasara lo que estaba por pasar. Me llevó a su habitación y cerró la puerta. Hicimos el amor.

No voy a mentirte, Ismael: yo había ido a eso, a levantármelo al punto. Ahora ya

estaba. Quizá, fugazmente, pensé en mi viejo, en que estaba haciendo lo que alguna vez él me pidió y yo le negué. Sin embargo, no. Esto era distinto. Aquí era yo la que decidía. En vos sí pensé. Más de lo que hubiera querido. Pero fue inevitable. Al fin y al cabo, era la primera vez, desde que te conozco, que estaba con otro tipo.

Me gustó la cosa. También en esto, Alejandro es muy distinto a vos. Se entrega por completo, no tiene miedo a perderse ni necesidad de andar controlándolo todo durante todo el tiempo. Ojo, no te estoy diciendo que no seas bueno en la cama. Al contrario, tu egoísmo, tu necesidad de demostrar en todo que sos el primero, alcanza y sobra para dejar satisfecha a cualquier mujer. Pero te aterra perderte. Es por eso que podés llegar a ser un amante ingenioso y divertido, pero nunca apasionado. Sos capaz de decir un chiste en medio de un orgasmo, Ismael.

Son casi las siete cuando volvemos a sentarnos junto a la pileta y encendemos cigarrillos. Estoy contenta, satisfecha, bien. Alejandro me alcanza un *whisky*. «Me gustó mucho», dice. Qué maravilla: lo tengo a mis pies. Le digo: «El sábado volvemos a vernos». «No va a ser lo mismo», dice. «Van a estar los otros. Ismael, sobre todo». Le acaricio los cabellos. «Ya vamos a encontrar tiempo para nosotros», digo. Termina su *whisky*. «Es posible», dice. «Pero va a ser difícil. Yo soy un tipo ocupado, Susy. Tiempo es lo que menos tengo en el mundo». La frase me sacude. Las cosas vuelven a su lugar: no lo tengo para nada a mis pies, él sigue siendo Alejandro Salas, con sus preocupaciones, su poco tiempo, su guita y su mujer. Y me puede mandar al diablo en cualquier momento.

A las siete y media me voy. Estoy por subir al Citroën cuando me agarra por los hombros, me lleva detrás de un árbol y me besa. Como dirías vos, Ismael: le gusta hacerse el Valentino a veces.

Estás en la cocina preparando mate cuando regreso a Corto Maltés. «Bueno, muñeca —decís—, no te podés quejar. Flor de paseíto te diste». Pienso: si te contara. Pero pido un mate. Me preguntás si compré algo. Te contesto que no y pregunto por Fernando. Ya se fue pero dejó saludos. «Qué amor», digo.

Durante los tres años que siguieron a esa horrible tarde, nuestros encuentros se volvieron fugaces y discontinuos. Matías seguía con lo que él denominaba su investigación. Me confesó, casi en un desliz, que aún lo torturaban sus pesadillas. Pero no era algo que necesitara decirme: yo ya lo había adivinado en su rostro, en el brillo feroz de su mirada, ubicado en algún punto entre la locura y el miedo. «Hay que investigar, Ruperto», seguía diciendo, llamándome ahora por mi ridículo nombre, aunque nadie sabía mejor que él cuánto me avergonzaba esto. O quizá ya lo había olvidado, pues la fiebre que lo devoraba concluyó por apartarlo casi totalmente de mí. «Andáte, Ruperto —eran sus palabras— andáte y dejáme en paz». Terminé por enterarme de su existencia casi únicamente por los vestigios de su abyecta obsesión: un perro degollado, un gorrión sin ojos ni alas y, sobre todo, gatos, muchos gatos con variadas y espantosas mutilaciones. Pude encontrarlos en el bosquecito, ocultos bajo los troncos y las hojas, o en el baldío bajo las piedras o aun en las zanjas de los caminos alejados del pueblo.

Transcurrieron otros dos años. Yo tenía ahora catorce y cursaba el bachillerato. Un sábado, hube de vestirme con mi mejor traje y acompañar a mis padres a otra de las fiestas de tía Etelvina, que jamás habían cesado. Sobre la medianoche, para mi infinita sorpresa, arribó a la reunión la familia de Matías. Todos: el padre, la madre y los tres hermanos. Nadie sabía el motivo, pero parecía que, desde hacía ya un tiempo, habían comenzado a amistarse con tía Etelvina, y ahora, la asistencia a esta fiesta era la perfecta confirmación de tal suceso. Aceptaron beber, y también bailar.

Miré a Matías. Tenía ya dieciocho años, usaba bigote fino y prolijo, no tenía granos en la cara y parecía más un hombre que un adolescente. Recostado contra una pared, observaba la concurrencia y bebía un vaso de vino. Nuestras miradas se cruzaron. Sonrió, alzó el vaso y me saludó con un leve movimiento de su cabeza.

La fiesta era como tantas otras. Mucho vino, pastelitos, empanadas y una música atronadora, vulgar. Pensé acercarme a Matías, hablarle, pero me faltó el coraje. Entonces ocurrió: tía Etelvina ordenó a todos que dejaran de bailar. La obedecieron de inmediato y también, porque ella lo pidió, quitaron la música. Observé su rostro: no creo que hubiese bebido más que otras veces, pero se la veía particularmente excitada. «Ahora voy a bailar únicamente yo», dijo con una voz fuerte, autoritaria. Y mirando a su alrededor, preguntó: «¿Quién de los caballeros quiere ser mi pareja?». Varias manos se alzaron, varias voces dijeron: «Yo, yo, Etelvina». Miré a Matías: seguía recostado contra la pared, imperturbable, demasiado serio quizá. Tía Etelvina ordenó que pusieran su disco favorito. Todos lo conocían: Aquellos ojos verdes, del trío Los Panchos.

Entonces se acercó a Matías y con hábil y punzante ironía, dijo: «Es un honor para mí que finalmente hayas aceptado venir a casa, Matías. Me imagino que no vas

a negarte a bailar mi disco favorito». Matías no dijo palabra alguna: dejó sobre una repisa el vaso de vino y salió a bailar con ella. Alguien (quizá bajo una imperceptible orden de tía Etelvina) subió exageradamente el volumen de la música. «Aquellos ojos verdes, de mirada serena». Tuve deseos de cerrar los ojos y taparme los oídos, o también de huir de allí. Tía Etelvina giraba y giraba mientras reía con todas sus fuerzas. El rostro de Matías estaba serio, enrojecido, y sus movimientos eran inseguros y hasta torpes. Finalmente la música cesó. Tía Etelvina continuaba riendo. Los restantes concurrentes permanecían en silencio, impresionados quizá, como lo estaba yo, por la mirada y la cara de Matías. Entonces dijo tía Etelvina: «Bueno, Matías, no me mires así. ¿Cómo iba a adivinar yo que no sabías bailar? Ya sos un chico grande, ¿no? Pensé que era por otro motivo que no venías a mis fiestas». Y volvió a reírse, y esta vez todos con ella, todos, todos riéndose de Matías. «Adelante con la fiesta», ordenó entonces tía Etelvina. «Pongan de nuevo el disco de Los Panchos, vamos. Y a ver quién hace ahora pareja conmigo». Y nuevamente las manos alzándose, y todas las voces: «Yo, yo, Etelvina».

Matías se acercó a su madre, cruzó algunas palabras con ella, la besó en la frente y se fue. Salí tras él. Lo alcancé antes que terminara de atravesar el jardín. «No te atormentes, Matías», dije. «No vale la pena». Una luna circular y rojiza iluminaba su cara. Lo escuché decir: «Me las va a pagar». Quise abrazarlo pero me apartó. Me miró y dijo: «Dejáme en paz, Ruperto. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?». Se lo tragó la noche.

Transcurrió casi un año. Durante todo ese tiempo vi muy pocas veces a Matías. Incluso los terribles indicios por los que antes sabía de su existencia fueron desapareciendo: no encontré ya perros, ni pájaros ni gatos mutilados. Una tenue esperanza comenzó a nacer entonces en mí: quizá Matías se hubiese curado. Quizás —ahora— aceptara ser nuevamente mi amigo.

El horror, sin embargo, regresó una mañana, cuando mi padre llegó a casa con una noticia increíble: habían asesinado a tía Etelvina. No supe qué hacer. Salí a la calle y comencé a caminar sin rumbo. El pueblo entero estaba alborotado. Llegué hasta casa de tía Etelvina: había mucha gente allí, y muchos policías también. A la tarde, compré el exiguo diario que se publicaba en mi pueblo, corrí hasta mi casa, me encerré en mi habitación y comencé a leerlo ávidamente. Un párrafo me heló la sangre. Decía: «Lo que más ha sorprendido a las autoridades policiales es el instrumento utilizado por el asesino para consumir su sanguinario cometido. Se trata de un disco del trío Los Panchos quebrado en dos mitades. Con el filo mellado de una de ellas, el homicida degolló a su víctima».

Al día siguiente, no vi a Matías en el funeral. Seis meses después, se iba del pueblo. Nadie me dijo adónde, ni recuerdo si yo lo pregunté.

No tengo cura: llevábamos apenas quince minutos con Susy en la cocina y ya le estaba largando todo el rollo que habíamos bobinado con Fernando. Y digo *no tengo cura* porque precisamente me había propuesto todo lo contrario: no cargarla con el fardo esa misma noche, no llenarle su cabecita con dólares y demás grandilocuencias, no tenerla cantando *Entró el amor* y pensando si le íbamos a pedir que se acostara con Salas o si meramente le diera unos besucotes en algún rinconcito penumbroso. No apurarla, no obligarla a pensar más rápido de lo que estaba acostumbrada. En fin: no joderla, y menos faltando apenas un par de horas para el espectáculo. Pero Ismael Navarro es así: le gusta caminar por las cornisas, y que lo sigan. Se lo dije todo.

Movió cautamente la bombilla dentro del mate, agarró la pava y echó agua allí dentro, bien caliente, casi hasta el borde. Tenía el ceño fruncido y la frecuencia de sus pestaños se había acelerado notoriamente. El acto de pensar (arduo e ingrato para ella) provocaba siempre esa modificación en su rostro. Preguntó:

—Los dos canas que están en sociedad con Fernando, ¿saben algo del asunto?

Sin joda: me sorprendió. Ni yo me había preguntado eso.

—No sé —dije—. No se lo pregunté. Pero estoy seguro que no. Es un asunto entre nosotros tres.

—Eso parece. Pero igual no dejes de preguntárselo.

—Está bien.

Siguió pensando, con el ceño fruncido y el abanicante aleteo de sus pestañas. Preparó otro mate y me lo alcanzó. Encendió un cigarrillo.

—Habláme de Fernando —dijo.

—¿Qué querés saber?

—Todo lo que puedas decirme. Vamos a ser socios, ¿no? Necesito conocerlo. Apenas si lo vi un par de veces.

—Es un amigo. —Así, cortante. Qué frase. Pobre de vos, Bogart.

—¿Como Pedro?

—Siempre lo vi menos que a Pedro. Fernando era de Abogacía, acordáte. Pero aunque apenas hicimos juntos una materia, compartimos otras cosas. La política, por ejemplo. Somos dos perfectos ejemplares de la generación de los cornudos: engañados por arriba y por abajo. Ya conocés todo eso.

—¿Se vieron mucho durante estos años?

—Poco, si no vos misma lo recordarías.

—¿Le tenés confianza?

Terminé el mate y lo dejé sobre la mesa. Ella seguía fumando.

—Mirá, Susy, mi vieja no es. Pero deletreamos juntos unos cuantos acertijos hegelianos, juntos nos emocionamos con el *Prefacio* de la *Fenomenología del Espíritu*, juntos, como dos patéticos ignorantes pero juntos, creímos que nuestra

generación cambiaría la historia y juntos estamos aquí, hoy, sin un mango y reventados. No es poco para que diga que es mi amigo.

El aleteo de sus pestañas había amainado. Se sentó, estiró sus largas piernas y las apoyó sobre una banqueta. Preguntó:

—¿Por qué le dijiste que yo no iba a querer?

—Fue más una suposición que una certeza. —La miré fijamente y pregunté—: ¿Vas a querer?

Otra vez frunció el ceño y aletearon velozmente sus pestañas.

—Depende hasta dónde haya que llegar —dijo—. Además, no es un problema solamente mío, Ismael. Soy tu mujer, ¿no?

Me puse de pie, agarré la pava que conservaba su calor junto al fuego y preparé otro mate. Es cierto: era mi mujer. Dije:

—No estoy loco, Susy. Nunca te pediría que te acostaras con ese tipo. Ni por toda la guita del mundo. —Me largué a reír y añadí—: Y teniendo en cuenta lo tirado que estoy, podés tomar esto que te digo como la más jubilosa declaración de amor que te haya sacudido alguna vez. I love you, baby.

No se rió. La cosa parecía ir muy en serio para ella. Dijo:

—Bueno. No hay que llegar hasta la cama. ¿Hasta dónde entonces?

Obstinada en cuidarse el culo. Así estaba.

—No lo hablamos en detalle con Fernando. Pero hay algo que sabemos: la Achával Junco está carcomida por los celos y no necesita mucho para crucificarlo a Salas. Lo tuyo, entonces, se reduce a que lo lleves al fulano a algún rinconcito apartado y te dejes franelear un poco.

—Y me deje franelear un poco —repitió.

—Ni más ni menos. Fernando o yo, escondidos, tomamos algunas fotos y listo. Después se las mostramos a Salas y a cobrar. Pan comido, Susy.

Me miró.

—Decíme, ¿y hasta dónde me dejo franelear?

—Ya te dije: un poco. ¿Qué te pasa? ¿No querés?

—¿Y vos?

—Yo sí.

Se encogió de hombros.

—Bueno, dame otro mate entonces.

Llegamos al Douglas con una hora de atraso. Encontramos a Boris Karloff en la puerta.

—El patrón ya preguntó tres veces por ustedes —dijo.

Anselmi estaba en la barra tomando un *whisky*.

—¿Qué les pasó? —preguntó con su vozarrón—. Si quieren ganarse el sueldo...

—De acuerdo, Anselmi —lo atajé—. No diga nada. Ya estamos con su gente.

Antes de sepultarme en mi camarín, eché una mirada sobre el público. ¡Oh, sorpresa! Salas estaba allí, solo, frente a un vaso de *whisky* y en su mesa de siempre.

Una maligna idea relampagueó en mi mente: habría monólogo esa noche, y estaría dedicado a él.

Señoras, señores, buenas noches. No estoy aquí por placer. Sería un infame mentiroso si les dijera que hago esto porque me gusta. Estoy aquí porque me pagan. Si por mí fuera, estaría en cualquier otra parte, quizás exactamente allí donde están ustedes, sentado frente a un buen *whisky*, fumando, con una esbelta y ronroneante señorita a mi lado, mirando cómo un pobre tipo que hizo escalas en su piano ocho horas diarias durante varios años toca trivialidades para que yo me entretenga, siempre y cuando, desde luego, me digne a escucharlo. O quizá ni aquí estaría. Porque tampoco en esto voy a engañarlos. Hay lugares infinitamente mejores que éste. En Las Vegas, por ejemplo. Sólo es cuestión de ir hasta allí.

En mi vida, entonces, hay algo que falló. Porque si no estaría allí ahora, donde les dije: en Las Vegas, dilapidando dólares frente a las mesas de juego, emborrachándome con Sinatra o Dean Martin. Que esto no sea así, que el triste pianista que se sienta noche a noche en este taburete para entretener a ciertas personas de este suburbio del mundo, sea justamente yo, ha de tener alguna explicación. Sin el permiso de ustedes, voy a encontrarla.

Vean, la humanidad se divide en dos grandes clases: los herederos y los no herederos. Yo, obviamente, pertenezco a la segunda. Con los años, sin embargo, descubrí cómo varias personas, una inmensa mayoría en realidad, alteran este esquema y logran infiltrarse en la primera clase, con inimaginables y meritorios artilugios. Lo voy a decir brevemente: la mejor manera de transformarse en un heredero es casarse con uno de ellos. Yo no lo hice, y eso es lo que explica que ahora esté emborrachándome aquí y no en Las Vegas. Pero estuve a punto, créanmelo. Y la historia de este fracaso, es la que ahora voy a contarles.

Ella se llamaba Vanessa, tenía (aunque jamás me lo confesó) no menos de cincuenta años mal llevados y mucha-mucha-mucha guita. Yo era yo, como siempre. Nos conocimos en una fiesta, me escuchó tocar el piano, bailamos, bebimos y me llevó a su casa. No estábamos borrachos, pero casi. Por supuesto vivía en un piso en Libertador. Los herederos son, siempre, insultantemente obvios. Me dejó caer sobre un sillón de terciopelo y, convencionalmente, como en las viejas películas, dijo: «Voy a ponerme algo más cómodo». Yo me serví otro vaso de *whisky* y esperé. No demoró mucho: apareció con un deshabillé rosado y transparente. Voy a evitarles la descripción del ruinoso paisaje que se adivinaba allí detrás. Giró sobre sí misma y sonriendo preguntó: «¿Te gusta?». Tomé un inmenso trago de *whisky* y dije que sí. Entonces se me acercó, levantó su mano derecha y pronunció otra pregunta, la perversa pregunta que en realidad quería decir: «¿Y esto? ¿También te gusta?». Miré su mano. En uno de sus dedos, no recuerdo cuál, el anular quizá, tenía un formidable anillo de brillantes. «Vale una fortuna», dijo. «Ni te imaginás cuánto vale. Podrías vivir diez años de tu vida si fuera tuyo y lo vendieras». Me rodeó el cuello con los

brazos, me besó en la boca y preguntó: «¿Lo querés?». No dije nada. Ella me tomó de la mano. «Vení», dijo. Me llevó hasta el baño, abrió la puerta, levantó la tapa del water, vulgo inodoro, se quitó el anillo y lo tiró allí dentro. «Agarrálo», dijo. «Si lo agarrás es tuyo». La miré, miré el anillo, levanté lentamente mi brazo derecho y apreté el botón del water. Ni las cataratas del Iguazú hubieran hecho más ruido que el agua de esa cañería. Se puso pálida y empezó a insultarme. Era una mina de clase, una heredera, pero sabía putear mejor que un tripero de Liniers. Volví al living, terminé mi *whisky* y me fui.

Una semana más tarde me estaba llamando por teléfono. Le había gustado mi gesto, dijo. Era muy de hombre no dejarse humillar. Quería verme de nuevo. Y en mi casa, si era posible. ¿Qué les parece? Le dije que se viniera después de cenar, a eso de las once, a tomar un *whisky*. Aceptó gozosa. Llovía esa noche. Con truenos, relámpagos y crujir de ventanas. Faltaba Bela Lugosi solamente. Son las diez cuando tocan mi timbre. Abro y aparece Delia. Paciencia: ya les cuento quién es. Tiene treinta años y las pasó todas. A veces llora en mi hombro, siempre me hace confidencias y también a veces duerme conmigo. Es una amiga. Me dice que se peleó con el tipo con quien está viviendo y no tiene dónde pasar esa noche de perros. Le ofrezco guita para ir a un hotel pero no quiere, tiene miedo de estar sola. «Cualquier locura puedo hacer si me quedo sola», dice. Está muy nerviosa, le creo. Sin embargo, digo: «Estoy esperando a una mina, una bacana que va a venir a las once. ¿Dónde te pensás meter?». Me dice que en cualquier lado, que no me preocupe, que ella se va a arreglar. Y en serio: se arregla. Abre el placard, pone una frazada en el suelo, un almohadón y listo. «Voy a dormir aquí», dice. «Aire es lo que me va a sobrar». Y tiene razón: porque el placard es del tipo americano —bah, yo que sé, supongo que les dicen así—, de esos que tiene como persianitas, ¿los ubican?, bueno, de esos. Delia se calma, está feliz ahora. «Quedáte tranquilo», me dice. «No te voy a molestar para nada. Apenas llega tu bacana me hago humo y chau». Y la bacana, Vanessa, es puntual: a las once está tocando el timbre. Delia se mete en el placard y yo cierro la puerta. Después le abro a Vanessa. Traten de imaginarla: entra como una reina a la casa de uno de sus súbditos, tira el paraguas contra un rincón, se quita un impresionante tapado de vaya uno a saber qué pobre y costoso animal, mira a su alrededor, frunce la nariz y pregunta: «¿Aquí vivís?» «Es la única casa que tengo», respondo. Me mira como al último de los desdichados, se me acerca, me besa y juguetea un poco con mis cabellos. «Pobrecito», dice. «Pero no te preocupes. Tu suerte va a cambiar. Y alguna vez vas a tener casi tantas casas como yo». «¿Cuántas?», pregunto. Se entusiasma, le gusta el tema. Enciende un cigarrillo y comienza a desplazarse con largos pasos a través de la habitación. «Mirá», dice, «te cuento. Tengo tres departamentos en Buenos Aires, dos chalets en Mar del Plata, uno en Punta y un piso —oíste bien, querido, un piso— en New York y otro en París, donde voy todos los años, durante abril y mayo». Se detiene y me mira, desafiante. Con aire ingenuo, pregunto: «¿Todo eso tenés?». «Todo eso», responde. Me le

acercó, la tomo por los hombros, la miro y digo: «¿Sabés qué tengo yo?». Siento su cuerpo encrespase bajo mis manos. «¿Qué?», pregunta. «Una mina en el placard», digo. Agita con violencia la cabeza echando sus cabellos hacia atrás, enrojece y dice: «Creí que habías terminado con tus bromas, querido. Te aviso que no estoy dispuesta a tolerarte ni una más». Como un caballero, gentilmente, la tomo de un brazo: «No es una broma», digo, «Vení, mirá». La llevo hasta el placard y abro la puerta. Desde abajo, Delia nos sonrío, mira a Vanessa, levanta una mano y la saluda cariñosamente: «Hola. Me llamo Delia. ¿Y vos?». Vanessa, con indescriptible furia, recoge su costosísimo tapado, su paraguas, me mira y vuelve a insultarme como un tripero de Liniers. Sale del departamento y cierra estrepitosamente la puerta. Nunca más la vi. Saqué a Delia del placard y me fui a la cama con ella. Pasamos una noche deliciosa.

Todo esto ocurrió hace más de diez años. Les dije que yo era yo por ese entonces. Pero no es cierto, mentí. No tengo nada que ver con ese estúpido que dejó pasar la mejor oportunidad que le ofreció la vida. Porque si hoy, por algún milagro, volviera a ocurrirme algo semejante, les aseguro que hundiría mi mano hasta el fondo de ese inodoro, y agarraría ese anillo con todos sus brillantes; y si hoy, por algún otro milagro, una mina como Vanessa, una heredera, se me apareciese en mi departamento, abriría el placard, tomaría a Delia de un brazo y la echaría a patadas a la calle, a la lluvia, al frío y al viento. Si hubiera hecho eso, no sería mejor ni peor tipo que ahora, o quizá sí, quizá sería un formidable cretino, pero esto importa muy poco, porque, por sobre todas las cosas, sería un heredero, casado con una heredera, y tendría un Mercedes en lugar del repugnante Citroën con el que vengo a trabajar a este boliche, y tendría también muchos campos en esta ciudad, y acciones en sociedades anónimas, y ni siquiera estaría aquí, sino, como les dije al principio, en Las Vegas, emborrachándome y desparramando dólares. No fue así. Y aunque me queje, ya no hay nada que pueda arreglarlo.

Señoras, señores, como adecuado colorario a todo esto, como profundo homenaje a mi inolvidable Vanessa, voy a tocar para ustedes una hermosa canción de Rogers: *La dama es una cualquiera*. O *The Lady is a Tramp*, como hubiera preferido decirlo ella, porque queda mejor en inglés, idioma que seguramente iría a practicar en su piso de New York, todos los años, invariablemente en junio.

—Se te fue la mano —dijo Susy mientras movía tristemente su cabecita rubia—. A Salas no le debe haber gustado nada. Ya lo viste. Se fue antes de que terminara nuestro número.

Estábamos en el camarín y aún no me había quitado el *smoking*.

—Pura casualidad, Susy —dije—. Tendría alguna otra cita. Por algo vino solo.

—¿Eso qué tiene que ver?

—¿Cómo que no? Lo esperaba una mina, seguro.

—Según lo que te contó Fernando, no. Se cuida mucho de eso.

—Bueno, está bien —admití con fastidio—. Por ahí le molestó un poco el asunto.

¿Y qué? No va a pasar nada por eso.

—Es peligroso.

Golpearon la puerta. Abrí. Era Boris Karloff.

—El patrón quiere verlo.

—Ya sé, y tengo que ir con usted. Ni cambiarme puedo.

—Eso es.

—La tengo vista esta escena. Vamos.

Anselmi me recibió con su mejor cara de culo.

—Dígame, Navarro, ¿usted está loco?

—Escuche...

—¿Qué le había dicho yo?

—Tengo buena memoria: que no hablara más.

—¿Y entonces?

—Parece que no le hice caso.

—¿Y yo qué hago?

—Me echa o admite que el monólogo fue bueno y la gente se divirtió bastante. Es muy simple.

—Mire, si fuera por mí, lo echaría a patadas ya mismo. Sin embargo... —Se levantó y empezó a caminar por el privado, pensativo, lentamente—. Siempre hay un «sin embargo» con usted, Navarro.

—¿Qué pasó esta vez?

Se detuvo y me miró.

—Lo mismo que la anterior. Vino a verme Salas. Aquí, a mi privado, antes de que ustedes terminaran de actuar.

—Ajá.

—Me dijo que tenía una cita y lamentaba tener que irse, pero que no dejara de felicitarlo muy especialmente a usted, que su monólogo había sido formidable. ¿Qué le parece?

Sonreí.

—Un tipo de buen gusto.

Anselmi chasqueó la lengua, contrariado o confundido.

—Es raro —dijo—. Justamente él, que está casado con una de las minas de más guita del país. Una auténtica heredera, como diría usted.

—Se ve que eso no le quitó el sentido del humor.

—Puede ser. Pero es raro. Igual es raro.

Volvió a sentarse frente al escritorio y me miró con esa mirada relampagueante y homicida que usaba cuando quería dar una orden.

—De todos modos, Navarro, basta. ¿Entendió? Basta con las charlitas. Le gusten o no a Salas: basta. Y si no, váyase a otra parte.

—Entendido; ¿algo más?

—No.

Llegué hasta la puerta. Lo escuché decir:

—Me olvidaba. Quería decirle algo sobre su charlita. Es falsa. Yo hice mucha guita, Navarro, y no me casé con ninguna heredera.

—No tiene nada que ver. A veces alcanza con encontrar una por el camino y saber exprimirla bien. Estoy seguro que ése es su caso.

Cerré la puerta.

Llegué al camarín. Susy tenía puestos el *jean* y la remerita. Empecé a quitarme el *smoking*.

—Adivina adivinador —dije.

—¿Qué pasó?

—Salas, antes de irse, lo fue a ver a Anselmi y le encargó que me felicitara por el monólogo. Que le había parecido formidable dijo.

Susy no comentó nada. Solamente sonrió.

Media hora más tarde estábamos en la cocina de la casilla. Susy preparó mate y yo coloqué sobre la mesa la lata de bizcochitos. Había refrescado, nos pusimos pulóveres. Susy preguntó:

—¿En serio conociste a esa mina?

—¿A Vanessa?

—Sí.

—No me acuerdo. Y si me acuerdo, prefiero olvidarme.

Sin Matías, la vida comenzó a carecer de sentido para mí. Era cierto que durante los últimos años casi no nos habíamos visto, pero su cercanía, el hecho de que viviésemos en el mismo pueblo, me alcanzaba: en cualquier momento y lugar, bajo cualquier circunstancia imprevisible, podríamos quizá reencontrarnos y volver a ser amigos. Esta esperanza alimentaba mis días. Ahora que la había perdido, no encontraba la manera de vivir sin ella.

Visité un par de veces la casa de sus padres. Pregunté si sabían algo de él. Me contestaron que muy poco, que apenas si habían recibido una o dos cartas tuyas durante el último año, que no conocían la dirección donde vivía, y que, por lo tanto, estaban imposibilitados de escribirle. Me despedí de ellos con agradecimiento y afecto, rogándoles que cualquier noticia que tuviesen no dejaran de comunicármela.

Terminé el bachillerato y un mes después de cumplir dieciocho años entré a trabajar en el Banco de la Provincia. Era el destino más apetecido por los jóvenes de mi pueblo. Para mí, fue sólo la confirmación de la vida que me aguardaba si decidía quedarme en Coronel Pringles: treinta años de bancario, con la jubilación y la muerte al final. Decidí no conformarme con eso. Hice méritos, aguanté y luché durante tres años. Estaba por cumplir veintidós cuando solicité y me concedieron el traslado a la Capital Federal. Había triunfado.

Me destinaron a la sucursal Colegiales. Alquilé un pequeño departamento en la zona y ese mismo día realicé otro de mis anhelos más entrañables: inscribirme en la carrera de Derecho. Nada de esto fue fácil para mí. El haber llegado a la mayoría de edad, no había erradicado mi timidez, y la vida agitada y a menudo hiriente de la Capital sólo consiguió acentuarla. Fui, con todos, parco y retraído. No hice amistades en el Banco, ni tampoco en Derecho. Durante las noches, preparaba una estólida cena en mi departamento, después me acostaba y leía toda clase de libros hasta que me vencía el sueño. Mi existencia era uniforme y gris.

Lo fue, hasta que apareció Vera.

Ella era alta, morocha, conversadora y alegre. Nos conocimos en un curso de Derecho Político. Comenzamos a estudiar juntos; primero en la biblioteca de la Facultad; después en bares cuidadosamente elegidos, donde fuera posible transcurrir horas consumiendo solamente un café; y finalmente, por decisión de ella, pues yo no tuve la osadía de proponérselo, en mi departamento. Fue allí cuando una tarde, estando sentados en el piso, cercados por libros, apuntes, reglas, lápices y gomas de borrar, tomó mi rostro entre sus manos y me besó en la boca. Después, al mirarme, se largó a reír con su risa franca y libre. «Cómo dirían en tu pueblo, ahora somos novios». Así dijo, y entonces yo también comencé a reír.

No voy a decir que cambié. Pero algunas cosas, quizá las suficientes para ser feliz, aparecieron en mí: compartir las charlas, que antes juzgaba vanas e incluso

imbéciles, de mis compañeros de trabajo, acompañarlos en la repetida y esperanzada ceremonia de confeccionar la tarjeta del Prode, vestirme con mayor esmero, cortarme el pelo a la navaja, y, sobre todo, salir con Vera, ir al cine, caminar por el Rosedal, comprar pochoclos, o conversar interminablemente frente a dos pocillos de café. Nunca estuve tan cerca de la felicidad.

No duró mucho. Una lluviosa noche de invierno alguien golpeó a mi puerta. Me sorprendí: había despedido a Vera tres horas atrás y ninguna otra persona conocía mi domicilio. Abrí la puerta. Un hombre alto, vistiendo un impermeable oscuro y con la cara y los cabellos empapados, me miraba sonriendo. «Bueno, Rupert», dijo, «por fin volvemos a vernos».

Era Matías.

Al día siguiente me levanté temprano, hice catorce flexiones y no fumé ni un cigarrillo en ayunas. Son insensateces que sólo en Mar del Plata puedo cometer. No miento: en cualquier otro lugar del planeta me sería imposible. Después preparé café, pan y manteca. Entonces, sí, fumé un cigarrillo. Susy dormía. Monté en el Citroën y enfilé rumbo al Puerto. Iba de compras.

No me atraganté con demasiadas cavilaciones: compré *whisky*, solamente. Para ser exacto: seis botellas de Criadores que, aunque nacional y malo, no es de los peores ni de los más caros. Subí nuevamente al Citroën y retorné al balneario. Había transcurrido una hora. Susy aún dormía.

Guardé tres botellas en el armario de la cocina para festejar alegremente, esa tarde, cuando viniera Fernando, el despegue de nuestro desmesurado proyecto de chantaje. Después, busqué una pala en la pieza de herramientas, cavé un pozo de algo más de un metro en la arena, no muy lejos de la casilla, y enterré allí las otras tres botellas. *Eran para mí*. Si la cosa terminaba mal, si otra vez el inmisericorde beso del fracaso acariciaba mi frente, habría de tomármelas todas, una a una, yo solito, para festejar también, por qué no, hasta quedar reventado, otro nuevo y quizá definitivo fracaso. Eso sí: eché mucha arena sobre esas tres botellas, coloqué además una enorme piedra encima y cuatro cabezas de ajo a su alrededor. Quizás, así, le fuera imposible a ese temido vampiro volver a la, vida.

Después fui a despertar a Susy. Como si fueran los reflectores de la 20th Century Fox (*tantatatán-tararararatantatatán*), los poderosos rayos de sol de esa hora (serían, creo, casi las once) estallaban sobre los rubios cabellos de Susy, imposibilitados de hacerlo sobre cualquier otra parte de su persona, ya que la perezosa señorita dormía totalmente cubierta por una sábana y una delgada frazada. Abajo, yo lo sabía, estaba desnuda. Dormir en bolas ha sido una de las más persistentes pasiones de su vida. Incluso en invierno, bajo el imperio de inclementes marcas térmicas, lo hace. Es un don medio sensualote que tiene y le gusta lucir. Se le calienta el cuerpo durante el sueño. Las tres y media de la madrugada es la mejor hora para hacerle el amor. Más veces de las que puedo recordar, he utilizado mi despertador para abandonar el sueño en ese preciso momento y acometer tal empresa. Después uno se duerme abrazado a ese cuerpo todavía crepitante con la seguridad de que ninguna pesadilla habrá de atormentarlo.

—Arriba, Juana —canté susurrante junto a su orejita—, pasan los soldados.

Ronroneó felinamente y se cubrió aún más con la sábana. Comencé a destaparla con sabia lentitud y suavidad. Estaba, sí, desnuda. Observé sus pechos tibios, ni grandes ni chicos, construidos a la exacta medida de mi mano, no demasiado sólidos, como los de cualquier pendeja, sino con caída y movimiento, vivos. Comencé a acariciarla. Entonces giró lentamente su cuerpo hacia mí, abrió los ojos, pestañeó

varias veces (aunque no tantas como cuando pensaba) y volvió a cubrirse.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Te acariciaba un poco. Amanecí mimoso y calentón.

—Me alegro. Pero yo no. ¿Me alcanzás un cigarrillo?

No me sorprendí. Tiene esas cosas. A veces no quiere, y punto. Le alcancé el cigarrillo.

—Tengo café listo —dije—. Si querés mate, tengo que hacerlo. ¿Qué preferís?

—Mate.

Hinchapelotas. Seguro que andaba estreñida.

Pasé la tarde en la piecita de arriba, autosometido a total encierro, tal como me lo había pedido Pedro, apenas iluminado por una escuálida lamparita que colgaba del techo, escribiendo *El primo Matías*. De tanto en tanto, pongamos cada hora u hora y media, abría la persiana y miraba el mar, la arena y a Susy que estaba allí, acostada sobre una colchoneta, tostándose al sol y leyendo una biografía de Gershwin en inglés (así de paso deletreaba el idioma y se enteraba de los avatares del gran George) que yo le había regalado dos semanas atrás, sin motivo aparente, pero quizá porque el día anterior ella me había preguntado: «¿Por qué Gershwin tuvo que morir así tan joven, sin llegar siquiera a los treinta y nueve?». Le respondí: «Porque Dios no existe». Iván Karamazov, a veces, es un poroto al lado mío.

Terminé la primera parte del cuento, bajé a la playa y se lo leí a Susy. Puso cara de asco.

—¿Qué tenés en la cabeza? —pregunto—. Cuando pienso que se te ocurren esas cosas, me da miedo estar con vos.

Me largué a reír.

—Es un cuento, flaca. Además no lo escribo yo sino Robert Jones. Nunca olvides eso.

Meneó suavemente su cabecita.

—Degollar a una persona con el filo de un disco —comentó en voz baja—. Debe ser horrible.

—Y más si es del trío Los Panchos, imagináte. —Doblé cuidadosamente las hojas y dije—: Pedrito va a reventar de la risa cuando lea esa parte. Bueno, voy al correo, Susy. Más de media hora no tardo, pero si Fernando llega antes, no empiecen a hablar de nada importante sin mí.

—Desde luego, mirá si nos vamos a atrever.

Seguía estreñida.

Metí las hojas en un sobre, lo pegué cuidadosamente y monté el Citroën. Fui hasta el correo y lo despaché (no al Citroën, al sobre) por expreso. Cuando el empleado lo achicharró a golpes con su burocrático sello, temí que la sangre de tía Etelvina (y la de algunos gatos, perros y canarios también) comenzara a desparramarse a través de las aberturas de los costados. Fue sólo mi imaginación. Tengo demasiada.

Volví al balneario. Susy seguía con la biografía de Gershwin.

—No vino Fernando —informó—. ¿Seguro te dijo que venía hoy a la tarde?

—Sí. Qué raro.

—Por ahí lo llamó la Achával Junco y tuvo que volverse a Buenos Aires.

—Me lo hubiera dicho. No sé. Es raro.

—¿Sabés que tenés casi la misma edad que tenía Gershwin cuando murió?

—Sí, sólo que a mí me falta la *Rapsodia en Blue*. Un detalle apenas. Mirá, cretinita, o dejás de hacer comparaciones denigrantes o te saco ese libro.

Nuestra actuación de esa noche nada tuvo que pudiese alterar los nervios de Anselmi. En realidad: nada tuvo. No hubo monólogo, Susy cantó un par de canciones de Manzanero (sí: ¡de Manzanero!), una de Paul Mc Cartney y levantó un poco la puntería con *How Deep is Your Love*, tanto que quizá los Bee Gees habrían sobrevivido si alguien, atándolos a las sillas, hubiera conseguido que la escucharan.

Nos retirábamos cuando, justo antes de alcanzar la puerta de salida, encontramos a Anselmi. Luego de un par de saludos, dijo:

—Me encontré con el arquitecto Salas hoy al mediodía. Estaba muy apurado, creo que tenía una cita con gente de Buenos Aires, pero igual me encargó que les recordara que los espera mañana a la tarde, a eso de las tres. Que no le vayan a fallar, dijo.

La última frase me sonó como una orden suya: «No le vayan a fallar, digo». Nos despedimos. Poco antes de la una de la mañana llegábamos al balneario. Cerca de la orilla, observamos una enorme fogata. Descendí del Citroën y corrí hasta allí. Era Fernando. Llevaba el mismo traje azul, la misma camisa aunque sin corbata y agitaba alegremente los brazos mientras venía en nuestra dirección.

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! ¡A festejar se ha dicho! —gritó como si ya hubiese encontrado y absorbido las tres botellas de *whisky* que yo había guardado en el armario de la cocina—. Compré carne, achuras y chorizos. Un asado a la orilla del mar. ¿Qué les parece? El fueguito lo tengo casi listo.

El *fueguito* tendría unos ocho metros de altura y lanzaba ominosos lengüetazos rojizos hacia el cielo. Había utilizado sillas, reposeras y mesas del balneario. Pensé en Pedro y me quise morir.

¿Qué podía decirte yo? ¿Que no? Ni loca. Al fin y al cabo, ¿qué había conseguido acostándome con Alejandro? Algunas frases dulces de un tipo con mucha guita, solamente. Pero, en concreto, nada. Y para peor, ahora me enteraba por vos de su relación con la Achával Junco, de los celos de la mina, de lo corto que lo tenía al pobre Alejandro y de la buena letra que él debía hacer para conservar lo que tenía, su chalet, su Mercedes, sus finísimas pilchas incluso. Alejandro era fuerte, sí, pero como me dijiste que comentó Fernando: un gigante con pies de barro. ¿Podía darse el lujo entonces de metejonearse en serio conmigo? Muy improbable. Quizá sí, pero no era conveniente jugarse todo a esa carta. Por eso acepté tu propuesta. Siempre es mejor jugar a dos puntas. Más aún cuando una llegó a cierta altura de la vida en que o gana de una buena vez o pierde para siempre.

Eso sí, no voy a mentirte: lo que me propusiste me dolió. Me dolió que aceptaras tan naturalmente la idea de que otro tipo me franeleara, aunque más no fuera, como dijiste, un poco, y sólo eso. Pero, bueno, somos grandes, adultos nos guste o no, y algunas cosas quizá no deberían sorprendernos, ni mucho menos lastimarnos. De todos modos, por si te sirve, te comento algo: lo que dijiste me ayudó. Yo venía de acostarme con Alejandro y no me sentía lo que se dice una santa en ese momento; escucharte fue como recibir un baño de agua bendita, me sentí totalmente justificada y pocas cosas en el mundo me parecieron más merecidas que los cuernos que acababa de enchufarte. Créemelo.

Susy desciende del Citroën, corre hacia la playa y abraza y besa repetidamente a Fernando con sorprendente entusiasmo.

—¡Es hermoso lo que hiciste, Fernando! —exclama—. ¡Hermoso!

Fernando, medio groggy aún, la mira sonriente pero vacilante, sin saber exactamente qué decir. Tiene la cara roja como la garganta del infierno, y no por el majestuoso resplandor de la hoguera, sino por los inesperados y nada mezquinos besos de Susy.

—¿De verdad te gusta? —pregunta.

—Claro. ¿Cómo no? Mirá qué llamas. Parece que quisieran llegar hasta el cielo.

Ahora estoy junto a ellos. Digo:

—¿Estás loco, Fernando? Casi le quemás medio balneario a Pedro. ¿Cuántas sillas y reposeras metiste ahí dentro?

Fernando, mimoso, me abraza y me revuelve el pelo. Gordo y mano larga, peor imposible. Trato de apartarlo pero no hay caso.

—Hermano —dice, como si él fuera Gardel y yo Tito Lusiardo—, ¿qué importa cocinar unas reposeras cuando estamos a las puertas de la fortuna? Apenas terminemos con este negocio, hasta un balneario nuevo le podemos comprar a Pedro.

Consigo apartarlo. Menos mal. Más tranquilo ahora, puedo observar la fogata en paz.

—Es linda —digo—. No lo niego. Me hace acordar mis años de pibe. San Pedro y San Pablo.

—¿Y si bailamos alrededor gritando como los indios? —propone Fernando.

—Calmarte, Toro Sentado —digo—. Tomar *whisky* primero, y después, de puro mamados, quizá bailar.

Susy se acerca a Fernando, le rodea el cuello con sus largos brazos y así, feis to feis, le dice:

—Sin embargo, yo estoy bastante enojadita con vos, Fernando. Bastante, bastante.

—¿Qué pasa? —balbucea nuestro adiposo letrado y cómplice—. ¿Qué hice?

—¿Por qué estás tan seguro de que acepté participar en la cosa? ¿Tan fácil pensás que me resulta entregarme a otro tipo?

—¿Entre... qué? —se espanta Ferni—. Yo no dije eso, Susy.

—Así me lo contó Ismael —insiste Susy—. Que querés meterme en la cama de ese asqueroso de Salas, dijo.

Fernando, indignado, se desprende del brazo de Susy y me mira con unos ojos que ni los de Peter Lorre en *El vampiro negro*. Histérico, chilla:

—¿Qué le contaste, desgraciado?

—¿Cómo qué le conté? La verdad, viejo. ¿Desde cuándo miento yo?

—¿Qué verdad?

—La verdad. Que querés que se encame con Salas, eso.

Fernando mira a Susy, cae de rodillas ante ella y lleva sus manos al corazón.

—No le creas, muñeca —dice—. No me atrevería ni siquiera a pensar algo así.

Susy se arrodilla frente a él.

—Bueno, Fernando —dice—, ¿y qué fue lo que pensaste entonces? A ver, contáme.

—Nada del otro mundo, hermosa. Unos besitos dale al tipo, nada más.

—¿Seguro?

—Seguro. Ya nos vamos a ingeniar nosotros para que con eso alcance.

Susy le acaricia los cabellos.

—Sos un amor —dice—. Un amor.

—Cuida tu culito como un papá bueno —digo.

Huyo hacia la cocina. Voy en busca de las tres botellas de *whisky*. Habrá que mamarse, será lo mejor.

En menos de una hora nos bajamos dos botellas. Estamos ya —y no hay otra manera de decirlo— en pedo. Susy abraza a Fernando y apoya la cabeza en su hombro. Mimosa, ronroneante pero implacable, dice:

—¿Sabés una cosa, Fernando? Este tipo —me señala a mí— casi arruina todo ayer.

—No te creo.

—Creéme. Salas había ido al Douglas, ¿sabés? Estaba solito en su mesa de siempre. Y nuestro socio, el loco ese que tenés ahí enfrente, decide largarse uno de sus monologuitos. ¿Querés que te diga sobre qué?

—Dale.

—Sobre los tipos que se casan con minas de guita para exprimir las bien. ¿Te suena la cosa?

Fernando me mira:

—¿Estás loco?

—No es para tanto —me defiendo—. Conté un par de anécdotas, nada más.

—¿Qué anécdotas? —pregunta Fernando, serio ahora y ligeramente más lúcido.

Sin demasiado entusiasmo, explico:

—Una vez, una mina con mucha guita me regaló un anillo de brillantes y yo lo tiré por el inodoro. En fin, algo así.

—Entonces es cierto —concluye Fernando—: estás loco.

—No —dice Susy—, loco no. Es su manera de ser, pobre ángel. —Y sorprendentemente incisiva y desenfadada, sin duda gracias a la magia del alcohol, agrega—: Mirá, te explico: si le regalaran un cuchillo con la empuñadura incrustada en diamantes, se lo clavaría en el pecho para probarle el filo a la hoja, ¿entendés?

Fernando le acaricia sus cabellos rubios.

—Vos sí que lo conocés bien, pobrecita.

—Como para que no —se lamenta Susy—. Diez años que lo aguanto.

Fernando vuelve a mirarme.

—Bueno, Ismael —dice—, por lo menos hasta que terminemos este negocio, tu manera de ser te la metés sabés dónde, ¿estamos?

—Estamos.

—Se está apagando la hoguera —dice Susy.

—¡Arriba todo el mundo! —grita Fernando—. ¡Vamos! ¡Traigan sillas, mesas, reposeras! ¡Mantengamos vivo ese fuego, compañeros!

Abro la tercera botella de *whisky*. No ignoro mi riesgo: será el éxtasis o el apocalipsis. Susy me mira.

—Ojo, Ismael —dice.

Es cierto: me conoce bien. Le alcanzo la botella.

—Tomá —digo—. Reviéntenla entre ustedes dos.

Ahora estamos bailando alrededor de la hoguera y gritamos como los indios. Siento el alcohol que me hierve en la sangre, pero sé que mantengo mi equilibrio (cuando no es así, no sólo no me doy cuenta de eso, sino de nada: mi único deseo es golpearme contra las paredes, o mirarme en un espejo y hacer muecas horribles, diabólicas, y darme despiadados puñetazos en la cara hasta reventarme los labios y sangrarme la nariz y beber mi propia y dulce sangre como un animal destruido y sediento), sé, decía, que nada malo va a ocurrirme esta vez, sino todo lo contrario, porque mi exaltación es cada vez mayor, pero sana y libre, y grito y bailo como un pawnee o un sioux, estúpidamente como un pawnee o un sioux junto a Susy y Fernando, y mi alegría es ya casi absoluta e inexpresable.

Caemos, por fin, agotados sobre la arena húmeda de la noche, y aunque la hoguera ha perdido su elevación subyugante y ceremonial, ninguno propone alimentarla nuevamente porque aún no hemos conseguido parar de reírnos, ya que la risa de uno alienta la del otro, y no resta sino esperar que este júbilo contagioso se desvanezca, se vuelva también ceniza, para que Fernando pueda, dificultosamente, ponerse de pie y decir:

—Ahora hay que brindar.

—No sé con qué, Fernando —dice Susy—. Si te tomaste todo el *whisky*.

—Miren el angelito. Como si ella no hubiera colaborado con todo entusiasmo.

—No se peleen —intervengo botella en mano—. Algo queda.

Fernando mira la botella. ¿La verá realmente?

—Algo queda —confirma sin dudar.

Sí, la ve. Porque no le mentí: algo queda. Sirvo un vaso y se lo doy.

—Tomá —digo—. Alcanza apenas para uno. Decíte un brindis.

—Cómo no —dice—. Faltaba más. Ya estoy en eso.

Agita el vaso, lo alza contra la luna, trastabilla, retoma su equilibrio, eructa, nos pide disculpas, y por fin dice:

—Brindo por nosotros. Por nosotros. Y finalmente, por nosotros. —Nos mira, dice—: No sé si quedó claro esto.

—Clarísimo —dice Susy.

—Adelante, maestro —digo yo—. No se pierda.

—Brindo por el arquitecto Alejandro Salas, nuestro futuro benefactor.

—¡Bravo! —gritamos.

—Y vuelvo a brindar por nosotros.

—¡Eso!

Se liquida de un solo trago ese ultimísimo vaso de *whisky*, luego gira en redondo y lo arroja violentamente hacia la orilla, vuelve a enfrentarnos, cada vez más tambaleante, y dice:

—Quiero finalizar, para terminar por último este brindis, recordando al viejo padre Hegel, gracias a quien Ismael aquí presente y yo, Fernando, también presente, sellamos nuestra eterna amistad. Señoras, señores, su atención por favor: la sustancia es sujeto, el objeto es mediación y la mediación es objeto y las categorías del pensamiento son las mismas que las del ser. He dicho, carajo. —Trastabilla, nuevamente, se rehace, agita vertiginosamente un dedo en lo alto y dice—: Un momento todavía. No he terminado. Quiero evocarles también algunas otras verdades, que no las dijo Hegel, sino otro viejo padre mío a quien todavía lloro en mis sueños... y en mis pesadillas. Escuchen, compañeros: sólo la organización vence al tiempo, la acción política es una lucha de voluntades, la única verdad es la realidad y primero la Patria, después el Movimiento y por fin los hombres. Y a no reírse, compañeros, porque todo esto es muy serio.

No nos reímos. Tambalea una vez más, pero aún le quedan fuerzas para señalarnos severamente con su índice y decir:

—Y por último, compañeros, no lo olviden nunca: el año dos mil nos encontrará llenos de guita o reventados como siempre.

Cae pesadamente sobre la arena. Corro hacia él y le sostengo la cabeza. Me mira.

—Esta vez se nos da, Ismael —dice—. Esta vez cambia la mano.

Sonríó suavemente, asintiendo.

—Seguro que sí —digo—. Esta vez tomamos el poder.

En menos de un minuto, está roncando en mis brazos.

TRES

El lugar del crimen

Era mediodía cuando nos despertamos. Fernando había dormido en la cocina, sobre una reposera y cubierto por dos saludables frazadas que le echamos encima. Ni buenos días nos dijo. Tenía los ojos hinchados y más rojos que los de Christopher Lee inclinándose sobre el cuello de alguna sabrosa señorita extraviada por su castillo. Metió la cabeza bajo el chorro vivificante de la canilla. Se secó con un repasador y dijo:

—Café. Por Dios, mucho café y cuatro aspirinas.

Fue obedecido. Aunque las aspirinas, por cautelosa prescripción de Susy, fueron dos. Café tomamos todos.

—Somos unos salvajes —comenté—. Y vos el campeón, Fernando. *Whisky* puro, en seco. Si por lo menos hubiéramos comido el asado. Pero ni eso. ¿Cómo esperabas despertarte hoy?

—Es cierto —se lamentó—. Ni el asado comimos al final. Qué barbaridad, che. Hay que tener más control. ¿Y ustedes como están?

—Nos dolía un poco la cabeza, pero bien.

—Bueno, eso es lo principal —se tranquilizó Fernando—. No vaya a ser que Salas los encuentre feúchos esta tarde. —Miró a Susy—: Sobre todo a nuestra tigresa. Dios nos libre. Susy sonrió ligeramente y nada dijo. Una hora más tarde, acompañábamos a Fernando a su mínimo Fiat. Le pregunté:

—¿Los dos taqueros que tenés de socios saben algo de todo esto?

Se detuvo, no diría que sorprendido, pero casi.

—Nada, hermano —dijo—. ¿Qué querés que sepan?

Me encogí de hombros.

—Algo deben saber —argumenté—. ¿O si no qué piensan que estás haciendo en Mar del Plata?

—Siguiendo a Salas por encargo de la Achával Junco, eso piensan.

—La verdad, entonces.

Fernando sonrió divertido y sus dos papadas se agitaron como rinocerontes danzarines y traviesos.

—Una parte de la verdad, Ismael —dijo—. De lo nuestro, y entendé bien, de lo tuyo, lo mío y lo de Susy, no saben nada. Ni van a saberlo.

Asentí satisfecho. Fernando abrazó a Susy.

—Mucha suerte, hermosa —dijo—. Haga sus cosas con mesura pero vuélvamelo loco a ese Salas. —Apoyó las manos sobre sus hombros (uno de sus gestos predilectos) y la miró dulcemente: —De veras, Susy. Mucha suerte.

Susy lo besó, yo le sacudí tres amistosas palmadas en la espalda y entre ambos lo metimos dentro del Fiat. Arrancó casi en seguida y se alejó velozmente.

—¡Suerte! —fue lo último que le alcanzamos a oír gritar casi cuando desaparecía

por la Martínez de Hoz rumbo al centro.

—Creo que todavía necesitaba un cuarto litro más de café —comentó Susy.

—Puede ser —dije—. De todos modos, tal como está, seguro llega a su hotel en menos de quince minutos, duerme toda la tarde y mañana, fresco, lúcido y desesperado por saber qué pasó, lo tenemos aquí de nuevo.

A las tres, puntualmente, llegábamos a lo de Salas. Una gran puerta de rejas negras se abría extremadamente ante nosotros con una generosidad que se me antojó impúdica. Me sentí, no sé por qué, más fagocitado que bienvenido. Justamente yo, que debía entrar allí como un conquistador.

Transitamos lentamente el umbroso sendero del parque que conducía hasta los sólidos herrajes, los lustrosos cedros y las californianas tejas del antidemocrático chalet, alto y majestuoso bajo el sol de la tarde, cada vez más cercano pero siempre lejos, como esas cosas que nunca se alcanzan. Estacionamos y descendimos.

A pocos metros de la pileta, tomando sol sobre una reposera, estaba Salas. Más allá, en la galería del chalet, con remera y *jeans* —es decir: sin malla—, sentado y leyendo, estaba Sergio. Dentro de la pileta era el despelote: Leonardo y dos minas (dos pendejas, en realidad, con no más de veinte años, aunque fuertes y bien dotadas) chapoteaban, reían y chillaban con total entusiasmo.

Salas nos vio, sonrió ampliamente y se acercó a nosotros.

—Qué alegría —dijo—. Créanme. Hubiera sido muy triste para mí no tenerlos hoy en casa.

Lo vi bien. Más cercano que nunca al *gentleman* que ambicionaba ser. Cuando estrechó mi mano, la suya me pareció más suave que la primera vez, y sus dedos menos gruesos, no los de Horowitz, ni siquiera los míos, pero definitivamente menos gruesos. Besó a Susy.

—Susy, Ismael, bienvenidos —dijo—. Esta casa es de ustedes. Aunque con una condición —lo dijo irguiendo el índice, afectuosamente, como un maestro cariñoso—: que a partir de este momento dejen de decirme Salas, y empiecen a llamarme Alejandro, como mis verdaderos amigos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Alejandro —dijo Susy.

Yo también le dije de acuerdo pero no me creí un carajo eso de que la casa era nuestra. Cretino: era bien suya. Nosotros nos la íbamos a tener que ganar. Y para eso estábamos allí. Vamos, todavía.

—¿Qué tal? ¿Cómo les va?

Era Sergio. Sigilosamente, sin que ninguno de nosotros lo notara, había abandonado la galería del chalet para venir a recibirnos. Ahora, a la luz del día, resaltaba algo que la oscuridad del Douglas había ocultado durante nuestro primer encuentro: su mortal palidez. Exagero: no era Drácula. Pero era evidente que le escapaba al sol como si lo fuera. ¿Por qué? El lunar, eso sí, estaba donde siempre: en la mejilla derecha, un poco abajo, prolijito y sugerente. Raro el chico. Sostenía, además, entre sus manos, el libro que había estado leyendo hasta hacía unos instante

en la galería: *Demian*. Y bueno.

—Estás muy linda, Susy —dijo—. Se te ve mejor de día que de noche. No dejes de ponerte en malla, por favor. —Giró hacia mí y apoyó una mano sobre mi hombro —: Después necesito hablar con vos, Ismael. Quiero pedirte algo que espero no me negarás.

Dios bendito, ¿tan pronto? Sonrió suavemente y se alejó rumbo a la galería.

—Por lo visto, se ganaron el afecto de Sergio —dijo Salas, sinceramente sorprendido—. Los felicito: no es cosa fácil.

En ese momento, Leonardo y las dos minitas salían de la pileta. Nada que ver con Drácula, Leonardo: tenía en la piel todo el sol de ese cálido octubre. Se acercó hasta nosotros sonriendo de costado, con muchos dientes, la piel lustrosa y tirante, abrazando a las minitas por las caderas, firme y seguro como un falo prodigioso. O quizá no tanto. Pero tampoco mucho menos. Por ahí.

—Leonardo se trajo dos buenas amigas suyas esta tarde —aclaró Salas con tono vacilante ante el aluvión que se nos venía encima—. No es algo habitual en él, pero...

—Hola —dijo Leonardo—. ¿Qué tal, Susy? ¿Cómo andás, Ismael?

—Qué tal, Leonardo.

Susy lo besó. Yo estreché su mano; casi me la quiebra.

—¿Qué linda tarde, no? —dijo—. No dejen de meterse en la pileta, así juegan un rato con nosotros.

Miré a las minitas. Ahora no exagero: estaban muy bien. De largos, empapados y oscurísimos cabellos las dos. Un poco más alta, bastante espigada, una; levemente más robusta, abundosa, la otra.

—Podemos poner una red en el medio y jugar un partido de vóley —siguió Leonardo. Aunque de inmediato, advirtiendo sin duda la dirección de mi mirada, dijo:

—Ah, siempre tan distraído yo para las presentaciones. Susy, Ismael, estas son dos amiguitas mías. Estudian psicología y además son modelos. Justamente esta noche tienen un desfile en el hotel República. ¿No, chicas?

Las minitas, siempre sonriendo, asintieron.

—Hola. Somos Cuca y Lolita —dijo la más alta.

—Pero todos nos dicen Cu y Lo. Para abreviar, viste —dijo la otra.

No había cambiado mucho; apenas si su bigote lucía un poco más crecido y desprolijo, sólo eso. Tenía, ahora, veintiséis años. Lo abracé emocionado, lo hice entrar a mi casa y le quité el impermeable. «Tenés el pelo empapado, Matías», dije. «¿No querés una toalla para secarte?». Dijo que no. Pero que le sirviera un café. Así lo hice. «¿Cómo te enteraste de mi domicilio?», pregunté entretanto. Aún no podía reponerme del asombro, de la abrasadora emoción de tenerlo frente a mí. «Siempre me entero de las cosas que quiero saber», contestó enigmáticamente. No dijo más ni tampoco insistí. Terminó brevemente su café y entonces dijo: «Pero vení, sentáte. No te quedes ahí parado como si estuvieras viendo un fantasma. Contáme un poco de vos, qué hacés, de qué vivís, cómo pasás tus días libres. A ver, hablá». Me senté frente a él y entrelacé mis manos. Su voz había sonado imperativa, como la de un hombre que no permite que se produzca en el mundo ningún hecho, por mínimo que fuese, ajeno a su voluntad. Le conté, entre incongruencias y vacilaciones, que trabajaba en el Banco de la Provincia, aquí nomás, en la sucursal del barrio, en Colegiales, que ganaba bien, no mucho o quizá poco, pero tenía algunos amigos y que además, estudiaba Abogacía. Aquí me detuve. Porque lo que restaba por contar era mi relación con Vera. Y, no sé por qué, tuve miedo. Ninguna mujer se había interpuesto entre nosotros, nunca. Me miró y preguntó: «¿Algo más?».

Junté coraje y dije: «Sí, conocí a una chica». «Una mujer, dirás», corrigió. «Bueno», dije, «lo que pasa es que es muy joven». Rió maliciosamente: «¿Cuántos años tiene? ¿Tres?». «No», contesté. «Es de mi misma edad». Se puso de pie, caminó algunos pasos, se detuvo y de espaldas a mí, dijo: «Es una mujer, entonces». Giró lentamente y me miró: «¿Cómo se llama?». «Vera», respondí. Sin vacilar dijo: «Bueno, Ruperto, va a ser mejor que no la veas más». No sé si yo esperaba algo así. De cualquier manera, mi asombro fue doloroso e ilimitado. Pude, casi sin voz, preguntarle por qué. «Por tu propio bien», contestó. «Para evitar que se arruine tu vida joven. No lo sabés todavía, pero las mujeres son seres abominables». Llené de aire mis pulmones, cerré los ojos y pregunté: «¿Lo decís por tía Etelevina?». No pareció sorprenderse por la pregunta: «También por ella», contestó. Hubo un prolongado, asfixiante silencio. Finalmente pregunté: «¿Vos la mataste?». Sonrió divertido: «Eso fue lo que todos creyeron, ¿no?». «Casi todos», respondí. Preguntó: «¿Vos también?». Asentí: «Yo, también. Pero, claro, no había pruebas». Se largó a reír casi con fiereza: «¡Pruebas!», exclamó. «Las buenas conciencias de las buenas personas siempre necesitan pruebas para castigar a alguien. Te aseguro que eso no pasa conmigo, Ruperto. Cuando alguien debe ser castigado, no hay que perder tiempo buscando pruebas. Hay que castigarlo, y a otra cosa». Aún estaba lejos de sospechar el infinito horror que había en sus palabras.

Bruscamente me dijo que estaba hambriento, que la lluvia tenía el fulmíneo poder

de abrirle el apetito y que si no se saciaba acabaría por ponerse irritable y malhumorado. Temeroso de que algo semejante ocurriera, le ofrecí comida de inmediato, diciéndole que, aunque yo ya había cenado, podía cocinarle un buen bife con huevos fritos, por ejemplo. Estuvo de acuerdo, volvió a sentarse en el sillón y cruzó las piernas. «Me gusta tu casa», dijo. «Debe ser lindo vivir aquí». «¿Y vos?», pregunté mientras sacaba el bife de la helader. «¿Dónde vivís?». «Cuando llegue el momento, te vas a enterar», dijo. Decidí no hacerle más preguntas y me puse a cocinar el bife. Matías volvió a hablar: «Sé que la curiosidad te carcome, primito. Pero vas a tener que aguantarte. Algunas cosas, sin embargo, te puedo decir. Que no trabajo, por ejemplo. Que tampoco estudio. Y nada más. No me preguntes ahora de qué vivo porque no te lo pienso decir. ¿Está claro?». Le dije que sí, que se quedara tranquilo, que no pensaba molestarlo con ninguna otra pregunta. Sonrió y se sirvió un vaso de vino. Ahora parecía estar de buen humor. Minutos después, le alcanzaba el plato con el bife y los dos huevos fritos y me sentaba frente a él dispuesto a verlo saciar su hambre. Comió con devastadora velocidad, casi sin masticar, como si llevara meses sin probar bocado. No pronunció una palabra entretanto, ni tampoco yo me atreví a interrumpirlo. Luego, desdeñoso, apartó el plato y dijo: «Quizá te haya sorprendido mi modo de comer. Quizá pensaste que estaba hambriento, o casi. Pero no. Entendéme bien, Ruperto: si tragué ese bife de a pedazos, no fue por hambre, sino por asco. Nunca había comido una carne tan inmundada, tan vieja, tan seca y tan dura». No supe qué decir. Apenas, creo, alcancé a balbucear: «Perdonáme. No sabía». Se puso de pie y comenzó a caminar a través de la habitación, con grandes pasos y agitando las manos. «Claro que no sabías. Te engañaron. Como engañan a miles día a día, año a año. Porque es así, Ruperto. Este mundo está lleno de repugnantes personas que sólo viven pensando en engañar a los demás. Y no solamente en engañarlos; en traicionarlos, en robarlos y burlarse de ellos también. Son gente de todas las clases y oficios: abogados, colectiveros, médicos, políticos, bancarios, policías, industriales. Y cada día son más. Hoy son casi mayoría. Pronto van a dominar el mundo». Se detuvo, respiró profundamente y dijo: «Pero no hay que dejarse vencer». Y nuevamente, «No hay que dejarse vencer». Volvió a sentarse a la mesa, apoyó los codos sobre ella y me miró: «Si cada uno de nosotros», dijo, «ocupa su puesto en la lucha, vamos a derrotarlos». Entonces puso una mano sobre mi brazo y preguntó: «¿Quién te vendió esta carne?». «Don Carmelo», me escuché decir. «Tiene una carnicería aquí a la vuelta. Le puso su nombre: Carnicería Don Carmelo. Es un hombre gordo, con grandes bigotes y muy amable con todos sus clientes. Siempre le compro la carne a él. No sé qué habrá pasado esta vez». Matías sonrió con cruel descreimiento: «Lo de siempre», dijo. «Sólo que esta vez yo te lo hice notar». Hubo un largo y presagioso silencio. Nos miramos y Matías dijo: «Voy a ordenarte algo, Ruperto. Mañana, no bien don Carmelo abra la carnicería, estás allí y entrás con él. Entonces, cuando se distraiga por cualquier cosa, o quizá cuando vaya adentro a ponerse el delantal, le robás el

cuchillo que seguramente utiliza siempre para marcar las costillas antes de pasarlas por la sierra. No te asustes, es fácil. Yo ya lo hice otras veces y sé lo que te digo. Después le hacés la compra, si es posible nada nuevo, lo de siempre, te volvés a tu casa y escondés el cuchillo. Eso es todo». «¿Todo?», pregunté. «Para vos sí», dijo. «Lo demás corre por mi cuenta». «¿Qué es lo demás?», volví a preguntar. Sonrió fuertemente y sus hombros se agitaron. «Ya te vas a enterar», dijo. «Ahora escucháme: ¿a qué hora cierra don Carmelo la carnicería?». «A las ocho», dije, casi como un autómatas. Matías, satisfecho, se restregó las manos: «Perfecto», dijo. «Mañana, entonces, a las siete y media, yo estoy de nuevo aquí, en tu casa, y juntos vamos a ir a hacerle una visita a ese miserable. ¿Estás de acuerdo?». «Sí», contesté, «como vos digas». Se levantó abruptamente, se acercó a la ventana, corrió la cortina y miró hacia afuera: «Ya no llueve», dijo. «Me voy». Y agregó: «Todavía tengo cosas que hacer esta noche». Se puso el impermeable, me miró con súbita dureza y dijo: «No me vayas a fallar, Ruperto. Mañana, cuando regrese, quiero que ese cuchillo esté aquí». Lo acompañé hasta la puerta en silencio, tratando de encontrar, torpe e ingenuamente, las palabras que me permitieran decirle que, pese a todo, pese al miedo que nuevamente comenzaba a sentir, su regreso me hacía feliz. No alcancé a hacerlo. Llegó a la puerta, la abrió, se volvió hacia mí y dijo: «Tampoco olvides que no quiero que veas de nuevo a esa mujer». Hizo una pausa y agregó: «A Vera».

Nos cambiamos en dos elegantes casillas de madera (Susy en una, yo en otra: damas y caballeros) ubicadas a un costado del parque, pintadas de blanco, con lujosos sanitarios y toallas escarlatas con vuelo y caída, como la capa de un mosquetero. Regresamos al parque. Todas las miradas sobre nosotros: Salas desde su reposera; Sergio desde la galería abandonando a Demian; Leonardo, Cu y Lo desde la pileta. Fue como atravesar la pasarela del Maipo; o quizá peor: como ir de un lado a otro por esos puentes de maderas viejas y soga carcomida que aparecen en las películas de Tarzán, uniendo dos altas montañas con el infinito abismo debajo y el villano en un extremo cortando la soga con un filoso cuchillo justo cuando nosotros llegamos al medio. Para Susy, creo, no tanto. Salió con su tanga blanca, su piel tostada, sus largas piernas y sus pechos que ya describí pero que —insisto— están muy bien. Para mí fue distinto: me parezco más al *antes* que al *después* del aviso de Charles Atlas. No uso tanga blanca, sino un antediluviano, desteñido *short* azul. No tengo busto sino costillas. Y si bien mi estatura ayuda (casi un metro ochenta), no alcanza a rescatarme del puentecito de Tarzán. Mi seguridad retorna cuando empiezo a hablar: el villano deja de cortar la soga, huye o cae al abismo y yo llego sano y salvo al extremo del puente. Acercamos dos sillas y nos sentamos junto a Salas. Pese al pedido de que lo llamáramos *Alejandro*, evitó tutearnos. No me sorprendió. Esa distancia, por el momento al menos, prefería mantenerla.

—¿Les gusta la casa? —preguntó señalando con un gesto apenas dibujado los herrajes, los cedros y las tejas californianas del chalet.

—Es hermosa —suspiró Susy abriendo mucho los ojos, como deslumbrada. Y agregó—: Supongo que por dentro debe ser más linda todavía.

Salas asintió.

—No le falta nada —dijo—. Después se las voy a mostrar. Aunque les aviso: prepárense para un tour. Calculen que habitaciones para huéspedes hay doce. Y después, todo lo demás: la recepción, el comedor, la sala de juegos, el gimnasio, la cocina y, bueno, para qué seguir. Es inmensa, creo que demasiado. Pero tiene cosas que conseguí que se hicieran tal como yo las pedí. Mi dormitorio, por ejemplo. Miren, desde aquí lo pueden ver: es el de aquel ventanal, con ese balcón de madera tallada y ese árbol enfrente que es lo primero que veo cuando me despierto. Nunca dejo de extrañarlo en Buenos Aires.

—Me imagino —dije mientras dos o tres ideas estallaban como fuegos artificiales en mi cabeza.

Porque era así, tal como Salas lo había dicho: un rotundo, hermoso y absolutamente trepable árbol se erguía frente a los ventanales de la habitación. Y si los hilos se manejaban con cuidado, si la trama que estábamos tejiendo no se nos bandeaba o saltaba en pedazos, si Susy conseguía meterse en ese dormitorio con

nuestro poderoso anfitrión (no sé en qué momento, en qué día, pero inevitablemente en alguno y cercano, inminente) y yo conseguía, trepadito a ese árbol (recordando, por qué no, mis años de pibe, cuando iba a robar higos o ciruelas), oculto por las sombras —porque de noche debía ser la cosa—, tomarles un par de fotografías, el *asunto quedaría brillantemente concluido*. Y a cobrar.

Sí, quizá la cosa pudiera resolverse de ese modo. Voto a Satanás: decidí no retirarme de allí ese día sin antes conocer y estudiar minuciosamente esa habitación, su ventanal y el majestuoso árbol que deleitaba a Salas cada mañana.

—¿Por qué no vienen a la pileta con nosotros?

Era Cu, la más alta de las dos minitas.

—Si no entran ahora, más tarde van a tener frío —insistió.

Leonardo se acercó con Lo; la llevaba por la cintura.

—Vamos, Susy —dijo—. ¿O sos de esas chicas que prefieren cuidarse el peinado en lugar de meterse en el agua?

Un poco agresiva sonó la frase. Pero era inevitable: estaba demasiado seguro Leonardo. Le costaba no llevarse todo por delante. Susy se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—No, no soy de ésas. —Se dirigió a mí y preguntó—: ¿Venís, Ismael?

—Andá vos —dije—. Yo no tengo ningún peinado que cuidarme, pero estoy medio viejón ya y el agua siempre me parece fría a esta altura de la tarde. ¿Está bien, Leonardo?

Sonrió, cada vez con más dientes.

—Como quieras —dijo.

—Bueno, vamos —dijo Cu—. Somos justo cuatro. Podemos jugar un partido de vóley. Yo y Susy contra Leonardo y Lo. Genial, chicos, ¿no es cierto?

Se alejaron. Quedé con Salas. Sergio seguía en la galería, leyendo *Demian*. Nuestras miradas se cruzaron. Creo que sonrió. Esperaba su turno.

Salas comenzó a hablar de política. Seguramente habría hecho un par de cursos de idea y le gustaba aprovecharlos. Me preguntó si participaba de alguna ideología. Le contesté que no (debí decir: ya no; debí decir: no sé; debí decir cualquier otra cosa en lugar de no, ¿pero importaba acaso?). Sostuvo que él tampoco (participaba de ninguna ideología), pero que tenía algunas ideas muy claras sobre ciertas cuestiones fundamentales (sic).

—Me preocupa la situación política del país —dijo.

Caramba.

—Observe, Ismael —continuó—, que lo que aquí faltan no son ideas sino hombres. Ideas sobran, y en todo caso, no hacen más que embarullarlo todo más de lo que está. En cambio, en la Argentina, desde el 80 que no existe una generación lúcida y organizada. Una verdadera clase dirigente, me comprende, una elite política. Eso falta, y eso necesita el país. Mientras no se resuelva semejante problema, es absurdo hablar de democratización. La democracia, para la mayoría de nuestros políticos, sigue siendo sinónimo de populismo. Y Dios nos libre del populismo.

Hizo una pausa. Yo, silencioso. Cediéndole todo el terreno.

—Admito —continuó— que no es tarea fácil. Pero no hay otro camino. Además, si en el 80 dio resultado, ¿por qué no hoy? Sólo hacen falta dos cosas. Una ya se la dije: crear una elite dirigente. La otra, renunciar al prejuicio democrático. Porque la democracia es el vicio de Occidente, Ismael, y estoy seguro que será su perdición.

Movió lóbrega y suavemente su cabeza y dijo:

—Mire, si Occidente no se transforma en un imperio, muere. No lo dude.

Interesantes los cursos de idea. Y además: qué nivel. Esta última frase, sin ir más lejos, es casi textual de un cuento de Borges. Cuando vuelva a Buenos Aires, sin pensarlo dos veces, me inscribo en alguno.

—Perdón, ¿puedo interrumpirlos?

Era Sergio, con su palidez y *Demian* a cuestas. Salas lo miró.

—No hablábamos de nada muy importante —dijo—. ¿Qué querés?

—Robártelo a Ismael por un momento. ¿Se puede?

—Yo no lo tengo preso, che —sonrió Salas—. Es dueño de hacer lo que quiera.

Sergio se dirigió a mí.

—¿Me acompañás adentro un rato?

Si Alejandro no se oponía —argumenté—, de acuerdo. No se opuso. Sergio me tomó de un brazo y comenzamos a caminar rumbo a la casa.

—¿Por qué estás tan pálido? —pregunté con mi habitual delicadeza y discreción—. ¿Nunca tomás sol?

Sergio vaciló un instante. Después dijo:

—Nunca no. Pero lo hago de a poco. Muy de a poquito, entendés. Odio

calcinarme.

—Yo que sé —dije encogiéndome de hombros—. Mirándote bien, por ahí no estás tan pálido. La primera vez que te vi, por ejemplo, no me di cuenta. Lo que pasa es que contrastás mucho con Leonardo.

Se detuvo.

—¿Contrasto mucho con él? —preguntó.

—Sí.

—Me alegro, entonces.

Entramos en la casa. La recepción era impresionante, ni me voy a gastar en describirla: un despelote y punto.

—¿Querés tomar algo?

Dije que no. Me mostró el ejemplar de *Demian*.

—¿Leíste este libro? —preguntó.

—Sí —dije—. A los dieciocho años.

—¿Te gusta Hesse?

—Ya no.

Enrojeció ligeramente y abandonó el libro sobre una repisa. Dijo:

—Vení, quiero que veas algo.

Me llevó hacia uno de los salones donde se prolongaba la recepción. Había un piano allí. Un eminente Steinway.

—¿Tocarías para mí? —preguntó.

—¿Para esto me pediste que te acompañara?

—Casi.

Vacilé un instante. Lejanos pero indubitables, llegaban hasta nosotros los chillidos de Cu y Lo, las exclamaciones de Susy y las risotadas de Leonardo. Dije:

—Mirá, hay otras personas en esta casa. Y supongo, sin excesiva vanidad, que también deben tener sus ganas de escucharme tocar algunas piezas en el piano. Lo mejor, entonces, será dejarlo para más tarde, cuando estemos todos reunidos.

Negó con un tenue pero firme movimiento de cabeza.

—Comprendo que lo sientas así —dijo—. Pero yo quiero justo lo contrario. Si no, no te hubiera pedido que me acompañaras. Yo quiero que toques para mí. Para mí solo. Y no *alguna pieza*, como decís vos, sino una sola pieza. Aunque muy especial.

Leía a *Demian*, no tomaba sol y se pintaba un lunar en la mejilla. Con esto hubiera sido suficiente. Pero no: idolatraba además su viscosa (¿aprendí de Sartre este adjetivo?) subjetividad y pretendía ser un *individuo*, en el más hondo y hessiano sentido de la palabra. Era abrumador. Accedí.

—Bueno —dije abriendo con decisión la tapa del piano—, decí nomás. ¿Cuál es tu pieza?

Se sentó en un sillón, que acercó previamente al piano, y dijo:

—El opus 17 de Schumann.

Era más grave de lo que yo pensaba la cosa.

—Escucháme —dije—, ¿vos pensás en serio que yo sé cuál es el opus 17 de Schumann o me estás cargando?

—No te estoy cargando. Pienso que lo sabés.

—Bueno, está bien —accedí una vez más—, lo sé. Estudié piano durante más años de los que puedo recordar. De todos modos, te lo advierto; la próxima vez que quieras escuchar la *Fantasía* de Schumann, me pedís la *Fantasía* de Schumann, o a lo sumo —vaya y pase— la *Fantasía en do mayor* de Schumann, pero no el opus 17, ¿estamos?

—¿Viste que lo sabías? —dijo sonriendo.

—Claro, y es lógico en cierto modo. Lo raro es que lo sepas vos.

—¿Por qué no? Me gusta Schumann. Es el más equilibrado de los románticos.

Chico culto, sensible: una pinturita. Enfrenté el teclado, aflojé mi mano izquierda (la *Fantasía* es especialmente impiadosa con ella) y empecé a tocar. Conocía la pieza. Y mucho más también: era mi predilecta. El romanticismo no entregó al piano una obra más profunda, ni aun la sonata de Liszt. Sólo Schumann consiguió algo así, ni siquiera Brahms, muchísimo menos Chopin. Evité confesárselo a Sergio. No quise envanecerlo. No quise, tampoco, identificarme con él.

En la mitad del primer movimiento dejé de tocar.

—No recuerdo más —dije.

Sergio sonrió agradecido.

—No importa —dijo—. Me alcanza. Fue muy hermoso.

Se puso de pie, fue hasta una mesa atiborrada de botellones y se sirvió algo.

—¿Querés un coñac? —preguntó.

—Te dije que no quería tomar nada.

—Perdonáme, lo había olvidado. —Me tomó de un brazo. Dijo—: Vení, acompañáme. Quiero que veas otra cosa. No tiene nada que ver con Schumann, pero no por eso me gusta menos. Preparáte.

Atravesamos un extensísimo pasillo cubierto por cuadros de lujosos marcos. Siempre llevándome del brazo, Sergio, caminando lentamente, casi ceremonioso. Hizo un par de comentarios sobre algunos cuadros. No le contesté. Llegamos al fin del pasillo y abrió una puerta alta y maciza.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Era un gimnasio. Había de todo. Sergio sonrió satisfecho, orgulloso.

—También por esto es que estoy pálido —dijo—. Paso gran parte del día aquí adentro. Hago pesas, box, gimnasia con aparatos. A veces, te juro, me mato. No sé cómo explicártelo. Pero necesito reventarme para sentirme bien. Para calmarme. Después una ducha y listo, a otra cosa. Es fabuloso esto.

Miré sus brazos fuertes, llenos de músculos, su tórax dilatado, sus espaldas sobre las que parecía poder desmoronarse el Obelisco sin que nada ocurriese. Era cierto: debía pasar muchas, muchas horas ahí dentro.

—Mirá esto —dijo.

Se acercó a un puching y le dio una sola, imponente trompada. El puching se volvió invisible, apenas un manchón negruzco metiendo más ruido que una metralleta. Dije:

—Podrías matar a cualquiera con un golpe así.

Me miró durante un instante, serio.

—Ya lo sé —dijo después.

Salimos a la galería.

—Yo me quedo aquí —dijo Sergio deslizándose en un sillón de mimbre, nuevamente con su *Demian* entre manos—. Andáte vos con las fieras.

Las «fieras» eran Leonardo, Cu y Lo sentados junto a la pileta, frente a una amplia mesa con vasos llenos de martini con hielo y soda, disfrutando todavía del tenue sol del atardecer. Llegué junto a ellos.

Leonardo sonrió abiertamente y acercó una silla.

—Al fin, Ismael. Te esperábamos. Vení, ¿querés un martini?

Acepté y pregunté por Susy. Leonardo me guiñó un ojo.

—Te la soplaron —dijo con picardía—. Tío se la llevó para mostrarle la casa.

—Está bien —acepté—. Nadie se pervierte haciendo turismo.

Bravo por Susy. En pleno trabajo ya. Dirigiéndome a Cu y Lo pregunté:

—¿Tienen un desfile esta noche?

Suspiraron resignadas.

—Sí —dijo Cu—. La pálida de los sábados. Ya estamos hartas. Siempre lo mismo, viste. Es para morirse.

—¿Para tanto? —pregunté sinceramente sorprendido—. ¿Por qué?

—Porque sí. Qué querés que te diga. En temporada mejora. Pero nunca es como en Buenos Aires. Allá todo es más, no sé, importante, viste, sí, eso, importante.

—Pero igual, Cu —intervino Lo—. Podés estar un tiempo como modelo, pero si no te hacés actriz y después periodista, chau.

—¿Periodista? —pregunté.

—Sí, señor —afirmó Cu, muy segura—. Es la última. Y lo mejor. Yo sé por qué te lo digo. Mirá, te puede haber ido bárbaro como modelo, pero igual tenés que hacerte un curso de actriz. Y te puede haber ido bárbaro como actriz, pero igual tenés que hacerte un curso de periodismo. ¿Entendés? Hay que estar preparada. Pero modelo, solamente modelo, never, reventás solita.

—Mirá vos —dije meneando pensativo mi cabeza—, no pensaba que era así la cosa. Y díganme, ¿para qué estudian psicología, entonces?

Cu y Lo se largaron a reír.

—Bueno —dijo la primera—, eso no tenés que tomártelo tan en serio. Lo que pasa es que nunca está de más haber pasado por alguna universidad. Y la psicología tiene algo que asusta un poco a la gente, viste, te creen capaz de descubrirles los vicios apenas los mirás, no sé si te pasa.

—Sí, es terrible —dije aguantando la risa—. Nunca puedo estar en paz junto a un psicólogo.

—¿Ves? —exclamó satisfecha Cu—. Igualito como te digo. Por eso nos anotamos en esa facultad. Y hasta ya dimos una materia.

—¿Qué te parece? Se hacen tiempo para todo, ustedes.

Entonces escuché la voz de Susy.

—¡Ismael! ¡Iuuuuuuju!

Me di vuelta. Más aún: me puse de pie y miré hacia lo alto.

—¡Aquí! ¡Iuuuuuuju!

Allí estaba: en el balcón del dormitorio de Salas, agitando alegremente su mano derecha. Salas apareció junto a ella y también nos saludó.

—¡Es divina la casa! —exclamó Susy—. ¡Tenés que conocerla!

No era casual que se hubiese asomado precisamente a ese balcón. Menos aún existiendo tantos otros en la casa. Era su forma de decirme: «Aquí tenemos que hacerlo».

Coincidíamos.

Después ocurrieron algunas cosas previsibles: anocheció, nos pusimos pulóveres, seguimos bebiendo martinis, un par de diligentes mucamas encendieron fuego para el asado y yo tuve que aceptar tocar el piano. Esta vez para todos. Entramos en la casa. Entusiasmadas Cu y Lo, bochincheras, pidiendo temas, autores y géneros varios: sobrio Salas, dejando hacer; muy suelta Susy, como si estuviera disfrutando de todo eso; siempre seguro Leonardo, fálico y sonriente; siempre lejano Sergio, huidizo, sabiendo que esta vez tendría que compartirme, o quizá cederme por completo, y entonces nada de Schumann, ningún opus 17, ningún opus en absoluto. No derramé lágrimas por él.

Frené los vertiginosos e inagotables pedidos de Cu y Lo.

—Voy a tocar lo que sé —dije—. No lo que ustedes pidan. Va a ser mejor. Créanme.

Sonrieron y aceptaron.

Hice mucho Cole Porter. Toqué incluso unas variaciones de seis minutos de duración sobre *I've Got You Under my Skin* que armé —me resisto a decir compuse— hace casi ocho años después de una borrachera fenomenal y que seducen invariablemente a quien las escucha. Nada distinto ocurrió esta vez. Todos deliraron y lanzaron desmesurados adjetivos sobre mí que, humilde, resignado, casi, acepté. Luego le tocó el turno a Susy. Cantó *Where or When*, muy Peggy Lee. Aunque por supuesto: *no como Peggy Lee*. Ocurre con casi todo lo que canta Susy: siempre lo hace como alguna otra. Es decir: siempre canta peor que alguna otra; peor que Peggy Lee, peor que Lena Horne, peor que Shirley Bassey, o si prefieren —porque también le ocurre— peor que Valeria Lynch, peor que Susana Rinaldi y hasta peor que Violeta Rivas. Se lo dije: «No imites a las otras; buscá tu propio estilo». Es inútil: «No imito a nadie —responde—; canto con mi propio estilo». Y quizá tenga razón, quizá sea ése su propio estilo: cantar peor que todas.

Terminamos y volvimos al parque.

Un peoncito manso, de alpargatas y con sonrisa más triste que obsecuente, había colocado la carne y las achuras sobre la parrilla y vigilaba con esmero. Cu y Lo manifestaron su deseo de comer cuanto antes, no por hambre sino por el desfile del República, viste, no vaya a ser que llegaran tarde y Eva Andersson (¿quién carajo sería Eva Andersson?) se enojara. Salas le dijo al peoncito que se apurase, aunque sin por eso quemar la carne, cuidado. Leonardo sirvió más martinis. Susy cruzó sus piernas. Sergio volvió a elegir la aséptica individuación de la galería, sin *Demian* ahora, pero fumando y lanzando el humo hacia la noche, lánguido.

Era el momento.

No dije voy a *recorrer el resto de la casa*, porque seguramente —por cortesía, no por desconfianza— Salas no me lo hubiera permitido hacer solo. Dije:

—Dejé mi encendedor sobre el piano. En seguida vuelvo.

Y lo dije con voz bien alta, como para que todos escucharan, especialmente Sergio, allí, en su galería, que era quien más deseos tendría de aprovechar una oportunidad (la segunda para él) de arrinconarme. Cuando pasé a su lado me miró y sonrió dulcemente.

—Si necesitás un encendedor, te puedo prestar el mío —dijo.

—Gracias —contesté secamente—. Pero no hace falta.

Entré a la recepción. Después, claro está, tendría que deschavarme: «Aproveché para recorrer un poco la casa, el primer piso especialmente; es hermoso, eh». Pero después.

Subí la escalera. Veinticuatro escalones. Me sentía Arsenio Lupin. En el fondo: un chorro. El primer piso estaba en penumbras. Recorrí la extensa galería a la cual daban las habitaciones para huéspedes. Llegué al extremo. Abrí la puerta y entré en el dormitorio de Salas. El ventanal estaba abierto. Me detuve en el centro de la habitación y examiné la araña que colgaba del techo: era importante —¿había algo que no lo fuera en esa casa?—, maciza, atiborrada de caireles y con ocho luces. ¡Ocho! Encendida, convertiría ese recinto no en un set de filmación —evitaré exagerar—, pero sí en un espléndido ámbito para tomar unas no menos espléndidas fotografías que nos permitirían cometer un absolutamente espléndido —digámoslo— chantaje. Así de simple.

Me acerqué al ventanal y observé atentamente el árbol que se elevaba a su frente. No me iba a resultar difícil treparme allí ni ocultarme detrás de su tronco. Unos doce o trece metros, calculé, lo separaban del centro de la habitación, quizás algo más, pero muy poco.

Protegido por las sombras, miré hacia afuera. Estaba, ahora, casi en el mismo lugar desde el que Susy me había saludado esta tarde. Las luces de las farolas que rodeaban la pileta impactaron mis ojos. Me dije que debía regresar. Me dije que seguramente estarían a punto de advertir que mi ausencia se prolongaba demasiado.

Giré pero me detuve. Mis ojos demoraron en acostumbrarse nuevamente a la oscuridad. Esperé. Escuchaba más mi respiración, extrañamente agitada ahora, que las voces que me llegaban de afuera. Lentamente, como surgiendo de la nada, los objetos volvieron a dibujarse ante mi vista. El espacio amplio, dilatado de la habitación primero, y luego la imponente cama, los dos sillones, las mesas de luz, la araña colgando del techo, los placares y la abertura clara, cenicienta dejada por la puerta que yo había abierto al entrar y sobre la que ahora se recortaba una sombra alta, casi fantasmal que dijo:

—Tendrías que haber aceptado mi encendedor. Mirá hasta dónde tuviste que venir a buscar el tuyo.

Hizo una pausa.

—¿O buscabas otra cosa aquí? —preguntó en seguida.

Querido Ismael:

Espero que al arribo de la presente... etcétera. Al grano: ¿qué corno significa el engendro que acabás de enviarme? ¡Engendro: sí, señor! Porque eso no es literatura. Te están fallando, mi viejo, las serpientes que tan melodramáticamente invocás en tu carta. (Te gusta jugarla de terrible, eh. Serpientes en lugar de sesos. Dale). Repito: eso (¡¡¡*El primo Matías!!!*) no es literatura. ¿O me equivoco? En cierto sentido, sí. Por desgracia, sí. Corrijo entonces: eso es literatura. ¡Pero se nota, Ismael, se nota durante todo el tiempo! Yo te pedí un cuento de horror y sangre, nada más querido, no una joya de la literatura universal. Aquí radica el disloque de la cosa. ¿Por qué, decíme, ese empeño por escribir lindo, *literariamente*? Como si no supieras —como si no lo hubiéramos comentado miles de veces— que escribir literariamente es la peor manera de hacer literatura. ¿Quién te autorizó, por ejemplo, a escribir una frase como «Lo he dicho: ese día conocí el miedo»? ¿De qué descangallado mamotreto sacaste eso de «Se lo tragó la noche»? ¿¿¿Qué merda quiere decir «hube de vestirme»??? ¿Querés matarme de un síncope, degenerado?

Y no te digo esto, también lo sabés, en nombre de alguna esotérica teoría sobre la contracultura o la destrucción del lenguaje. Ni el viejo Sartre, ni el objetivismo ni el estructuralismo influyen tampoco en mí. Ni Lacan ni Mengueche Pirulo, mi viejo. La palabra «signo» me produce dolor de estómago, y la polisemia se me confunde con la policía o la poligamia. Es mi humilde sentido común, mi santo olfato de editor responsable quien me dicta estas reflexiones: agarraste para los caños, Ismael.

Y a los resultados me remito: tu cuento se ha estirado como un chicle. Como imaginarás, te guste o no, voy a podar algunas cosas. Acumulás que da miedo: los ojos de Matías, la mirada de Matías, el sudor brillando en la frente de Matías, y otra vez los ojos y la mirada, y la mirada y los ojos y... ¡Ma sí, finíshela! ¡A las cosas mismas, Ismael! ¿O acaso no aprendimos juntos también esto?

Muy buena la escena del baile entre Matías y tía Etelvina. Es lo primero que en verdad *ocurre* en el cuento. Ahí narrás un hecho en lugar de acumular palabras. Es así: una cosa o la otra. Quiero remarcarlo porque me parece decisivo. Elegí, Ismael: o narrás hechos o acumulás palabras lindas, «segmentos literarios». Si elegís la primera opción, por ahí te salvás. Todavía estás a tiempo. Si elegís la segunda, seguramente te vas a deleitar leyendo en mi próxima carta un texto como éste: «Era medianoche cuando acabé de leer tu cuento. Hube de hacer un bollo con él y hube de arrojarlo a través del amplio ventanal. Se lo tragó la noche. Lo he dicho: era una cagada».

Pedro.

P. D.: Un par de bañeros que había contratado me escribieron avisándome que van

a trabajar en Miramar esta temporada. También surgieron algunos problemas con el bendito asunto de la concesión. En síntesis: voy a tener que volver por allí antes de lo previsto (dentro de diez días quizá, no lo sé bien) y sin familia, ya que los chicos siguen en época de clases. Cualquier cosa te escribo. O no.

—No sé. ¿Vos qué pensás?

Sergio vaciló un instante. Estaba apoyado contra el marco de la puerta. Sus ojos brillaban felinamente en la oscuridad. Dijo:

—Me pone curioso que no hayas encendido ninguna luz. ¿Para qué tanto secreto?

—¿Tengo que contestarte?

—Si no querés, no. Estás en tu derecho.

—Entonces te contesto. No encendí luces porque no hizo falta. Mi único objetivo era llegar a esta habitación y mirar el parque desde el ventanal. Susy lo hizo esta tarde. Es más: me saludó desde aquí. Y yo tenía ganas de sacarme la curiosidad. Sólo eso.

—Sólo eso —repitió Sergio.

Muy firme ahora, concluyente afirmé:

—Sí, tal como te lo digo.

Atravesé la habitación, me detuve junto a él, que obstruía la puerta, y casi ordenádoselo, pregunté:

—¿Bajamos?

Abrió la boca como para decir algo pero se contuvo. Entonces hizo un brusco movimiento afirmativo con su cabeza y regresamos al parque. Era evidente que no había quedado satisfecho. Tampoco yo esperaba algo distinto. En medio de la tirantez, la incomodidad y la insidiosa sospecha, cerramos ese encuentro.

Algo bueno tuvo reaparecer junto con Sergio: a nadie necesité explicar el motivo de mi demora.

Habían colocado una mesa junto a la piletta, bajo una de las farolas, y Salas, ni pensarlo, ocupaba la cabecera. A su derecha estaba Susy. A su izquierda nadie.

—Venga, Ismael —dijo sonriendo apenas me vio—. Lo estamos esperando.

Me senté a su izquierda, obedeciendo el gesto indicativo de su mano.

—¿Comemos ya? —pregunté.

—Ya mismo —dijo.

El peoncito con sonrisa más triste que obsecuente trajo abundantes achuras sobre un brasero que colocó cerca de Salas. Leonardo, Cu y Lo se ubicaron en sus lugares. En seguida también llegó Sergio. Estábamos todos. Sólo restaba ahora que alguno de nosotros, luego de probar el primer bocado, muriera entre agudos estertores, víctima de un fulminante y misterioso veneno. No fue así, pero se hubiera puesto linda la cosa.

Salas sirvió las achuras, Leonardo el vino. Cu y Lo chillaron de entusiasmo cuando recibieron sus platos.

—Me enloquecen las achuras —dijo Lo—. Lástima lo que engordan. Un horror.

Respiró hondo y sus abundosos pectorales se dilataron.

—¿Y vos qué problema tenés con la gordura? —preguntó Leonardo—. Si estás fenómeno así, toda rellenita, reventando la ropa. ¿No es cierto, Sergio?

Sergio apoyó sobre la mesa el vaso que había comenzado a llevar a sus labios. Miró a Leonardo. Después a Lo. Dijo:

—Sos muy mona, Lolita. Aunque pienso que con dos kilos menos estarías mejor.

—Estás rayado vos —dijo Leonardo con voz muy fuerte—. Ella está fenómeno así. No sabés lo que decís, Sergio.

—No me hubieras preguntado, entonces.

—Yo también opino que Lo está muy bien así —intervino Cu—. No es por llevarte la contra, Sergio. Pero fijáte que es el look que más le va.

—Como quieran —admitió Sergio. Y mirando a Lo—: Seguí tetona entonces, Lolita. Y no te preocupes por mi opinión.

—¿Ves? —lloriqueó Lo mirando a Leonardo—. ¿Ves lo que dice? Eso es justo lo que yo no quiero ser: tetona.

Los ojos de Leonardo relampaguearon.

—Mirá, Sergio, eso estaba de más —dijo—. Yo no dije que ella fuera tetona.

—¿Culona entonces? —preguntó Sergio, muy perverso él.

Lo lanzó un gritito, como ofendida quizá. Leonardo se preparaba para responder —vaya uno a saber con qué despropósito— cuando dictatorial, casi imponente intervino Salas:

—Creo que esta conversación no entretiene a nadie. Así que la vamos a dar por terminada aquí mismo. ¿Les parece bien?

—Empezó él —dijo Sergio.

—Dije que terminábamos —insistió Salas—. Serví más vino, Leonardo. Y a otra cosa.

Hubo unos instantes de silencio. Sólo Leonardo sirviendo el vino. Algunos grillos también. Preguntó Cu, entonces:

—¿Es cierto, señor Salas, que va a festejar su cumpleaños el sábado que viene?

Astuta la niña. Nada mejor para salir del pantano que halagar al dueño de casa. Salas, satisfecho, sonrió.

—Así es, Cu. ¿Quién te lo dijo?

—Leonardo.

—No te mintió. —Y dirigiéndose más a Susy y a mí que a los demás, aclaró—: Cumplo cuarenta y cinco años. Y tengo ganas de festejarlo. ¿Por qué no? Algunos dicen que es la mejor edad de la vida. La crisis de los cuarenta quedó atrás, uno ya aceptó su madurez y hasta casi puede ser feliz. Bueno, eso dicen.

—¿Y usted qué piensa? —pregunté.

—Mire, Ismael, por empezar yo pienso hacer una fiesta. Después se verá.

Todos rieron. Continuó Salas:

—Además, como la cosa será aquí, en esta casa, me va a servir para pasar un buen rato con muchos amigos que tengo en esta ciudad. Y no solamente amigos.

Gente de negocios también, empresarios como yo, a los cuales no puedo llamar precisamente amigos, aunque quizá lo sean alguna vez, pero con los que mantengo relaciones muy cordiales. —Sonrió ampliamente—: Y además, fructíferas.

Tomó un generoso trago de vino. Continuó:

—La fiesta va a ser el sábado, sí. Y a todo trapo. Calculo que han de venir no menos de cien personas. —Miró a Susy, me miró, a mí y dijo—: Por supuesto, ustedes están especialmente invitados.

Terminamos de cenar. Cu y Lo, presurosas, se despidieron («Nos vemos el sábado, chicos»). Leonardo las cargó en su coche y partió velozmente rumbo al hotel República («Porque Eva Andersson se enfurece cuando llegamos tarde»). Salas comentó:

—¿Buenas chicas, no? Un poco jóvenes y bochincheras solamente.

Sergio rió bajito y se despidió.

—Gracias por Schumann —dijo cuando estrechó mi mano.

Salas nos acompañó hasta el Citroën.

—Si me hago un poco de tiempo —dijo—, voy a visitarlos al balneario uno de estos días.

—Cuando guste, Alejandro —dijo Susy, amable, cariñosa, casi.

Subimos al Citroën.

—Tampoco se sorprendan si me ven aparecer por el Douglas —insistió Salas.

Asomé mi nariz por la ventanilla.

—¿Y qué tal si volvemos nosotros por aquí? —pregunté.

—Perfecto —exclamó Salas—. ¿Cómo encontraron hoy las puertas cuando llegaron?

—Más abiertas imposible —dije.

—Así van a seguir.

Arrancamos. Salas quedó solo, recortada su figura contra el inmenso chalet, agitando suavemente su mano derecha, despidiéndonos.

Miré a Susy.

—Bueno, flaca —dije—, el sábado es la cosa.

Al día siguiente, con puntual obediencia, estaba allí: escondido detrás de un árbol frente a la carnicería de don Carmelo, esperándolo. La mañana era oscura, gris; lloviznaba tenue pero persistentemente. Don Carmelo no demoró en aparecer. Vestía un viejo sobretodo y una bufanda cubría su cuello y parte de su cara. Abrió la cortina metálica del negocio y entró. Crucé la calle. Miré hacia ambos lados de la cuadra. No había casi nadie: sólo dos somnolientas mujeres barriendo la vereda, apenas. Era el momento; entré en la carnicería. Don Carmelo aún no se había quitado el sobretodo, aunque sí la bufanda. Parado en el centro del local, sostenía un diario entre sus manos (Crónica, ¿podía ser otro?) y leía, con absoluta atención, las noticias deportivas: Boca había perdido 2 a 0 con Independiente. Comenzaba mal ese día para don Carmelo. Y seguramente terminaría peor. Sonrió afectuosamente al verme (yo era un buen cliente; no consumía mucho pero siempre un poco todos los días), abandonó el diario y se quitó el sobretodo. Entonces comentó algo sobre el tiempo o quizá sobre el partido, sí, sobre el partido creo: que Boca no había merecido perder, que no lo acompañaba la suerte últimamente. Nada contesté a esto, y con una naturalidad que a mí mismo me sorprendió, dije: «Don Carmelo, necesito medio kilo de churrasco». «¿De paleta o de cuadril?», preguntó. «Es lo mismo», dije. «De lo que tenga mejor». «Todo lo que tengo es bueno, muchacho», dijo con total convicción. «Pero te voy a dar de cuadril, que es lo que yo prefiero. En seguida estoy con vos». Desapareció por la puerta del fondo. Seguramente iría a ponerse el delantal. Todo ocurría como Matías lo había previsto. Me dije: ahora o nunca. Me acerqué al mostrador y observé los utensilios allí esparcidos. No tardé en encontrarlo: junto a la sierra, precisamente ahí, había un pequeño cuchillo, con mango de madera y hoja carcomida por el filo. «Las cosas no pueden seguir así en Boca, Ruperto», era la voz de don Carmelo, espantosamente cercana. «Hay que cortar por lo sano y echar a los jugadores que ya no caminan». Se abrió la puerta del fondo. Como un rayo, estiré mi mano, agarré el cuchillo y lo sepulté en el bolsillo interior de mi sobretodo. No sé si don Carmelo me vio, no creo, pero me miró con cara rara: «¿Te pasa algo?», preguntó. «No. ¿Por qué?». Se encogió de hombros y dijo: «Estás pálido». «Debe ser el frío», argüí. E impaciente, irritado, agregué: «Bueno, ¿me va a dar o no esos churrascos?». Agarró un enorme cuchillo y empezó a afilarlo. «¡Eh, pibe!», exclamó. «¿Te levantaste atravesado hoy? Ni que fueras hinchado de Boca». Me entregó los churrascos, lo saludé brevemente y me fui. Estaba temblando. Alrededor del mediodía llamé por teléfono a Vera. Habíamos acordado encontrarnos en la facultad esa tarde, estudiar en la biblioteca y después ir a un bar, tomar un café, y conversar, como de costumbre, interminablemente. Le dije que había amanecido enfermo, que prefería no verla hoy, sino mañana, cuando me sintiera mejor, más animado al menos. Se resistió. ¿Para qué estaba ella si no era para

acompañarme en los momentos malos? Vendría a mi casa, dijo, me prepararía un té y leería algo para mí. Con dolor, esforzándome, se lo prohibí. «Quiero estar solo», dije. Disgustada, colgó el auricular.

No fui a trabajar y pasé el resto del día en mi dormitorio, sin poder concentrarme en lectura alguna, con la mirada fija en el techo y la mente en blanco, esperando, con ansiedad creciente a medida que pasaban las horas, la llegada de Matías. Eran las siete y treinta, exactamente, cuando sonó el timbre. Salté de la cama, corrí hacia el living y abrí la puerta. «Hola, primito», dijo alegremente Matías mientras entraba. «¿Listo para divertirse un rato?». Llevaba un sobretodo negro, una bufanda que se quitó de inmediato y guantes. «Dame un coñac», ordenó. «Hace un frío de ultratumba afuera». Abrí el armario, le serví el coñac y se lo alcancé. Lo tomó de un trago. «Bueno», dijo, «ya está. Al grano ahora». Me clavó los ojos, extendió su mano hacia mí agitando los dedos y ordenó: «A ver, dame ese cuchillo». Se lo di. Lo tomó suavemente y lo miró extasiado mientras una expresión de pavoroso placer transformaba su cara. «Perfecto», dijo. «No perdamos más tiempo. Vamos».

Salimos a la noche. Caminamos velozmente las dos cuadras que nos separaban de la carnicería, y nos parapetamos en la vereda de enfrente, atrás de un alto árbol, expectantes. Aún había luz en el negocio. «Viejo miserable», murmuró Matías, «aprovecha hasta el último minuto». Mis dientes castañeteaban, de frío y de miedo. No duró mucho nuestra espera. Las luces se apagaron, la cortina metálica bajó, y don Carmelo, como todas las noches de tantos años que quizá ni él mismo recordaría, puso llave al candado de su negocio. Después, lentamente, comenzó a caminar hacia la esquina.

Allí tomó (tomamos) el colectivo 93. Lo escuchamos pedir boleto hasta Munro; lo propio hicimos nosotros. Para mi tranquilidad y mi buena fortuna, había mucha gente dentro de ese colectivo: no fue difícil esconderme y evitar que alguien me reconociera. El viaje resultó largo y penoso. Mi angustia no dejaba de atormentarme un instante. Matías, por el contrario, se entretenía leyendo el diario de la tarde por encima del hombro de otro pasajero. Por fin, en alguna esquina de Munro (desconozco por completo esa incierta zona bonaerense), descendió don Carmelo. También nosotros. Lo seguimos, para su desgracia, por calles cada vez más oscuras y solitarias, que no conseguían sino invitarnos a concluir cuanto antes nuestra mortal tarea. En mitad de una de ellas, lejos aún, muy lejos del lánguido farol de la esquina, Matías me tomó de un brazo y con voz seca, dura, dijo: «Ahora». Corrí tras don Carmelo, lo agarró fuertemente por un hombro, lo detuvo y lo hizo girar. «¿Qué pasa?», preguntó el hombre sorprendido, azorado. «Escúcheme, don Carmelo», dijo Matías muy tranquilo, «quiero hacerle una pregunta, nada más». Don Carmelo permaneció en silencio, respirando agitadamente. Creo que el miedo le impedía hablar. Matías continuó: «Sáqueme de una duda, si es tan amable. ¿Usted qué vino prefiere, el blanco o el tinto?». Don Carmelo vaciló. Finalmente dijo: «El tinto». Matías chasqueó la lengua, movió suave y tristemente su cabeza y dijo: «Lo

lamento mucho. Perdió». Y le clavó el cuchillo en medio del pecho.

Caminamos hasta la parada del 93. Una luna grande, hermosa, nos iluminaba ahora. Matías, cariñosamente, pasó un brazo sobre mis hombros y dijo: «Uno menos, Ruperto. El mundo ha quedado un poco más limpio hoy». Nada pude contestarle.

Una hora más tarde estábamos en mi casa. «Tengo hambre», dijo Matías. Fue hasta la frutera y tomó una manzana. Después, del bolsillo trasero del pantalón, extrajo un cortaplumas. El mismo, sí, que años atrás yo le había regalado. Dije: «Me alegra que todavía conserves ese cortaplumas». Una sonrisa suave, tersa brilló en su cara: «Vos me lo regalaste, ¿no?», dijo. «Siempre lo voy a tener conmigo. Hasta el día de mi muerte, Ruperto».

Domingo gris y lluvioso. Susy y yo en la cocina, charlando y tomando mate con bizcochitos de grasa. Es casi mediodía. Cada vez más cercano escuchamos el agónico, inconfundible jadeo del Fiat de Fernando. Luego el chirrido de los frenos, un portazo, pasos presurosos y la entera humanidad de nuestro cómplice entrando en la cocina, mojados sus exiguos cabellos, vistiendo un impermeable claro, con tantas arrugas como si hubiera dormido sobre él, cubierto de manchas y flagelado por las polillas.

—¡Ferni! —exclamo—. ¿De dónde sacaste eso?

—¿El impermeable? No te preocupes, dejálo así. Por lo menos ataja la lluvia todavía.

—Puede ser —digo—. Pero te juro que pocas veces vi algo tan peleado con la elegancia. ¿Querés mate o café?

Agarra una silla y la acerca a la mesa, junto a nosotros.

—Café —dice.

Pongo la cafetera en el fuego. Nos mira. Ansioso, pregunta:

—¿Y?

Susy sonrío.

—Todo bien —dice.

Fernando hace gestos con las manos.

—Todo bien, todo bien es muy ambiguo, preciosa. Dame datos, detalles, insignificancias, climas, palabras. En fin, no me dejen en bolas, che.

—Pará, loco —lo freno—. No seas tan exigente. Dejá que te preparemos el café primero, fumáte un cigarrillo y tranquilizáte. Después hablamos. Y además, por favor, sacáte ese impermeable.

Se pone de pie.

—Es cierto —dice—. Me olvidaba.

Se lo quita. Vuelve a sentarse. Susy le acaricia sus cabellos mojados.

—Sos un tipo macanudo, Fernando —dice—. Me gustás mucho.

Fernando la mira, entre asombrado y tierno.

—¿De veras?

—Sí.

Gira hacia mí, entusiasmado.

—¿Escuchaste eso, pibe? —pregunta—. Le gusto mucho a nuestra princesa.

El café está casi listo.

—Por favor, Susy —digo—, no le des manija. ¿Quién lo aguanta después?

Fernando no me gustó mucho al principio. Recordaba poco o nada de él, aunque lo suficiente como para saber que era de esos amigos que utilizabas para rajarte de mí, cuando la política —nunca olvido esos años— era la gran excusa. Después (aquí, en Mogotes) cambié y le tomé cariño. Me pareció fenomenal que hubiese hecho esa fogata en el balneario. Gracias a él, a su alegría, me emborraché con ganas esa noche. Buen tipo, Fernando. No sé si me creerás, pero le deseo lo mejor.

Lo recuerdo junto a su Fiat, después de esa noche de borrachera, apoyando sus manos en mis hombros y pidiéndome que lo volviera loco a Alejandro. Pobrecito. O confiaba demasiado en mí o conocía poco de Alejandro. Quizá las dos cosas.

Era difícil, escurridizo Alejandro. Creo que —conmigo— nunca podía dejar de pensar en todo lo que arriesgaba y eso le metía miedo. Una vez más lo comprobé el sábado, cuando lo visitamos. Para colmo, toda esa gente allí. El fanfarrón de Leonardo, esas dos insoportables putitas de Cu y Lo, el repugnante de Sergio. Y vos también, Ismael, observando, haciendo planes, controlando todo el tiempo si yo cumplía o no con mi parte. Y cumplí, querido, te aseguro que cumplí.

Por de pronto, no demoré en salir de la pileta y regresar junto a Alejandro. Leonardo y las putitas se quejaron un poco, aunque no mucho. Les dije que tenía frío y que además no veía la hora de que Alejandro me hiciera conocer la casa. Aceptaron.

Estabas tocando el piano para Sergio cuando atravesamos la recepción y subimos la escalera hacia el primer piso. Alejandro me llevaba de un brazo, apretándome con fuerza, posesivo. Me metió en su habitación, cerró la puerta y allí nos trenzamos. Qué loco, por favor. Te voy a ahorrar detalles, Ismael, porque no quiero lastimarte, no más de lo que estás, por lo menos. Estuvo muy, muy calentón.

Fue larga la cosa. Allí, casi contra la puerta primero, incómodos. Después me llevó a la cama. Me quitó la remera, volvió a inclinarse sobre mí y entonces dijo: «Te quiero». Algo me paralizó (o eso fingí). Lo aparté, me puse de pie y recogí mi remera. Quedamos en silencio, «¿Qué pasa?», preguntó después. «No me gusta que me digan “Te quiero” porque sí», dije. Y agregué: «No me gusta para nada». Suspiró con fastidio, o quizá con resignación, y preguntó: «¿Y cómo sabés que no te quiero?». «Porque lo sé», dije. «Estás caliente conmigo, nada más».

¿Qué te parece? No podés negar que estuve brillante. Mirá, por mi madre que no podía dejar de sorprenderme de lo bien que estaba haciendo las cosas. Tratá de imaginarme: de pie, apretando y retorciendo la remera entre mis manos, dándole la espalda a Alejandro, exigiéndole que me quisiera en serio y me lo demostrara o, si no, que no volviera a decirlo.

Bué, por desgracia, querido, eso fue lo que hizo: no volvió a decirlo. Encendió un cigarrillo y se quedó allí, sentado en la cama, pensativo, como si dispusiéramos de

todo el tiempo del mundo. Pasaron varios minutos. Yo no toleraba más. Para peor, me vinieron unas ganas locas de hacer pis. Me volví hacia él y pregunté: «Bueno, ¿qué hacemos?». «Nada», dijo mientras apagaba el cigarrillo. «Hay demasiada gente en esta casa. Mejor nos vemos otro día. Cuando podamos estar solos de verdad. ¿Estás de acuerdo?». Dije que sí y pregunté qué día. «El lunes» dijo. «Si querés podemos ir a Miramar. Tengo una casa allí». Acepté y quedamos en encontrarnos a las dos de la tarde, en el Puerto, frente a La Taberna Baska. Se puso de pie, me abrazó y me besó. «¿De veras no te gusta que te diga que te quiero?», preguntó. «Si no estás seguro, no», dije. ¿Sabés qué me contestó? «Tenés razón». Mirálo al muy cretino. O sea que era cierto, lo admitía sin vueltas: no estaba seguro un pito. Me dio un regio mazazo, lo reconozco. Y yo que creía estar acorralándolo, obligándolo a arrojarse a mis pies. Para nada. Tipo difícil, Alejandro. Me puse la remera.

Entonces, antes de salir de la habitación, le dije que quería acercarme al ventanal y mirar el parque desde allí. «Nos van a ver los otros», dijo. «¿Y qué tiene?», pregunté casi con bronca. «¿O acaso no saben que venías a mostrarme la casa?». Fuiste el primero que vi apenas me asomé. Estabas junto a la pileta, tomando bebidas con Leonardo y las dos putitas. «¡Ismael!», exclamé. «¡luuuuuuju!». Tardaste en descubrirme. «¡Aquí!», insistí, agitando mi mano derecha. ¿Te acordás? Cuando me ubicaste, dije: «¡Es divina la casa! ¡Tenés que conocerla!». Perdonáme. Pero era mi papel.

Después me metí corriendo en un baño.

Le sirvo el café a Fernando. Digo:

—Mirá, es breve la cosa. El sábado que viene Salas cumple cuarenta y cinco años.

—¿Qué te parece? —ironiza Fernando—. En la flor de la vida está.

—Es lo que piensa él. Por eso lo quiere festejar con todo. No menos de cien invitados. Y entre ellos, querido, Susy y yo.

—Perfecto —exclama Ferni, extasiado casi—. ¿Te hiciste algún plan?

Sirvo café para mí.

—Hasta el último detalle —digo—. Ayer, en el teatro de los acontecimientos, me dediqué a eso. Concretamente: a cómo se podía hacer la cosa. La solución me la dio el mismo Salas.

Susy continúa con su mate, atenta. Fernando dice:

—Es siempre así: cada uno se cava su propia tumba. Hasta los tipos como Salas.

—Su vanidad lo vence —explico—. Apenas nos sentamos junto a él, empieza a hablar de su casa. Qué querés, hay que comprenderlo. Yo no sé qué haría en su lugar. Porque la casa, en serio, es una maravilla. Hay algo, sin embargo, que lo fascina especialmente: su dormitorio. Y más también: el ventanal del dormitorio, el balconcito en cedro tallado y, por sobre todo, el enorme árbol que se levanta a pocos metros de allí y que es lo primero que ve, cada bella mañana, mi viejo, cuando se despierta. Bucólico, el hombre.

—Quién lo hubiera dicho, ¿eh?

—El ser humano es una caja de sorpresas, Ferni.

—No empieces a joder; seguí.

—¿Qué más, querido? Ya está todo.

Fernando me mira con los ojos muy abiertos.

—Un corno está todo —exclama—. Yo no entiendo nada todavía —gira hacia Susy—. ¿Y vos, muñeca?

Susy, enigmática, no contesta, busca la pava y pone más agua en su mate. Antes de que Fernando empiece a desesperarse aún más, digo:

—Nuestra sirena lo sabe todo ya. Acababa de explicárselo cuando vos llegaste.

—Muy bien —admite Fernando—. El único que está en bolas soy yo, entonces. ¿No habrá alguna manera de remediar esta situación?

—Sí, la hay —digo—. Te lo cuento y listo. Lo único que quería era poner a prueba tu ingenio. ¿En serio no te avivás de cómo va a ser la cosa?

—A ver. Sí, creo que sí. Lo tengo: disfrazás a Salas de Tarzán, a Susy de Jane, los subís al árbol y les sacás una foto abrazaditos. ¿Acerté?

—Moríte, Ferni.

—Entonces dejáte de vueltas y largá el rollo, hermano.

Termino mi café, dejo la taza en la pileta y me siento frente a Ferni. Enciendo un cigarrillo.

—Prepárate —digo, no sin cierto aire melodramático.

—Listo estoy —dice Ferni.

—Bien. Es sábado. Es la fiesta de Salas. Son, pongamos, las once de la noche. O más. Gente por todos lados. Mucha gente. Hablando, tomando, bailando algunos. Pero ojo: todos adentro, en la enorme recepción, porque es el momento del *buffet froid, mon petit*, y nadie se lo quiere perder. Afuera, en el parque, la soledad y la noche. Algo de frío también. ¿Me seguís?

—A muerte.

—Perfecto. Susy se acerca a Salas. Veladamente, con la suficiente y absoluta sabiduría como para que nadie lo advierta, le dice que quiere hablarle. Si es necesario —aunque no lo creo— insiste: quiere hablarle ahora, imperiosamente, ya. ¿Dónde? En algún lugar donde puedan estar solos. No dudo que Salas elegirá su dormitorio. Y si no lo elige Salas, lo propone Susy. Mejor todavía. Aumentarán los instintos primitivos de nuestro arquitecto. Van hacia el dormitorio. Salas primero, para disimular. Luego, o sin antes hacerme una imperceptible pero clarísima seña, lo sigue Susy. Es mi turno ahora. Salgo al parque. Nadie allí. Corro hasta el Citroën y saco del baúl una máquina fotográfica. Entonces trepo al árbol que está enfrente del dormitorio de Salas y observo la situación desde ahí. No te lo dije: pero apenas llegué esa noche a la casa, sin que nadie lo advirtiera, subí a la habitación y abrí el ventanal. Mi visión es perfecta. Susy y Salas están allí. Una araña de ocho luces ilumina la escena. No más de trece o catorce metros me separan de ellos. Estoy parapetado tras el tronco del árbol. Es el momento de Susy ahora. Le dice a Salas algo que lo excite, que lo caliente. Se trenzan. —Miro a Susy—: Un poquito nomás, flaca. Lo suficiente como para que yo saque la foto.

—Está bien —asiente Susy—. Ya me lo dijiste.

—Seguí —apura Fernando.

Sigo:

—Saco la foto. No una, desde luego, sino varias. Una bella, contundente, definitiva secuencia de fotos. Susy, entonces lo aparta a Salas. El pretexto puede ser cualquiera: que la interpretó mal, que no era algo así lo que ella quería o que hay demasiada gente en la casa y, en fin, todo eso. Salas, seguramente, aceptará. Le gusta jugarla de caballero, y además, tampoco a él le seduce llevar muy lejos una situación semejante en una noche como esa. Convienen en encontrarse en cualquier otro momento. Apagan la luz y, separados, salen de la habitación. Yo desciendo del árbol y vuelvo a guardar la máquina en el baúl del Citroën. Fin. ¿Te gustó?

—Una maravilla —dice Fernando.

Doy una última pitada a mi cigarrillo y lo apago.

—Soy un as para el delito, ¿eh? —comento.

Susy sonrío divertida. Fernando dice:

—No lo dudo. Pero quedan algunos detalles todavía. Por ejemplo: ¿qué pasa con la Achával Junco?

Lo miro sin entender.

—¿Cómo qué pasa?

—¿Va a ir o no a la fiesta? —aclara Fernando.

Me encojo de hombros.

—No sé. Salas no la mencionó para nada.

—Ajá. Habrá que averiguarlo, entonces.

—¿Por qué? ¿Tiene alguna importancia?

—Puede que sí.

Quedamos en silencio. Fernando se dirige a Susy.

—¿Me podés servir más café, princesa?

Susy pone la cafetera sobre el fuego. Dice:

—Parece fácil la cosa. Yo creo que va a andar bien.

—¡Así me gusta escucharte hablar! —exclama Fernando con súbita alegría—.

Porque vos, querida, sos fundamental en todo esto. No lo olvides ni por un minuto.

—Quedáte tranquilo, Ferni. ¿Lo querés muy caliente el café?

—No, tibioncito nomás. —Entonces, abruptamente, exclama—: ¡Atención! Hay algo que estamos pasando por alto.

—¿Qué? —pregunto.

—La cámara fotográfica. ¿Tienen alguna ustedes?

Largo una sonora carcajada.

—¡Estás brillante hoy, Ferni! —exclamo—. Descubriste la pólvora. ¿Qué te hace suponer que yo me olvidé del asunto de la cámara?

—No lo mencionaste, viejo.

—Es tan evidente que ni hace falta.

—De acuerdo. En suma: ¿hay que conseguir una?

—Ni más ni menos. Y de las mejores.

—Está bien. Dejámelo a mí. En Buenos Aires tengo una perfecta: ni que la hubieran fabricado para un laburo así.

—¿En Buenos Aires?

—Me voy ya mismo viejo. Quiero hablar de nuevo con la Achával Junco. Averiguar si va a venir o no a la fiesta. Mirarle un poco la jeta también. Saber cómo está. Si sigue tan piantada como siempre y dispuesta a reventarlo a Salas apenas tenga una prueba, o no. Todo eso. Creo que no va a estar de más.

Lo pienso un poco. Digo:

—No es mala idea.

—Y también me traigo la máquina.

—¿Cuándo volvés?

—Con un día me arreglo. El martes estoy aquí.

—Tu café, Fernando —dice Susy.

—Gracias, preciosa —dice Ferni recibéndolo.

Después lo acompañamos hasta el Fiat. Ya casi no llueve.

—Escucháme, Ferni —digo—. Una vez que tenemos las fotos, ¿qué hacemos?

Se detiene, apoya sus manos sobre mis hombros, me mira:

—Ahí entro yo, querido —dice—. Esa es la parte más sucia. La más repugnante.

Pero no te preocupes: a mí no me va a doler.

Me abraza, besa a Susy y monta su Fiat. Arranca.

—¡Hasta el martes! —grita agitando su brazo a través de la ventanilla.

Esa noche, en el Douglas, después de nuestro número, Susy le dice a Anselmi que quiere hablar con él en su privado.

—Desde luego, no faltaba más —acepta Anselmi ligeramente sorprendido.

Ligeramente sorprendido también yo, me guardo en el camarín, enciendo un cigarrillo y, sin cambiarme aún, espero. La dama no demora en regresar. Cierra la puerta, se apoya contra ella y —feliz, radiante, orgullosa también— exhibe en su diestra una no precisamente desdeñable suma de dinero.

—¿Cómo hiciste? —pregunto.

—Se lo pedí, nada más. Y me lo dio. Fue muy fácil. Es el pago de la primera semana y un anticipo por la siguiente. ¿Estás contento?

La abrazo y la beso.

—Por supuesto, hermosa. Falta nos hacía, para qué negarlo.

Se aparta de mí, hace una leve pirueta de baile y dice:

—Eso sí, querido. Mañana a la tarde ni el pelo me ves. Me voy de compras al centro y te juro que no dejo ni una, ni una tienda por revisar. Necesito un buen vestido para el sábado. Algo fino, elegante, caro. Algo que le guste a Salas y me ayuda a meterlo en ese dormitorio.

Vuelvo a abrazarla y besarla.

—Claro que sí, flaca —digo—. Andá y compráte lo mejor.

Susy sonrío alegremente y me revuelve el pelo.

—Puede que demore un poco —dice—. Pero te aseguro que me traigo algo infartante. ¿Es parte del plan, no?

CUATRO

El lobo de la historia

Me desperté a las once el lunes. Uno duerme mucho en Mar del plata. Quizá demasiado. Fui hasta la cocina y me preparé un buen café con leche con bizcochitos de grasa. No demoró en aparecer Susy.

—¿Hace frío, no? —confundiéndome con el Servicio Meteorológico.

—Un poco. Pero ya sabés: lo que mata es la humedad. Claro que la humedad de Mar del Plata es distinta de la de Buenos Aires. No te ahoga, te traspasa. De todos modos, me la juego: hoy vuelve a salir el sol.

—¿Hiciste café?

—Café y leche. También hay bizcochitos.

—Dame un café.

Transcurrimos el resto de la mañana cada uno consagrado a lo suyo. Ella, en la cocina, con la cafetera en la mano y la biografía de Gershwin. Está muy adelantada: ya George debe estar componiendo *Porgy and Bess*. Yo, en la piecita de arriba, cerradas las persianas y siguiéndole los pasos a Matías, quien se los sigue a un carnicero hincha de Boca a quien apuñala en una callecita de Munro. Narro la escena con sobriedad: «Y le clavó el cuchillo en medio del pecho». Sólo eso. Más que suficiente. Para el carnicero sobre todo.

Son las dos menos cuarto cuando aparece Susy.

—Me voy —dice.

—¿Ya? —me sorprende—. Ni siquiera almorzamos.

Hace un gesto ambiguo.

—No tengo hambre —afirma—. Si querés, preparáte algo; hay milanesas.

Bajamos a la cocina.

—Pero decíme, ¿no abren a las tres y media las tiendas? —pregunto.

—Sí, pero quiero ir con tiempo para mirar antes las vidrieras. Por si te interesa, es lo que más me gusta cuando salgo de compras.

—Está bien. No te enulés. Acompañáme un rato mientras me cocino una milanesa. ¿Querés que te cuente lo que escribí sobre el primito Matías?

—No. Ya sabés: después me da miedo estar con vos a la noche.

Pongo una sartén sobre el fuego.

—Como quieras —acepto—. Contáme de Gershwin entonces. ¿En qué anda?

—Componiendo la *Segunda Rapsodia*.

—Qué maravilla, mi Dios. ¿Están en la heladera las milanesas?

—¿Dónde querés que estén?

—Seguís enculada, mi amor. Es algo que nunca podés disimular. ¿De qué color pensás comprarte el vestido?

—De alguno, si me queda tiempo.

La miro.

—No seas fanática, flaca —digo—. Ni las dos de la tarde son. Las tiendas están recontracerradas. Tenés tiempo hasta las siete para empacharte viendo vidrieras. Mirá, para mí es hambre lo que tenés. ¿Qué tal si te preparo una milanesa?

—Prefiero un café.

Quince minutos más tarde monta en el Citroën y desaparece. El resto de la jornada se desarrolla plácidamente para mí. Camino por la orilla, miro el mar, algunas gaviotas, algunos pescadores, otra vez a la casilla, me preparo un mate, subo a la piecita y vuelta a escribir. Me pregunto: ¿es verosímil el infinito sometimiento de Ruperto a Matías? Me pregunto: ¿qué objeto utilizará Matías para su próximo asesinato? Me pregunto: ¿por qué no abandono esta historia truculenta y continúo con mi vieja novela?

A las siete regresa Susy.

—Era hora, flaca —digo—. No habrás dejado una sola tienda sin investigar.

—Ni una —afirma—. Te lo aseguro.

Trae un paquete. Lo coloca sobre la mesa, lo abre y como un mago de su galera (pavada de metáfora, ¿no?) extrae un largo, bellissimo vestido negro. Se quita la remera, el soutien, los *shorts*, se queda en bolas, bah, y se calza el vestido. Me mira, sonrío, hace ojitos y pregunta:

—¿Te gusta?

—Asesina —digo.

Era la palabra.

Estaba allí Alejandro, frente a La Taberna Baska, guardado en su Mercedes y esperando. Eran más de las dos y media. Gracias a vos —a que te pusiste a hinchar con eso de que era muy temprano y las tiendas estarían cerradas todavía— se comió ese plantón. No acusó recibo, sin embargo. Sonrió al verme, se bajó del Mercedes, amplió su sonrisa en lugar de besarme, abrió la puerta de mi lado, tan caballero siempre, y yo me metí en el coche. Arrancamos al instante. Entonces dije: «No me fue fácil venir. Por suerte ayer cobré en el Douglas y hoy le dije a Ismael que iba al centro a acomodarme un vestido para el sábado, que si no...». Y dejé la frase allí, colgadita, cargada de sugerencias, justo como para que le carburara la sesera. Y le carburó nomás, porque en seguida, enchinchado casi, preguntó: «¿Si no, qué?». Te imaginarás que demoré mi respuesta. Crucé las piernas —por si lo olvidaste: llevaba mis *shorts* esa tarde—, encendí un cigarrillo y puse un casete, un tema de Vinicius, *Samba en prelude* —casi nada, eh—, lo puse bajito pero ahí quedó, creando clima. Entonces dije: «Mirá, es difícil de explicar. Ismael se pone complicado a veces. Complicado conmigo. No sé, pero es como si necesitara tenerme todo el tiempo con él». Lo miré de ojito: estaba serio, agarrando fuerte el volante con las dos manos, pensativo. «¿Creés que sospecha algo?», preguntó. «No, no creo», contesté sin mentir, lo sabés. Y agregué, ahora sí, alevosamente, mintiendo como una marrana: «Es algo entre él y yo. Se pone, cómo decirte, posesivo. Eso, eso mismo: posesivo». Sin mirarme, sin apartar un milímetro la vista del camino, aferrado siempre al volante, como sujetándose de allí, preguntó: «¿Te tenés que acostar muy seguido con él?». Ni ofendida, ni molesta, pero muy segura dije: «No pienso contestarte eso. Y creo que tampoco tendrías que habérmelo preguntado». Tomá. No asimiló bien el golpe y se enfurruñó bastante. «Escucháme», dijo, «me decís que quiere tenerte todo el tiempo con él, que está complicado con vos, posesivo, ¿qué querés que te pregunte?». «No sé», contesté encogíendome de hombros. «Cualquier cosa. Pero no eso». «Además, yo no pretendí más que explicarte por qué me fue difícil venir a verte hoy». Apagando mi cigarrillo, subiendo el volumen de la música, cruzando mis piernas para el otro lado, dije: «Y si no tenés inconveniente, prefiero cambiar de tema».

Eludió el camino de la costa. Ni loco hubiera pasado cerca de Corto Maltés. Era lógico, ¿no? Más allá del faro, cerca del *camping* del Automóvil Club, retomó la ruta y condujo velozmente, en silencio, serio, hasta Los Acantilados. Ahí dobló a la derecha y se metió por las callecitas de la zona. Sorprendida, pregunté: «¿No íbamos a Miramar?». Sonrió, acarició suavemente uno de mis muslos, y dijo: «Te tengo una sorpresa». Nos detuvimos frente a un pequeño chalet, te diría que una réplica del otro, el de Los Troncos, pero en miniatura. Una belleza, Ismael. Entramos. La sala estaba recubierta de madera oscura, llena de cuadros, esculturas y tapices. Había un hogar

con leños que Alejandro encendió con increíble rapidez, un poco porque el ambiente estaba frío y también (quizá) porque así debía ser, porque todo eso quedaba mejor con un fondo de leños crepitantes. Sirvió dos vasos de *whisky*, me entregó uno y dijo: «Nadie conoce este chalet. Es algo así como mi guarida. Vengo cuando quiero estar solo, tranquilo». Acarició mis cabellos y me besó: «Sos la primera mujer que entra aquí», dijo. «Ni siquiera mi esposa conoce este lugar». Seré una estúpida, pero me sentí halagada, tanto que hasta me ruboricé. «Sos un mentiroso», dije para disimular. «Puede ser», contestó. «Pero es más lindo que me creas». Hicimos el amor sobre un inmenso sillón de cuero, no muy lejos del hogar, oyendo el chisporroteo de los leños, envueltos por ese aroma de la madera al quemarse, un poco como borrachos, y también... bueno, no sé. Vos lo dirías mejor, Ismael. A mí solamente me gustó.

Dos horas más tarde salíamos hacia el centro. Había que comprar el vestido. Alejandro insistió en llevarme a una *boutique* donde, me aseguró, conseguiría lo mejor. «Pero el vestido quiero comprártelo yo», dijo. «Quiero que sea un regalo mío». «No», dije. «Te lo agradezco, pero no. Ismael sabe muy bien con cuánta plata salí, y se va a sorprender si vuelvo con la misma cantidad. De veras, Alejandro, mejor lo dejamos así». Se puso muy serio y no hablamos durante varios minutos. Por fin, con una voz que nunca le había escuchado, dura, como amenazante, dijo: «Mirá, Susy, si ese tipo te controla hasta la guita que llevás en la cartera, vas a tener que hacer algo. No sé bien qué. Pero al menos zafarte un poco». Hizo una pausa, me buscó los ojos y agregó: «Porque lo nuestro se va a poner difícil si no. O imposible». Se queda en el Mercedes mientras compro el vestido. Si hubiera aceptado que me lo comprase él, habría descendido, estoy segura. Después volvemos al Puerto en busca del Citroën. Mucho silencio durante el camino.

«¿Nos vemos otra vez antes del sábado?» pregunto. Me abraza y me besa suavemente. No sé si te lo dije, pero sabe ser tierno. «Te espero a la misma hora de hoy en el chalet de Los Acantilados. Conocés el camino».

Y esa es la despedida.

El martes, en algún momento entre las cuatro y las cinco de la tarde, reapareció Fernando. Susy y yo estábamos en la playa, sentados en dos cómodos sillones de mimbre, parecidos a esos que Hugo Pratt dibuja con tantas rayitas, con pulóveres porque había refrescado, conversando apenas, fumando y mirando el mar. Ferni vestía, como siempre, su traje azul.

Hubo cariñosos saludos y unánime decisión de charlar en la cocina, con café, mate y bizcochitos; esas menudencias, en fin, por las cuales quizá la vida merezca ser vivida.

—Todo marcha bien, queridos corsarios —dice Fernando arrojándole cuatro cucharadas de azúcar al café que Susy acaba de servirle—. Los vientos y las mareas nos son favorables.

—Bueno, capitán Blood. Ahora contáte todo —digo.

Me sonrío con aire malicioso. Disfruta teniéndonos pendientes de sus palabras. Es así Fernando. Dice:

—No los hago sufrir. Aquí va el rollo. —Toma un repentino sorbo de su humeante café, se quema un poco (previsible), hace gestos de «qué boludo» y después empieza—: Llegué tarde el domingo a mi departamento. Tuve un viaje de mierda, pinché una goma a la altura de Dolores y les juro que para mí no hay nada peor que eso. En lugar de abrir el baúl, buscar el *cricket* y empezar a sacar tuercas, me quedo mirando la goma sin poder creer en lo que pasó. Después me descontrolo. Pateo la goma, escupo el auto, digo «qué puta suerte» diez o quince veces seguidas y vuelvo a patear la goma y a escupir el auto. A veces dura más, a veces menos la cosa, pero es siempre igual.

—¿Y al final qué hacés? —pregunta Susy.

—Cambio la goma. ¿Qué querés que haga, princesa?

—Claro —asiente Susy dándole la espalda, buscando la pava y otra vez con ganas de seguir mateando, sin gomas pinchadas ahora.

—En resumen: que el domingo ni por teléfono la pude llamar a la Achával Junco —concluye Fernando.

—Bueno, viejo, paciencia —lo consuelo—. Imagino que el lunes todo habrá cambiado.

—Imagínás bien. El lunes, a primera hora, le estoy pegando el tubazo. Atiende ella. Le digo que volví a Buenos Aires y necesito hablarle. Le tiembla la voz cuando me dice que esa tarde, a las cuatro, está en mi oficina. Laburador, como siempre, aprovecho el resto de la mañana para reunirme con mis dos socios.

—Los taqueros —digo.

—Respetá, cretino: mis honorables socios.

—No podés con tus prejuicios, Ferni. ¿Desde cuándo decir que un tipo es taquero

es falta de respeto?

—Desde que lo decís vos. ¿Soy un gil yo o no te conozco?

—Está bien. Seguí. ¿Te hacen muchas preguntas esos buenos chicos?

—Casi ninguna. El que pregunta soy yo. Para eso soy el capo. Porque no sé si te lo dije, pero el capo de la agencia es este servidor.

—Bravo, Ferni. En la cumbre siempre. ¿Y qué les preguntás?

—Nada en especial. Rutina solamente.

—Perdonáme, Fernando —interviene Susy—. Pero no te puedo creer que ellos no te hayan preguntado nada. Un poquito curiosos serán.

—Sí, muñeca, pero nada más que un poquito. Con un par de datos los dejé tranquilos. Son así, creémelo.

—¿Es puntual la Achával Junco? —pregunto.

—Impuntual pero al revés. Llega antes. Nada adelanta más los relojes que la ansiedad. Por suerte, hace rato ya que despaché a mis socios y estoy solo.

—Volvés a abrir el cajón de tu fichero y sacás la botella de *whisky* —digo.

—Esta vez no. Quiero una entrevista corta. No vine a calmarla. Vine a informarme de un par de cosas, nada más.

—Así mismo, Ferni. Duro con ella.

—¿Me das otro café, Susy? Le digo: «Señora, no hay nada todavía». La jeta se le cae al piso. Le hubiera venido bien un *whisky*, pobre mina. Pero ahora es tarde. Entonces me doy cuenta de algo: más que nada en el mundo lo que necesita esta piantada es constatar que el marido le enchufa los cuernos. Solamente eso podrá calmarla. ¿Cómo no va a desesperarse, entonces, cuando le digo que todavía no tengo pruebas? Es rayada la gente, eh.

—Gran descubrimiento, Ferni. Contáme ahora: ¿qué dice o hace aparte de dejar que la jeta se le vaya al piso?

—Nada, viejo. El que sigue hablando soy yo. El investigador, por si te olvidaste. Se supone que tengo que dar mi informe. Para eso me paga, ¿no? Y yo respeto a todos los que se les ocurre hacer algo tan lindo conmigo.

—Inventás a lo loco entonces.

—¿Por qué? El informe es riguroso, caballero. ¿O acaso no laburé en serio durante estos días? Le cuento todo lo que hace Salas. Desgraciadamente: nada que pueda satisfacerla. Lo sabemos, ¿no? El tipo vive como un angelito y solamente franelea con la guita. Sin embargo, atención. Surge un dato interesante. Le menciono (no sé, compañeros, si para bien o para mal: el tiempo lo dirá), le menciono, decía, que nuestro arquitecto visita una o dos noches por semana un lugar nocturno de nombre Douglas. Se eriza toda. Frunce la ñata y casi con asco pregunta: «¿Douglas?». «Así se llama», digo. Dejo pasar unos instantes para que le maquine el bocho y agrego: «El propietario es un tal Anselmi». Niega con la cabeza, enciende un cigarrillo, se pasea un poco con todos sus nervios por la oficina y dice: «No conozco ese lugar. Ni tampoco sé quién es el tal Anselmi». Me señala con un dedo y agrega:

«Investigue. Ahí puede haber algo raro». Me inflo de orgullo y muy seguro digo: «Pierda cuidado, señora. No se me va a escapar nada». Pero, en resumen, compañeros, lo que importa es esto: la jovata no sabe quién es Anselmi. Es un dato, ¿no?

—De acuerdo —admito—. Es un dato. Por ahora lo dejamos ahí. Pero ni por joda lo olvidamos. Seguí, ¿le decís algo del cumpleaños?

—Sí. Pero no es novedad para ella. Está enterada. Le pregunto si piensa ir y dice que no, que ni loca, que inventa cualquier excusa y se queda en Buenos Aires. La explicación que me da es coherente con el descalabro que tiene en la azotea: si ella se viene para Mar del Plata, Salas no tiene otra más que hacer buena letra. «Dejémoslo solo», me explica. «Que tenga libre el panorama. Así va a ser más fácil que pise el lazo». Imagen terrateniente, ¿no?

—Con olorcito a bosta de vaca.

—Y eso es todo, compañeros. Sólo una cosa más: le presento una abultada factura de gastos y otra de honorarios. Me mira extrañada y pregunta: «¿Por qué honorarios?». «Cobro por quincena, señora», explico muy amablemente. Apaga el cigarrillo, en realidad: lo incrusta contra el cenicero, abre la cartera y arrojando unos billetes sobre el escritorio, firme, concluyente, dice: «Cóbrese sus gastos. Los honorarios al final». Y se va.

—¿Qué me contás? Así cualquiera hace guita.

—Es lo que yo pensé.

El siguiente asesinato ocurrió dos meses más tarde. Entre uno y otro, sin embargo, recibí claras señales del multifacético, inagotable universo de horror en el que subterráneamente se movía Matías. No necesité para ello más que verlo aparecer una noche en mi casa, tenso, con las ropas desprolijas como si hubiese luchado con alguien, retorciendo entre sus manos unas medias de mujer. Me pidió coñac y dijo: «No hay nada peor que las mujeres, Ruperto. Te lo repito para que no lo olvides nunca». Hundió las medias en uno de los bolsillos de su sobretodo y no dijo nada más.

Pese a sus advertencias, venciendo el temor que me provocaban, continué viendo a Vera. Y más aún: una tarde, en uno de esos bares donde siempre conversábamos, le entregué un duplicado de las llaves de mi departamento. Ella sonrió agradecida y me besó: «Ahora voy a poder esperarte con café y facturas cuando vuelvas del trabajo», dijo riendo. Una sola cosa le prohibí: que viniera a mi casa o se fuera de ella después de las nueve de la noche. Le ofrecí mil explicaciones menos la verdadera: que a esa hora, un poco más tarde a veces y nunca regularmente, me visitaba Matías. Nada me horrorizaba más que la posibilidad de un encuentro entre ambos.

El asesinato de Toshio Kurosawa, el tintorero, fue decidido por motivos casi idénticos al de don Carmelo. Estábamos con Matías en mi departamento escuchando un disco que él había traído, uno de sus predilectos, la Fantasía en do mayor de Schumann. Eran las diez de la noche y ya habíamos cenado. Cuando hubo terminado el disco, Matías encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse lentamente por la habitación. «Es una música maravillosa la de Schumann», dijo. «No es casual que haya terminado loco el pobre. Los genios como él no toleran la realidad. Porque es así, Ruperto, no lo dudes. Nosotros, los hombres de corazón sensible, sólo tenemos dos caminos en este mundo: modificarlo o enloquecer». Nada respondí. Continuó paseándose por la habitación. Yo estaba preparando café. De pronto, con un timbre agudo en su voz que me sobresaltó, lo escuché preguntar: «¿Y esto? ¿Quién te entregó esta basura?». Giré hacia él y lo miré. Estaba parado junto a un sillón sobre el que reposaba un traje que esa tarde me habían traído de la tintorería. No supe qué decir. Permanecí en silencio. «Contestáme», dijo agarrando furioso el traje entre sus manos. «¿Qué es esto?». Me encogí de hombros, tratando de restarle importancia al hecho, aunque estaba ya temblando como una hoja. «Es un traje», dije sencillamente. «Hoy me lo trajeron de la tintorería». Lanzó una risotada feroz, impúdica. «¡De la tintorería!», exclamó. «Del basurero municipal, dirás. ¿Lo miraste bien por casualidad? ¿O aceptás cualquier porquería vos?». «Todavía no tuve tiempo de revisarlo», mentí. «Bueno, molestáte entonces», dijo acercando el traje a mi cara. «Mirá, mirá estas manchas. Mirá el lindo trabajito que te hicieron». Arrojó violentamente el traje contra el sillón. «¡Es una inmundicia eso!», exclamó. «¡Da

asco mirarlo!». Se llevó las manos a las sienes, como si algún súbito dolor lo atormentara, cerró los ojos y permaneció así durante varios minutos. Después preguntó: «¿Quién es el dueño de esa tintorería?». Resignándome al curso fatal de los acontecimientos, respondí: «Un japonés. Un hombrecito viejo y flaco». «¿Cómo se llama?», preguntó. Busqué la boleta dentro de uno de los bolsillos del traje y se la mostré. En ella se leía: «Tintorería Kurosawa de Toshiro Kurosawa e hijos». «¿Son grandes los hijos?», preguntó Matías. Le contesté que sí, que eran grandes, que estaban casados y que el viejo (lo sabía por comentarios que él mismo me había hecho) era viudo y vivía solo. Matías rió suavemente y preguntó: «¿Quién cierra el negocio?». «Los hijos se van temprano», respondí. «Creo que estudian en la universidad o en alguna escuela nocturna. El negocio lo cierra el viejo. Hace apenas unos días, recuerdo, pasé por allí al anochecer y el viejo estaba bajando la cortina». Casi con horror, me escuché decir: «Igual que don Carmelo». Matías me tomó por los brazos y me sacudió fuertemente. «¡Qué fácil, Ruperto!», exclamó. «Es tan fácil que estamos casi obligados a hacerlo. ¿Te das cuenta?». Dije que sí. Comenzó a desplazarse a través del living, con grandes pasos, formando círculos y restregándose las manos. «Escucháme, Ruperto», dijo mientras lo hacía. «Mañana temprano te vas a verlo al viejo Kurosawa y le entregás alguna ropa para que te la limpie. Ese es el primer paso. ¿Entendiste?». «Sí», dije. «Pero hay un problema». Se detuvo, me miró y preguntó: «¿Cuál?». «No tengo ropa sucia. Justamente la lavé toda hoy. Y mis otros dos trajes están limpios». Desapareció rumbo al dormitorio, lo escuché abrir estrepitosamente el placard y luego regresó al living con uno de mis trajes entre sus manos. Lo arrojó al piso y lo pisoteó rabiosamente. Después, con la respiración entrecortada, volvió a mirarme y dijo: «Ya está. Ya tenés algo para darle mañana a ese japonés repugnante». Me incliné, recogí el traje y lo deposité sobre una silla. Después giré hacia Matías y permanecimos unos instantes mirándonos en silencio. Entonces dijo: «Una tijera, Ruperto. Quiero que le robes una tijera y me la traigas. Nada más que eso».

—Y ahora, compañeros —anuncia Fernando, melodramático—: el instrumento del delito. Aguanten aquí. Lo tengo en el Fiat.

Sale y regresa al instante con una caja de telgopor que deposita sobre la mesa. La abre. Es la cámara fotográfica.

—Una joya, ¿eh? —se envanece—. La consiguió uno de mis socios apenas instalamos la agencia. Créase o no, se la trajo por unos pocos mangos. —Me guiña un ojo—. Claro, el muchacho todavía conserva algunos contactos.

—No lo dudo —afirmo.

—Atención, Ismael. Tómala, sostenéla.

Me la entrega.

—Es liviana —digo—. No me va a estorbar para trepar ese árbol, si es eso lo que querías que comprobara.

—Eso era. Dejámela a mí ahora. Como podrán observar, es una Nikon. Una f 2/a con motor mp1. Ya sé: esto no les dice un carajo a ustedes, pero es lo que garantiza que las fotos van a salir. —Se sienta, cruza las piernas y enciende un cigarrillo. Continúa—: Propongo que repasemos la situación. Estás trepado en el árbol, Ismael. La habitación de Salas está a oscuras. O por ahí no. Puede haber ocurrido que alguien, quizá vos mismo, haya subido antes y encendiera las luces. De pronto, aparecen los protagonistas: Salas y Susy. Vos, princesa, irresistible como siempre, te lo llevás al punto al centro de la habitación. No falles en esto porque es esencial. Ubicáte con Salas casi bajo la araña, ¿clarito?, de modo que los dos queden bien iluminados. Ahí te enredás un poco con él. También ahí, vos, Ismael, empezás a sacar las fotos. Utilizás este *zoom*, ¿ves? Mirálo bien, es una maravilla. Un delicado *zoom* Nikon de 89 a 200 mm. Si lo traje, es porque lo que necesitamos es una secuencia de fotos. Es decir, compañeros, un acercamiento progresivo al objetivo central.

—Qué frase, Ferni. Sé buenito: repetíla.

—No estoy jodiendo, Ismael. Lo que quiero decir es esto: primero sacás una panorámica con el balcón, el ventanal y, al fondo, la habitación con las figuras, apenas dibujadas aún, de Salas y Susy. Después te vas acercando: el ventanal. Después: la habitación. Después, con mucha claridad ahora, plano total de las dos figuras. Plano total. Ventanal. Balcón. Panorámica final y se acabó. ¿Comprendido?

—Creo que sí —digo—. Si no te interpreto mal, maestro, lo que pretendés es algo más que una foto de Salas enredado con Susy. El crimen, digamos, pero también su escenario.

—Exacto. Fijáte que eso es lo que da veracidad a la cosa. Lo que elimina casi por completo la posibilidad de que se trate de un truco de laboratorio. Además, no olvidarlo, es a Salas a quien voy a tener que mostrarle estas fotos para obligarlo a largar la guita. Y él no se va a dejar impresionar por cualquier cosa. ¿De acuerdo?

Cuidadosamente, colocamos la cámara en su caja y la guardamos.

—Qué emocionante —dice Susy, gozosa—. Si hubiera sabido que era tan divertido hacer algo así, lo hubiera hecho antes. ¿No, Ismael?

—Cada cosa en su momento, flaca. Parece que recién ahora nos llegó la oportunidad de jugarla de malos. Tengo hambre, che.

—Yo también —dice Ferni. Mirando su reloj informa—: Las cinco y media. Hora de la merienda, compañeros. ¿Tienen facturas o voy a comprar?

—Tenemos —dice Susy.

—No sé qué querrán tomar ustedes —digo—, pero yo un café con leche.

A esta hora, de pibe, cuando volvía del colegio, siempre mi vieja me esperaba con un café con leche con bizcochitos. Era un tazón enorme, humeante, de loza ordinaria pero fuerte. Entonces yo encendía la radio y escuchaba *Tarzán* por *Splendid*, con César Llanos y Mabel Landó. Después le tocaba el turno a mi vieja con *Blanquita y Héctor*, la pareja *Rinsoberbia*. Después a mi viejo con el *Glostora Tango Club*. Y por fin juntos, escuchábamos *Los Pérez García*. Todo ha muerto, ya lo sé.

6

Fernando moja su medialuna en el café con leche, la escurre contra el borde de la taza y le da un buen tarascón. Mastica lentamente, pensativo, serio. Después traga y, dirigiéndose a Susy, dice:

—Estaba pensando, querida, que no estaría de más hacer algún movimiento táctico antes del sábado.

—¿Por ejemplo? —pregunta Susy.

—Que lo visites a Salas.

Silencio. Fernando termina su medialuna. Susy dice:

—Por mí, voy. Pero aclaráme un poco la cosa.

—Pienso que es mucho dejar pasar una semana sin que el punto te vea —aclara Fernando—. Es posible, ya sé, que quizá cualquiera de estas noches se aparezca por el Douglas. Pero no es lo mismo. Y nos conviene caminar sobre seguro. ¿Qué opinás, Ismael?

—Todavía nada.

—Miren, la idea es esta: yo diría que mañana, a eso de las dos de la tarde, hora en la que casi seguro, si no se quedó a almorzar con alguien en el centro, Salas está en su casa, Susy se aparezca por allí. Solita, como quien no quiere la cosa, de puro aburrída nomás. Le decís: casualmente pasaba por aquí y decidí visitarlo. Le aceptás algún trago, charlás un poco con él, lo mirás de tanto en tanto con un poquito de cariño y después te vas. Eso es todo. No mucho, pero lo bastante como para mantener encendido el fuego.

—No está mal —acepto.

Los dos miramos a Susy.

—Como quieran —dice.

Querido Pedro:

No entendiste un carajo. No pienso hacer nada para que entiendas. Te abandono al triste destino de los ignorantes. Sé feliz: tuyo es el Reino de los Cielos.

¿Te resulta largo el cuento? Publicálo en dos veces. ¡Pero no suprimís nada! ¡Ni una palabra! ¿Comprendido? Para tu información: he decidido volverme inflexible en estas cuestiones. El cuento va entero o no va.

Lamento haber herido tu sensibilidad, o lo que sea, con una frase como «Se lo tragó la noche». Me apena saber que sufriste tanto al enfrentarte con textos como «Lo he dicho: ese día conocí el miedo» o «hube de vestirme». Mucho más me apena que no hayas descubierto que fueron escritos con un claro, unívoco sentido: recrear el estilo de los relatos góticos. Mucho más me apena que no hayas descubierto que Vera, la protagonista femenina de mi cuento, no se llama así por Vera Ralston, por Vera Miles, por Vera Ellen o por Vera Caspary sino por Vera, querido, la misma Vera de la que tantas veces, casi enamorado, te hablé, la hermosa, pálida y espectral amante del conde de Athol, que imaginó, más de un siglo atrás, Auguste Villiers de L'Isle Adam. Me apena, en fin, que seas tan bolastrún, Pedrito.

Pese a todo —aunque no lo merezcas— voy a citarte un pasaje del cuento de Villiers de L'Isle Adam. Es tan hermoso, tantas veces lo releí, que lo recuerdo mejor que mi nombre: «Las pesadas puertas se abrieron. Descendió un hombre vestido de luto, de unos treinta y cinco años y rostro mortalmente pálido. En la escalinata había taciturnos criados con antorchas. Sin verlos, ascendió por la escalera y entró. Era el conde de Athol. Subió vacilante las blancas escaleras que conducían a la misma habitación donde por la mañana había puesto en un ataúd de terciopelo y envuelto con violetas en olas de batista, a su amada compañera, Vera, su pálida esposa, su desesperación». Y si no te conmueve esta escena, Pedrito, recordáme que te escupa la próxima vez que nos veamos.

De cualquier forma, para tu tranquilidad de «editor responsable», te informo que la recreación del estilo gótico va languideciendo en el transcurso del cuento, para dar lugar al humor negro y a una acción más directa que quizás —aunque para nada me lo propongo— logre satisfacerte.

Te desprecia.

ISMAEL

El miércoles volvieron las nubes negras, el frío y esa llovizna fina, lacerante, tan marplatense como los alfajores Havanna o las fotos junto a los lobos marinos de la rambla. Susy y yo en la cocina, otra vez con mate, café y bizcochitos.

Golpearon la puerta. Era un chico en bicicleta, cubierto por una enorme capa amarilla y con una carta en su mano. Era, precisamente, el cartero. Le di una buena propina —se la merecía— y huyó.

Carta de Pedrito.

—Dale, sé bueno —pidió Susy—. Leéla, así nos distraemos un poco.

La leí. Susy festejó estrepitosamente la humorada final de Pedrito —era buena— consistente en imitar en joda el estilo de mi cuento. En fin, era buena pero no tanto. Dije:

—Mírenlo a nuestro hebraico mercader. La va de humorista ahora.

—No seas malo, Ismael. Es linda la carta. Y aunque te toma un poco el pelo, lo hace cariñosamente. Si es divino Pedrito.

—Dale, defendé a mis enemigos vos. Hoy mismo le contesto.

—Es lo que debe estar esperando.

Eran las dos de la tarde cuando despedí a Susy junto al Citroën. Antes de que subiera, la tomé por los hombros, la besé y le dije:

—Acordáte entonces. Yo no sé nada. Eso le va a gustar mucho a Salas. La va a sentir más privada y excitante la cosa. De todos modos, vos actuás como dijo Fernando: de puro aburrída nomás, por simple casualidad pasabas por allí y decidiste visitarlo. Nada más. El resto que lo ponga él. Eso sí: si se te larga, lo frenás. En toda esta historia hay una sola escena de amor, y ocurre el sábado, nunca antes. ¿De acuerdo?

—Quedáte tranquilo.

Entró en el Citroën y arrancó. Ya casi no llovía. Aunque siempre esos nubarrones oscuros allí en lo alto, con todas las ganas de seguir jodiendo. Volví a la casilla. Bajé la máquina y escribí la carta a Pedrito. Con sorpresa, con tristeza incluso, descubrí que era menos ingeniosa que la suya. O quizá fuera diferente y sólo eso. Ir a dormir la siesta fue la mejor manera de solucionar el problema.

A las cinco de la tarde estoy en la cocina fumando, tomando mate y mirando la playa, el mar y una que otra gaviota a través de la ventana. Aparece Fernando. Siempre el traje azul.

—¿Mate o café? —pregunto.

—Te ayudo con el mate. ¿Y Susy?

—Todavía no volvió. En fin, ojalá no se le haya ocurrido cornearme en serio.

Ferni larga la carcajada. Tiene emplomaduras en los dientes.

Susy vuelve alrededor de las cinco y media. Ferni le acerca una silla, le alcanza

un café, le sonrío, le revolotea, le habla, le hace preguntas. Casi mareado, sin duda repodrido, le encajo un piñón en un brazo.

—Pará, boludo —digo—. Dejála respirar aunque sea.

—Es la ansiedad, Ismael —dice—. Lo tenemos muy cargado a este pleno.

Susy se sienta, sonrío, toma varios sorbitos de su café y enciende un cigarrillo. También cruza las piernas. Nos mira.

—Bueno —dice.

—¡Habla! —exclama Fernando—. ¡Oh, milagro! ¡Habla!

—¡Pero qué rompebolas sos! —digo—. Claro que habla. Nada más que hace media hora que está esperando que la dejés. Dale, mi amor, hablá.

—Como los tengo, ¿eh? —disfruta la remaldita.

—A tus pies —el baboso de Ferni.

—Bué, ¿qué quieren que les cuente? Voy a ser buenita con ustedes.

—Eso no lo dudo, preciosa —dice Ferni, sentado frente a ella, anhelante, imbankable—. Pero, veamos, podemos ir de a poquito si preferís. Por ejemplo: ¿entrás con el Citroën a la casa o lo dejás en la puerta?

—Dejáme a mí —lo frena Susy—. Yo te digo. Estaciono el Citroën casi junto a la pileta. Salas está en su reposera, leyendo un diario, La Nación, si no me equivoco.

—Ponéle la firma: *La Nación*.

—Me ve llegar, se acerca al coche y me abre la puerta. ¿Se dan cuenta? Me abre la puerta. Creo que vos tendrías que volverte loco para hacer algo así, Ismael.

—Dale, flaca —digo—. Es distinta la cosa. Yo hace diez años que vivo con vos y no te quiero bajar la cañota como el cretino ese. Ya te la bajé.

—Sos un guarango.

—Entonces ahorráte algunos comentarios, mi amor.

—Ah, no muchachos —dice Fernando alzando las manos, como atajándose—. A mí los despelotes de pareja me hacen mal. Peor que mal: como la mierda. Por algo no tengo mina fija, ¿no?

—¿Y para qué querés mina fija vos si tenés a los taqueros? —digo, sanguinario.

Ferni me mira sorprendido. No se la esperaba. Gruñe:

—Decís algo más como eso y te reviento de una piña, Ismael.

—Te voy a pedir algo, Ferni —digo—. Dame siempre un antidiarreico antes de soltarme una frase así.

—La ofendiste a Susy, gilún. ¿O no te diste cuenta?

—Puede ser. Pero es un asunto nuestro.

—Por supuesto. Y por eso les dije que lo arreglaran cuando yo no estuviera. Lo que no sé es por qué carajo tuviste que salir con eso de los taqueros. La piña hermano, te la estás buscando solo.

—Paren, chicos —dice Susy—. Es aburrido todo esto. ¿Qué pasó? ¿Ya no quieren saber cómo me fue con Salas?

Silencio. Largo, denso, ominoso silencio. Ferni, finalmente, dice:

—Perdoná, princesa. Seguí con lo tuyo. El tipo, todo un caballero, te abre la puerta del Citroën. Dale, qué más.

—Nos sentamos junto a la piletta —continúa Susy—. Me convida con cigarrillos y un martini. Los mellizos no estaban. Habían ido al centro, no recuerdo a qué. Servidumbre había poca: algún jardinero, un par de mucamas, nada más. En resumen: estábamos solos.

—¡Tatatánnnnn! —el bolas de Ferni.

—Entonces decido arriesgarme. En lugar de hablarle del tiempo, de cine o de música... —vacila—. A ver si les puedo explicar. En lugar, digamos, de tratar de seducirlo con algún tema medio livianito, me salgo con un domingo siete.

—Le mostrás el culo —digo.

Susy enmudece y se queda mirándome con los ojos muy abiertos. Ferni tiene ganas de soltarme la bendita y prometida piña pero en seguida cambia de idea y, lentamente, comienza a reírse. Es una risa fuerte, creciente, abundosa, capaz de hacer bailar con insospechada gracia su abdomen y sus papadas.

—Está bien, princesa —dice apoyando sus manos en los hombros rígidos de Susy—. Perdonálo. No se pudo contener. Pero el chiste es bueno, qué le vas a hacer, rematadamente bueno. ¿Te imaginás la escena? Salas, seductor, babosito, te pregunta: «¿Quiere un martini?». Y vos, sin decirle una sola palabrita, te levantás, te das vuelta y le mostrás el culo. No lo niegues, hermosa: eso sí que hubiera sido un domingo siete.

Ferni y yo reímos como locos durante por lo menos un minuto. Susy sería. Después como entregándose, sonriendo levemente primero, aflojando esa rigidez de los hombros, sacudiendo la cabeza, entre resignada y alegre, un poco confundida siempre, empieza también a reír. Finalmente, los tres reímos hasta reventar, hasta olvidarnos incluso de qué carajo nos reímos.

Ferni abre la heladera.

—¡Por los demonios del infierno! —exclama (le gusta hacerse el bucanero)—. ¡Hay cerveza aquí!

Abrimos tres latas y bebemos. Nos tranquilizamos. Ferni vuelve a apoyar fraternalmente su brazo sobre el hombro de Susy y dice:

—Adelante, princesa. Somos todo oídos. ¿Cuál era tu domingo siete?

Susy toma un buen trago de su cerveza. Después otro. Y otro más. Deja la lata vacía sobre la mesa. Dice:

—Le pregunté por la esposa.

—¿Por la Achával Junco? —exclama Ferni.

—Otra no tiene, ¿no?

—No. ¿Pero cómo hiciste?

—Muy sencillo. Le pregunté y listo «¿Por qué no está su esposa con usted?». Sólo eso. Al fin y al cabo, era lógico, ¿no? El tipo está casado, la mina no aparece por ninguna parte y él no da explicación. Y bueno, una es mujer, y como toda mujer,

curiosa.

—Con ideas como esa no vas a llegar lejos en el movimiento feminista, querida —digo.

—Me importa un pito eso. ¿Pero estuve bien o no?

—Brillante, princesa.

Sigue babeando Ferni.

—Sin embargo, se equivocan si piensan que el tipo se dejó impresionar. Para nada. La tenía bien lista la respuesta, más a mano que el encendedor. Me dijo que la mujer estaba donde debía estar, en Buenos Aires, ocupándose de los intereses que la empresa tiene allí. Y parece, según él, que es irremplazable en eso. Le pregunté entonces si iba a venir a la fiesta del sábado y la respuesta coincidió con lo que la mina te dijo a vos, Ferni: no, no va a estar.

—Pobre de ellos —juega a enorgullecerse Ferni—, qué equipo. A dos puntas investigamos. ¿Qué más, princesa?

Susy se encoge de hombros.

—Miren, no sé si estaba en un mal día Salas, pero no se mostró seductor ni inteligente ni ninguna de esas cosas. Me entienden, ¿no? Esas cosas digo. Las que siempre usan los tipos para levantarse a las minas.

—Raro, ¿eh?

Brillante comentario de Ferni.

—Hablamos de un montón de temas y a la vez de nada —continúa Susy—. De cine, por ejemplo. *De Lo que el viento se llevó*. De Angustia de un querer. Yo le confesé que Angustia de un querer era mi predilecta. Junto con *Algo para recordar*, por supuesto. Y también le dije que siempre lloraba cuando veía *Algo para recordar*.

—Una reunión más bien lacrimógena, ¿no? —dije observando atentamente el dedo meñique de mi mano derecha.

—Puede ser —admitió Susy—. Pero esa parte me gustó.

—De acuerdo, princesa —concede Ferni. E impaciente, siempre ansioso, insiste—: ¿Pero cómo lo ves al tipo? ¿Se traga o no el anzuelo?

Susy sonríe muy segura.

—Sí, quedáte tranquilo. Cada vez que me sirve un martini, se le nota: quiere masacrarme.

—Te creo —se tranquiliza Ferni—. Una mina nunca deja de darse cuenta de eso.

—De todos modos —digo abandonando el estudio de mi dedo meñique—, es extraño que no se haya lanzado un poco más. Te tenía solita, Susy, toda para él, libre. ¿Y si nos resulta puto?

—No —dice Susy—, puto no es.

—¿Y por qué tan segura?

—Los putos no miran así.

—En fin —comenta Ferni ligeramente triste—, esperemos que el sábado haga algo más que mirar, porque va a ser difícil fotografiarle solamente las ganas.

—No te preocupes —dice Susy—. Si hay que empujarlo un poco, yo lo hago.

Entonces me mira, extrañamente me mira, como desafiándome.

—¿Nada más? —pregunta Ferni.

—Algunos martinis solamente —continúa Susy—. Uno o dos. Le dije que no quería tomar mucho. Me preguntó si me había comprado algún vestido nuevo para el sábado. Le confesé que sí. ¿Le habrá chimentado algo Anselmi?

—No creo —digo sinceramente.

—¿Qué tiene que ver Anselmi? —pregunta Ferni.

—Susy le pidió guita adelantada —explico.

—Ah.

—Y eso fue todo —concluye Susy—. Me acompañó de nuevo al Citroën. Cerró él la puerta. (Cosa que vos tampoco harías, Ismael, y no vuelvas a decirme por qué). Y nos despedimos.

Silencio.

Ferni chasquea la lengua.

—No sé —dice—, pero me dejó medio triste tu historia, princesa. Le faltó acción, sí, le faltó acción a la cosa.

Susy se pone de pie.

—Mala suerte —dice—. Hice lo que pude. Y ahora, si no les importa, voy a darme una ducha.

Se dirige hasta la puerta.

—Escucháme —dice Ferni como si intentara detenerla—, no quise enojarte, Susy.

Susy se detiene.

—Ya lo sé —dice—. De todos modos, tenés razón, a mí también me dejó un poco triste todo esto.

Sale.

—¿Qué esperabas, Ferni? —pregunto—. ¿Qué se encamara con el tipo?

Ferni, pesadamente, se pone de pie. Busca su saco y guarda allí los cigarrillos que tenía sobre la mesa. Me mira y pregunta:

—Eso le debo haber hecho sentir, ¿no?

Implacable, afirmo:

—Exactamente eso.

—No hay más remedio: hay que joderse —dice—. A veces las cosas no salen bien. Decíle a Susy... O no. No le digas nada. Mejor vuelvo otro día y listo.

Hace un ligero gesto con su mano y sale.

Me pongo de pie, abro la canilla de la pileta y empiezo a enjuagar las tazas. Aparece de nuevo Ferni.

—Decíle a Susy que la quiero mucho —dice. Me señala con el índice y agrega—: Eso solo decíle.

Y entonces sí, se va.

Hubo algo de gracioso en eso de que fuera Fernando —con tu total acuerdo, y hasta con tu entusiasmo, creo— quien me propusiera que lo visitara a Alejandro el miércoles. Fijáte que, en verdad, yo no sabía qué excusa darte para cumplir con esa cita. Lo de la compra del vestido había funcionado el lunes, ¿pero ahora qué? Ahora ustedes, ustedes mismos me largaban en manos de Alejandro. Yo, como siempre, buena y colaboradora, obedecí. Pero no fui al chalet de Los Troncos, sino, desde luego, al de Los Acantilados, donde era la cita.

Antes de salir —inevitable en vos— me llenaste de recomendaciones. Siempre queriendo pilotearme, Ismael. Me acuerdo de una frase: «Si se te larga, lo frenás». Curiosamente, aunque por muy distintos motivos, coincidíamos, pues eso mismo pensaba hacer yo.

¿Querés un vaso de agua? Bueno. Se te ve mejor, por suerte. Tomá. ¿Podés hablar ahora? Vas a tener que seguir escuchándome entonces.

A las dos y media llegué al chalecito de Los Acantilados. Alejandro abrió apenas escuchó el ruido del motor del Citroën que, por lo espantoso supongo, debió ser inconfundible para él. Entramos al chalet y empezó a abrazarme y besarme. Lo aparté con energía, aunque también como si me costara, como si tuviera que vencerme a mí misma para hacerlo. Me miró con mucha sorpresa. «¿Qué pasa?», preguntó. Le pedí un coñac. Pero no de frente, ¿viste? Sino de espaldas, sin mirarlo, como en las películas, sobre todo en las argentinas, Laura Hidalgo siempre lo hacía y yo me volvía loca por esa mina. Me alcanzó el coñac y yo lo tomé en silencio, agarrando la copa con las dos manos. El hogar estaba encendido y los leños, igual que la primera vez, crepitaban y despedían ese hermoso olor a madera quemada que lo inundaba todo. De veras: daban ganas de quedarse. Pero yo tenía otros planes. Puse la copa de coñac sobre una pequeña repisa, dejé de darle la espalda a Alejandro y con voz suave, un poco temblorosa, dije: «Tengo que irme».

Todo el asombro del mundo se le dibujó en la cara. «¿Por qué?», preguntó. Sacudí la cabeza, apesadumbrada, triste. «No sabés cuánto lo siento», dije. «Pero se me hace muy difícil manejar esta situación». Encendió un cigarro, se sentó en el amplio sillón de cuero donde el lunes habíamos hecho el amor y dijo: «A ver, explicáte un poco, querés». Con voz dura lo dijo, como si estuviera a punto de embrocarse. Volví a tomar la copa de coñac de la repisa y la vacié dije: «Ya sé que te vas a enojar. Pero no puedo hacer otra cosa». Y nada más, silencio. Entonces él dijo: «Mirá, si no querés que me enoje, que me enoje en serio, eh, aclaráme un poco el asunto. Por empezar: ¿qué es lo que no podés dejar de hacer?». Coloqué nuevamente la copa en la repisa, y nuevamente, igualito que Laura Hidalgo, le di la espalda, bajé la cabeza y dije: «A las tres llega de Buenos Aires un amigo de Ismael. Tengo que estar allí. Ismael me lo pidió. Aunque no lo creas, me costó un triunfo venir a verte estos minutos».

«Gracias», dijo con una terrible mezcla de ironía y rencor. Y agregó: «Porque supongo que tengo que agradeceréte». Me di vuelta bruscamente y lo miré, apoyando mi espalda y mis dos manos abiertas contra la pared, igualito a Laura Hidalgo también, como cuando quería mostrarse acorralada, víctima de su destino, ¿recordás? Vos también viste esas películas. «No tenés que agradecerme nada», dije. «No te burles. Es muy difícil para mí todo esto, te lo dije. Dame un poco de tiempo. Entonces puede ser». Fui hasta la puerta y apoyé la mano sobre el picaporte. Sin poder creerlo aún, pero sin hacer nada por impedirlo, sin moverse del sillón, sin dejar de fumar su cigarro, preguntó: «¿En serio te pensás ir?». Abriendo ligeramente la puerta ya, contesté: «No puedo hacer otra cosa». «No me gusta que me dejen plantado, Susy», dijo, amenazante casi. «Y mucho menos una mina». Moví tristemente mi cabeza: «Perdonáme. Es lo único que puedo decirte». Y me fui.

Subí al Citroën y arranqué rumbo al centro, evitando el camino de la costa, evitando, sobre todo, pasar frente a Corto Maltés. Miles de dudas me asaltaron. Me pregunté si no estaba tirando demasiado de la piola con Alejandro. Quizá la próxima vez fuera él quien se diera el gusto de plantarme. Quizá no hubiera próxima vez. Algo, sin embargo, una secreta intuición que recién ahora surgía en mí, me decía que estaba conduciendo bien mis cosas, y que con Alejandro cualquier camino era mejor que el de la entrega fácil, complaciente.

Llegué al centro, estacioné el cascajo y me metí en un cine. ¿Qué otra cosa podía hacer? Vos creías que estaba con Alejandro, cumpliendo tus recomendaciones, y acababa de decirle a Alejandro que tenía que estar con vos. Tuve suerte: en el Belgrano daban una vieja copia de *Algo para recordar* con Cary Grant y Deborah Kerr. Siempre lloro cuando él descubre que ella está paralítica. También lloré esta vez.

Estabas con Fernando cuando regresé a Corto Maltés. Se pusieron muy ansiosos —él sobre todo— y me acosaron a preguntas. Tuve que inventarles una historia: que le había preguntado a Alejandro por la esposa, por la Achával Junco, por qué no estaba con él, si pensaba traerla para la fiesta del sábado y algunas pocas cosas más. No los dejé muy satisfechos. Tampoco me importaba demasiado. Fui a darme una ducha, y después, cuando volví a la cocina, me contaste que Fernando se había ido mortificado, dejándote el encargo de decirme que me quería mucho. Eso estuvo mejor.

Esa noche, en el Douglas, mientras Susy se vestía y maquillaba en nuestro camarín, fui a tomar un *whisky* a la barra. Encontré allí a Boris Karloff.

—¿Qué tal? —dijo sonriéndome con sus dientes Fu-Manchú.

—Sediento. —Miré al barman—: Un *whisky*, por favor.

—¿No piensa largarse una de sus charlitas hoy? —preguntó Boris.

—No creo.

—Qué lástima. Las estoy extrañando.

—¿No me diga? No esperaba eso de usted.

Me miró sorprendido.

—¿Por qué no? Soy un tipo con sentido del humor.

Tomé de un trago la mitad de mi *whisky*.

—Pero su patrón no —dije—. Y si sigo con mis charlitas, puede que un día le ordene romperme la cara.

Movió contrariado la cabeza.

—No me gustaría tener que hacer eso —dijo.

—Pero igual lo haría.

—Contra mi voluntad, créame. Pero nunca dejaría de decir que sus charlas son buenas. Ni aunque le estuviese reventando la jeta a trompadas.

Terminé el *whisky*.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dije—. Pocas veces, me hicieron un elogio mejor.

—No es un elogio.

—Déjemelo tomar así.

—Como quiera.

Apoyé mi mano sobre su brazo.

—A propósito, necesito ver a su patrón. ¿Está disponible?

—Creo que sí. Venga.

Me condujo hasta el privado de Anselmi. Golpeó la puerta.

—Adelante —se escuchó el vozarrón de Anselmi.

Boris abrió suavemente. Nunca pude averiguar cómo se las ingeniaba para hacerlo así.

—El señor Navarro quiere verlo —dijo.

—Que pase —el vozarrón otra vez.

Entré. Boris cerró —con la misma inexplicable suavidad— la puerta a mis espaldas.

—Tome asiento, Navarro —indicando Anselmi una silla frente a su escritorio.

Me senté.

Señaló la caja de cigarros que le enviaba su misterioso amigo cubano.

—¿Quiere fumar?

—No, gracias. Vine solamente a decirle...

—Que el sábado tiene que ir a una fiesta. ¿No es eso?

Asentí.

—Yo también —continuó—. Y a la misma que usted. No se preocupe, Navarro. Ya el amigo Salas me informó que los había invitado. Vayan tranquilos. Nos vamos a arreglar con un buen *disc-jockey* aquí esa noche.

Encendió un cigarro.

—Aprecio su amabilidad —dije—. Una pregunta solamente: ¿si en lugar de Salas la diera otro la fiesta, un tipo que usted no conoce, un amigo nuestro pongamos, se arreglaría con un *disc-jockey*?

Largó una buena bocanada de humo.

—Para nada. Los haría trabajar como nunca.

—Me lo imaginaba. —Tomé un cigarro de la caja—: Permiso. Ahora no tengo ganas, pero después puede ser.

Me puse de pie.

—Navarro —dijo Anselmi.

Lo miré. Continuó:

—Usted es un camorrero. Un día de estos voy a tener que hacerle dar una paliza.

—¿Es de esos usted?

—A veces.

—Estoy advertido entonces. —Comencé a caminar lentamente hacia la puerta. Dije—: Ahora, si no le molesta, me voy. Tengo que empezar con mi trabajo.

—Escuche.

—Qué.

—¿Tiene ropa para ir a la fiesta? Buena ropa, digo. ¿O piensa llevar también ese *smoking*?

—No. Tengo un traje azul oscuro en mi valija. Hay que plancharlo solamente. No está mal ni bien, pero puede pasar.

—Piénselo. Puedo adelantarle algo si quiere. No va gente mal vestida a lo de Salas.

—Voy a llevar mi traje.

Cerré la puerta casi tan suavemente como Boris.

Me levanté temprano la mañana siguiente. Doblé y envolví cuidadosamente el traje que había pisoteado Matías y partí hacia la tintorería de Toshiro Kurosawa. Todo fue muy fácil. Junto a una de las máquinas de planchar, mis ojos inquietos, codiciosos, no demoraron en descubrir una tijera de medianas dimensiones. El viejo Toshiro no estaba solo. Pero tampoco esto significó un obstáculo para mi tarea. El único de los hijos que lo acompañaba (seguramente el otro habría partido para cumplir las tareas del reparto), estaba casi al fondo del local, de espaldas a mí, laboriosamente inclinado sobre una vieja máquina de coser. Entregué a Toshiro el paquete con mi traje. Lo tomó entre sus manos, lo depositó sobre el mostrador, lo abrió, observó las manchas de la tela con sus pequeños ojos, luego se dio vuelta lentamente, caminó hasta un amplio perchero y allí, entre muchas otras prendas, colgó finalmente el traje. Ni necesité apurarme para tomar la tijera y guardarla en un bolsillo de mi sobretodo. Recibí la boleta que Toshiro me entregó, lo saludé con especial amabilidad y me retiré.

Hubo mucho trabajo en el Banco durante todo ese día. Regresé a mi departamento más tarde que de costumbre, agotado, pensando solamente en darme una ducha y descansar un poco. Abrí la puerta y entré. Alguien había colocado un mantel sobre la pequeña mesa del living, dos tazas y un plato lleno de facturas. «Al fin, Ruperto», dijo Vera apareciendo desde el dormitorio. «Ya me estaba por comer todas las facturas. Sabés que soy muy golosa». Miré mi reloj: eran las seis y media. Matías había prometido llegar alrededor de las siete, pues yo le había informado que Toshiro Kurosawa cerraba a las siete y media su tintorería. Me dominó el pánico. «¿Qué te pasa?», preguntó Vera. «¿No te pone contento verme?». No pude responder. Rodeó mi cuello con sus brazos y me besó largamente en la boca. «Vení», dijo después. «Vamos a comer». Inventé mil excusas: que me dolía el estómago, que había trabajado demasiado, que quizás estuviera por engriparme. Hasta que finalmente, juntando todo mi coraje, se lo dije: que quería estar solo. Se puso de pie, echó ampulosamente hacia atrás sus largos cabellos negros, y dijo: «Está bien. Todos queremos eso a veces». Terminó en silencio su café con leche, encendió un cigarrillo y se puso el tapado. Entonces se acercó a mí, tomó mi cara entre sus manos y dijo: «Te voy a dar el gusto. Quedáte solo y tranquilo, si eso es lo que querés. Pero antes tengo que decirte algo. Algo que yo quiero». Me besó en los labios, apasionadamente. «Quiero que terminemos de jugar a ser buenos amiguitos», dijo. «Quiero ser tu mujer. Quiero acostarme con vos». Sería una falsedad decir que me sorprendí. Esperaba y temía algo semejante desde el día en que conocí a Vera. Ahora había llegado el momento. Nos queríamos y era la única manera de continuar nuestra relación. Venciendo mi miedo, la oscura pero real angustia que el hecho me producía, también la besé, y le dije que eso haríamos, pues yo lo deseaba tanto como

ella. «Perfecto», dijo. «Mañana mismo entonces. Aquí. A las seis. Cuando vuelvas del trabajo». Volvió a besarme y agregó: «Yo voy a estar esperándote». No dijo más y se fue. Retiré de la mesa las tazas, las facturas que habían quedado y el mantel.

A las siete llegó Matías. Estiró su mano hacia mí, agitando los dedos tal como era su costumbre, y ordenó: «La tijera». Se la entregué. La miró largamente. «Es hermosa», dijo. «Vamos».

Había anochecido cuando nos detuvimos en la vereda de enfrente a la tintorería de Toshiro Kurosawa. Esperamos alrededor de quince minutos, no más. Entonces se apagaron las luces del local, apareció Toshiro, bajó la cortina metálica y comenzó a caminar sin prisa hacia la esquina. Cruzamos la calle y lo seguimos. Toshiro dobló hacia la izquierda, también nosotros. Continuamos tras él a lo largo de seis cuadras. Entonces dijo Matías: «Ya no puede estar muy lejos de su casa. No perdamos más tiempo. Vamos, Ruperto. Oscuridad es lo que sobra». En ese momento, Toshiro apresuró la marcha. Temeroso, pregunté: «¿Se habrá dado cuenta?». «Puede ser», dijo Matías. «Pero no importa. Vamos. Vamos ya». Me tomó fuertemente de un brazo y comenzó a correr tras el tintorero. «Tenemos que alcanzarlo antes de que llegue a la esquina», dijo con voz agitada. Toshiro también comenzó a correr. Matías, sin embargo, pese a tener casi que arrastrarme, fue más veloz y le dio alcance mucho antes de la esquina, en la parte más sombría de la cuadra. Se miraron. «¿Qué pasa?», preguntó Toshiro, con ojos que le brillaron de indignación pero mucho más de miedo. Dijo Matías: «Disculpe la molestia, don Kurosawa. Pero quiero preguntarle algo». El japonés permaneció en silencio, con la boca abierta y el pecho jadeante. Continuó Matías: «Sáqueme de una duda, si es tan amable. ¿Usted qué vino prefiere, el blanco o el tinto?». Toshiro Kurosawa respondió: «Toshiro no toma vino». Matías meneó suave y tristemente su cabeza y dijo: «Lo lamento mucho. Es lo mismo. Perdió igual». Y le clavó la tijera en medio del pecho.

Media hora más tarde regresábamos a mi departamento. Matías dijo: «Tengo hambre». Sacó una manzana de la frutera y la peló con su cortaplumas. Entonces me miró y preguntó: «¿Te sentís bien?». «Sí», mentí, «estoy bien». Fui al baño y vomité.

Cuando volví al living, Matías había terminado su manzana y acababa de colocar un disco en el estéreo: la Fantasía de Schumann. Se lo veía feliz, casi radiante. «Ruperto», dijo, «te portaste muy bien hoy. Hiciste lo que te pedí y no tuviste miedo. Estoy orgulloso de vos. Te voy a recompensar». Se sirvió un coñac, me miró muy sonriente y anunció: «Vas a conocer mi casa». Una súbita alegría se apoderó de mí. Sabía lo que ese gesto de Matías significaba: ya no eran necesarios secretos entre él y yo, ahora su confianza en mí era total. «Gracias, Matías», dije casi en un susurro. «Muchas gracias». Se largó a reír. «No seas tonto», dijo afectuosamente. «Alguna vez tenía que ser. Te espero mañana mismo. A las seis. Es más o menos la hora en que salís del trabajo, ¿no?». Le contesté que sí, pero que había ya planeado comprarme algunos libros y un par de camisas. «¿No puede ser más tarde?», pregunté. «¿Más tarde?», exclamó casi con fastidio. «¿Cuándo?». «A

las ocho y media o a las nueve», propuse vacilante. «No», negó Matías sacudiendo resueltamente su cabeza. «Tiene que ser a las seis. Más tarde no puedo». «Está bien», acepté. Entonces tomó un papel, escribió algo allí y me lo entregó: «Tomá», dijo. «Esta es mi dirección. Como verás, querido primo, podés ir caminando». Tuve que leer varias veces lo escrito en ese papel para dar crédito a mis ojos: Matías vivía a sólo dos cuadras de mi casa. Y más exactamente en la misma manzana.

El jueves, durante todo el día, febrilmente, como un poseso, escribí el cuento de Matías. Lo terminé al atardecer. Monté en el Citroën, fui hasta el correo y despaché expreso el voluminoso sobre.

Volví a Corto Maltés. Susy estaba en la playa, con la biografía del gran George sobre sus muslos, levemente inclinada, leyendo.

Me detuve junto a ella. Me miró con sus claros ojos llenos de lágrimas.

—Ya sé —dije—. Murió Gershwin.

Asintió.

—Acababa de componer *Entró el amor* —dijo.

Le alcancé un chocolate.

—Tomá. Te traje un regalito. Presentía que lo ibas a necesitar.

El viernes mejoró el tiempo. Octubre se acercaba a su fin y decidía despedirse dejando buenos recuerdos. Tomamos sol durante todo el día.

A las seis de la tarde apareció Ferni. Besó a Susy.

—¿Te dijeron, preciosa, que te quiero mucho? —preguntó.

Susy sonrió y nada dijo; sólo le revolvió el pelo cariñosamente. Fuimos a la cocina. Abrimos latas de cerveza. Ferni alzó la suya.

—Brindo por mañana —dijo. Y, solemne, agregó—: El gran día.

Era cierto: mañana era el gran día. Quizá por eso, decidí esa noche hablar en el Douglas.

Señoras, señores, buenas noches. Ese distinguido personaje que está allí en la barra, sosteniendo un *whisky* en su diestra, muy cerca del barman por si necesita nuevamente combustible, se llama Anselmi. Mejor dicho: es el señor Anselmi. Más claramente: es el dueño de este boliche. Y tiene, en mi opinión, un leve defecto: se aterra cada vez que yo comienzo a hablar en lugar de tocar el piano. Lamento volver a ocasionarle esa molestia esta noche.

Prometo, sin embargo, ser gentil y no agredir a nadie. Ni siquiera, quizás, a mí mismo. Ocurre simplemente que durante los últimos días me ha venido acosando una idea majestuosa. No soy yo, me apresuro a aclararles, el primero a quien le ocurre algo semejante. Teólogos, filósofos y literatos han perdido por ella incontables horas de sueño. Señoras, señores, que redoblen los timbales, voy a hablarles del Mal.

Como decía Paul Anka, sé que ustedes recuerdan la historia de Adán y Eva. Pero jamás hubiera existido esa historia —ni ninguna otra porque ésta fue la que dio origen a todas— sin el aporte de Eva, la serpiente y la manzana. Juntas destrozaron esa localidad aburrida eternamente igual a sí misma llamada paraíso terrenal. Y si bien pienso que esto no le habrá gustado nada al Creador, pues no en vano, sino por el contrario: con justicia, castigó a Eva, también pienso que en Su infinita sabiduría, secretamente, ha de haber admirado su coraje, su terrible desobediencia. Es por ella que, al fin y al cabo, para bien o para mal —o precisamente: *para las dos cosas*— sobrevino la historia humana. Se lo debemos a Eva. No al mediocre, timorato de Adán. En su homenaje levanto ahora mi copa. Gracias, Eva.

Después, mucho después, hubo un filósofo que dijo que lo negativo era el motor de la historia. Un tipo inteligente Hegel, créanmelo. Desde muy pibe advirtió que las cosas, todas las cosas, tienen primero que hacerse pelota para transformarse después. Que no hay nada más parecido a una piedra que el Bien. Y que sólo cuando el Bien se autodestruye, dejando salir de sus entrañas el monstruo que lleva oculto, la cosa se pone linda, se redondea, se completa. Porque sólo podemos decir de alguien que es bueno, señores, una vez que atravesó los caminos del infierno.

Y si no, seamos sinceros: ¿escucharían con interés los inocentes niños la historia de Caperucita Roja si no presintieran que en algún momento, en algún terrible e inexorable momento va a aparecer el lobo?

Les propongo un experimento. Escuchen: había una vez una niña de nombre Caperucita Roja y muy, muy buena. Una mañana, decidida a visitar a su abuela, salió de su casa. Llevaba una canastita. Atravesó el bosque por el camino más corto. Llegó así rapidito a lo de su abuela y le entregó la canastita. Colorín colorado, este cuento ha terminado. ¿Les gustó? Digámoslo francamente: un asco. El lobo faltó a la cita. Y sin lobo, señores, no hay historia que valga.

¿Interesaría la insulsa Blancanieves si no fuera por su feroz e imaginativa

madrastra? ¿Quién sino la bruja del bosque permitió a Hansel y Gretel descubrir que eran valientes y crueles hasta el punto de atreverse a cocinarla en agua hirviente? ¿Quién sino el hada maligna envenenó la rueca y durmió a la Bella Durmiente para que el Príncipe pudiera despertarla con un beso? Eso sí: ni piensen lo que debe haber sido después ese matrimonio. Un bodrio absoluto. Salvo, desde luego, que el hada maligna se dignase a molestarlos nuevamente, volviendo, supongamos, impotente al Príncipe y obligando a la Bella a buscar consuelo en brazos de algún fornido leñador del bosque. Ahí, no lo duden, se pondría interesante de nuevo la cosa.

Recuerden ahora a James Cagney y Pat O'Brien, en las escenas iniciales de *Ángeles con caras sucias*, muy jovencitos aún, huyendo desafortunadamente de la policía. Penetran en una calle sin salida, con un elevado, casi infranqueable muro al final. O'Brien corre más velozmente, consigue trepar el muro y huir. Después se hace cura. Cagney es atrapado por la policía y conducido a un reformatorio donde, definitivamente, se transforma en un gangster. Será, entonces, el villano, y toda la película girará alrededor de sus tropelías. ¿Qué habría pasado si Cagney hubiera conseguido trepar el muro junto a O'Brien? Muy simple: tendríamos dos curas, y ninguna historia.

No quiero decir con esto —por favor: no— que sólo las historias de villanos sean interesantes. Sino otra cosa: que en toda historia debe haber un villano, y que todos nosotros, en algún momento, debemos enfrentar el villano que llevamos dentro. Y que para hacerlo, nos asuste o no, tendremos que dejarlo salir.

Por mi parte, uno de estos días, mañana mismo quizá, pienso hacer algo semejante. Por ejemplo: darle una patada a la mesa con todos sus naipes, hacer saltar el tablero con todas sus fichas, convertirme, por una vez al menos, absolutamente, en el lobo de la historia.

CINCO

La fiesta

La casa era una hoguera jubilosa sobre el horizonte. (Lo reconozco: mi debilidad por las metáforas bochincheras es considerable). Llegamos temprano. Todas las luces del chalet estaban encendidas (fue lo que intenté decir al comienzo) menos una. Precisamente la del dormitorio de Salas. ¿Casualidad, predestinación, símbolo trágico o venturoso? Estacionamos el Citroën y descendimos.

De negro Susy, con escote, con piel brillante y cobriza, con hombros, con caderas, con largas piernas y movimientos seguros, con todo lo que necesitaba tener esa noche y (lo pensé al menos en ese momento) más también. Con mi viejo aunque empecinado traje azul, yo. Sin caderas, escote ni largas piernas, pero lúcido. Rechacé el *whisky* que un lujoso esclavo con bandeja en alto me ofreció antes de entrar a la casa.

Había gente allí dentro, mucha. Hablaban, afirmaban, negaban, cuestionaban, elogiaban, denigraban, en fin, exponían impudicamente casi el vasto repertorio de sus pasiones. Una pequeña orquesta (no más de cuatro o cinco tipos, recién bañados y sonrientes) intentaba con *Deep Purple* algo elegante y sofisticado, autodeslizante, repugnante de fino, a tono con la especial calidad de la concurrencia. La música llegaba distante, entrecortada, siempre detrás de las risas, las infinitas palabras y el estruendo de la cristalería. Varias mesas, distribuidas por la sala con encomiable estrategia, lucían desbordantes de comida, y reconozco que comida es una palabra infame para nombrar lo que había en ellas pero no la pienso retirar. Rechacé un segundo *whisky*. Con un gesto casi inexistente, con una indispensable o quizá despreciativa sonrisa lo rechacé. Como si fuera uno de ellos. El lujoso esclavo, con sus guantes blancos y su centelleante bandeja, aceptó en silencio y se alejó buscando otro a quien servir.

Fue entonces cuando nos vio Salas.

Estaba rodeado por los suyos, por tipos como él, que vestían, hablaban, pensaban y ocupaban el espacio como él. Porque nada define a nadie mejor que el modo en que ocupa el espacio: pidiendo permiso algunos, ocultándose a veces o intentando algún manotazo heroico; cubriéndolo por completo otros, estando absolutamente donde están, haciéndole peso a la realidad, justificados. Yo tengo que inventarme todos los días.

Salas, como siempre —o quizá no: quizá con más entusiasmo que nunca—, besó a Susy y estrechó mi mano. Tenía el rostro ligeramente rojizo, brillante, pero no por la bebida sino por otro tipo de embriaguez, la que se delataba en su inabarcable sonrisa, con todos esos dientes parejos y pulcrísimos, o en el modo en que caminó hasta nosotros, no colocando meramente un pie delante del otro como cualquier mortal, sino sintiéndose el dueño absoluto de esa casa, de esa fiesta y de todas las tramas, secretas o visibles, que se tejían esa noche.

De todas, menos una. Yo lo sabía, y era mi ventaja.

—Llegaron exactamente cuando empezaba a notar que no estaban —dijo.

—Es nuestro estilo —contesté.

Nos tomó de un brazo a cada uno.

—Vengan —dijo—, quiero que conozcan a mis amigos.

Nos presentó no menos de treinta personas. Había de todo en esa jungla: convencionales banqueros que fuman puros, pesadamente reclinados sobre sus sillones, con obstinados relojes de oro y cadena sobre el abdomen, descifrando suntuosos laberintos financieros; sus esposas, con gargantillas cubriendo sus cuellos largos pero ya apergaminados por los años implacables, con menos dedos que anillos, hablando entre ellas o participando ligeramente en las inextricables conversaciones de sus maridos, pero siempre diciendo que sí, o que no, o que no importa con la misma y mortal frialdad con que sonreían; esmirriadísimas modelos casi invisibles de perfil; escritores que hablaban de sexo, fútbol, violencia, psicoanálisis y sintagmas, o que nombraban a Freud, a Sartre, a Barthes y Lacan como si los tuvieran en el fondo de su casa y los sacaran todas las noches a dar una vuelta y hacer pis, y que me miraron con infinito desdén y afirmaron no conocerme cuando Salas me presentó diciendo que yo era uno de ellos (por Dios: no); actrices con pestañas, con ojos negros y hermosos, sentadas con la espalda en ristre, enumerando premios y festivales, afirmando que la vida —a veces— es «como terrible»; y médicos, arquitectos, y periodistas, y directores de cine, y escenógrafos, y —en fin— todo lo que uno pueda imaginar que existe sobre este mundo (al margen del carnicero de la esquina) estaba allí. Incluso yo.

Y Anselmi.

—Tenía razón —dijo al estrechar mi mano—. No está mal ese traje.

—Gracias. No sabe cuánto me alivia escucharle decir eso.

—Casi no brilla.

—En ocho años lo planché tres veces. Difícil que brille. Ya ve: el único modo de que las cosas duren, es no usarlas.

Aprendí de Charlie Chan esta frase. También recuerdo otras. Por ejemplo: «¿Adónde ir desde la cima sino hacia abajo?». Problema que jamás tuve. Para mí rige la contraria: «¿Adónde ir desde el abismo sino hacia arriba?». Y que nadie lo niegue: es muy alentadora.

Anselmi clavó en los míos sus malignos ojitos entrecerrados, sacó uno de esos puros que le mandaba su amigo cubano y lo encendió. Dijo:

—Hasta luego, Navarro. Pórtese bien.

—¿Whisky, señor?

Un blanquiñoso Tío Tom acababa de colocar su bandeja bajo mi nariz y esperaba respuesta mientras ensayaba una mueca absurda que quizás era una sonrisa. Acepté esta vez.

Salas y Susy, de pie junto a una de las mesas, bebían y conversaban

esmeradamente. Nuestro arquitecto resplandecía (oh Valentino de la pampa húmeda) y se excitaba notoriamente cada vez que Susy lanzaba hacia atrás su cabecita y reía con su risa número tres, que es la mejor, porque es tersa y cálida, pero a la vez, mágicamente, tiene algo del quejido visceral de una gata gozosa. Cuando le sale bien, es impresionante.

Tomé un largo trago de mi *whisky* y comencé a atravesar la sala. Nadie había empezado a comer aún. Era la hora del alcohol y las palabras. Los de la orquesta, en el atendible deseo de hacerse oír, acometieron con *I Got Rhythm*. Ahora sí: el batifondo era infernal. El de la trompeta tocaba peor que Gunga Din. Al menos Gunga Din llegaba a tiempo.

Salí a la galería y cerré uno de los ventanales. No se hizo el silencio, pero casi. Suavemente, empecé a silbar «Qué alta está la luna», porque, para mi infortunio, así estaba. Alta y brillante. Había demasiada luz en ese parque. Tendría que extremar mis precauciones (qué tal) cuando lo atravesara en busca de la Nikon. En serio: ¿cómo hacer para que no me vieran? Era un trabajo para La Sombra: «Un trozo de oscuridad se desprendió de la oscuridad. Nadie lo advirtió. ¡Era *La Sombra!*». Valían treinta centavos esos libritos. Me los comía como a mis uñas. Después no podía dormir y me levantaba cuatro y cinco veces, descalzo y sigiloso, para hacer pis o para huir de La Sombra que se obstinaba en permanecer allí, a los pies de mi cama, con su inmenso sombrero de alas de ave de rapiña, arañando y tironeando mi colcha con sus uñas filosas, mirándome con esos ojos de fuego, más terribles todavía que los que tenía en la tapa de los libros. Aún hoy, algunas noches, recuerdo esa mirada: me doy vuelta en la cama, lanzo bajito alguna puteada exorcizadora y vuelvo a dormirme.

El dormitorio de Salas continuaba a oscuras.

Encendí un cigarrillo. Entonces los vi: a mi izquierda, en el extremo de la galería, dos tipos altos, corpulentos, conversaban. Pese a las luces que llegaban desde la sala, no pude reconocerlos. Se dieron la mano finalmente y uno de ellos caminó hacia mí. Era Leonardo. Vestía un traje blanco con el evidente propósito de exaltar el tono cobrizo de su cara.

—Buenas noches, Ismael —dijo. Y si alguna sorpresa le produjo encontrarme allí, no hubo nada que lo delatara. Preguntó—: ¿De qué estás escapando? ¿De la música, la bebida o los invitados?

«De Dios», pude haber dicho. Un personaje de *El filo de la navaja* le respondía algo así a Tyrone Power y entonces (Hollywood) estallaba un trueno apocalíptico. «De mí mismo», pude también haber dicho. Pero era mala literatura. Dije:

—Necesitaba un poco de aire fresco. —Que era la peor, pero no estaba mal para Leonardo.

—¿Te ahogabas adentro? —preguntó.

—Un poco. Casi tanto como vos. —Me miró intrigado, ligeramente ceñudo. Continué—: Vos también estás aquí, ¿no? ¿De qué estás escapando?

—De nada. Necesitaba un poco de aire fresco.

—Mirá que casualidad.

Apoyó una mano en mi hombro e hizo presión con los dedos. Recordé el gimnasio que me había mostrado Sergio. ¿También se entrenaría allí Leonardo?

—Sí —dijo—, pura casualidad.

Aflojó la presión de los dedos y retiró la mano.

—Chau —dijo.

Y se hundió en el infierno.

Apagué el cigarrillo. Volví a mirar hacia el dormitorio de Salas. Seguía en penumbras. Y no sólo eso: los ventanales estaban cerrados. Algo viboreó en mi estómago (es una de las imágenes que tengo para describir la angustia. No es Kierkegaard pero es lo que a mí me ocurre). *Todo estaba aún por hacerse esa noche.* Con infinita cautela, ya mismo, sería necesario entrar en ese dormitorio, abrir los ventanales, encender las ocho luces de la araña y regresar inadvertido, virginal, al estrepitoso anonimato del salón.

Oí unos pasos y giré hacia mi izquierda. El grandote que había hablado con Leonardo se acercaba pesadamente hacia mí.

—Buenas noches, Navarro —lo escuché decir antes que pudiera reconocerlo—. ¿Puedo pedirle un cigarrillo?

La luna iluminó sus grandes dientes amarillos. Era Boris.

—¿Usted por aquí? —pregunté mientras extendía hacia él mis democráticos Jockey Club.

Boris se encogió de hombros con aire descreído.

—Vamos, Navarro —dijo condescendiente—, no me diga que se sorprende. Déme fuego.

Encendí un cigarrillo. Dije:

—De acuerdo: no me sorprende.

—Mire —explicó—, es fácil. Cuando en una casa, adentro, hay gente como la que está allí, afuera tiene que haber alguien, o varios como yo. Los cuidamos, me entiende. —Y repitió, silabeando—: Los cui-da-mos.

—Carajo, ahora sí que me sorprende. Es todo un pensador usted.

Dio una profunda pitada al Jockey. Dijo:

—No soy un estúpido, si eso es lo que quiere decir. Y no se sorprenda. —Me tomó de un brazo—. Venga, hágame caso, váyase adentro. Usted es un invitado y tiene que estar allí. Además, hace frío acá, está oscuro y yo podría confundirlo con alguna mala persona. Salga cuando salen todos, Navarro, no antes.

Obedecí. Su voz, sin embargo, me detuvo antes de que pudiera entrar nuevamente a la sala.

—Navarro.

Nos miramos. Dijo:

—Después tóquese algo en el piano, quiere. Aunque sea desde aquí, me gustaría escucharlo. Y gracias por el cigarrillo.

Hice un gesto impreciso que podía significar cualquier cosa entre de acuerdo o de nada y entré al salón. Durante un largo momento, no pude dejar de pensar en toda la escena anterior. Sobre todo en esa primera visión de Leonardo y Boris, solos, cubiertos por las sombras de la galería, conversando y estrechando finalmente sus manos como si hubieran arribado a algún secreto acuerdo. ¿Era así o una vez más mi imaginación enriquecía la realidad distorsionándola? No recordé ningún proverbio de Charlie Chan que respondiera esa pregunta.

La elegante concurrencia acababa de arrojarse sobre el *buffet froid*. No todos eran iguales. Algunos introducían en su boca apenas pequeños trozos, masticaban de un solo lado, sostenían el cuchillo entre el índice y el pulgar y levantaban el meñique (no es tan difícil), bebían vino blanco a pequeños sorbos y apoyaban suavemente sobre sus labios, como distraídos, una mínima parte de la servilleta. Otros comían como cerdos. Ya se sabe, es la historia del país: nuestras clases poseedoras han padecido y tolerado (por necesidad) la infiltración inmigratoria. «¡Violarán a nuestras vírgenes!», lloriqueaba Cané. No sólo eso hicieron. También (esta noche al menos) violaron a las centollas, el jamón glaseado, el caviar, los camarones a la crema, los locos y ostiones chilenos, la mayonesa de atún y hasta la indefensa pavita. Como un estandarte al viento, Anselmi era el más activo de todos.

Me acerqué a Susy. Estaba sola, en el extremo de una de las mesas, aún bebiendo *whisky*.

—¿No comés? —pregunté.

—Me abandonaron y te esperaba. No me gusta comer sola. Dale, servíme algo.

Preparé dos platos. Yo también tenía hambre.

—¿Algún problema? —pregunté.

—No, todo bien. —Y susurrando—: Creo que a Salas lo pone nervioso exhibirse conmigo aquí. Se comprende, ¿no?

—Sí, pero...

—No te preocupes, cuando llegue el momento de llevarlo arriba, lo llevo. Quiero vino.

Le serví una copa. Hasta la mitad, solamente.

—Ojo con el alcohol, nena —dije—. Te necesito lúcida.

—No es para la lucidez, es para el coraje. —Sonrió alegremente—. Mirá las frases que digo —dijo—. Yo misma me sorprendo. ¿Te gustó?

—Muy buena. Se la escuchaste a Dean Martin en Río Bravo.

—No sabía. ¿Subiste a la habitación?

—Hablá más bajo.

—Bueno. ¿Subiste a la habitación?

—Todavía no. Está a oscuras y tiene los ventanales cerrados.

—A trabajar entonces, Ismael. El primer número es tuyo.

—De acuerdo. Sólo que antes pienso alimentarme bien. La centolla es demencial.

—No dejes de lado los ostiones.

Entonces llegaron ellas. Ellas: Cu y Lo. Desde lejos nos habían avistado y caminaban hacia nosotros metiendo codos, agitando manos que decían ¡hola, somos nosotras y estamos muy alegres esta noche! (o algo semejante), moviendo pestañas, luciendo dientes, contoneando caderas y, en fin, tan boludas como siempre. Entre

ambas, una esfinge de casi un metro ochenta, ojos grises, labios carnosos y entreabiertos, pómulos, dientazos y cabellos rubios desparramados sobre unos hombros huesudos y algo masculinos, se deslizaba como si levitara.

—¡Qué alegría encontrarlos! —chilló Cu—. No sé por qué, pero pensaba que no los iba a ver esta noche.

—A la realidad le gustan las simetrías —citó reemplazando a Charlie Chan por Borges—. Yo tampoco esperaba encontrarlas aquí. ¿No tienen desfile en el República hoy?

—Nada, nada —dijo Lo—, hoy tenemos descanso para todos. Si hasta la mismísima señora se ha venido con nosotras. ¿No la conocen? —Y señalando a la esfinge—: Ella es Eva Andersson, Ismael. Nada menos.

Me incliné ligeramente mirando hasta el abismo sus ojos grises.

—Yo soy Ismael Navarro, señora. Nada más.

—Y yo Susy —dijo Susy, muy sencilla.

Eva Andersson sonrió con su boca carnosa y seguramente carnívora, sus pómulos se dilataron y entornó misteriosamente los párpados. Parecía fugada de una película de Bergman: le faltaba un cáncer o suicidarse. Entonces habló y dijo:

—Svensydow vonjan tröellmax ullmannharriet. Bibingrid siostromthulin. Günnelmarik nykvistovos lindblomtor liv. Jan, jan, svenbibí. Bibi, bibi, liv, liv. Man maringberg man.

—¿Qué dijo? —preguntó Susy, siempre sencilla.

—No sé —dijo Cu—. Habla todo el tiempo así. No le entendemos nada. ¿Pero no es divertido?

—¿Y cómo puede dirigir los desfiles? —pregunté.

—Ah, no —reconoció Cu—. Cuando algo anda mal y se enfurece, le entendemos todo, hasta la última palabra. Claro, no es muy difícil.

—¿Por qué?

—Porque les digo váyanse a la puta que las parió, putitas de mierda —dijo Eva Andersson.

Volví a observar sus ojos grises. Con total admiración dije:

—Eso es castellano.

—Sydowmanberg günnelvon thulin. Liv, liv, bibi —agradeció, creo.

Después tomó de ambas manos a Cu y Lo, dijo autoritariamente «Liv, liv, vonsven!», y desapareció con ellas. No obstante, a través del rugido de la multitud, alcancé a oír la voz de Cu:

—¿No vas a tocar algo en el piano, Ismael?

Susy terminó su copa de vino blanco y atiborró de centollas su plato. Era imposible dudarle: tenía hambre.

—Finalmente vas a tener que hacerlo —comentó.

—¿Tocar el piano?

Asintió.

—Ni loco —dije—. Si alguien, aquí, esta noche, tiene que evitar exhibirse, ése soy yo. Además, como sé que no lo habrás advertido, te informo: los de la orquesta, que seguramente querrán acompañarme, son horribles. Tocaban todo en re menor. Van a terminar componiendo un concierto para violín. Alcázame el vino. Me mamo un poco más y me hundo en el delito.

Después de los postres, volvieron las bebidas y las palabras. Todos desparramaron su exigua *Weltanschauung* sobre esa sala. Algunos, como Salas —y de otro modo no podía ocurrir—, tuvieron mayor fortuna y nuclearon oyentes entusiastas, proclives a la admiración bulliciosa, desbordante. Hubo alguien, incluso, que pudo incurrir en la siguiente desmesura: «¡Bravo, arquitecto!», gritó. Fue entonces cuando me uní al grupo.

Salas, recostado contra un gran sillón, piernas cruzadas, un *whisky* en una mano, un cigarrillo en la otra, rostro serio, cejijunto, expresión trascendente, sabia, como si estuviera más allá del bien y del mal, o no: como si estuviera exactamente del lado del bien y la verdad hubiese elegido sus labios para aparecer en el mundo, hablaba con una voz ligeramente ronca pero convincente. Quizá llegué a envidiarlo en ese momento. Reposaba sobre la ideología oficial como quien hace la plancha de cara al sol en una lujosa piscina. Era un hombre que creía apasionadamente en aquello que le habían enseñado a creer. Cuando las cosas son así, siempre se apuesta el número del poder que, al fin de cuentas, es el que más sale en la ruleta.

—Me preocupa la situación política del país —decía—. Lo que aquí faltan no son ideas sino hombres. Ideas sobran, y en todo caso, no hacen más que embarullarlo todo más de lo que está. En cambio, en la Argentina, desde el 80 que no existe una generación lúcida y organizada. Una verdadera clase dirigente.

—Formidable, arquitecto —elogió un hombre alto y delgado, prominente nariz, finísimo bigote y sonrisa socarrona. Un militar, en suma. Y más aún: una réplica exacta del general Montgomery, y también un homenaje que le ofrendaba el subdesarrollo a tan prominente *british warrior*.

—La jerarquización del país es lo que hace falta.

—Eso falta y eso necesita el país —continuó Salas—. Mientras no se resuelva semejante problema es absurdo hablar de democratización. La democracia, para la mayoría de nuestros políticos, sigue siendo sinónimo de populismo. Y Dios nos libre del populismo.

Terrible advertencia que sacudió hondamente a los escuchas, obligando, a la mayoría, a menear con pesadumbre sus cabezas y repetir «Dios nos libre, por favor» y a los restantes a poner los ojos en blanco, apretar los dientes y rugir: «El holocausto antes que eso». No iba en joda la cosa.

Salas continuó:

—La democracia es el vicio de Occidente.

Este verso (idea-Borges) lo conocía aún mejor que el anterior. Comencé a caminar hacia la escalera. Era el momento de efectuar mi desaparición. Todavía alcancé a oír:

—Si Occidente no se transforma en un imperio, muere. No lo duden, señores.

Frenéticos aplausos aquí. Quizás, ahora, alguno propusiera el linchamiento de cierto indefenso político radical de la zona.

Llegué a la escalera. Dejé mi *whisky* sobre una mesa. Busqué los ojos de Susy. Ella asintió suavemente. Comencé a subir. Estaba por llegar inadvertido hasta el final, cuando alguien apareció. Ni más ni menos: tal como en esas películas en que el héroe llega penosamente hasta la cima de la montaña y entonces aparece el villano para pisotearle las manos. El villano se pintaba un lunar en la mejilla, cerca de la boca, y su palidez era execrable.

—Siempre huyendo de la gente, Ismael —dijo—. O despreciás a todo el mundo o cargás con una lepra incurable y vas al baño a rascarte en secreto. ¿Cuál de las dos?

En cuanto a la fiesta del sábado (o de ayer, si preferís), muy tranquila no fui. Me había despedido mal de Alejandro en el chalet de Los Acantilados. Él, por lo menos, quedó con mucha bronca guardada. Era casi imposible imaginar cómo habría de encontrarlo hoy. Además, vos, y por qué no, también un poco Fernando, insistieron tanto en todo lo que se jugaba esa noche, que, no sé si lo notaste, me metí en un baño apenas llegamos. Hacer pis es una de mis más afectivas descargas nerviosas.

Después, te perdí. Hablaste un poco con Anselmi, y también, creo, saliste a la galería. Creo, digo, porque es así: no estoy segura. Yo estaba con Alejandro en ese momento. Apenas apoyada en el extremo de una mesa, tomando un *whisky* y echando mi cabeza toda rubia un poco hacia atrás cada vez que me reía. Así estaba. Y podés creerme: lo hacía muy bien.

Alejandro parecía bastante repuesto. Entendéme: no como si se le hubiera pasado la bronca. Pero otra vez con ganas. *In the mood for love*, te diría. Eso me ayudó, me dio confianza. Recuerdo que pensé: no voy a necesitar ir al baño en el resto de la noche. Entonces él me sirvió otro *whisky*. Ahora ya casi no hablábamos, nos mirábamos y sonreíamos. De pronto, dijo: «Estás muy linda esta noche». Y lo dijo justo cuando los de la orquesta empezaban con *The Way You Look Tonight*. Decíme: ¿no es maravillosa a veces la realidad? Una lo ve en una película y no lo puede creer.

No duró mucho, sin embargo. Alguien, un tipo (no me preguntes quién, pero tenía pinta de militar: alto, casi rapado, nariz aguileña, delgado y seco) pasó a nuestro lado y solamente dijo: «Buenas noches, arquitecto». Frase que, si lo pensás —yo, al menos, así lo hice—, era totalmente absurda: ¿cómo *buenas noches, arquitecto*? ¿Era posible que alguien aún no hubiese saludado a Alejandro a esa altura de la fiesta? Y suponiendo que fuese alguien que acababa de llegar: ¿era ésa la manera de saludarlo? No: algo pasaba. Buenas noches arquitecto no era un saludo. Era una amenaza, un aviso, una contraseña o cualquier otra cosa. En todo caso, algo que yo ignoraba por completo.

El efecto fue inmediato: Alejandro enrojeció como si todas las miradas del salón se hubiesen desmoronado sobre él. O sobre nosotros. Porque la falta, nada me costó advertirlo, estaba allí: en que nos estaban viendo juntos. Con torpeza, sin atreverse siquiera a mirarme a los ojos, balbuceó un par de frases destinadas a justificar lo que estaba por hacer: dejarme. Que tenía que atender a los otros invitados, dijo. Que había mucha gente esa noche, y él era uno solo, que comprendiera, que, en todo caso, después. ¿Te das cuenta? *Después*: encerró en esta palabrita de mierda todas las esperanzas que pudo dejarme. Desapareció entre la gente. Instantes más tarde, pude verlo conversando con el tipo que lo había saludado: el del fatal *buenas noches, arquitecto*. Me dominó la tristeza: ¿tan atrapado estaba?

Entonces apareciste vos. Venías de la galería y tenías hambre. Tenías, además, tu

acostumbrada cuota de ansiedad: «¿Algún problema?», preguntaste. Te tranquilicé: cuando llegara el momento de llevarlo arriba a Salas, yo lo haría. Fue difícil: no estaba para nada segura en ese instante de que las cosas pudieran ser así. Sobre todo, tan sencillas. Pero al menos te calmé. Tu ansiedad, Ismael, no figura entre las cosas que me agradan de este mundo.

Media hora más tarde subías a la habitación. Era tu trabajo: encender las luces y abrir el ventanal. Después me tocaba a mí. Apenas bajaste me lo hiciste saber: lo tuyo estaba. Alcanzó que me miraras e hicieras un leve gesto con tu cabeza para que yo entendiera. Te agarraste un *whisky* y buscaste la compañía de las dos putitas, Cu y Lo, y de esa extrañísima Eva Andersson. Leonardo estaba también allí. Te vi reír, te vi encender un cigarrillo, tomar tu *whisky* y supe que te habías aflojado. Sobre todo, creo, permaneciste allí para eludir la presencia de Sergio, con quien al subir, te habías encontrado en la escalera, y que ahora seguía mirándote, no demasiado lejos de vos, recostado contra uno de los ventanales, como si custodiara la salida, buscando —con increíble empeñamiento, Ismael— esa segunda oportunidad, que, para tu desgracia, habría de conseguir. Es un enfermo. Y más también: es un asesino. Ahora lo sabés.

Mi turno. «Vamos, muñeca», me dije —porque es así como me digo a veces: muñeca—, «solamente coraje necesitás ahora». Sabés que me gusta hacer y decir las cosas que veo en las películas. Y todo esto —qué querés: soy así— se parecía cada vez más a una película: tan increíble era. De modo que agarré mi *whisky* y lo vacié de un trago. Y si no me sequé los labios con el puño fue porque quedaba mal en una fiesta tan paqueta.

Alejandro hablaba ahora con dos tipos de avanzada edad, como quien dice, que es también como decir dos viejos chotos, porque eran gordos, feos, arrugados y, me juego, impotentes. Mi desprecio aumentó mi coraje, que no era poco. No sé por qué: pero creo que me habría costado más interrumpirlo si lo hubiera encontrado con dos minas. Dos regias minas, desde luego. Digamos: de mi tipo. ¿No es así? Pero no: apenas si estaba con esos dos jubilados presumidos, repitiendo seguramente esas frases que tanto le gusta decir: que Occidente es el vicio de la democracia, o algo parecido. Lo tomé de un brazo y lo hice girar hacia mí. Muy fresca, dije: «Perdón, arquitecto. Quiero hablar un momentito con usted. ¿Se puede?». Me miró como si quisiera borrarne de la faz de la Tierra. Yo, impávida.

—Ninguna de las dos —dije—. Y no me parece correcto que un jovencito tan delicado como vos llame leproso a un señor de mi edad. ¿Qué opinás?

No le gustó nada: se le borró la sonrisita y hasta le tembló el lunar. Dijo:

—No te llamé leproso. Era solamente una hipótesis.

—Nada ofende más que las hipótesis. Pensálo. Es una hipótesis.

Se encogió de hombros y me pidió un cigarrillo.

—Se me acabaron —mentí.

—Qué pena —comentó.

—Sí, qué pena. Sobre todo porque no hay a quién pedirle. Todos fuman puros por aquí.

Recorrió el salón con sus ojos fatigados, ligeramente enrojecidos siempre. Dijo:

—Una mierda la fiesta, ¿no?

—No sé. A tu tío se lo ve bien. Y al fin y al cabo es su fiesta.

—¿Vas a tocar el piano?

—No.

Apoyó una mano sobre mi hombro.

—Qué pena —dijo otra vez.

Aparté su mano.

—Es un traje viejo el que llevo puesto, Sergio —dije—. No conviene que lo manoseen.

—Como quieras.

—Eso quiero. Hasta luego.

Subí la escalera. Una vez arriba, miré hacia atrás: ya no estaba.

Apenas pude dormir esa noche. Enterarme de la proximidad de la vivienda de Matías y sentirme vigilado, controlado, perseguido incluso por él, fue todo uno. ¿Qué seguridad podía tener ahora de que ignoraba que mis relaciones con Vera continuaban? ¿No habían aumentado infinitamente las posibilidades de que, en algún fatídico momento, la hubiese visto entrar a mi casa? ¿O era acaso un desatino suponer que, precisamente, se había instalado en mi misma manzana para verificar si lo obedecía o no?

Torpemente, cumplí con mis tareas en el Banco durante el siguiente día. Fueron largas esas horas. Una angustia densa, premonitoria, que dificultaba incluso mi respiración, iba dominándome a medida que transcurría el tiempo. Más allá de las cinco de la tarde, por fin, pude regresar a mi casa. Brevemente tomé un café, miré mi desasosegado rostro en el espejo y, juntando un coraje que ignoro de dónde surgía, partí rumbo a mi destino. Es decir: partí rumbo a la casa de Matías. Me dije que era exagerado interpretar los hechos de este modo. Me dije que meramente iba a visitar el sitio donde vivía mi primo. Me dije muchas otras cosas ninguna de las cuales tuvo el poder de atenuar mi angustia. No demoré en llegar. Eran, tal como Matías lo había dicho, dos breves y definitivas cuabras. Solamente. Me detuve frente a la casa —un pequeño edificio de departamentos, de similares características al mío, pintado de blanco y manchado por la humedad y las lluvias de ese frío invierno—, y entré con inesperada decisión, atravesé un largo pasillo, me detuve frente al departamento que Matías me había indicado y toqué el timbre.

El propio Matías abrió la puerta. Vestía un grueso pulóver, un pantalón jean y sostenía una bebida alcohólica en su mano derecha. Sonrió complacido. «Llegaste con anticipación, Ruperto», dijo. «Te esperaba un poco más tarde». Era cierto. En ningún instante me había abandonado la obsesiva certeza de que a las seis —con toda seguridad: puntualmente— Vera llegaría para esperarme en mi departamento. Deseaba, en consecuencia, terminar cuanto antes esta visita y regresar a mi casa para reunirme con ella.

Matías se dirigió hacia una pequeña mesa llena de botellas y botellones, tomó uno de éstos y sirvió en una alta copa una bebida verde y espesa que se me antojó —ignoro por qué— peligrosa como un elixir diabólico. Se volvió hacia mí, extendió la copa y preguntó: «¿Querés tomar algo?». Me negué. Se encogió de hombros con una indiferencia casi despreciativa. «Como quieras», comentó. «Vos te lo perdés». Y luego: «¿Te gusta la casa?». Dije que sí, que era agradable. Volvió a sonreír con complacencia. «Guardo valiosos tesoros aquí», dijo. Y agregó: «Sabés tan bien como yo que las cosas no tienen valor en sí mismas, sino por lo que representan, por los recuerdos que nos provocan, por los sentimientos, a veces inconfesables, que depositamos en ellas». Me tomó de un brazo y me acercó a un bargueño. «Vení,

mirá», dijo. Abrió un cajón y extrajo de allí, primero, la mitad de un disco quebrado, dijo: «Es la otra mitad del disco del trío Los Panchos con que fue castigada tía Etelvina. La mitad que la policía nunca pudo encontrar. ¿No te parece una pieza valiosísima?». Asentí, con un leve, temeroso movimiento de mi cabeza. Extrajo entonces un cuchillo, con el filo casi carcomido hasta el mango. «Esto lo recordarás mejor, seguramente», dijo cada vez más complacido. «Con él acabamos con don Carmelo». «Es cierto», dije. «Lo recuerdo bien». Y agregué. «Falta ahora solamente la tijera que le robé a Toshiro Kurosawa». Volvió a hundir sin vacilaciones su mano en ese cajón y me la mostró: «Es hermosa, ¿no?». Venciendo mi desagrado, dije: «Sí».

Inesperadamente, entonces, se acercó a mí y me abrazó. «Todo esto lo hicimos juntos, Ruperto», dijo. «Fuiste un buen y fiel compañero para mí». Se apartó levemente y hundió sus ojos en los míos: volví a ver en ellos ese brillo demencial que me aterrorizaba de niño. «Pero me traicionaste», dijo. «Por una mujer, por una repugnante mujer me traicionaste». Con la velocidad de un relámpago me dio una dolorosa, estridente, unánime bofetada en la cara. Salí despedido con fuerza hacia atrás y tuve que sujetarme de un armario o un sillón —no recuerdo bien— para no caer. «¡Traidor!», gritó entonces Matías. «¡Traidor! ¡Estúpido, cobarde traidor!». Continuó gritando desaforadamente, casi sin ningún control sobre sí. Con sobrehumano esfuerzo, logré que algunas de sus palabras me resultaran inteligibles: que él, por ejemplo, me había advertido, que no tuviera trato con mujeres, que abandonara a Vera, que las mujeres eran los seres más perversos de la Creación, y que ahora, por mi culpa, por mi infantil empecinamiento, todo se había echado a perder entre nosotros. Se arrojó sobre mí, me tomó por los brazos y comenzó a sacudirme furiosamente. «Pero no todo está perdido», dijo. «Todavía te puedo salvar. Todavía puedo ayudarte a ver la realidad. Me lo vas a tener que agradecer eternamente, Ruperto». Con violentos, espasmódicos tirones comenzó a arrastrarme hacia una habitación —el dormitorio supongo— cuya puerta había estado cerrada desde que yo entrara al departamento. «¡Vení!», aulló casi ya sin voz. «¡Vení y mirá lo que realmente son y valen las mujeres!». Abrió ferozmente la puerta de la habitación y me arrojó adentro. «¡Ahí la tenés a tu noviecita buena!», gritó. «¡Una perra traidora como todas!».

En la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos y llenos de terror, cubriéndose apenas con una exigua sábana, estaba Vera.

Abrí la puerta del dormitorio y entré. No encendí las luces. Aguardé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y luego —no digo en puntas de pie, aunque de ese modo casi— llegué hasta el ventanal. Con suavidad, corrí la cortina y miré hacia afuera: pocas luces, las que llegaban del salón y las farolas de la pileta solamente; ninguna persona en el parque; en penumbras la galería. ¿Estaría aún en su puesto Boris?

Corrí por completo las cortinas y abrí el ventanal. Entró por allí lo que debía entrar: una brisa fresca y agradable. Hice lo que debía hacer: respiré profundamente. Fue bueno. Regresé entonces a la entrada de la habitación y encendí las luces. Eran las mismas ocho de mi visita anterior: nuestro delito tenía ya su escena magníficamente iluminada. Sólo restaba ahora cometerlo. Salí y cerré la puerta.

Regresé a la sala. Susy estaba sola, siempre en el mismo extremo de la mesa por la que había optado, sonriendo de un modo inevitablemente misterioso, pues quien solitario se sonríe —como nadie dice— de sus misterios se acuerda, y hundiendo sus ojos en el fondo de su vaso de *whisky* como si buscara algo que, estoy seguro, no buscaba. Más hacia el centro, desde luego, o quizás exactamente en ese lugar, no me detuve a calcularlo bien, estaba Salas: hablaba con dos viejos infatuados, tan viejos y tan infatuados que, pensé, quizá conocieran por boca del mismísimo general Urquiza el secreto nunca revelado de la retirada de Pavón. Es una hipótesis, no una metáfora. En el extremo de otra mesa, Cu, Lo, Eva Andersson y ahora Leonardo con ellas, bebían, reían, hablaban y —atención, ahora sí una metáfora— chisporroteaban como leños recién encendidos; qué tal. Al fondo, apoyado contra uno de los ventanales: mi sombra siniestra. El empecinado admirador de Hesse y Schumann, con su lunar y su transilvánica palidez a cuestas. Decidí, yo también, vigilarlo, no perderlo de vista durante el resto de la fiesta. No cometer el error de la mayoría de los mortales. Porque es así: la ventaja de los vampiros (y lo dijo Stoker, que sabía) consiste en que la gente no cree en ellos. A partir de ese momento decidí creer en Sergio.

Busqué los ojos de Susy. Seguía con los suyos hundidos en el vaso de *whisky*. Convocándola, clavé sobre ella mi mirada al estilo del viejo Lugosi, cuya admiración hubiera despertado en ese momento, no lo dudo, si no fuera porque está muerto, y contra todo lo que uno pudo prever o desear, jamás volvió. Susy elevó hacia mí sus ojos.

Hice apenas un gesto con mi cabeza. O quizá ni eso. Como fuera que fue: ella entendió. Lo mío estaba.

Busqué un *whisky*, tomé un buen trago y me uní al grupo Leonardo-Cu-Lo-Andersson.

—Por favor, Ismael —insistió Cu—, sé buenito. Tocá algo en el piano.

—Dale, lo que quieras —rogó, casi, Lo.

Me negué. En todo caso, dije, después: cuando hubiera menos gente.

—Cuando desayunemos, Ismael —resolvió Leonardo—. Es el mejor momento, siempre. Vamos a ser pocos a esa hora.

Dije puede ser o de acuerdo o ya veremos o cualquier otra cosa que no recuerdo porque en eses instante descubrí algo que, créase o no, congeló la sangre en mis venas: *Sergio había desaparecido*. Apenas si durante un par de segundos descuidé su silueta, allí contra el ventanal. No necesitó más. Ya no estaba.

Cu y Lo aceptaron bailar con dos jóvenes bien trajeados, cobrizos y con diez mil horas de remo sobre las espaldas. Eva Andersson las miró con desaprobación. Frunció el ceño y levantando el índice:

—Liv birger, birger birgitta —advirtió.

Cu, como si hubiera entendido, y sospecho que eso sí lo entendía, respondió:

—Pierda cuidado, señora. —Me miró, sonrió dulcemente y dijo—: Nos cuida.

Comenzaron a bailar.

Miré a Susy. Magnífico: ya estaba hablando con Salas.

Inesperadamente, Eva Andersson estrechó su cuerpo al mío, rodeó mi cuello con sus largos brazos y mirándome con también inesperada dulzura preguntó:

—¿Harrieting grid thulinvalberg?

Desconcertado, miré a Leonardo.

—Creo que quiere bailar —dijo—. Por ahora.

Desanudé los brazos de mi cuello. Dije:

—Es un honor para mí, señora. Pero no puedo aceptar en este momento.

Eva Andersson palideció, abrió enormemente sus ojos grises y rugió algo, supongo, terrible:

—¡Ulf björnstrand!

Entonces tomó de un brazo a Leonardo y se fue a bailar con él. Por ahora.

Terminé mi *whisky*.

Miré a Susy: acababa de separarse de Salas y se dirigía hacia la escalera. Es decir: hacia el dormitorio. Me miró, apenas. Yo entendí: lo de ella estaba. Era el momento. Ahora había que actuar. Salas no demoró en seguirla.

Decidí que sería arriesgado, innecesario además, salir al parque por la galería del frente, donde seguramente aún estaría Boris, vigilando. No: tenía que existir una salida por detrás. Sólo que para encontrarla necesitaba atravesar antes el gimnasio de Sergio. Me sentí peor que Caperucita en el momento de entrar en el bosque: yo ya le tenía miedo al lobo. Yo, que imaginé ser el único lobo de esta historia.

No porque necesitara beber, sino por inercia o por seguir ofreciendo esa imagen chispeante cercana a la ebriedad que lucían todos, me adueñé de otro *whisky*. Comencé entonces, esquivando a algunos, sonriendo estúpidamente a otros, con aire distraído, tratando de no mirar a nadie para que nadie me mirara a mí —teoría que, según cualquiera sabe, constituye un reverendo disparate—, a atravesar la sala en busca de esa salida posterior que, si uno confía en ciertas leyes elementales de la arquitectura, debería existir.

Eva Andersson bailaba con Leonardo, untándole su cuerpo como si el otro fuera una tostada que luego devoraría en no más de tres bocados. Leonardo, sin embargo, no parecía para nada insatisfecho con este destino, y quizá tuviera razón. Los de la orquesta habían retomado su estilo catástrofe: la música estallaba en la sala. Continué abriéndome paso. Pasé muy cerca de Anselmi. Evité mirarlo, pero no pude dejar de notar que hablaba con tres gorilas de su estilo y tamaño, gesticulando, fumigando con su puro cubano y superando con su vozarrón el estrépito de los chicos de la orquesta. No me vio, le importaba más decir lo que estaba diciendo que mirarme. Tampoco me vieron Cu y Lo, quienes, desoyendo los cautos consejos de la Andersson, que no era cauta en absoluto, bailaban y mimaban con alegre impudicia a sus campeones de remo.

Nadie, creo, me vio. O más precisamente: a nadie le importó que yo atravesara la sala. Ni a los convencionales banqueros, ni a sus esposas, ni a las esmirriadísimas modelos, ni a los escritores que hablaban de sexo, fútbol, violencia, psicoanálisis y sintagmas, ni a las actrices con ojos negros y hermosos, ni a los médicos, arquitectos, periodistas, directores de cine y escenógrafos. A nadie. Se creían todos tan importantes, tan maravillosos, y estaban tan empeñados en demostrarlo, que la realidad externa, necesariamente, se les borroneaba un poco. Lo suficiente al menos como para que yo llegara incontaminado al final.

Atravesé luego el extenso pasillo que Sergio, durante mi visita anterior, me mostrara conduciéndome de un brazo. Estaban todos esos cuadros allí, cuyos marcos —no sé mucho de pintura pero lo sospecho— valían más que los pretenciosos mamarrachos que ostentaban las telas. Llegué al gimnasio, abrí la puerta y entré. Había luz.

Alejandro, con su mejor sonrisa, dijo «discúlpeme un momento» a los dos viejos chotos, quienes también sonrieron y dijeron «como no, arquitecto», aunque algo extrañados quedaron, créeme, porque mi aparición había sido un poco, como dirías vos, intempestiva. Alejandro me tomó de un brazo y me llevó hasta el pie de la escalera. Con mucha fuerza y bronca lo hizo, como si quisiera arrastrarme. Laura Hidalgo hubiera dicho: «Me haces daño». «¿Qué pasa?», preguntó. Muy firme, dije: «Quiero hablarte. Ya mismo. Y no me preguntes por qué». Vaciló un instante. Encendió un cigarrillo. Por fin dijo: «Está bien. Pero aquí no». «Por supuesto», dije. «No estoy loca». Quizá te resulte increíble, pero se le había ido la bronca. Estaba flojo ahora, como aceptando algo que ya había decidido aceptar. «Decíme dónde», dijo. «Yo te sigo después». ¿Te das cuenta? Hasta me propuso que eligiera el lugar. Dije: «Voy a estar en tu dormitorio. Pero no te preocupes: en la puerta, no adentro. No creo que haya gente por allí». «Bueno», asintió. «Andá; en seguida estoy con vos».

Subí espléndida la escalera, majestuosa. Te diría: como si fuera a recibir un Oscar. Llegué al dormitorio y abrí la puerta. Era cierto: habías encendido las luces de la araña y abierto el ventanal. Quizá estuvieras trepándote al árbol en ese momento. O quizá ya estuvieras allí, vigilándome. De cualquier modo, yo no podía verte.

No entré en la habitación. Me quedé en la puerta, apoyando contra el marco mi hermosa espalda. Mi jugada, Ismael, era muy simple: tenía dos puntas solamente. De un lado estabas vos, del otro Alejandro. Si Alejandro aceptaba un par de cosas —no muchas, pero definitivas— que pensaba proponerle, me quedaría allí, bajo esa puerta, y sería suya. Si no ocurría así, lo llevaría conmigo al centro de la habitación bajo todas esas luces y vos tendrías tus fotos, y tu chantaje, y tu mujer.

Pero no había nadie. Pensé, fugazmente, que no existe nada más parecido a un cementerio que un gimnasio vacío. Lo crucé estremecido, evitando tropezar con las tumbas.

Había una puerta en la pared del fondo. La abrí y salí al parque. La luna seguía alta, aunque, piadosa con mi suerte, brillaba menos. Comencé a cruzar el parque bordeando la casa, parapetándome tras algunos árboles, con pasos veloces pero silentes. No miento: La Sombra no lo hubiera hecho mejor.

Cuando llegué al frente, me acurruqué tras un arbusto y observé la galería: había alguien allí. Boris, seguramente. Pero no podía verme. Agazapado, continué mi marcha hasta encontrar el Citroën. Abrí el baúl y saqué la Nikon. Voy a decirlo: los acontecimientos se precipitaban.

No demoró en aparecer Alejandro. Vino hacia mí atravesando ese pasillo con pasos seguros, varoniles. Yo lo esperé apoyada contra el marco de la puerta, la cabeza y los brazos hacia atrás, una pierna muy firme contra el piso y la otra levemente recogida; la boca, por supuesto, entreabierta y humedecida, y toda esa luz en contraste que venía de la araña del dormitorio, dibujando mi mejor perfil. Te lo juro, Ismael: ni Laura Hidalgo.

Se paró frente a mí y dijo: «Si querés entramos». Sacudí suavemente mi cabeza: «No», contesté. «No quiero comprometerte». «Puede que no me importe», dijo. «Qué», pregunté muy seca. «Eso que dijiste», dijo. Y añadió: «Comprometerme». Entonces dije: «Perdonáme si soy muy sincera, pero hasta ahora te importó bastante. Estuviste toda la fiesta tratando de esquivarme». Me tomó por los hombros. Dijo: «Tengo una explicación para eso». Aparté sus manos y contesté: «Mirá, no me importa. Te llamé para decirte otra cosa». Se puso rígido y frunció el ceño. Lo miré a los ojos y con una voz maravillosamente firme y grave —soy una actriz, Ismael—, dije: «Me vuelvo a Buenos Aires». No sé como hizo para que no se le cayera la mandíbula. Con total sangre fría, agregué: «Me vuelvo el lunes».

Siempre agazapado, controlando si había algún movimiento en la galería, controlándolo todo, hasta la última sombra que pudiera proyectarse sobre ese parque, me fui acercando al árbol que se erguía frente al dormitorio de Salas. Llegué, colgué la Nikon alrededor de mi cuello y empecé a trepar.

No vacilé, no resbalé, mis manos no temblaron. Me senté a horcajadas sobre una de las ramas y miré hacia el dormitorio: la visión era perfecta. Susy estaba allí. Apoyada contra el marco de la puerta, hacia atrás los brazos y la cabeza, una pierna contra el piso y la otra apenas recogida. Así estaba: como si posara para alguna revista del 50.

Entonces llegó Salas. Comenzaron a hablar. Salas colocó sus manos sobre los hombros de Susy. Yo preparé la Nikon. Susy retiró las manos de Salas. Continuaron hablando. Los miré a través de la cámara. Era imposible fotografiarlos allí, bajo el marco de la puerta, lejos. ¿Por qué no entraban al dormitorio? ¿Qué pasaba con Susy? ¿Por qué no lo metía a Salas bajo las ocho luces de esa araña, entregándomelo?

«No», dijo. «No te vas». «No veo por qué», dije. «Nos salió un buen contrato en Buenos Aires, muy superior al del Douglas. Sería una tontería rechazarlo. Si es por el sol, puedo tostarme en cualquier terraza». «Te vas con él», afirmó. Lo miré asombrada. «Claro. ¿Con quién me voy a ir si no?». Me puse muy seria, con pinta de mina que se las sabe todas y dije: «Escucháme, Alejandro, a ver si entendés esto: con Ismael tengo un trabajo, una casa y, te guste o no, un tipo que me acompaña». Me tomó con fuerza por los brazos y me atrajo hacia él. Lo miré y dije: «Me estás lastimando». Qué hermoso, Ismael. Desde chica que soñaba con poder decir una frase así, en un momento como ése. ¿En serio no viste *María Magdalena*?

Alejandro me soltó nuevamente y volví a recostarme contra el marco de la puerta. Parecía como avergonzado ahora. Sin embargo, se repuso y dijo: «No te vas. Yo no te pierdo». Negué con la cabeza: «Me voy», dije. Suspiró con fastidio, no con resignación. Después me miró durante un buen rato, me miró toda, los ojos, la boca, el escote, las caderas, las piernas, toda, como si estuviera evaluándome, y dijo: «Desde el lunes tenés una casa: te vas a vivir al chalet de Los Acantilados. Lo pongo a tu nombre: es tuyo. El miércoles debutás en La Tecla Rota, encabezando. Pedí la guita que quieras porque ya está arreglado: te la van a dar. Y hoy, a partir de este mismo momento, el tipo que te acompaña soy yo. Y no vuelvas a decirme que te vas, nunca, porque me puedo arrepentir». Miré hacia el interior del dormitorio. Sólo había sombras más allá del ventanal. Apoyé suavemente mi mano sobre la mejilla de Alejandro, acariciándolo casi, y, como correspondía, con un dulce susurro, dije: «Hace frío. ¿Por qué no cerrás el ventanal?».

Habías perdido, Ismael.

Pero no: continuaron hablando. Muy segura Susy, siempre recostada contra el marco de la puerta, como si dominara la situación.

De pronto, algo ocurrió: Salas agarró a Susy de los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Pensé: *consiguió calentarlo, ahora lo mete en el dormitorio, ahora me lo entrega*. Preparé nuevamente la Nikon. Pero tampoco: Salas soltó a Susy y Susy retomó su posición anterior. Continuaron hablando. ¿Qué carajo pasaba?

Susy hizo un movimiento negativo con su cabeza. Salas la miró largamente y después habló. Entonces, increíblemente, Susy miró hacia el interior del dormitorio. Miró hacia el ventanal: *me miró*. Y no tiene ninguna importancia elucidar si podía o no verme. Quizá no, ¿pero importaba acaso? Fuera como fuese: me había mirado. *Había delatado mi posición*. ¿Por qué?

La vi entonces extender su mano hacia el rostro de Salas y acariciarle ligeramente la mejilla. No fue sólo un gesto galante, fue, además, el gesto de una mujer, completamente. Me sentí mal: nunca había hecho algo así conmigo. Y no tengo mala memoria. Salas la abrazó suavemente, con mucha suavidad esta vez, la besó en los labios, se apartó luego para mirarla y acariciar sus cabellos e hizo un gesto afirmativo.

Entonces entró al dormitorio y empezó a caminar resueltamente hacia el ventanal. *Es decir hacia mí*.

Retrocedí con tanta velocidad como pude, rasgándome el pantalón y consiguiendo, por fortuna, parapetarme tras el tronco del árbol. Nada de esto evitó que me sintiera el más perfecto boludo de la historia universal.

No se me cayó la Nikon. Pero no era necesario.

Salas llegó hasta el ventanal, lo cerró y un minuto después no había luces en esa habitación. Y como dice Bugs Bunny: *that's all, folk's*. O no: porque bajar de ese árbol, tropezando esta vez, resbalando, sintiendo inseguras las manos, fue quizá la acción más humillante de mi vida.

Caminé hacia el Citroën, sin importarme ya un carajo si me veían o no, levanté la tapa del baúl y guardé la Nikon. Pensé en Fernando: o me mataba o se reía tres meses sin parar. Quizá las dos cosas.

Encendí un cigarrillo y aspiré profundamente el humo. La luna seguía allí: tan alta, tan brillante y tan al pedo como siempre. Decidí regresar al salón. Aún podía hacer varias cosas. Sobre todo dos: emborracharme o sentarme al piano y suicidarme tocando *Islamey*.

Comencé a caminar hacia la casa.

Entonces ocurrió: saliendo de algún misterioso lugar, casi saltando, felinamente, Sergio se detuvo ante mí. Una abyecta sonrisa se dibujaba en su cara. En serio, no exagero: así era.

—El último quedará —dijo.

Con fastidio, pregunté:

—¿Qué boludez es esa?

—¿No lo conocés? Es un juego. Se llama Martín Pescador.

—Dejáme pasar.

—No. Primero decíme qué hacías aquí.

—Dejáme pasar.

Entonces apoyó una mano en mi mejilla: como *Susy lo había hecho con Salas*, pero de un modo perversamente distinto.

—Vamos, Ismael —dijo—. ¿Tanto te cuesta ser mi amigo?

Con un manotazo más despreciativo que violento, lo aparté hacia un costado.

—Salí, putito —dije.

Seguí mi camino.

Sergio me agarró de un brazo y me obligó a girar hacia él. Demasiado tarde, advertí que tenía una piedra en la mano. Fue lo último que vi. Después, el universo estalló en pedazos.

Un sollozo convulsivo quebró mi pecho. Abandoné la habitación. Dirigiéndome a Matías, desesperado, casi a punto de suplicarle que me dijera que nada de eso era cierto, sino apenas una horrible pesadilla, exclamé: «No puede ser. Ella tenía que ir a mi casa hoy». Matías rió con aplastante desprecio: «Sos un ingenuo, Ruperto», dijo. «Hace mucho tiempo ya que se acuesta conmigo. No lo hice para traicionarte, porque nadie te quiere más que yo, sino para que vieras la realidad». Como un autómatas, absurdamente repetí: «Ella tenía que venir a mi casa hoy». «Lo sé», dijo Matías. «Pero precisamente por eso la obligué a venir aquí. Para que no arruinara tu juventud y para que por fin descubrieras quién es». Entonces sacó el cortaplumas del bolsillo posterior de su pantalón, abrió su hoja larga y filosa y dijo: «Ahora vamos a darle el castigo que se merece».

Empuñando el cortaplumas, sintiendo esa vieja y siempre renovada exaltación que me producía la inminencia de la sangre, me dirigí hacia el dormitorio. No pude, sin embargo, entrar en él. Una mano poderosa se apoyó en mi hombro y me detuvo. Entonces giré lentamente hasta encontrar esos ojos que acababan de buscar los míos: volví a ver en ellos el brillo demencial que me aterrorizaba de niño. Solamente dijo: «Dame ese cortaplumas». Como un autómatas, se lo entregué. «Es tuyo», dije. Me apartó suavemente, entró al dormitorio y cerró la puerta. Instantes después, escuché un ahogado quejido de dolor. Apenas eso.

No demoró en salir. Cuando lo hizo, me miró serenamente y anunció: «Ya está. Ahora podés estar tranquilo». La hoja del cortaplumas era una sangrienta prolongación de su puño derecho. Desapareció tras la puerta del baño. Lo escuché abrir las canillas, dejar correr violentamente el agua y luego lavarse. Estuvo allí durante un tiempo que, a causa sin duda de mi indomitable ansiedad, se tornó insoportable. Necesitó, quizá, detenerse a mirar su rostro en el espejo con obsesiva minuciosidad. Su palidez, sus ojeras, esas arrugas profundas que habían horadado su frente, y que también crecían de sus ojos, multiplicándose, y de las comisuras de sus labios, tironeándolos hacia abajo, desfigurándolos en un rictus desdeñoso pero, a la vez, infinitamente amargo. No fue otro el rostro que me mostró al salir del baño. Tenía aún el cortaplumas entre sus manos. Limpio, saciado. Dobló cuidadosamente la hoja y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Entonces me miró, sonrió quizá —y digo quizá porque lo hizo de un modo apenas perceptible— y dijo: «Estoy cansado. Creo que voy a dormir un rato en este sillón». Y luego: «Me gustaría que pusieras algo de música. Algo bueno». Obediente, puse la que yo sabía era su pieza predilecta: la Fantasía de Schumann. Se acurrucó en el sillón, recogió sus piernas y las rodeó con sus brazos a la altura de las rodillas. Ahora, parecía un niño. No demoró en dominarlo el sueño.

Transcurrieron algunas horas durante las que nada hice sino observarlo dormir.

Respiraba ahora con profunda serenidad. Anocheció. Las sombras invadieron el recinto, y tuve que encender algunas luces —muy pocas, solamente un par de mortecinos veladores— para evitar que la oscuridad me rodeara por completo. Una hora más tarde, o más —no puedo precisarlo bien pues mi percepción del tiempo respondía a mis emociones antes que a la realidad—, pude detectar sus primeros movimientos: estiró los brazos, quebró su espalda en un gesto lánguido y moroso, parpadeó repetidamente y por fin me miró. «Tengo hambre», dijo entonces.

Me levanté como un rayo. Lo conocía tanto como me conozco, y no ignoraba que si no conseguía saciar de inmediato su apetito, acabaría por ponerse irritable y malhumorado. Afortunadamente, tenía un pollo ya trozado en la heladera. Encendí el horno y lo puse a cocinar. Volví entonces a observarlo: continuaba en el sillón, había cruzado sus piernas ahora y se restregaba con fuerza las manos, casi flagelándose, como si deseara producirse alguna escoriación, o como si aún tuviera en ellas la sangre ardiente de la desdichada Vera. Permaneció así durante interminables minutos. Luego se tranquilizó.

Puse un solo plato en la mesa, cubiertos, un vaso y una botella de vino blanco. Yo no tenía apetito. Presentía lo que estaba a punto de ocurrir, y una angustia densa, que dificultaba incluso mi respiración, comenzaba a dominarme. Serví el pollo y dije: «Ya está». Se levantó del sillón, ágil, decidido ahora, caminó hasta la mesa y se ubicó en su lugar. Comió con devastadora velocidad, casi sin masticar, como si llevara meses sin probar bocado. No pronunció una palabra entretanto, ni tampoco yo me atrevía a interrumpirlo. Luego, desdeñoso, apartó el plato y dijo: «¿Quién te vendió este pollo?». Dije: «Hay una carnicería nueva en el barrio. Se instaló una semana después de la muerte de don Carmelo. Ahí me lo vendieron». Hizo un gesto de hondo desagrado y afirmó: «Te vendieron basura. Como siempre». Volvió a restregarse las manos, aunque con menos fuerza ahora. «¿Cómo se llama el dueño?», preguntó. «Luis», contesté. Y en seguida añadió: «Es un hombre joven. Ni treinta años debe tener aún. Tampoco creo que esté casado. No lleva anillo, trabaja solo, y a la noche, solo también, cierra muy tarde el negocio». Sonrió satisfecho y preguntó: «¿Troza los pollos?». «Sí», respondí. Movié aprobatoriamente su cabeza. Volvió a preguntar: «¿Los troza con una tijera de hojas curvas como una pequeña cimitarra?». «Sí», respondí suavemente. Entonces nos miramos y Ruperto dijo: «Voy a ordenarte algo, Matías».



Ni el tiro del final

«Si estoy muerto, este lugar debe ser el Cielo. Porque usted, sin duda, es un ángel». La cara de Susy —lo primero que tomó forma ante mis ojos— hubiera merecido una frase así, sensiblera, monolíticamente cursi, mil veces pronunciada en folletines para corazones devastados, o en películas en blanco y negro, con galanes con bigote y traje cruzado, con heroínas rubias, quizá platinadas, con hombreras y labios muy rojos. La hubiera merecido, pienso, la frase, porque ella estaba bastante así, como esa heroína, sonriéndome dulcemente, muy rubia y con su cabecita ligeramente inclinada hacia un costado, un poco buscando mis ojos y otro poco —mucho más quizá— posando para la eternidad en ese instante, éste, en que yo abría mis ojos, y a través de infinitos nubarrones, regresando desde muy lejos, buscaba los suyos.

—Te quiero, Ismael —dijo entonces—. Te quiero porque me duele verte así. Porque me duele tener que dejarte. Y porque, aunque no lo creas, me va a partir el alma contarte todo lo que te pienso contar.

Eran las tres de la mañana. Lo decía un viejo reloj despertador que descansaba sobre una repisa. Estábamos en la casilla de Pedro. En el dormitorio. En la cama yo, con dos almohadas bajo mi maltrecha cabeza, cubierto por una sábana, vistiendo apenas una camiseta y, supongo, un calzoncillo. A mi lado Susy, con su vestido de fiesta aún, impecable, fumando un largo cigarrillo y diciendo que me quería, que me quería pero que me dejaba, y que todo lo que se proponía contar a partir de ese instante me iba a resultar increíble. Apuesto que sí.

—Sin embargo —continuó—, no pienso ocultarte nada. Aunque te lastime. Aunque me lastime a mí decírtelo. Como por ejemplo: que es cierto que te quiero, y que te quise mucho, pero menos, menos, Ismael, muchísimo menos de lo que vos siempre creíste. Puede que esto te ayude a entender algunas de las cosas que vas a oír.

En ese instante (creo, exactamente, que ocurrió cuando ella dijo esta última frase: «las cosas que vas a oír»), comprendí que acababa de perderla para siempre. Yo estaba, quiero remarcarlo, arrojado en esa cama como un desperdicio que la vida se sacó de encima. Y la visión de un mundo sin ella, sin Susy, visión por demás sorpresiva, porque Susy siempre había estado aquí, a mi lado, como la pasta y el cepillo de dientes, como los cigarrillos, como la desesperanza, comenzó siendo, justamente, esto, lo que he dicho: sorpresiva, para transformarse luego en una dolorosa puntada que atravesó mi pecho clavándome a esta cama como a mi destino. Crucificándome, claro está, pero como a un Cristo sin cielo y sin retorno.

Intenté hablar pero no pude. Apenas si alcancé a emitir un sonido absurdo, más fantasmagórico que doliente. O quizá, porque uno nunca sabe, intenté hablar pero no quise. La que sí quiso, la que habló durante horas, porque eran las seis de la mañana cuando decidió por fin abandonarme, la que habló con pasión, con resentimiento, con cinismo, con inteligencia, con tristeza y alegría, con odio, con amor, la que dijo en

fin, en medio de tantos y tan complejos sentimientos, su larga despedida, nuestro definitivo final, fue Susy.

Después, cuando las primeras luces del amanecer se filtraron a través de la persiana entreabierta, se inclinó sobre mí, apartó ligeramente sus cabellos, y, con mucha suavidad, me besó en los labios, que sin duda no estarían ya tan hinchados, porque sentí ese beso como pocos en mi vida, o quizá como ninguno.

Se puso de pie, caminó hasta un rincón de la pieza, y de allí, inclinándose nuevamente, flexionando apenas sus piernas, extrajo su pequeña valija, que estaba escondida detrás de un armario, lugar donde ella, delicadamente, la había colocado para que yo no la viera sino recién ahora, cuando todo estaba dicho, y cuando sabía, con total claridad, que me dejaba.

Después volvió a mirarme y me contó algo que, quizá, no debiera haberme contado. Algo que Salas le había dicho. Algo sobre la Achával Junco. Sobre el enfermizo placer que encontraba esa pobre vieja contratando gente para vigilar a su marido. Pobres tipos: abogados en desgracia, extaqueros, esa clase de gente, a la que después no solamente no pagaba sus honorarios, sino que se enfurecía si en verdad le traían alguna prueba, insultándolos, haciéndolos echar por la servidumbre, diciéndoles que fueran a cobrarle a su marido la guita que reclamaban, porque era él quien la tenía, y porque era él quien ahora controlaba todo en la empresa. Y aunque, en realidad, esa vieja estuviera ya medio loca, debía ser cierto lo que decía, ya que era Salas, su marido, quien finalmente pagaba, sonriendo, divertido casi, pagaba a los abogados en desgracia, a los extaqueros, a esa clase de gente, humillándolos, la suma o el resto de la suma que la vieja les había prometido. Porque también ocurría: a veces, de puro chiflada, la vieja adelantaba algo.

Como historia, era bastante sórdida. Quizá Susy, insisto, no debió habérmela contado, o al menos, no debió haberla elegido como despedida. Sin embargo, esto fue lo que hizo. Y la historia de la aberrante enfermedad de la Achával Junco, y la consecuente humillación de Fernando Ortiz e Ismael Navarro, fue lo último que escuché de sus labios.

Después, de un modo apenas audible, dijo adiós.

—Adiós —dijo.

Salió y cerró la puerta. Pasaron algunos minutos. Alcancé a escuchar entonces el sonido de un motor. El dulce ronroneo de un Mercedes alejándose por la carretera.

Me dormí. Y no me dormí por cansancio, o porque aún estuviera medio groggy, ni por ninguna otra causa que tuviese que ver con el cuerpo, con el aspecto, digamos, físico de la cuestión. No. Me dormí porque quise dormirme. Porque luego de haber analizado rigurosamente los últimos acontecimientos de mi existencia, luego de haberlos analizado durante por lo menos una hora, panza arriba en esa cama, mirando fijamente el techo de la habitación, decidí dormirme. Fue una respuesta ante la vida. Fue un apoliyo, si se me permite, filosófico.

Era mediodía cuando desperté. El sol, ahora, entraba con fuerza a través de la persiana. Hacía calor. Como si todo lo que había pasado aún fuera poco, hacía calor ese domingo. Aparté la sábana, saqué las piernas de la cama, las apoyé contra el piso y me puse de pie. Nada notable ocurrió. No me derrumbé. Los objetos no bailotearon locamente ante mis ojos. No estalló mi cabeza. Había recuperado mi verticalidad. Caminé hasta el espejo y, juntando coraje, me planté frente a él: *espejito, espejito, ¿quién es el más pelotudo de los mortales de este mundo?* Conocía la respuesta.

Miré mi cara. No me asusté. Estaba golpeado, sí, pero a nadie lograría convencer si dijera que acababa de hacer guantes con Cassius Clay. Tenía dos importantes, ligeramente siniestros manchones negros bajo mis ojos (de esos que la gente llama graciosamente *compota*, de esos que en las películas se curan con churrascos, sobre todo en los dibujos de Tom y Jerry), un corte en un labio, otro —más grande— en la frente, y un pómulo considerablemente hinchado. Eso era todo. O no. Porque también me había pateado las costillas ese enfermo hijo de puta. Sin embargo, aunque doloridas, estaban todas, y ninguna se había quebrado.

Abrí por completo la persiana y miré hacia afuera. Todo permanecía inalterado allí. El mar, la brisa cálida, la arena, el sol. En fin: la naturaleza. Tan muda, tan unánime, tan entregada a sí misma como siempre. Da asco y terror pensarlo: yo pude haber muerto hoy y nada de esto habría cambiado. Aunque, en realidad, es bastante absurdo que me embronque con la naturaleza, esa exterioridad del Espíritu (¿no es así, viejo Hegel?) que nada tiene que ver con la moral, el bien y el mal o los sentimientos. No: *hay algo peor*. Yo pude haber muerto hoy y nada, nada en el entero universo de los humanos habría cambiado. ¿Un pequeño contratiempo para Sergio quizá? ¿Ciertas ligeras gestiones que Salas hubiera debido realizar, tocando aquí, tocando allá, por mediación de alguno de sus influyentes amigos, dos o tres, no más, pero ubicados en el exacto engranaje del Poder como para evitar que mi muerte afeara la realidad? ¿Algún sentimiento de culpa en Susy, alguna lágrima vertida en la soledad de su chalet de Los Acantilados? ¿Media botella de *whisky* que Fernando quizá se bebiera en algún boliche del centro para regresar después, un poco borracho, a su hotel, el Regius, y meterse en la cama, dormir diez horas y empezar, al día siguiente, como si nada, de nuevo? Algo de esto, creo hubiera ocurrido. Pero no más.

O quizá, todavía, menos.

Caminé hasta la puerta y extendí mi mano hacia el picaporte. Me detuve. Observé mi mano. No era la primera vez que me ocurría. Quiero decir: observar mi mano como un objeto extraño, ajeno por completo a mi cuerpo, autónomo, y aún más: potencialmente agresivo, peligroso. La apoyé sobre el picaporte. La frialdad del metal la restituyó a mi cuerpo: yo recibía sensaciones a través de esa mano. Debía, en consecuencia, pertenecerme. Lo que no estaba claro, en todo caso, era otro problema: *qué hacer con esa mano en el picaporte*. Porque la mano estaba allí, sobre el picaporte, con la evidente finalidad de presionarlo y abrir la puerta. Y era en este exacto punto donde todo se volvía cuestionable: *para qué abrir esa puerta*. O más precisamente: *qué sentido tenía para mí abrir esa puerta y salir de esa habitación*.

Permanecí inmóvil, paralizado, manteniendo mi mano sobre el picaporte, acribillándome a preguntas. Un motivo, apenas eso necesitaba. Un motivo para abrir esa puerta y salir de esa habitación. Un motivo para no regresar a esa cama que acababa de abandonar, arrojarme en ella y permanecer allí, inmóvil, mirando obsesivamente alguna mancha de humedad en el techo hasta el fin de mis días, que no serían muchos. Un motivo. Un motivo para vivir, caballeros. ¿Es esto pedir mucho?

Presioné el picaporte, abrí la puerta, salí y dando un buen portazo terminé con toda esa historieta karamazoviana. Porque es así: hay que cuidarse. Uno tropieza a veces con la literatura y después no puede levantarse más.

Caminé hasta la orilla. Moje mis manos en el agua salada y las apoyé en mi cara. Mis heridas ardieron.

Alrededor de la una apareció Fernando. Vestía ahora una remera, aunque el pantalón seguía siendo el del traje azul. La remera (y lo digo porque parecía nueva y de buena calidad) era seguramente una desmesura a la que se había atrevido previendo el éxito de nuestra empresa. Pensé: si conservó la factura, quizá pueda devolverla mañana. Me miró y dijo:

—Carajo.

Yo estaba en la cocina, tomando mate.

—Carajo, qué —pregunté revolviendo la bombilla.

Se sentó frente a mí.

—Carajo, cómo tenés la jeta —aclaró.

—Es lo de menos eso —dije—. La uña del dedo gordo del pie tendrías que verme. Se me encarnó.

Eché más agua en el mate. Fernando dijo:

—No jodás, Ismael. ¿O no te viste? Tenés la jeta hecha mierda.

Negué con la cabeza.

—Hecha mierda no —contesté—. A lo sumo: un poco maltrecha. Y te aviso: mejoro a pasos agigantados. Hace unas horas ni hablar podía. Ahora, hasta puedo hacer chistes malos. Increíble; ¿no?

Cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Dijo:

—No me lo digas: se fue todo a los caños.

—Más lejos también.

Hizo un silencio, como si esperara que fuera yo quien continuase hablando. Tenía la remera humedecida bajo las axilas y le brillaba la frente. Insisto: hacía calor ese domingo. Preguntó:

—¿Te golpearon entre varios?

—No, amigazo. No tengo esa disculpa. Con uno solo alcanzó.

—¿Quién fue?

—Sergio.

—¿El del lunar?

—Ese.

—Es increíble —se lamentó. Y luego, nuevamente curioso—: ¿Cómo fue?

Me puse de pie con aire fatigado. Coloqué una pava sobre el fuego. Sin mirarlo, dije:

—Creo que no te va a gustar lo que voy a decirte. Pero estoy en mi derecho. Mirá, preferiría no hablar una sola palabra más de todo este asunto.

Volví a la mesa. Me senté. Nos miramos.

—¿Querés un mate? —pregunté.

—No. ¿Hay café?

—En la cafetera algo queda. No es de hoy, pero vas a sobrevivir.

Se puso de pie. Encendió otra hornalla y colocó allí la cafetera. Esperó durante varios minutos, abstraído. Después buscó una taza y la llenó de café. Mientras ponía azúcar y revolvía, también sin mirarme dijo:

—Tenés razón. No me gustó nada lo que dijiste. ¿Qué pasa? ¿De golpe me quedo afuera? ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Volver al hotel, tirarme en la cama y tratar de imaginar por qué carajo fue que te rompieron la jeta? —Me enfrentó. Parecía bastante cabrero. Continuó hablando—: Pedís mucho, compañero. O yo estoy loco o estamos juntos en esto desde el principio. Entonces, te guste o no, también tengo mis derechos. Y el primero, el más lemental, Ismael, es saber qué mierda pasó anoche. ¿Qué tal si empezamos de nuevo?

—Dame un cigarrillo.

Me lo dio. Me dio fuego también. Dijo:

—Susy se quedó con Salas. Y más también: estuvo enmarañada con Salas desde el principio. Jugó a dos puntas, Ferni. Y se decidió por la otra. Perdimos. Y no me preguntes más.

Alzó las manos y las movió con firmeza, negando, descartando por completo esa posibilidad. Dijo:

—Quedáte tranquilo. Ni por joda te revuelvo la herida.

Se sentó y encendió otro cigarrillo. Después, reflexivo, dijo:

—Pero ¿te das cuenta? Las minas. Siempre las minas. Hay que creer en los tangos o reventar. Las mujeres siempre son las que matan la ilusión, viejo. Qué joda, Ismael. Quisimos mandarnos una sinfonía y nos salió un tango. Y justamente a vos, a vos, compañero, que no tenés ni uno en tu repertorio.

—No te preocupes. A partir de hoy incorporo unos cuantos.

—Uno o dos, por lo menos. Tanto como para que la realidad no te cache tan desprevenido.

Quedamos en silencio. Ferni, lentamente, quizá porque quería hacer tiempo o quizá porque lo había calentado demasiado, fue terminando su café. Yo me acerqué a la ventana, miré a su través, fumando, y fingí extasiarme contemplando el mar. La cuestión, supongo, era hablar lo menos posible. Por fin, optando por la obviedad, comentó Ferni:

—Calor, ¿no?

—Sí, mucho.

Entonces, decidiéndose, dijo:

—Está bien. De Susy no hablemos. Eso es justo y te lo acepto. Pero contáme otras cosas por lo menos. No me dejes tan en bolas.

—Qué querés saber.

—No sé. Lo que quieras. Mirá, en pesado no me pongo. Vos estás jodido, yo también. Y la historia terminó para el carajo. De acuerdo. Pero algo, algún detalle podrás contarme. Algo instructivo, Ismael. Como para no seguir haciendo cagadas.

Sonreí amargamente y apagué el cigarrillo. Lo miré.

—Tenés razón. Tengo algo para contarte. Y muy instructivo, te lo juro. Escuchá: el que me golpeó fue Sergio, te lo dije. Me golpeó afuera, en el parque, cuando yo venía de guardar la Nikon porque lo de las fotos había fracasado. Después, y esto lo sé porque me lo dijo Susy aquí, en la casilla, anoche, buscó desesperado a Salas y le contó lo que había pasado.

—Es un histérico de mierda ese pendejo.

—No, Ferni. Es un asesino. Pudo haberme matado.

—No hay más que verte. Cómo sigue la cosa.

—Susy y Salas me cargaron en el Mercedes y me trajeron hasta aquí. Me acostaron, Salas volvió al Mercedes y Susy se quedó conmigo. Como ves, no me llevaron a ningún hospital ni a ningún médico. O Salas no quería comprometerse o no les pareció tan grave la cosa. Cuando desperté, Susy estaba a mi lado. Yo no podía hablar, pero ella sí. Y habló, Ferni, durante horas habló. Pero lo mejor, al menos: lo que más te puede interesar, lo dijo al final. ¿Te lo cuento?

Asintió. Dije:

—Parece que este asunto de contratar gente para vigilarlo al marido es un viejo vicio de la Achával Junco. Parece que ya lo hizo antes, y no una, ni dos, sino muchas veces. Parece también que después no les paga, o que se enfurece si en serio le llevan alguna prueba. Parece, Ferni, que esa vieja está rematadamente loca. Y que está así porque ya no maneja nada en la empresa, porque todo está en manos de Salas. De Salas, querido, que es, ni más ni menos, quien finalmente se da el gusto de pagarles a los tipos que contrató la mina para seguirlo. Cumplidor el hombre, ¿no? ¿Te gustó la historia?

Encendió otro cigarrillo.

—No es mala —dijo—. Podés usarla para alguno de tus cuentos de terror. Lástima que nos haya pasado a nosotros. —Caminó hasta la puerta. Allí se detuvo y preguntó—: ¿En serio no pensás ver un médico?

—No creo que haga falta. En un par de días estoy bien.

—¿Vas a seguir aquí?

—Por el momento.

—Bueno, yo voy a volver.

—Como quieras.

—Escucháme, Ismael: no todo está perdido. Todavía lo podemos reventar a ese hijo de puta.

—¿A Salas?

—Sí.

Sonreí con total escepticismo.

—¿Te parece? —pregunté.

No contestó. Salió, cerró la puerta y en seguida escuché el ronroneo del motor de su Fiat, alejándose. Nada que ver con el Mercedes de Salas.

Estacioné el Citroën en la calle Córdoba, casi Juan B. Justo, frente al Hospital Privado de Comunidad. Eran las cuatro de la tarde. Seguía haciendo calor. Entré en la guardia y solicité atención. Un gordo acuoso, con bigotes, delantal blanco con manchas de café con leche y cigarrillo apagado colgando de un labio, me miró con ojos adormecidos. Una mosca revoloteaba alrededor de su cabeza semicalva.

—Saque número —dijo—. Y espere.

Saqué número y esperé. Diez personas esperaban antes que yo. Había un par de niños con principio de tos convulsa. Un jovencito con el pantalón arremangado y un corte en la rodilla. Un viejo agarrándose el abdomen con ambas manos. Y una monja. Siempre hay una monja en estos lugares.

Media hora más tarde, aparece una enfermera y dice:

—¡Veinticuatro!

Es mi número. Entro en un pequeño consultorio, con jeringas, algodones y muestras gratis. Un médico joven, con la barba crecida y el apellido *Reynoso* bordado en el bolsillo superior del guardapolvos, me mira con interés.

—Le pegaron —confirma sin sorpresa ni espanto—. Una gresca, ¿es así?

—Sí —admito—, una gresca. Cada vez se vive peor en Dodge City.

—¿Alguna otra herida aparte de las visibles?

—Ninguna. Intentaron apuñalarme por la espalda, pero Wayne llegó a tiempo y acabó con el asqueroso cuatrero.

—Tuvo suerte.

—No sé si llamarlo así. Wayne siempre llega a tiempo.

Lo piensa un instante. Después dice:

—Tiene razón. No es suerte. La suerte es estar en el mismo bando que Wayne.

—Eso está mejor, Reynoso. Ahora estamos de acuerdo.

—Siéntese.

Me siento. Estudia mi cara. Transcurren algunos minutos. Chasquea la lengua, como si nada tuviera importancia en este mundo, y menos el estado sanitario de mi jeta.

—No es mucho —dice—. Le voy a dar unos comprimidos antiinflamatorios y listo. —Agarra un par de paquetitos de un armario. Me los alcanza. Dice: —Tome cuatro por día y a otra cosa. ¿Fue muy humillante?

—No voy a mentirle; a Wayne no le gustó nada.

—Le pregunto otra cosa.

—Qué.

—Si fue muy humillante venir a esta guardia, esperar turno, encontrarse con un médico, un desconocido, y confesar que le dieron una paliza.

—Puede ser. Pero hay cosas peores. Ser ese médico, por ejemplo. Tener que estar

de guardia un domingo, a las cuatro de la tarde, y atendiendo tipos con la cara estropeada. Eso, se lo juro, es peor.

—Está bien. Estamos en paz. No deje de saludar a Wayne de mi parte.

—Pierda cuidado. Hasta la vista, Doc.

El lunes continuó el calor. Aunque —como era previsible— no duró mucho. Durante las primeras horas de la tarde, unos majestuosos nubarrones cubrieron prolijamente el cielo. Me guarecí en la cocina con dos lápices y hojas en blanco, para escribir, dibujar o jugar al ta-te-tí contra mí mismo. Miré a través de la ventana y aguardé. Era de esas tormentas que le hacen pensar a uno en dioses mitológicos, sinfonías de Beethoven o en el Gran Cañón de Grofé, con Toscanini a la cabeza y más timbales que música. Finalmente, estalló.

No dibujé, no escribí ni jugué al ta-te-tí contra mí mismo. Subí corriendo a la habitación, me metí en la cama y dormí hasta el anochecer. Cuando desperté, ya no llovía. Me vestí (había dormido en bolas) y bajé a la playa. Una claridad sin vaticinios siniestros, pura y celeste, asomaba en el horizonte. Estúpidamente, pensé: quizás, alguna vez, se abra en mi conciencia un espacio como ése. Estúpidamente, digo, porque ya se sabe: no hay espacios en la conciencia.

A la noche, me cociné una milanesa con dos huevos fritos, volví al dormitorio y me dormí.

Amaneció nublado el martes, oscuro pero sin lluvia. A lo sumo, una fina garúa más tersa que fría. El espejo confirmó mis esperanzas: mi cara se parecía cada vez más a la mía. Había hecho ya buena parte de su trabajo el antiinflamatorio del Doc Reynoso. Caminé por la playa durante la mañana, sintiendo en mis pies desnudos la humedad de la arena, en mi cara, en mis labios la brisa salada, fumando, por supuesto, para no intoxicarme con tanto aire puro y pensando —a veces, sólo de tanto en tanto— si convenía o no hacer un par de cosas: visitar a Anselmi, por ejemplo, decirle, como un niño bien educado, que renunciaba, por motivos personales, claro, no porque tuviese nada en contra de su establecimiento, renunciaba al puesto porque estaba un poco harto de ganarme la vida tocando el piano, y pedirle, no ya como un niño bien educado sino como un sediento mercenario, la correspondiente paga, las miserables rupias que me debía, porque seguramente, o mejor dicho: con total seguridad, habría de necesitarlas. Pero no. Decidí no hacerlo. No hoy, al menos. Mañana, en todo caso, volvería a pensarlo.

Eran las cinco de la tarde —yo estaba en la cocina, tomando un café con leche— cuando apareció Fernando. Apareció Fernando, con el increíble proyecto de empezarlo todo nuevamente.

Calienta café. Sonríe ampliamente, seguro, en ganador otra vez. Como si el mismísimo buen Dios le hubiese asegurado que el billete que acababa de comprar es la grande mañana. Enciende un cigarrillo y dice:

—Preparáte, Ismael. Y reconocélo desde el vamos: tu amigo Fernando es un genio. Una caja de sorpresas, lo que se dice. ¿Qué pensaste? ¿Que habíamos perdido? Grave error, hermano. Tengo un montonazo de cartas en la manga todavía. Y mi galera llena de palomas.

—Bueno, Ferni —digo con más cansancio que fastidio—, tenés laburo en un circo entonces. Buscálo ahí.

—Con todo cariño, hermanito: me cago en tu cinismo.

—Dulce frase, Fernando.

—¿Me vas a escuchar o no?

—Dale. Y pasáme un pucho.

Me revolea un atado. Lo atajo, saco un cigarrillo y lo enciendo. Escucho a Fernando que dice:

—Estuve en Buenos Aires ayer. Salí bien temprano y no pinché goma durante todo el trayecto. Buen vaticinio, colega. Llegué al mediodía. Cansado pero arremetedor. Y no perdí tiempo: me entrevisté en seguida con mis dos socios. Sí, querido, los extaqueros. Los mismos que te revientan las bolas cada vez que los nombro.

—Ya no, Ferni. Ya nada me revienta las bolas.

—Hacé el favor, no me interrumpas con gansadas. Estoy en otra yo. Y vos, aunque no lo creas, también. Escuchá: mis buenos muchachos me llenan de información. Claro: no creas que es algo que han hecho por iniciativa propia. No, no llegan a tanto. Apenas si se acercan a la inteligencia cuando obedecen mis órdenes. Pero con esto, a veces, alcanza. Alcanzó esta vez, Ismael.

—El suspenso me sofoca, Ferni. Seguí.

—Sigo. Yo les había ordenado que investigaran a Salas. Sospechaba, y no me preguntes por qué, que debía existir algo más. Que Salas era un tipo muy sólido, muy grande, con demasiados contactos como para estar en una situación tan endeble. Ya lo sabés: dependiendo de que se le chiflara o no el moño a la piantada de su mujer. ¿Me equivoco?

—Decímelo vos.

—Estaba en la justa, hermano. Y ahora agarráte porque voy a cantar la verdad. ¿Estás listo?

No respondo. Apaga su cigarrillo. Se sirve café, le pone azúcar, cuatro cucharadas, lo toma casi de un sorbo, frunce con desagrado hacia abajo los labios, como si aún lo hubiese encontrado amargo o como si se hubiese quemado las tripas,

y, grandilocuente, histriónico, señalándome con el índice, anuncia:

—Aquí va la información.

Dramático silencio.

—Para hoy, Ferni.

Por fin, se decide:

—Salas —dice—, nuestro honesto arquitecto, marido ejemplar, brillante hombre de negocios, o si querés: ese hijo de puta que te piantó la mina, Ismael, es el más grande pasador de falopa de la provincia de Buenos Aires. Y me quedé corto: también se extiende por el interior y alcanza —de esto no tengo pruebas aún pero estoy casi seguro— varios países de nuestra querida América unida o dominada. Es, se puede decir, un continentalista de la droga. ¿Qué te parece?

—Un brillante trabajo, Ferni.

—Hay más: una de las principales cabezas de la organización, no te digo la mano derecha de Salas, porque es otra, pero sí un tipo irremplazable, es Anselmi. Atiende directamente el tráfico de la falopa en toda la provincia. Porque Salas, desde luego, es el que piensa. Y no me digas que no sospechaste algo así de Anselmi desde el día en que lo viste.

—Puede ser. Pinta no le falta. Pero hablaste de una mano derecha. ¿Quién es?

—Leonardo.

—Es coherente. ¿Y Sergio?

—Ese no está en nada. La falopa la usa para él.

—Es coherente también.

—Todo es coherente, hermano. Todo encaja. Y todo vuelve a ser posible para nosotros.

—No creo en el Eterno Retorno, Fernando. Nunca creí.

—No delires. No se trata de eso. Estamos en la misma historia todavía. Escucháme, Ismael: el cuento no terminó. Hay una puerta que no vimos desde el principio, y por la que podemos colarnos de nuevo. No te quedes afuera.

—Hasta aquí llegué, Ferni. Seguila vos ahora. Vos y tus taqueros. Esta segunda parte de la historia tiene que ver con ellos antes que conmigo. Y hasta te digo algo más: tampoco te veo a vos metido en esto. La cosa no me gusta nada, Ferni. Se la ve muy espesa. Demasiado grande para nosotros. Demasiado grande para cualquiera.

Se sirve más café. Enciende otro cigarrillo. Dice:

—Hoy lo llamé por teléfono a Anselmi. Arreglé una entrevista para mañana. Como lo conocés, pienso que es algo que podrías hacer vos.

—Ni loco.

—Entonces, qué.

—Seguir vivo, por lo menos.

—¿Con eso te alcanza?

—Por ahora.

—Bueno, a mí no. Yo, todavía, pienso hacerlos mierda. Vamos, Ismael,

embestimos contra cosas más grandes en el pasado.

—Así nos fue.

—Era otro asunto, viejo. Era la historia. Estos no son la historia. Son delincuentes, nada más.

—Por eso mismo, Fernando. Perdonáme, pero si a alguna conclusión llegué durante estos años, es que la historia tiene más que ver con los delincuentes que con los tipos como vos y yo. Y ya sé: no me lo digas: es triste pensar así, no sirve para nada. Pero es lo que a mí me pasa.

Termina su café. Da una larga, pensativa pitada a su cigarrillo. Tiene la cara muy seria, o quizá triste. Con acento resignado, dice:

—Me voy. Pensaba tenerte conmigo. Pero está bien. Es mejor así.

—¿En serio lo ves a Anselmi mañana?

—A las dos de la tarde. En el Douglas.

—¿Y si te va mal? ¿Lo pensaste? Si todo se va a la mierda de nuevo, ¿qué hacés?

Me mira muy sonriente. Le brillan los ojos y vuelven a bailotear sus papadas.

—Hay otro tango para eso, hermano —dice—. En fin, como para casi todo. Creo que es de Discépolo: *cachá el bufoso y chau, vamo a dormir*.

Me abraza. Después, casi bruscamente, se aparta y camina hasta la puerta. Allí se detiene, como si acabara de recordar algo, y así es, porque me mira y dice:

—Me olvidaba. No sé si lo sabés, pero Susy debuta mañana en La Tecla Rota. Los mejores están allí.

—Ya no. Ahora está Susy.

—Te equivocás. No son los mejores porque hacen bien lo que hacen. Son los mejores porque están ahí.

—De acuerdo. Todo encaja, Fernando.

—Chau —dice y se va.

Me acerco hasta la puerta y lo observo desde allí. Esforzadamente, trepa en su pequeño Fiat, enciende el motor, arranca y se aleja en busca de la carretera.

Nunca más lo vi. Con vida, al menos.

La Tecla Rota estaba donde debía estar: en la avenida Constitución, lugar por el que uno, si es adicto al goce, o a su presentimiento, siempre debe optar para entrar en Mar del Plata, observando, ante todo, a izquierda y derecha, ese paisaje de boliches tentadores, donde todo se volverá posible por la magia de la noche, y desembocando después, fluidamente, porque hacia allí lleva el camino, porque todo está hecho para que así sea, en la costa, con la arena y el mar completando la promesa de la inmensa felicidad, durante una semana, una quincena, o quizá un mes, detalle que depende de uno y su bolsillo, pero no de esta ciudad, precisamente, la feliz.

La Tecla Rota era, además, como debía ser: no muy grande, e incluso, si se quiere, pequeña, como advirtiéndolo, desde su estricta arquitectura, que no cualquiera entraba allí, sino unos pocos, quienes accedían, así, a la envidiable condición de elegidos; circundada por un amplio jardín con extrañas flores de extraños colores, iluminadas, desde abajo, por diminutos spots; con una playa de estacionamiento cubierta por lujosos automóviles, y en la que no estacioné, por pudor y también por no afearla, mi explícito Citroën; con una puerta con toldito y portero, un portero, claro está, suntuoso, con pinta de inapelable seleccionador: y con una marquesina, en lo alto, deslumbrante, poblada de nombres conocidos, algunos más que otros, pero encabezados todos por uno, para mí, indiscutiblemente famoso: se leía allí *Susy Rivas*. En lo alto, *Susy Rivas*.

Me acerqué a la puerta y me detuve a unos quince pasos del temible portero. Encendí un cigarrillo. Y entonces, no sé por qué, temí que no me dejara entrar. O quizá sí lo sé y es justo que lo confiase: tenía puesto mi traje azul, el de la fiesta de Salas, mi mejor pilcha aún, por lejos, pero ahora con esa infamante rasgadura en el culo. ¿Qué habría de ocurrirme si el portero la veía? Me tomaría indelicadamente de las solapas, me acercaría hacia él y casi escupiéndome en la cara, espetaría: «Escuche, amiguito: aquí no entra nadie con un agujero en el culo del pantalón. ¿Está claro?». Y yo diría que sí, que lo estaba, y huiría en busca de cualquier bodegón, para emborracharme con vino de la casa y olvidar ese oprobio.

Junté coraje y me acerqué a la puerta. Pensé: «El agujero no es tan grande, y lo ocultan, además, el saco y las sombras de esta hermosa noche». Sonreí al portero y entré.

Sin vacilar, caminé hasta la barra, me senté en un alto taburete y pedí un *whisky*.

—Con mucho hielo —precisé.

El escenario era circular y estaba en el centro del boliche. Cuatro columnas atiborradas de luces simulaban sostenerlo del techo y dos escaleritas por las que, sin duda, ágilmente, con la divina gracia de los elegidos, treparían los artistas, simulaban fijarlo al piso. Simulaban, digo, porque, en verdad, no sé cómo carajo se sostenía. Estaba, sin embargo, allí: un poco en el aire, por encima de las mesas que ávidamente

lo rodeaban, exhibiendo y protegiendo, simultáneamente, a quienes habían conquistado el privilegio de plantarse sobre él. Cuando el barman sirvió mi segundo *whisky*, dije:

—Tienen debut hoy, parece.

—Sí —asintió—. El de Susy Rivas. ¿La conoce?

—No, nunca la escuché. ¿Qué tal es?

Hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, yo no estoy casi nunca en los ensayos. Imagínese, durante el día duermo. Pero dicen que es buena.

—Habrà que escucharla entonces —dije.

Minutos después se encendían *todas* las luces del escenario. Abrí y cerré vertiginosamente mis párpados, lo que se dice: parpadear, para asimilar semejante agresión. Terminé, también, mi segundo *whisky*. Entonces un negro con camisa negra, pero *smoking*, corbata, dientes y zapatos blancos trepó al escenario. Perdí el aliento. Nada tengo que ver con el Ku-Klux, doy fe. Pero era el espantapájaros más horrible que vi en mi vida. Se aferró al micrófono y empezó a decir disparates. No sé: algunos rieron, la pendejada sobre todo. ¿Me estaré poniendo viejo? Pedí otro *whisky*. El negro, finalmente, acabó con la delireta (quince minutos le llevó contar un chiste bastante conocido sobre un explorador inglés que es violado por un caníbal, es decir: el caníbal lo viola pero no lo come, el explorador inglés regresa a Inglaterra, se encuentra con un amigo y le cuenta la historia, el amigo, consolándolo, le dice: «Al menos salvaste la vida», el explorador responde: «¿Esto es vida?, ¿él allá y yo aquí?», chiste que, si uno lo piensa bien, e insisto: no es porque yo tenga algo que ver con el Ku-Klux, es malignamente tendencioso, pues intenta afirmar la superioridad de los negros en ciertos aspectos sobre los que a uno, a mí al menos, no le gusta en absoluto ser inferior a nadie, el sexual por ejemplo, y que, no lo dudo, el negro de *smoking* blanco había elegido, al chiste me refiero, para humillarnos, cerdo impotente), acabó con la delireta, decía, y presentó a seis animosos muchachos que formaban un conjunto de rock. Vida Tormentosa, así habían decidido llamarse. El negro se escurrió. Los chicos esgrimieron sus aparatos electrónicos, manipularon cables, enchufes, botoncitos y empezaron. No sé si necesito aclararlo: el señor Segba no figura entre mis compositores favoritos. Fue monstruoso.

Por suerte, no duró mucho. De todos modos, necesité dos whiskys más para atravesar indemne ese cataclismo sonoro. Los animosos muchachos saludaron y se fueron. La pendejada, que había bailado todos los temas, aplaudió a rabiar. Qué maravillosa generación se nos viene, Dios mío. Son un jingle. Ni al conserje del Sheraton van a joder éstos.

La cosa fue mejorando después. No el negro. El negro siguió igual: todo de blanco y delirando. Pero hubo un par de cantantes (que evitaré nombrar para no inmiscuir en esta triste historia) que hicieron, como quien dice, lo suyo, con un buen gusto cercano al talento. Era lo menos que La Tecla Rota podía ofrecer. Después vino

Susy.

Apareció espléndida, alta, segura, subiendo a ese escenario sin mirar, por supuesto, los escalones, sonriendo, con un ajustado, larguísimo y muy elegante vestido negro, no el que había llevado a la fiesta de Salas, sino uno nuevo, que habría comprado, seguramente, ayer, junto con otros seis o siete o diez, qué importa, y con no menos de veinte pares de zapatos, porque sé que la enloquecen. Mi corazón, ese chismoso de las emociones, empezó a latir con fuerza, y llamé al barman y pedí otro *whisky* como quien manotea un salvavidas.

La acompañaban tres de los chicos de Vida Tormentosa. Uno en piano, otro en guitarra, otro en batería. El negro le obsequió su mejor presentación de la noche: no deliró, utilizó las palabras justas e hizo sentir a todos, casi también a mí, que quien allí estaba era una gran dama del espectáculo. Susy se apropió del micrófono, agradeció y anunció su primer tema: un tema disco, bastante transitado por ese entonces, pero no malo: *Come with Me*. Lo hizo bien. Lo hizo todo bien: moduló bien, se movió bien, fue lánguida, sensual y rítmica. La gente aplaudió con entusiasmo sincero. También yo. Terminé el *whisky* y encargué otro. Otro más. Me sudaban las manos.

Se produjo entonces un notable silencio. Sólo algunas voces, casi inaudibles susurros, atravesaron la sala. Susy bajó su cabeza siempre rubia y permaneció así, concentrada, como si no supiera en absoluto con qué tema seguir, o al menos, y esto es más exacto, como si dudara. Luego giró suavemente y miró a los chicos de Vida Tormentosa, quienes, y nada distinto hubiera podido ocurrir, le entregaron sus rostros impávidos, más cercanos siempre a la nada que al ser. Entonces sentí deseos de gritar, de gritarle a ella un tema, sólo el nombre de un tema, de cualquiera de los tantos que habíamos hecho durante los últimos años. No lo hice. No me atreví. O no sé: quizás estaba a punto de hacerlo cuando ella volvió a girar suavemente, alzó su cabeza y me miró. *Porque así fue: ella me miró.*

No hay que olvidarlo: yo estaba en la barra, sentado en el alto taburete, muy cerca de una lámpara, casi en el único lugar de la sala, en fin, que permanecía iluminado. Y es cierto, absolutamente, que me había colocado allí con total deliberación. Quería que Susy me viera. Quería que Susy supiera que había ido a verla esa noche. Lo que no sé si quería (porque son muy oscuras, casi indescifrables estas cosas) es lo que Susy decidió hacer.

Ocurrió así: me sonrió dulcemente, me saludó con un mínimo movimiento de su cabecita, consultó algo con el chico del piano, volvió a mirarme, volvió a sonreír, y entonces, acercándose al borde del escenario, cantó para mí, sin dejar de mirarme, sólo para mí, *Entró el amor*.

¿Era posible? ¿Era posible que fuese tan estrepitosamente cursi, que hasta tal extremo llegara su pasión por el folletín sentimental? ¿De dónde, de qué película, de qué teleteatro, de qué revista femenina sacó esta escena lamentable? ¿Era posible que me hiciera esto a mí? ¿A mí, un tipo lúcido, inteligente, que ha leído casi completa la

Crítica de la Razón Pura?

Así fue, sin embargo. Y para peor, cantó esa canción, esa maravillosa canción de Gershwin que Brahms hubiera firmado, como nunca lo había hecho. *With great feeling*, como pide el mismísimo George en la partitura. En verdad, como una gran cantante.

Y dijo la horrible lírica de Ira Gershwin (porque Ira, curiosamente, jamás escribió una letra más espantosa), según la igualmente horrible versión libre que ella misma había hecho: *una sola mirada y olvidé el pasado, una sola mirada y encontré el futuro, una sola mirada y descubrí el mundo, porque contigo: entró el amor*. Así y todo, se nubló mi vista, y se me hizo, según dice el lenguaje popular, un nudo en la garganta. Sólo mi empecinamiento, o el lejano recuerdo de algún consejo de Gardel, *un hombre macho no debe llorar*, me salvaron del irredimible papelón de las lágrimas. Porque sólo eso hubiera faltado.

Le gente aplaudió como para reventarse las manos. Algunos, incluso, exageraron y se pusieron de pie. Terminé mi *whisky*, pagué, me bajé del alto taburete y busqué la salida. Ya era suficiente para mí.

—¿A quién aplauden tanto? —preguntó el portero cuando me detuve a su lado para encender un cigarrillo.

—A la nueva —contesté.

—¿A Susy Rivas?

—Sí.

Vaciló un instante. Después preguntó:

—¿Tan buena es?

—No hay otra mejor —dije.

Me fui. No como quien se desangra, pero bastante jodido.

Tomé el camino de la costa y aceleré a fondo el Citroën. Mi única, obsesiva idea era dormir. Evitar, sobre todo, cierto tipo de preguntas que lo asedian a uno en momentos como éste. Por ejemplo: qué hacer mañana. Sencillamente: qué carajo hará mañana jueves, aquí, en Mar del Plata, Ismael Navarro. La mejor respuesta a esta pregunta era no formularla. Odio el positivismo lógico, pero no viene mal a veces: *de lo que no se puede hablar, hay que callar*. Y a otra cosa.

Detuve el Citroën y descendí hasta la playa. Un viento frío llegaba del mar. La luz roja que giraba y giraba pertenecía a una ambulancia. Varios hombres en malla, bañeros, carperos o quizá pescadores, iluminaban con faroles el lugar. Inquietos, no cesaban de hacer comentarios entre ellos. Dos hombres de blanco, casi en la orilla, estaban inclinados sobre un bulto. El bulto era otro hombre. Seguramente muerto.

Entonces, uno de los hombres de blanco se puso de pie y en voz alta dijo a un tercero que permanecía en la ambulancia:

—No es asunto nuestro. Hay que llamar a la policía primero.

Me acerqué a uno de los hombres con faroles.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Me miró extrañado. Claro: yo estaba con traje, camisa y corbata. O quizá fuese mi cara. O la ansiedad de mi voz.

—La marea se trajo un tipo —dijo—. Cuando llegamos de pescar lo encontramos. Llamamos al hospital, pero ya ve: es tarde.

Me acerqué a la orilla. Junto al muerto, ahora, había quedado uno solo de los hombres de blanco. El muerto estaba desnudo, muy hinchado, y pequeñas olas espumosas llegaban hasta sus pies, acariciándolos. Era Fernando.

Me arrodillé a su lado. Extendí mi mano y la apoyé sobre su frente.

Estaba muy fría. El hombre de blanco, dijo:

—No lo toque. Tiene un balazo ahí, en la cabeza.

Retiré mi mano.

—¿Lo conoce? —preguntó el hombre de blanco.

—No —dije.

Demoré casi una hora en regresar a Corto Maltés. Temeroso —o más aún: aterrorizado—, conduje el Citroën con extrema lentitud. Los faros de los coches que venían en sentido contrario herían mis ojos como poderosos relámpagos. Una, dos veces, o quizá más, no lo recuerdo bien, detuve la marcha en la banquina y apoyé mi cabeza contra el volante, agotado, intentando descansar. Eran las dos de la mañana cuando llegué al balneario. Lo sé porque instintivamente miré el reloj: las dos de la mañana.

Me dejé arrastrar por mi cuerpo. Fui hasta el dormitorio, cerré la puerta, no encendí la luz y me desmoroné en la cama. Así, tal como estaba, con mi pilcha de domingo, con traje, camisa y corbata. Intenté aflojarme, ahuecarme, vaciar de ideas e imágenes mi cabeza, evocar una sinfonía de Bruckner, la séptima, que ejerce un mágico efecto sedante sobre mi sistema nervioso, y dormir, por Dios, dormir durante una entera y completa semana al menos.

Fue inútil. Di sobre esa cama más vueltas que una calesita loca. Me puse de pie, encendí la luz y, sorprendentemente, encontré mi cara en el espejo. No fue un espectáculo agradable.

Sentí, entonces, que me ahogaba ahí dentro. Me quité el saco, la camisa, la corbata y salí. Fui hasta el depósito de las herramientas. Busqué una pala, la encontré. Regresé a la playa. Y comencé a cavar en el punto exacto donde días atrás había ocultado, presintiendo o quizá deseando este instante, lo que ahora necesitaba.

Ahí estaban las cuatro cabezas de ajo. Las arrojé lejos, hacia lo alto, contra la luna rojiza y las estrellas. Ahí estaba también la enorme piedra. Con esfuerzo la levanté y la dejé caer a un costado. Continué cavando. Un metro casi. Hasta que finalmente di con ellas: ahí estaban, aguardándome quizás desde el mismo momento en que las enterré, las tres botellas de *whisky*. Las miré durante un interminable —en realidad: escatológico— instante y dije:

—Aquí estoy.

Casi susurrando lo dije. Porque nadie declama cuando se dirige a sí mismo, o a los dioses ocultos que gobiernan su destino. Porque creo, además, en la belleza del sufrimiento, y nada hubiera podido impedirme acentuar aún más la grandeza trágica de este instante. Yo estaba destinado a reencontrarme con estas tres botellas. Es la lógica interna de mi existencia (por decirlo así, dialécticamente, ¿y qué es la dialéctica sino la expresión racional de la tragedia?) la que se realiza en este instante.

Comienzo a caminar hacia la orilla. Dos de las botellas las llevo bajo un brazo, y casi sin darme cuenta he abierto la tercera, que es, quizá, la primera, porque es la que ahora llevo a mis labios, echando ampliamente hacia atrás la cabeza, para empezar a beber. Me detengo. Estoy aún a varios metros de la orilla. Pero está bien: porque no es allí donde me propongo estar, sino aquí, donde me detengo, donde dejo caer sobre

la fría arena las otras dos botellas y sigo bebiendo de la primera, o de la tercera, no sé, sintiendo esa vieja magia negra en mi garganta, ese infierno reconocible y siempre deseado.

El viento que llega del mar es cada vez más frío, más despiadado y penetrante. Yo estoy, además, desnudo, porque ahora, aunque sin dejar de beber, me he quitado los pantalones, las medias, los zapatos, y sólo conservo mi estricto calzoncillo, un taparrabos, digno, justamente, del irracional salvaje en que he comenzado a convertirme. Incrusto la botella contra la arena. Con decisión cercana al descontrol, comienzo entonces a cargar sillas, reposeras, mesas, palos y lonas de las carpas, frenético, furioso, rugiendo a veces, sintiendo latir todas y cada una de mis venas como si fueran a estallar, cargo con todo eso, con las sillas, las mesas, las reposeras, y las arrojo cerca de la orilla, con estruendo y desorden, pero, sin embargo, apilándolas.

Agarro otra de las botellas y agoto por completo su contenido rociando las maderas y las lonas. Me detengo, retrocedo unos pasos y observo: la luz rojiza de la luna acentúa el color del *whisky*, vitalizándolo, transformándolo en un líquido sanguinolento devorado por la sequedad de las maderas. Corro hacia la cocina. Me apodero de los fósforos. Corriendo también, respirando agitadamente, con la boca muy abierta, regreso y comienzo compulsivamente a encender fósforos y arrojarlos sobre las maderas. Un insoportable ardor, una luminosidad enceguecedora, es lo que me detiene. Elevando mis brazos para proteger mis ojos y mi cara, tambaleante, retrocedo varios pasos hasta caer en la arena. Permanezco así, de espaldas, de cara al cielo, durante algunos minutos. Luego me incorporo y observo mi obra. Ante mí, magnífica, se erige una pira sacrificial.

Casi de un salto, porque mi excitación es más poderosa que mi agotamiento, me pongo de pie, agarro la tercera de las botellas, la abro y vuelvo a beber. Me acerco a la hoguera. El calor es tan fuerte que mi transpiración arde y se consume sobre mi piel. Sigo bebiendo. Y entonces, cuando mi garganta se ha transformado en una llaga ardiente, cuando infinitos fuegos de artificio estallan en mi cabeza, cuando siento, pese a mi excitación, que estoy a punto de desmoronarme, comienzo a gritar, no como un sioux o como un pawnee, no con la armonía de aquellos hermosos guerreros, sino como un loco, un loco que grita y baila y corre alrededor de esa hoguera, desesperado de dolor, grita y baila y corre hasta que el fin del mundo lo devora.

El sol estaba alto cuando desperté, allí, arrojado sobre la playa. Me dolía la cabeza. Dificultosamente, me puse de pie, fui hasta la cocina y tomé dos aspirinas. Después abrí la canilla y coloqué la cabeza bajo el chorro de agua fría. No estuvo mal.

Volví a la playa. Hacía calor. No mucho, pero hacía. En fin: ya era noviembre. Pronto vendrían los turistas.

La pira se había consumido totalmente. Durante dos largas horas, acomodé lo que pude y dejé ese lugar como si nada hubiera ocurrido allí, tiré al tacho de basura las tres botellas de *whisky*. Después fui al dormitorio y dormí durante toda la tarde.

Me desperté a las seis. Me lavé la cara, me puse un *jean* y una remera y resolví, sabiamente creo, que no me vendría mal prepararme un buen mate. Así lo hice.

Estaba en la cocina, fumando un cigarrillo ahora, mirando como casi siempre, el mar a través de la ventana, cuando escuché, cada vez más cercano, el ruido de un automóvil. Una suave frenada después y dos bocinazos. Abrí la puerta de la cocina y salí.

El coche era un Falcon, y de su interior acababa de emerger un hombrecito muy sonriente, cuarentón, un poco calvo y mofletudo. Era Pedro Bernstein. Mi buen amigo Pedro.

Tal como se había ido, así estaba ahora. Habitualmente, es cierto, las personas no cambian en unos pocos días. Pero Pedro, menos. Es como si ya hubiera atravesado las tormentas de la vida, o como si fuera un estratega destinado a evitarlas todas.

Entramos en la cocina y aceptó el mate que le ofrecí. Entonces miró fijamente mi cara. Aunque no muchas, había huellas allí todavía.

—¿Tan grave fue la cosa? —preguntó.

No respondí. Sacó uno de sus cigarrillos Clint Eastwood, lo encendió cuidadosamente y lanzó el humo hacia un costado. Después dejó el paquete sobre la mesa, como para que yo tomara uno si era ése mi deseo. Ese era. Tomé uno, lo encendí tan cuidadosamente como él, imitándolo, porque Pedro es un maestro en estas cosas, y luego, también como él, lancé el humo hacia un costado. Así, humeando los dos, nos miramos largamente en silencio.

—Estás solo —afirmó por fin—. ¿Acerté?

—Completamente.

—No me sorprende. Susy estaba un poco cansada de algunas cosas tuyas.

—Parece que de todas, Pedrito. Mirá, seamos breves: Susy se piantó con otro tipo, en el Douglas no laburo más y, como si todo esto fuera poco, me ligué también una buena paliza. ¿Satisfecho?

Se puso de pie y sacó la pava del fuego. Era de los que sostienen esa teoría sobre el agua para el mate: que no debe hervir.

—Me gustó *El primo Matías* —dijo—. Eso sí: un poco largo. Te lo dije. Pero no importa. Igual lo voy a encajar en un solo número de la revista. No conviene partirlo.

Volvió a sentarse frente a mí. Continuó hablando mientras sostenía el Eastwood entre sus dientes. Lo hacía maravillosamente bien.

—Durante estos días —dijo—, especialmente después de leer tu cuento, me puse a pensar en vos, Ismael. En vos como escritor, a eso me refiero.

Para qué negarlo: Pedrito, a veces, se acercaba a la sabiduría. Nada de joderme con preguntas: por qué no estoy más en el Douglas, quién me marcó la jeta o cómo y cuándo y, en fin, por qué se fue Susy, y para peor, así, con otro. Nada. Prefería, en lugar de remover los desechos del desastre, hablar de literatura.

—Tenés que terminar tu vieja novela, Ismael —dijo abruptamente—. Lo pensé después de leer *El primo Matías*. Entendéme: no digo que no puedas escribir cuentos. Pero tu género es la novela.

—Hace diez años que no toco esa novela, Pedro —dije—. Y lo que es más grave: ya no creo que tenga mucho que ver conmigo.

Se encogió de hombros, restándole importancia a mi argumento.

—No importa —dijo—. Vos empezá a mirarla de nuevo y después me contás qué pasa. Te propongo algo: quedáte aquí conmigo, pasáte aquí la temporada. Total, estás

a la deriva y un paréntesis no te va a venir mal. Quedáte entonces. Si querés, me ayudás un poco con el laburo del balneario. Si no querés, no. Pero la novela la terminás. Y yo te la publico.

Me puse de pie y volví a colocar la pava sobre el fuego. Soy de los que sostienen esa teoría sobre el agua para el mate: que debe hervir.

—¿Y si me largo con una novela nueva? —pregunté.

Conseguí sorprenderlo: parpadeó, se quitó el cigarro de los dientes, arrojó la ceniza y, velozmente rehecho, dijo:

—Puede ser. ¿Cuál es la idea?

—Muy simple. En principio, me quedo con vos aquí. Te ayudo un poco en el balneario y también escribo.

—Sobre qué —lacónico, dijo.

Puse agua en el mate. Estaba muy caliente. Dije:

—Sobre todo lo que no te conté ni me preguntaste, discreto Pedro. Sobre todo lo que pasó aquí mientras vos no estabas. La estructura ya casi la tengo. Vos abrís y cerrás la novela. Te vas al principio y llegás al final, cuando la tragedia ya está consumada, si me permitís decirlo así. En el medio pasa todo. Mis monólogos en el Douglas, nuestras cartas sobre *El primo Matías*, el largo chamuyo que me enchufó Susy antes de despedirse, y la historia central, la que organiza las otras: una historia con chantajistas, drogas y gente con poder. Y además, por qué no, *El primo Matías* para abultar un poco, o porque, al fin y al cabo, lo escribí yo, aquí, en Mar del Plata, mientras pasaba todo, y entonces algo tendrá que ver. ¿Qué te parece?

¿Qué le podía parecer? Que estaba bien, formidable: adelante, Ismael. Y una vez más: yo te la publico. Pero nada de esto —y me juego entero a esta hipótesis— era lo que verdaderamente importaba para Pedro. La literatura, digo. Buscaba otra cosa, menos prestigiosa quizá, menos inmediata, sin adjetivos, adverbios ni proposiciones subordinadas. Buscaba, sencillamente, que yo me quedara allí durante toda esa larga temporada, ayudándolo o no, pero descansando, jugando un poco con sus pibes, tomando sol, oxigenándome, tratando de encontrarle —una vez más— alguna punta a la vida. Era así de amigo, Pedro. Y era así de ingenuo. Pero, por Dios, tipos como él tienen que existir sobre este mundo.

Entonces me dijo que se iba, que aún tenía un par de cosas que resolver en el Puerto, pero que volvía, en seguida volvía, que lo esperara para la cena, que no dejara de preparar algo bueno, fideos con manteca aunque sea, alcanzaba con eso, el vino lo traía él, con eso alcanzaba porque lo importante era lo otro: que cenáramos juntos. Apagó el Eastwood y caminó hasta la puerta. Se detuvo allí y dijo:

—También podrías volver a escribir sobre filosofía. ¿No lo pensaste? Y si estás de acuerdo, hacemos algo juntos.

—Me tirás tantos salvavidas que vas a terminar hundiéndome, Pedro.

—De veras te lo digo. La filosofía, Ismael. Esa vieja sabia te rescata de cualquier cosa.

—Gran mentira, Pedrito. Pero no importa. Igual lo podríamos intentar. Un pequeño ensayo, ¿no? Ochenta páginas, no más. Y contáme qué te parece este título: *De la desesperanza como principio del conocimiento*.

—Ya está. Es ése. No hay otro.

Estiró su mano hacia el picaporte. Entonces, deteniéndolo, lo llamé por su nombre.

—Pedro —dije.

Giró hacia mí.

—Qué.

—A Anselmi, ¿de dónde lo conocés?

Frunció el ceño, como si le sorprendiera la pregunta, o como si no le gustara.

—De aquí, del balneario —dijo—. Alquila siempre una carpa por toda la temporada. ¿De dónde querés que lo conozca?

Salió y cerró la puerta.

Y en el final estoy yo, solamente, para cerrar esta historia, Ismael Navarro, arrastrando una silla que va dejando su huella sobre la arena tibia del atardecer, sentándome frente al mar, no frente a Dios, frente al mar apenas, observando abstraído las gaviotas, las nubes casi rojizas y evanescentes, la línea lejana del horizonte, estirando mis piernas y sintiendo, como ya no sentía Fernando cuando lo encontré, la caricia fresca de las olas espumosas entre mis pies.

Creo que yo estaba enamorado de Susy. O al menos, creo que sería falso, además de injusto, afirmar que no fui amable con ella. Seriamente lo digo: *amable*. ¿O acaso no es suficiente? Tengo la respuesta: no lo es, porque no lo fue para Susy. Hará falta otra cosa entonces. Algo más. Regresar, quizá, cualquiera de estas noches, o no, no cualquiera sino una hermosa noche, con estrellas, con enorme luna, con grillos, con brisa del mar y mil boleros en la memoria, regresar allí, donde ella está, sentarse en alguno de los altos taburetes de La Tecla Rota, esperar su mágica aparición y entonces mirarla, sólo mirarla, buscar sus ojos hasta encontrarlos y pedirle, como pide Sinatra, que me deje probar una vez más. ¿Tan absurdo es? ¿Tan definitivo ha sido todo?

Me pongo de pie y enciendo un cigarrillo. No sé, en verdad, qué hacer. Aunque, quizá, no sea grave porque no es la primera vez que me ocurre. Puedo recordar ciertas noches —y es apenas un ejemplo— en que he llegado a decir: o voy a cenar afuera o me quedo en casa viendo televisión, una de dos. Son tristes estos estados. La prestigiosa duda no da felicidad al alma, ni menos aún paz.

Y me entrego a estos desprolijos pensamientos mientras vuelvo a sentarme en esta silla, mientras observo una vez más las gaviotas, las nubes evanescentes, la línea del horizonte, siempre un poco confuso, desorientado, dudando ahora, justamente, dudando entre empezar a caminar mar adentro, bien adentro, tipo Alfonsina digamos, o volver a la casilla y prepararme un café con leche con bizcochitos. Una de dos.



JOSÉ PABLO FEINMANN (Buenos Aires, 10 de marzo de 1943) es un filósofo, docente, escritor, ensayista, guionista y conductor de radio y televisión argentino.

José Pablo Feinmann es hijo de Abraham Feinmann, un médico judío, y de Elena de Albuquerque, de religión católica. Fue criado bajo los dos cultos, aunque actualmente es ateo. Su infancia transcurrió en un hogar de clase media del barrio de Belgrano R, junto con su hermano mayor y sus padres.

Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, siendo profesor de la misma casa de estudios, entre 1968 y 1974.

En 1973 fundó el Centro de Estudios del Pensamiento Latinoamericano (CEPL), en el Departamento de Filosofía de la UBA (Universidad de Buenos Aires). Posteriormente trabajó como colaborador en diversos medios periodísticos.

Fue un activo militante de la Juventud Peronista (JP) en los años setenta, pero siempre se opuso al uso de la violencia con fines políticos, sobre todo al foquismo guevarista, el cual —años después del triunfo de la Revolución cubana— se volvió bastante popular dentro de algunos sectores de la izquierda peronista y marxista, como las guerrillas del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Montoneros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, el Ejército Guerrillero del Pueblo y las Fuerzas Argentinas de Liberación. En 1985 abandonó el Partido Peronista. Sus estudios sobre la historia del peronismo son muy conocidos y debatidos por otros historiadores.

En 2001 recibió el premio Konex de platino en la disciplina Guión de Cine y

Televisión, en 2004 el premio Konex (Diploma al Mérito) en la disciplina Ensayo Político y en 2014 otro Diploma al Mérito en la disciplina Ensayo Político y Sociológico.

En 2014, Feinmann fue distinguido como Personalidad Destacada de la Cultura de la Ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, declaró que iba a devolver la condecoración, porque otro de los reconocidos con esa distinción sería Marcelo Tinelli, a quien Feinmann considera un «representante de la anticultura». Ese mismo año, Feinmann recibió el Premio Democracia.

Su intensa actividad como guionista cinematográfico, lo llevó a ganar en dos ocasiones el premio de la Asociación de Críticos Cinematográficos de la Argentina. Sus libretos fueron filmados por directores tales como Adolfo Aristarain, Juan Carlos Desanzo, Héctor Olivera y Nicolás Sarquis. Además su novela Ni el tiro del final, fue rodada en Nueva York y dirigida por Juan José Campanella.

Anteriormente, fue columnista de la revista Humor Registrado. Suele escribir para el diario Página/12, sobre todo columnas de opinión y notas editoriales sobre actualidad política, literatura y cine. Entre 2008 y 2010 condujo el programa de televisión Cine contexto, el cual fue emitido por Canal 7 y desde 2010 conduce Filosofía aquí y ahora, emitido por el canal Encuentro, del Ministerio de Educación de Argentina¹ y ganador en dos oportunidades de los Premios Martín Fierro. Además es conductor del ciclo radial La creación de lo posible, que se emite por Radio Continental.

Aunque él ha dicho que es un intelectual independiente de cualquier gobierno, apoya a la actual gestión kirchnerista, llegando a tener una relación de «respeto y admiración mutua» con el expresidente Néstor Kirchner.

Viaja invitado a dar conferencias en Madrid, Barcelona, Nueva York, Berlín, Milán y Roma. Sus libros han sido traducidos al francés, alemán, holandés y italiano.